BLUE
BAYOU
conjure
UNA HISTORIA DE VENGANZA,
MAGIA Y LIBERTAD
MARTA ABELLÓ

BLUE BAYOU CONJURE

UNA HISTORIA DE VENGANZA,
MAGIA Y LIBERTAD

MARTA ABELLÓ

Título: *Blue Bayou*

© 2018, Marta Abelló

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones

Del diseño de la cubierta: 2018, Autores Indie

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ÍNDICE

1. LA REINA DEL VUDÚ DE NUEVA ORLEANS
1
2
2. LA CASA EN EL BAYOU
1
2
3
4
5
6
3. Y EN SU REMOLINO HABÍA UNA TUMBA
1
2
3
4
5
6
7
8
4. EL HOMBRE DE ALGODÓN EN EL ESPEJO
1
2
3
4
5
6
7
8

9
10
11
12
13
5. LAS CHICAS DEL ATAÚD
1
2
3
4
5
6
7
6. EN EL NOMBRE DE LOS MUERTOS
1
2
3
4
5
6
7
8
7. BLUE BAYOU
1
2
3
4
NOTAS FINALES
AGRADECIMIENTOS

A los que llevaron cadenas,
a los que perdieron su nombre.

Hey babe,
take a walk on the wild side.
Lou Reed.

En la venganza,
el más débil es siempre más feroz.
Honoré de Balzac.

1. LA REINA DEL VUDÚ DE NUEVA ORLEANS

1

Lago Pontchartrain, Nueva Orleans, Louisiana, junio de 1830

Escondida tras un sauce negro a orillas del lago Pontchartrain, la esclava Harriet Beaumont contemplaba admirada el baile de Marie Laveau, la Reina del Vudú, contoneándose al ritmo enloquecido de los tambores. Las hogueras encendidas a su alrededor iluminaban su piel mulata y la belleza despampanante de sus treinta y seis años mientras agitaba el largo cabello negro sujeto con una bandana roja. Como una india, como una salvaje, como una diosa.

Harriet se incorporó para ver con más claridad a las mujeres que se acercaban a La Reina sin miedo, bailando ante ella con admiración, con complicidad, moviendo sus brazos y su cuerpo al son de la música a un ritmo cada vez más frenético. Algo en el agua siseó y un escalofrío recorrió su espalda, pues sabía de los caimanes y de las criaturas extrañas que lo habitaban. Conocía muchas leyendas oscuras, pero de un modo u otro, la presencia de Marie Laveau calmaba los malos espíritus. Ella los dominaba, y a ellos les gustaba obedecerla. Por eso la llamaban Reina. La Reina del Vudú de Nueva Orleans.

La esclava había llegado a la orilla sur del lago cuando el atardecer estaba avanzado, cubierto de nubes púrpura. Alguien le había indicado que debía esperar hasta medianoche, la hora en que Marie hacía su aparición, así que desde su posición tras el sauce fue observando la llegada de más mujeres y algunos hombres, por el este y por el oeste, encaminándose hacia la orilla de aquellas aguas que mudaron de color hasta volverse negras como el cielo.

Y llegó la hora anunciada, la que había esperado desde que escapara del hotel de Nueva Orleans donde se alojaba con el amo.

Jacob Beaumont le había obligado a viajar con él desde Saint Francisville y había tenido que dejar a cargo de Mammy Constantine a su pequeño Howie, de cinco meses. Unas horas antes, tras sus buenos tragos de *bourbon* con unos comerciantes de ganado en el bar del recién construido hotel Soniat House donde se alojaban, el amo se había sentido indispuesto y había caído vencido y desmadejado sobre el lecho, implorando un médico que no recetó más que reposo y alimentos sin picante. Al parecer, el plato de *jambalaya* que había tomado en el camino desde Saint Francisville hasta Nueva Orleans había tenido la culpa; por suerte, el médico llevaba un frasco con

panacea para dolores de estómago y estados febriles y la dejó a cargo de Harriet, que se la dio a cucharadas hasta que Jacob se quedó dormido con la boca abierta sobre la almohada de plumas. Era su momento, era el momento.

El amo dejaba escapar sonoros ronquidos que mitigaron el chirrido de la puerta cuando Harriet salió de la habitación y se asomó al balcón de contraventanas verdes que daba a la calle Chartres, tranquila en aquella hora. Desde allí podía ver la iglesia de Saint Mary y el convento de las Ursulinas con una leve neblina sobre su tejado de estilo francés. Había llovido un poco y pronto atardecería, así que decidió salir a la calle, mirando a un lado y a otro, confusa, algo aturdida por los carros de caballos que pasaban junto a ella a toda velocidad salpicando los bajos de su vestido nuevo, blanco, como el de una señorita sureña de verdad. Jacob se lo había regalado aquella misma mañana.

—Es para ti, póntelo —dijo mientras ella desenvolvía el paquete y admiraba aquella tela suave y bordada.

Se vistió en la pequeña habitación anexa de la suite y Jacob la admiró cuando dio vueltas a su alrededor mostrando su figura esbelta y su piel oscura.

—Hermosa, muy hermosa, mi pequeña Harriette —dijo en un susurro—. Ven, pequeña, ven con tu amo…

Harriet quedó atrapada en sus ojos color miel y sintió de nuevo sobre ella su aliento dulce y el fresco aroma cítrico del agua de colonia 4711 en su cuello, como meses atrás cuando entró en su habitación de la casa de la plantación Beaumont. La noche en que engendró al pequeño Howard, el hijo del amo, el hijo de la esclava.

Harriet caminó sin saber qué rumbo tomar, fundiéndose entre la gente que se afanaba de un lado a otro por las estrechas callejuelas de la Ciudad Creciente. Necesitaba aire fresco, alejarse por unas horas en que sabía que el amo no notaría su ausencia. ¿Huir? No, imposible. Era una esclava y estaba sola. Si alguien la detenía sin un pase firmado por su amo acabaría en la prisión o peor aún: en el mercado de esclavos de la ciudad.

Algunos hombres blancos silbaban al paso de aquella bella criada que no contaba más de veinte años: alta, esbelta, vestida de blanco. Era una presa fácil y Harriet lo sabía. Aceleró el paso oliendo el peligro tras las señas que le hacían unos marineros apostados frente a una oscura taberna y agarró con fuerza el bolso que llevaba atado a su muñeca, escondiéndolo entre los pliegues de su vestido: un vestido de

señorita rica en la piel de una criada doméstica. Allí, en Nueva Orleans, bien podía pasar por una negra libre, que tanto abundaban.

Cuando llegó a Bourbon Street dobló la esquina hasta la calle St. Ann, donde sintió que una mano cálida la agarraba del brazo y la empujaba hacia una puerta abierta.

—Ven con nosotras, no vayas sola —le dijo una anciana vestida con vestido y turbante blancos, ataviada con largos collares de colores sobre su pecho generoso. Con el dedo índice le indicó que se sentara en una silla y Harriet vio que se encontraba en una destartalada y atestada cocina que olía al penetrante aroma del *gumbo* que hervía en una gran olla.

La anciana canturreó mientras removía el guiso, introducía un dedo, se lo llevaba a la boca y sonreía complacida apartando la olla del fuego.

—No eres de la ciudad, ¿verdad? No hay más que verte…

Harriet negó con la cabeza.

—Déjame adivinar… —Se frotó el mentón observando a la muchacha y no tardó más que unos segundos en acertar su procedencia—: Esclava doméstica, eso es. Has venido a la ciudad con el amo para quién sabe qué. No eres cocinera, no tienes quemaduras en las manos; pero sí tienes cicatrices, del algodón. ¿Qué tienes, dieciocho, diecinueve años? —La anciana le dio la espalda y revolvió en un cajón buscando unos cubiertos—. Tu amo te está engatusando, ¿verdad?

Harriet lo admitió todo sin evitar desviar su mirada hacia el *gumbo* humeante. No había comido nada desde la mañana y su estómago se quejaba.

La anciana leyó su pensamiento en la posición de sus manos cruzadas sobre su estómago y en su aspecto flacucho, por lo que decidió servirle un plato rebosante.

—Come, muchacha. Cuando acabes iremos al lago. ¿Quieres venir?

Devoró el *gumbo* de gambas y pollo mientras la anciana, de nombre Annette, le decía que las chicas hoy tenían fiesta, que irían todas al lago porque no querían perderse la noche especial de Marie Laveau, la noche de San Juan de la recién nombrada Reina de Nueva Orleans. De forma excepcional, el burdel permanecería cerrado, como lo hacía en Navidad.

Y así fue como Annette acompañó a Harriet al lago Pontchartrain.

Subieron a la carreta que la anciana tenía preparada en la acera donde ya estaban sentadas en el pescante dos chicas más y recorrieron la ciudad en dirección norte, dejando atrás el bullicio del French Quarter. Por un momento olvidó al amo y sus manos sobre su piel. Olvidó el látigo en su espalda al poco de llegar a la plantación. Olvidó sus palabras hirientes dentro de su alma y se dejó llevar por el aire cargado de música en la calle y la libertad en los ojos de las mujeres que la acompañaban. La acosaron a preguntas: de dónde era, de dónde venía. Ella respondía mientras admiraba las casas de vivos colores que pasaban ante sus ojos. Sentía sobre sus espaldas las miradas de compasión de aquellas jóvenes que por sus comentarios supo que eran negras libres. *Libres. Por todos los santos…* Por eso no tenían ese vacío en la mirada que tenía ella y otras como ella. *Libres… por el amor de Dios.*

Alcanzaron el lago en el punto donde se unía con el bayou St. John y Harriet pudo ver grupos de mujeres y hombres que caminaban en una sola dirección, hacia el sonido apagado y rítmico de unos tambores: *Boom-boom, boom-boom-boom…* Pudo ver también a un grupo de policías que observarían atentamente la función junto a dos reporteros del Louisiana Journal, el diario que recogería la celebración del acto, y varios puestos de venta de brazaletes de la buena suerte.

Las aguas del Pontchartrain estaban ya en calma sin rastro de las marejadas y el fuerte oleaje que el último huracán había causado en sus aguas saladas. Aunque no solo fueron las olas y la tormenta lo que sobrecogió a la ciudad, sino los destrozos en el cementerio de Saint Louis, donde la subida de las aguas del Mississippi provocó que se anegara y los cuerpos de los difuntos no enterrados en las criptas salieran a flote, desperdigándose por toda la ciudad para desespero de sus familiares y amigos.

Y mientras Harriet, Annette y sus chicas caminaban siguiendo a la gente en la playa, empezó a soplar una ligera y fresca brisa que calmó en parte el sofocante calor y la humedad que habitaba en el lago. Pero entre la multitud y la oscuridad, las hogueras encendidas y los bailes enloquecidos, Harriet perdió de vista a la anciana. De repente se encontró en el centro de un círculo de jóvenes danzantes: algunas con máscaras extrañas, otras con el rostro pintado como las indígenas. Unas reían y otras lloraban presas de la histeria por la pronta aparición de la Reina.

Harriet logró zafarse del círculo y se fue apartando de la zona más concurrida, allí donde también pudo ver grupos de hombres vestidos con taparrabos y líneas blancas pintadas en sus rostros oscuros. Se

refugió allí donde los sauces le daban intimidad para poder observar lo que sucedía en aquel lugar, pues por momentos creía hallarse en medio de un sueño extraño. El calor era sofocante y los mosquitos revoloteaban en torno a su cara, sudorosa. Estaba cansada y sabía que debía volver al hotel antes de que el amo despertara, pero el fuego, la luna y los cánticos la mantenían atada al lugar, por eso siguió agazapada cerca del agua, vigilando de reojo cualquier chapoteo sospechoso.

Varias mujeres, blancas, negras y mulatas, se desprendieron de sus pañuelos de colores y sus vestidos blancos. Danzando, los pisoteaban y se dejaban llevar por el ritmo rápido de los tambores y los violines que se confundía con el latido intenso de sus corazones y su sangre hirviente. Harriet abrió la boca al ver cómo aparecía Marie, la gran Marie Laveau, con una túnica blanca, una bandana roja y su gran sonrisa triunfante.

Le habían preparado un pequeño estrado que le permitió alzarse sobre todas aquellas que la admiraban, que la trataban como Reina sobre las otras reinas del vudú de la ciudad. Y más aun cuando levantó sus largos cabellos y de ellos surgió la serpiente, *Nzambie,* la también llamada *Grand Zombi*, temida y venerada como la misma Marie.

—Yo soy… ¡Marie Laveau! —gritó con voz grave y poderosa. Harriet la vio alzar los brazos hacia el cielo estrellado levantando una copa de ron hacia la luna nueva, gigante, invocando a los *loas*, los espíritus vudú—. ¡Papa Legba, abre las puertas! ¡Papa Legba, tus hijos están esperando!

Marie volteó sobre sí misma danzando con la serpiente mientras los tambores redoblaban sus repiques. Se bajó del estrado y el círculo de danzantes se amplió para dejarle paso mientras se inclinaba acariciando la tierra húmeda con sus manos, sintiendo el poder que emanaba de aquella tierra bendecida por las poderosas aguas saladas del Pontchartrain, en otro tiempo llamado Agua Ancha por los indígenas Choctaw. Y sintió la sangre vertida por ellos, las lágrimas de sus tierras arrebatadas; oyó los lamentos y el cimbreo de sus *tomahawk* tratando de recuperar el hogar que el hombre blanco de lengua extraña que llegaba de los mares lejanos les había robado para acabar con sus vidas y su futuro.

Marie recibió una descarga de aquella tierra de sangre y fuego y sujetó con las dos manos a *Nzambie*, que señaló con su lengua bífida a una joven blanca que se acercó y se arrodilló junto a ella inclinando la cabeza tratando de evitar encontrarse con su mirada, alzando las palmas para recibir su bendición. Dos sacerdotisas, niñas vestidas con

túnicas rojas, acercaron un recipiente con sangre de gallo negro y los dedos de Marie acariciaron la superficie para ungir la frente de aquella muchacha de aspecto esquelético y demacrado desde que su padre había alejado de ella a su prometido. La sangre del sacrificio la ayudaría a vivir de nuevo.

La Reina le susurró unas palabras en el oído y la muchacha sonrió. Volvió a sumergir los dedos en la sangre del gallo y marcó su propia frente con una cruz que brilló en los ojos de la enferma. Aquel acto de fe en la magia curaría su alma afligida.

Los tambores y los violines se aceleraron, conectando el Cielo y la Tierra; pero de pronto la música cesó. Marie dejó a *Nzambie* en una caja de alabastro y volvió al centro del estrado alzando de nuevo los brazos hacia la luna.

—Yo soy…

—¡La Reina! —gritaron al unísono todos los allí congregados—. ¡La Reina del Vudú!

Marie sonrió con su sonrisa amplia, franca, ahora poderosa. Sus ojos de mirada penetrante parecían atravesar el alma de cada una de aquellas mujeres. Su fuerza les daría fuerza. Su poder les daría poder.

—Yo soy… ¡*La Nouvelle-Orléans*! ¡Nueva Orleans!

Y Marie agachó la cabeza agitando sus cabellos y sus brazos, hechizada por el espíritu del lago Pontchartrain cuando era poseído por el huracán y levantaba sus aguas anegando la tierra sin piedad, poseída por los *loas*. Las mujeres, sacerdotisas, seguidoras, alzaron sus brazos; y los hombres agitaron sus cuerpos al son de los violines. Y todos bailaron la calenda y la bamboula, transportados por la magia del lugar. Bailaron, sí, hasta el amanecer.

Harriet, asombrada por aquella noche extraña y maravillosa, siguió a aquellos que comenzaban a abandonar el lugar y emprendían el camino de regreso a la ciudad envueltos en una niebla ligera, vaporosa. Respiró hondo mientras se dirigía hacia el estrado donde la Reina había bailado. Pudo verla hablar con dos ancianas y eso le dio fuerzas para acercarse más. Pero al llegar casi a su altura vio que Marie Laveau se daba media vuelta y caminaba hacia la orilla, donde primero mojó sus pies y después entró, sin miedo, en aquellas aguas negras repletas aún de la furia del último huracán.

Confusa, buscó con la mirada a la señora Annette o las muchachas de su burdel, pero no aparecían por ningún lado. No se atrevió a subir a cualquiera de las carretas que regresaban de vuelta a la ciudad, por

lo que decidió caminar las seis millas que la separaban del hotel, al que llegó casi dos horas después. Disponía de unos peniques, por lo que muy cerca del Soniat compró unos *beignets* recién hechos a un vendedor ambulante, un negro antillano que se los envolvió en papel de estraza y le dio los buenos días con una amplia sonrisa. *Buenos días tenga usted*, contestó Harriet a aquel muchacho amable de hermosas manos. Ella leyó en sus ojos y vio en él a un hermano libre que le trajo recuerdos de un viejo amor en una plantación de Mississippi. Bajó la mirada y apretó en su pecho el paquete de papel de estraza con los *beignets* calientes, manchándose el vestido con el aceite que desprendían aquellos buñuelos dulces.

De regreso al hotel se sentó en el patio interior ajardinado con una fuente de piedra de la que brotaba agua y a la que Harriet se acercó para mojarse un poco el cuello. Respiró hondo y, mientras subía las escaleras al segundo piso, pensó en Jacob y en sus manos que seguían encaprichadas de ella y de sus largas piernas. Desde que se había quedado viudo no había cesado en sus avances, a los que no podía negarse, pues era el amo. Y desde aquel día de tormenta en que la señora murió, la casa Beaumont era una casa extraña, donde los ruidos en la noche impedían los sueños tranquilos. Tanto Harriet como los otros criados habían podido oír los crujidos que pisadas fantasmas provocaban en el desván, allí donde nadie se atrevía a mirar. Solo Jonathan, uno de los esclavos jardineros, lo hizo en una ocasión, y sus ojos desbocados y su boca abierta en una mueca imposible hicieron que todas las criadas de la casa se santiguaran y decidieran pedir consejo al padre Lowell, que venía cada domingo a evangelizar sus almas ignorantes.

Harriet alcanzó el rellano de la habitación 203 y el rostro rollizo y enrojecido de su pequeño Howard, de nombre secreto Enam, *regalo de Dios*, se le apareció como a quien se le aparece un ángel. Por su bebé resistía. Por él vivía.

Caminaba cada vez más despacio sobre el pasillo cubierto de una larga alfombra granate, como la que revestía la escalera de la mansión Beaumont, donde atendía a los padres del amo, planchaba, almidonaba y remendaba calcetines. Aún conservaba las cicatrices de arañazos que las plantas de algodón habían dejado en sus manos, marcándolas para siempre, pero el amo la había sacado del campo y la mantenía cerca de él, en uno de los dormitorios del servicio donde la visitaba a su antojo, quién sabe por cuánto tiempo más.

Entró de puntillas en la habitación en penumbra donde Jacob Beaumont aún dormía y dejó el paquete con los *beignets* sobre la mesa

que estaba junto a la ventana. Se sentó a los pies de la cama con dosel observando el papel burdeos de las paredes y reparó en su vestido manchado de barro en los bajos. La música de los tambores aún resonaba en sus oídos y en su cabeza como el martillo de Joe, de su querido Joe, cuando trabajaba la madera, cuando tallaba para ella pequeñas figuras de animales. Sintió una lágrima resbalando por su rostro que reprimió enseguida con la manga de su vestido. No iba a llorar, así que se desprendió de su vestimenta blanca de señorita, de señorita de verdad, no una impostora como se sentía ella.

Ya con solo las enaguas y el corsé se miró en el espejo labrado y contempló su belleza joven de labios gruesos, nariz chata y ojos rasgados. Descorrió un poco las cortinas para ver a los jardineros que llegaban al hotel para empezar su jornada de trabajo y suspiró, pues confiaba dormir un poco antes de que el amo despertara. Se sentó en el diván y recostó la cabeza sobre un almohadón escarlata. Le recordó a la sangre del gallo brillando sobre la frente de Marie Laveau…

—¡Haragana! ¿Qué haces ahí tumbada?

Harriet pestañeó, aturdida, hasta que sintió el golpe de la mano del amo Jacob en su mejilla; sintió también el empujón que la lanzó al suelo y supo que se encontraba de nuevo en el infierno.

—¿Dónde has estado?

Ella se mordió el labio inferior y bajó la cabeza. Así que la había descubierto y al parecer ya se encontraba recuperado de su dolor de estómago. Aquel hombre era como una pesadilla que no acababa jamás, como su mal destino. Decidió mentirle para salvarse, para intentar detener los siguientes golpes que se avecinaban:

—He ido temprano a la catedral, *master* Jacob. Y he… He traído *beignets*… —Harriet sintió su corazón detenerse mientras se levantaba para desenvolver el paquete marrón. Las manos le temblaban mientras le mostró los dulces que Jacob examinó alzando las cejas con aprobación. Cogió uno entre los dedos, se lo metió entero en la boca y relamió el azúcar que quedó pegado en sus labios. Estaba vestido con los pantalones de algodón del pijama dejando su torso al aire, y su rostro moreno y atractivo con una barba incipiente enmarcando su amplia sonrisa provocó a Harriet un pellizco en el estómago.

—Has salido a la calle sin mi permiso…

De un manotazo inesperado, Jacob tiró el resto de dulces al suelo. El siguiente golpe fue para Harriet, de nuevo y por segunda vez en aquella mañana, que sintió su mejilla enrojecida de dolor y vergüenza ante lo que volvía a suceder después de tanto tiempo. *Si supiera la verdad acerca de dónde había estado*… Harriet pensó si no había sido

todo un sueño, en realidad, pues ahora su estancia en el lago Pontchartrain se le antojaba lejana, como si nunca hubiera tenido lugar. La realidad aparecía y desaparecía ante ella entre la mirada de desprecio de Jacob y los bajos de su vestido colgando en la silla manchados de barro y hierbas. No había sido un sueño, por eso se sintió fuerte para resistir lo que sabía que ocurriría a continuación.

Jacob Beaumont no era siempre así, como el demonio; en ocasiones la trataba como a las señoritas blancas y le regalaba los vestidos elegantes de la difunta señora Catherine. Tenía tres, tres hermosos vestidos de muselina y mangas bordadas de corte francés que, a veces, de noche en su habitación de la planta baja, se ponía imaginando cómo sería su vida si su piel fuera blanca.

Meses atrás, Jacob le había hecho promesas mientras avanzaba en sus visitas. Le trajo flores y en una ocasión le regaló una pulsera de plata que alguien robó de su escondite entre sus ropas. Ella callaba y aceptaba la entrada del amo en su habitación más allá de las doce de la noche. Aceptaba por miedo a su voz enojada y a su látigo siempre a punto de ser blandido; aceptaba por ser de su propiedad y ser él quien le daba de comer. Sabía, eso sí, que las otras esclavas de la casa murmuraban a sus espaldas, y leía en sus caras de disgusto la pregunta de cuándo llegaría su nueva caída en desgracia.

Y sobre la mesa de caoba, ron del día anterior que Jacob descubrió con avidez, la misma que lo recibió en su garganta sedienta. Volvió a sonreír con aquella expresión en su rostro que ella conocía tan bien. Harriet dio un paso atrás en dirección a la ventana, pues sabía que era la risa malvada que le nacía cuando el alcohol se le subía a la cabeza y le nublaba el corazón.

Levantó el brazo, esperando un nuevo golpe. Esquivó el primero pero recibió el que la lanzó sobre la mullida y alta cama con dosel donde él le había permitido dormir en su estancia en la ciudad. Todo se nubló y la sangre que sintió resbalar por su rostro se mezcló con las lágrimas que brotaron tras el dolor desgarrador en su ojo izquierdo. Sintió que las manos de Jacob la agarraban por la cintura, le daban la vuelta y le arrancaban parte del corsé. Fue entonces cuando empezó a rezar. A Santa Ana, a San Miguel, que el padre Lowell decía que era el ángel más poderoso; pero no acudían en su ayuda. Y la fusta cayó sobre su espalda, rasgando la piel, una y dos veces más. Jacob se detuvo cuando oyó el carrito del servicio de habitaciones acercarse por el pasillo de la planta. No quería escándalos. No quería más que asustar un poco a aquella haragana.

—Vístete, Harriet —dijo Jacob Beaumont lanzando la vara sobre la cama, dirigiéndose al ventanal y abriendo las contraventanas para que entrara un poco de aire. Los jardineros se afanaban quitando malas hierbas del patio interior—. Estaré fuera todo el día, pero volveré a cambiarme para la cena. Espero que tengas mi ropa preparada. Recuerda que a la camisa le falta un botón…

Ella, de pie ante él, con el ojo derecho hinchándose, asintió.

—Tendré que salir a comprar hilo de coser y hacer las compras que me encargó Mildred… —dijo en un susurro.

Jacob alzó las cejas, fastidiado. Buscó en su cartera y tiró sobre la cama una moneda de un cuarto de dólar. Le firmó también un pase por si la policía hacía preguntas.

—No vendrás al baile, Harriette… —dijo tendiéndole el pase y llamándola de aquella forma cariñosa como cuando bajaba a su habitación y requería su compañía. *Harriette*, *Harriette*, le decía alargando la última *e* en un susurro que en ocasiones la estremecía.

Pero Harriet ya no sentía nada. Se mantuvo de pie ante él envuelta en una extraña burbuja de tiempo como si lo que estuviera sucediendo lo hiciera más allá de ella, más allá de aquella elegante habitación.

—No vendrás al baile… —repitió Jacob—. No sé en qué estaba pensando cuando te dije que iríamos al Saint Phillips… —Se mesó la barba incipiente recordando que sopesó llevarla haciéndola pasar por una negra libre, seguramente con la mente nublada por el *whiskey*—. Tienes mal aspecto, ¿no tendrás fiebre? —Sonrió cínico ante la mirada de desprecio que ella le estaba dedicando—. Cuando regresemos a Saint Francisville seguirás con tus tareas y los cuidados de mis padres. Te permitiré criar a tu hijo, al menos unos meses más, pero recuerda que puedo vender hoy mismo a Howard si lo deseo, pues mío es. Y recuerda también que puedo enviarte de nuevo a trabajar al campo. No eres muy rápida llenando el cesto de algodón y tendrás problemas a la hora del pesado. Lo sabes, ¿verdad, *Harriette*?

Ella bajó la mirada. No le gustaba trabajar en el campo, ni en la desmotadora. Odiaba aquel invento del demonio. Odiaba el ruido y tener que girar la manivela durante horas para separar las semillas del algodón. Pero lo soportaría si era preciso. ¿Vender a su hijo Howie? ¿De verdad estaba pensando en venderlo? No era lo suficientemente blanco para considerarlo mejor; lo había sabido desde que lo vio aparecer por primera vez de entre sus piernas, llorando y berreando, quejándose del lugar en el mundo que le había correspondido. Era el primogénito de Jacob Beaumont, un mulato bastardo que había nacido en medio de los campos de algodón. Era el primogénito pero

era su esclavo.

Jacob abrió la cigarrera que estaba sobre la mesilla de noche y se encendió un habano. Le esperaba un día intenso: una visita al notario para registrar al pequeño Howard como propiedad dentro de sus escrituras, reunión con sus abogados, algunos negocios de tierras mientras comía con otros hacendados y juegos de naipes por la noche. Aspiró el humo con ansia, y su rostro, que se había curtido en el último año adquiriendo la madurez de sus treinta y cinco años, se relajó.

—¡Ah, Harriet! Busca la farmacia Peychaud en el 437 de la calle Royal y tráeme dos frascos de la medicina del señor Antoine.

—La medicina… ¿Qué medicina, amo Jacob?

Él estrechó los ojos, molesto.

—Pídele dos frascos de *bitter*, él sabrá qué darte.

Sacudió el habano en el cenicero y, pensando en la bebida amarga con coñac que vendía Antoine Amadie Peychaud, tonificante y sabrosa, pensó que aquel iba a ser un día redondo.

Cuando la puerta de la habitación se cerró detrás de él, Harriet fue al lavabo de servicio y se miró el rostro en el espejo. El ojo herido estaba inyectado en sangre; ni lágrimas tenía. Rezó de nuevo a San Miguel y lloró, derrumbada, a los pies de la cama. En el papel pintado de la habitación, de formas sinuosas, creyó ver la diminuta figura de un ángel que le tendía la mano. Se incorporó para tratar de verlo de forma más nítida pero su ojo herido se lo impedía. Aún así, era una señal que le mandaba el santo, el guerrero, como lo era ella.

No mucho tiempo atrás, Jacob Beaumont le había prometido que su hijo sería libre, que quizás en un años más ella también sería libre. Y ahora iba a inscribirlo como un bien raíz. Y pretendía venderlo. *Maldito canalla mentiroso*….

Harriet se remangó una de sus enaguas para recordar por qué se debía a Howie, por qué se debía aún a Jacob Beaumont. Y ahí estaba, en su muslo: la cicatriz parda que el hierro candente había dejado en su piel; una letra B, la marca de la casa Beaumont, la señal que siempre le recordaría que había intentado huir de las tierras del amo, al poco de su llegada. Su sangre de esclava provenía de una raza valiente que resistiría a pesar de todo, a pesar de aquellos malos tiempos que vivían. Su sangre, que provenía de guerreros de una tribu africana, se revolvió herida clamando una vez más y por todos los suyos venganza. Aquel ángel del papel pintado le había dado la

fuerza. ¡Venganza!

2

Harriet se sentó en uno de los primeros bancos de la catedral absorta en el silencio y la majestuosidad que la rodeaban. El antillano que vendía *beignets* le había indicado que a esa hora podía encontrar a Marie Laveau en la catedral de Saint Louis o quizás en su casa de la calle Saint Ann, donde regentaba una peluquería. No pudo evitar la mirada de asombro al ver su rostro herido, pero Harriet no le dio pie a preguntar y con un gesto amable le dio las gracias.

Había salido del hotel cargando con un cesto de mimbre para las compras y cubriéndose con un pañuelo oscuro que le ocultaba el cabello y parte del rostro, como el que usaban a veces las mujeres blancas para ir a misa. El ojo derecho estaba hinchado y la esclerótica enrojecida, pero no era el dolor lo que le preocupaba: era la visión, borrosa, confusa, como lo eran sus pasos caminando por la calles de la ciudad. Ya no llevaba el vestido blanco de señorita que hacía frufrú al andar, sino uno de sus vestidos grises de percal, de buena calidad pero austero, más adecuado para Saint Francisville que para Nueva Orleans. Tenía poco tiempo, por eso decidió probar suerte en la catedral.

Envuelta en el aroma del incienso, rezó dos padrenuestros, se santiguó y levantó la vista hacia el altar, sin saber bien qué hacer hasta que sintió una mano cálida sobre su hombro.

—Buenos días, hija. No te he visto nunca por aquí…

Harriet alzó la vista hacia el sacerdote que, viendo su ojo herido, no pudo evitar una mueca de disgusto.

—Padre… —Se echó a llorar mientras él le tendía un pañuelo blanco, bordado—. Estoy buscando, buscando a…

Él lo supo enseguida. Por su mirada, por sus manos temblorosas. Buscaba a Marie, porque siempre la buscaban los desesperados.

—Ven, hija mía. Acompáñame.

Y Harriet así lo hizo, siguiendo al padre Pierre a la sacristía para después entrar en una sala adyacente donde vio a dos mujeres sentadas junto a una de las ventanas con vidrieras de colores.

—Cuando llegue tu turno, te atenderá —dijo señalando una silla para que tomara asiento.

Y sin decir nada más, el padre Pierre entró en una pequeña

habitación dejando a Harriet junto a una dama blanca de alta alcurnia que lucía un sombrero cargado de plumas sin intención alguna de socializar. Junto a ella, una mujer negra, con delantal blanco, impoluto, y un vestido también negro, rígido y de uniforme, esperaba con las manos cruzadas sobre su falda. Ambas miraban hacia la pared que lucía un cuadro pintado con las aguas del bayou Saint John, azules y púrpuras, mansas como la muerte.

La Reina del Vudú utilizaba aquel pequeño cuarto tras la sacristía para atender junto al padre Pierre a familiares de condenados a muerte, a esclavos que pedían ayuda para conseguir su libertad. Casos difíciles que trataban juntos, tal y como lo había hecho con el anterior pastor cristiano, el capuchino Antonio de Sedella, oriundo de Málaga. Antonio había llegado a Nueva Orleans como oficial de la Inquisición y adquirió el nombre afrancesado de Antoine, como lo conoció Marie.

Los primeros años pensó en abandonar aquellas tierras pantanosas y el ambiente de locura y paganismo que envolvía la ciudad y volver a la vieja España, pero al final de sus días entendió el particular carácter de aquel lugar donde había sido destinado y empezó a interesarse por sus gentes, por las viudas caídas en desgracia, por los sufrientes esclavos y las almas de los condenados a muerte, muchos de ellos de manera injusta. Conoció a Marie Laveau, la bautizó en la fe cristiana y la casó con Jacques Paris en la catedral. Y, desde entonces, dejó que ella atendiera algunos casos desesperados que necesitaban algo más que dos padrenuestros y un avemaría. A poco más de un año tras la muerte del padre Antoine, el padre Pierre Saint Exupery seguía su legado y también la colaboración con Marie Laveau.

Marie acudía a diario a misa de diez, devota como era. Los caminos del Señor eran extraños, por eso el sacerdote toleraba y admitía en su casa a aquella hermosa mujer que en las mañanas rezaba como una buena cristiana y en las tardes practicaba otra religión: el vudú. No sufría por ello, pues sabía que aquel culto mantenía unidos los ritos que los esclavos haitianos habían traído a América con la religión verdadera.

Según decía Marie, tanto los espíritus paganos como los santos cristianos ejercían su papel de mediadores entre este mundo y el otro. El padre Pierre dudaba, pero quería la fiesta en paz sin pensar mucho en los bailes desenfrenados de los domingos en Congo Square que las autoridades habían vuelto a prohibir, gracias a Dios; sin pensar en las tumbas que aparecían abiertas en el cementerio de Saint Louis, en las artes oscuras que se practicaban a medianoche en algunas casas. Porque muchos, como en ocasiones Marie Laveau, se alejaban del vudú como religión y empezaban a practicar el Hoodoo, el *conjure,* la magia que poseía los tres poderes: poder de los grimorios procedentes

de la vieja Europa, poder del vudú africano y el poder de los indígenas americanos. Una mezcla que infundía temor en algunos pero, ante todo, infundía respeto.

La primera mujer entró. Y de aquella puerta que se cerró enseguida surgieron los efluvios del incienso de sándalo que se quemaba en la habitación, purificándola de malos espíritus. Harriet, sentada e inquieta jugando con los dedos de sus manos, se preguntó qué pasaría allí dentro. Y temía por la espera, por el retraso, porque el amo Jacob volviera antes y no la encontrara en la habitación del hotel. El tiempo pasaba ante ella lento, como debajo del agua, pero pronto salió la mujer blanca limpiándose las lágrimas, caminando apresurada hasta la salida.

La criada negra tardó algo más, desesperando a Harriet que sufría por la tardanza, pero ya estaba allí y no iba a perder su turno y la oportunidad, que llegó cuando el reloj de la sacristía marcaba mediodía.

Y por fin llegó su hora. El padre Pierre asomó la cabeza por la puerta y le indicó que entrara. Marie Laveau estaba junto a la mesa que presidía la pequeña habitación, sosteniendo una jarra de agua fresca y vertiéndola en un vaso de cristal. Levantó la vista hacia Harriet y le indicó que se sentara junto a ella.

—He de salir —dijo el sacerdote mientras cargaba con una pila de libros—. No temas, hija. Estás en buenas manos.

Harriet tomó asiento junto a la ventana mientras Marie se le acercaba. Era alta, delgada, de rostro fino y pómulos altos. Lucía un vestido blanco de volantes con ribetes rojos y *tignon* a juego doblado formando siete puntas, el símbolo de la realeza vudú. Lucía varios colgantes sobre su pecho, cuentas de pequeños huesecillos, perlas de ostras de río y su talismán preferido: el colmillo afilado de un gato negro. Tenía enfrente a la misma mujer que la noche anterior había visto bailar en el lago Pontchartrain con una serpiente enrollada en su cuello. Ahora, sirviéndose un vaso de agua de una jarra, la reina del vudú se le antojó un sueño extraño. Pero cuando Marie la miró directamente a los ojos sintió la descarga, la sensación de hallarse ante alguien que *sabía*, que conocía los secretos.

—Estás triste y yo sé por qué… —comenzó diciendo mientras indicaba a Harriet que se sentara junto a ella, en una silla labrada alta

e incómoda que obligaba a la esclava a mantenerse erguida.

—Yo, yo…

—No eres de Nueva Orleans. —Marie caminó alrededor de Harriet, observando su ojo morado, su ropa, sus uñas cortas, la forma de sentarse…— ¿De Baton Rouge, quizás?

—Saint Francisville…

Evidente…. Una esclava negra venida a más por obra y gracia de un amo caprichoso que le había entretenido unos meses y ahora la quería volver a ver en el barro.

—Has venido a pedirme algo que no sé si voy a poder darte. O algo que no sé si es bueno para ti…

Harriet no se andó con preámbulos. Se levantó la enagua y le mostró la señal, la marca hecha con un hierro candente sobre su muslo.

Maldito él y los de su calaña…, pensó la reina del vudú, lamentándose. Conocía de primera mano el comportamiento de los hacendados, pues su propio padre, Charles, había sido uno de ellos. Dignos hombres de negocios, respetados por la comunidad, enamorados de las negras, de las mulatas como su madre, pero que se casaban con las blancas.

—Deme algo para que sufra, *ma'am*. Solo algo para que sufra por las mentiras que ha dicho.

—¿Mentiras? —Marie alzó la ceja derecha, interesada—. ¿Qué mentiras te ha dicho tu amo?

—Me prometió la libertad. Prometió que mi hijo, *su* hijo, tendría la libertad. Prometió también hacernos una casa en la hacienda, para que yo lo criara, para que no tuviera que vivir con el resto de la familia.

—No ha construído la casa y sigues de doméstica, ¿cierto?

Harriet asintió.

—Hoy ha vuelto a pegarme. Y hoy también va a inscribir a su hijo como esclavo dentro de las escrituras de su hacienda. Como un mueble más. Como una cabeza de res más. ¡Maldito sea! —Harriet se agarró a la falda de su vestido, arrugándolo de rabia—. ¡Sé que va a venderlo y lo separará de mí!

—Déjame ver tus manos… Por cierto, no me has dicho tu nombre.

—Harriet, *ma'am*, ese es mi nombre. —La esclava le mostró la palma de las manos y dejó que Marie observara sus líneas repasando

con el dedo índice la línea de la vida, la del destino, la del corazón…

Marie suspiró: un destino incierto, un corazón partido, una vida larga. Veía en los ojos cansados de Harriet el miedo y la carga que llevaba encima siendo esclava de una plantación. Vio también la súplica, pero el vudú no estaba hecho para la venganza, ni para el odio, aunque en ocasiones podía emplearse para dar escarmiento. O también para impartir justicia. Observando aquel ojo morado, aquellas manos temblorosas, quizá sí podría darle algo.

—Por dos centavos —sé que no podrás pagarme más—, te daré uno de mis brazaletes.

Harriet la miró, interrogante, y dejó que siguiera hablando.

—Es un amuleto que he hecho yo misma. Aleja los demonios y te dará buena suerte. Es lo que puedo hacer por ti, por el momento.

Buena suerte… ¿Acaso Marie no comprendía que necesitaba algo más que simple buena suerte y un brazalete de hilos y cuentas de colores? ¿Acaso no comprendía que quería venganza? Por el miedo, por las cicatrices, por el odio…

—Necesito otra cosa, *ma'am*, otra cosa. Yo… —dijo al borde del llanto. No había comprendido. No había entendido nada…

Marie acarició la mano de Harriet.

—El último huracán trajo espíritus malignos en su aliento que ahora viven en las almas como las de tu amo. No podrás librarte de su ira tan fácilmente, hermana. Has de ser fuerte; no desesperes.

Era habitual la separación de madres e hijos, y Marie lo sabía. Estando bajo la propiedad de su amo, Harriet no podía hacer nada. De hecho, nadie podía hacer nada contra aquel sistema esclavista que aprisionaba a mujeres y a hombres hundiéndolos en el miedo perpetuo. ¿Qué decir a esta mujer que se presentaba a ella buscando un imposible?

—Encenderé unas velas y rezaré por ti. ¿Tienes algún objeto que pertenezca a tu amo?

Harriet negó con la cabeza.

—No tengo mucho tiempo. He de regresar al hotel antes de que él vuelva —dijo, desencantada. La magia que había envuelto a Marie en el lago se había deshecho. Había pensado que era una poderosa hechicera vudú, había pensado que podía cambiar su vida. Pero qué podía entender aquella mujer cuya piel de su rostro era casi blanca, que había nacido libre…

—Un momento —dijo Marie. Salió por la puerta trasera que

mostró una nueva habitación pequeña y oscura y regresó con algo entre las manos.

—Te daré un grisgrís. Uno oscuro. Guárdalo en un lugar protegido y colócalo en la habitación de tu amo en la próxima luna creciente de forma que él lo encuentre. Le traerá infortunio, si eso es lo que deseas. —Y le entregó una pequeña bolsita de piel marrón, curtida, con el misterio en su interior.

Harriet recibió el grisgrís de sus manos cálidas. Marie percibió su temblor y descubrió un corazón que se estaba partiendo en dos. Un corazón que temía por su otra parte: su hijo, su pequeño bebé que pudo ver entre sombras y visiones de futuro. Un pequeño esclavo más para el algodón. Una espalda más que curtir a latigazos.

Triste destino, pensó, como el de tantas hermanas que no podían escapar de él. Pero en Harriet, en esas sombras de sus ojos negros, había algo más que se le mostraba como un reflejo, como una canción secreta. Algo que estaba en la casa donde vivía en Saint Francisville latía a su alrededor y aullaba en las noches de tormenta. Algo que era antiguo y siniestro. Algo que no quería ver, por eso retiró sus manos de las de la esclava y dijo:

—Utiliza el grisgrís y confía. Si me necesitas, que alguien me haga llamar y yo vendré en tu ayuda. —Era más de lo que nunca había dicho a nadie. Más de lo que solía decir.

Harriet Beaumont asintió, agradecida, y empezó a llorar. Marie le parecía imponente, sabia, compasiva. Más aun cuando le acercó una copa de cristal que contenía un líquido irisado y turbio.

—Toma, bebe. Mi panacea hará que te sientas mejor.

La *panacea* de Marie estaba compuesta de hierba de Jimson, azufre y un poco de miel. Harriet sintió el sabor extraño, dulce y pegajoso que colmó sus labios y su boca. Hipnotizada por aquellos ojos que la miraban atentamente, sintió que aquella era una bebida mágica.

—Te regalo una botella, hermana. Si la frotas sobre el lomo de un gato negro, la cargarás de energía y siempre tendrás listo un sorbo para sentirte fuerte en los momentos más duros.

Fue entonces cuando Harriet creyó, creyó de veras que el grisgrís funcionaría porque había estado entre las manos de Marie Laveau. Nadie sabía bien qué contenían aquella clase de amuletos, pues cada reina vudú tenía su receta, pero los grisgrís de protección estaban compuestos de pequeños huesecillos de animales, cabellos, restos de uñas, polvo de cementerio y hierbas aromáticas. Podía venderlos por veinticinco centavos o por diez dólares, y lo hacía tanto en la

habitación de la sacristía como en su peluquería. Los grisgrís oscuros los vendía más caros: contenían sebo humano e ingredientes secretos. Eran *conjure*, eran magia negra que a veces había que utilizar. Los creyentes tomaban de sus manos aquellos amuletos como algo a lo que aferrarse con las manos vacías y el miedo al destino. La fe hacía el resto.

Harriet salió de la catedral con el corazón un poco más ligero y caminó a paso rápido bajo los arcos del Cabildo, protegiéndose del sol intenso y adentrándose por entre las callejuelas del French Quarter seguida de los piropos de varios marineros que acababan de desembarcar. La humedad era alta y sudaba acalorada mientras sorteaba los carros de los comerciantes, los grupos de niños sentados en las aceras y las cucarachas que poblaban las esquinas. Tenía que darse prisa, pues ya imaginaba a Jacob Beaumont esperando en la habitación del hotel, sentado en el sillón junto a la ventana y con los dedos tamborileando en su rodilla, arrugando el ceño y encendiendo otro habano.

Entró en el mercado para comprar los encargos de telas que le había hecho Mildred y el hilo para coser, y se detuvo asombrada ante el puesto donde vendían cabezas disecadas de aligátor y ostras gigantes. Con el dedo índice rozó uno de aquellos colmillos y deseó que la muerte llegara al amo Jacob, que le llegara pronto, pronto, pronto…

Una vendedora ataviada con un pañuelo azul, como su vestido, le ofreció una guayaba del montón apilado que lucía orgullosa en su puesto de frutas, mostrando la generosidad innata de las gentes de Nueva Orleans. Después se encaminó a la farmacia para comprar su encargo: dos frascos de la bebida amarga que el boticario llamaba Sazerac. Harriet los cargó en su cesto de mimbre, ya repleto, y caminó deprisa hacia el hotel por entre las estrechas calles embarradas, dejando atrás las destartaladas tiendas y tabernas del barrio francés, *le Vieux Carré*.

Cuando Jacob regresó de sus quehaceres encontró a Harriet cepillando su traje, preparando su corbata de lazo y su camisa nueva, bien almidonada. Tenía también preparada el agua caliente en la bañera, lista para su baño antes de asistir al baile. Nunca supo que entre las cosas de la muchacha se encontraba un amuleto grisgrís y una botella de panacea preparada especialmente por la misma Marie Laveau.

Unas horas después, el St. Phillips Street Theater, que en los últimos años operaba como salón de baile, le esperaba con las puertas abiertas, la orquesta sonando animada y las mesas de juego calientes. Y mientras él apostaba junto a un plantador de tabaco de Virginia y un constructor de Mississippi, mientras pedía otra copa más de *bourbon* y escuchaba admirado a una bella cantante mulata, Ruby Trudy, Marie Laveau pensaba en Harriet y en su mirada desesperada. El grisgrís funcionaba en muchos casos, pero no estaría de más realizar un hechizo a distancia para reforzar la protección a una mujer que la iba a necesitar. Pensó en ello, pero cuando llegó a su casa en la calle Saint Ann se encontró con que le esperaban dos hombres, abogados de un blanco condenado a muerte. Venían a solicitar su intervención, su magia, su poder para una reducción de pena o su absolución. Marie, atareada en los siguientes días, olvidó a Harriet y su hechizo protector, abandonándola a su suerte, dejándola sola ante la casa Beaumont.

2. LA CASA EN EL BAYOU

1

Saint Francisville, Louisiana, junio de 1830

Salieron a primera hora de la mañana, rodeados de niebla baja hasta que abandonaron la ciudad. El cochero enfiló la River Road, que unía Nueva Orleans con Baton Rouge, y les condujo por aquel paisaje colmado de plantaciones de azúcar y algodón. Jacob iba sentado en el pescante leyendo el Louisiana Planter mientras Harriet, en la parte de atrás, tenía frío y sueño, por lo que se acurrucó en un costado del carruaje dormitando casi todo el camino. Pronto estaría de nuevo en su cuarto de la planta baja, pronto vería al pequeño Howie. Nueva Orleans se alejaba de su pensamiento como un sueño lejano.

Llegaron a Saint Francisville al anochecer, cansados del traqueteo del viaje, hambrientos, acalorados y sudorosos por la alta humedad. Harriet se dio cuenta de que le habían picado varios mosquitos en el brazo. Durmiendo, se había rascado y la sangre seca formó un dibujo extraño en su piel en forma de hoz. Recordó el horror en el pajar, dos años atrás, y sintió un escalofrío.

Jacob seguía de buen humor pensando en sus negocios y en la cantante del Saint Phillips, la mulata Ruby, tan libre y alocada que le había fascinado con sus contoneos y su voz susurrante. Tuvo la fortuna de que se la presentaran y de invitarla a su reservado, donde le había hecho prometer un pronto regreso a Nueva Orleans, y él había aceptado; sí, señor. Claro que había aceptado.

Sonrió cuando el cochero giró a la derecha para entrar en el camino que conducía a la propiedad de la parroquia de West Feliciana que había comprado hacía siete años en la subasta de Baton Rouge, adónde se trasladó junto a su difunta esposa Catherine. Tras las iniciales reticencias, decidió seguir los consejos de su padre y emplear la herencia del tío Horatio en comprar la mansión Pemberton Hall y sus tierras, una construcción de estilo neogriego de dos plantas con grandes columnas dóricas flanqueando la entrada. Su primer dueño la acabó de construir en 1730 y aún se alzaba majestuosa sobre el río y el bayou que la rodeaba por el este.

Jacob llamó a la casa Beaumont Plantation Mansion, reformó algunas habitaciones, hizo colocar molduras nuevas en los frisos y una lámpara de araña de cristal en el salón, venida de Francia, como los muebles. Compró y alquiló a cientos de esclavos para talar árboles y maleza y dedicó buena parte de los dos mil acres al algodón, un

negocio lucrativo que llenó sus arcas sobre la sangre de los primeros que murieron trabajando en aquellas tierras.

Desde los primeros días de su llegada, Catherine le habló de inquietantes susurros bajo la gran cama con dosel y de las notas sueltas que salían del piano del vestíbulo. También le habló de un grito ahogado que creyó escuchar en el desván, habitación que no se había reformado aún, y él, divertido, preocupado con miles de asuntos, ignoró sus desvaríos y sus tardes en compañía de Hillary Mae, una de las esclavas de confianza que habían traído los padres de Jacob al mudarse desde su casa de Baton Rouge.

Jacob nunca supo que Catherine, aquel verano, se sentaba al atardecer a orillas del bayou que serpenteaba tras la mansión Beaumont, y que la vieja esclava le enseñaba canciones de la tierra africana de donde procedía. O eso creía la ingenua de Catherine, pues no eran canciones sino conjuros. Si Jacob hubiera podido entender el significado de aquellas palabras que la esclava hacía repetir a su esposa, cada vez más enferma, cada vez con las ojeras bajo sus ojos más pronunciadas y violáceas, se hubiera horrorizado. Pero vivía en la ignorancia y eso sería su perdición.

Pasaron los días y los años y Catherine perdía todos los hijos concebidos; sus ojos se fueron apagando, su pecho se iba hundiendo cada vez más y las sirvientas tuvieron que aumentar las visitas a su habitación para limpiar su escudilla de esputos sanguinolentos. Y mientras Catherine moría lentamente sin que los remedios del viejo doctor Blanks de Baton Rouge hicieran efecto, Hillary Mae permanecía al pie de su cama, rezando a los antiguos dioses de Haití quién sabe qué clase de plegarias.

Junto a su padre, Edward Phillip Beaumont y su hermano menor, Maximilien, Jacob empleaba cada vez más tiempo en las subastas de esclavos, organizando el trabajo de los campos y viajando para adquirir conocimientos y contactos, las bases de los negocios. En una de aquellas subastas adquirió a Harriet, a quien separó de su padre y sus hermanos. Max aún recordaba los gritos desgarrados de la muchacha cuando la compraron por novecientos dólares.

—¡Setecientos dólares! ¡*Sept cents dollars, monsieurs*! —El subastador, vendedor nato, vio en los ojos de Jacob el deseo por aquel bello ejemplar, así que le tentó señalando a *monsieur* Müller, un rollizo alemán que había estado pujando contra Jacob—: ¡Setecientos a la una, setecientos a las dos…!

—¡Novecientos! —Jacob alzó la mano y se quitó el sombrero limpiándose el sudor, nervioso.

—¡Novecientos dólares, *oh, la la!* ¡Vendida a *monsieur* Beaumont! —adjudicó, triunfante, el subastador.

Después vinieron los lamentos de Harriet al verse alejada de su familia, los reproches de Max, pero Jacob se encogía de hombros, indiferente ante el sufrimiento de aquel objeto que acababa de comprar. Porque Harriet, a partir de entonces, se convirtió en su propiedad, en un bien raíz. Así eran las cosas en el sur y así habían sido siempre.

Y un día, al despertar, se percató de que la piel del brazo de su esposa, apoyado sobre su pecho, había adquirido un extraño y pálido tono grisáceo. La acarició y sintió el turbador frío de la muerte. Desde aquel momento, el ánimo de Jacob se ensombreció, atormentado por la muerte de la dulce Catherine. Vendió a Hillary Mae y su corazón comenzó a destilar odio que se alimentaba con cada vaso de *bourbon* que descendía por su garganta.

Ahora, un año después, él también oía el sonido del piano en la madrugada y los parloteos incesantes bajo su cama en una lengua extraña que le hacían enloquecer. Y su madre, Camilla Marie Beaumont, perdía a menudo la paciencia con los esclavos domésticos y empezaba a perder también el pelo y los dientes, por lo que siempre llevaba sombrero o bonete en público y pedía a Mildred, la cocinera, que le hiciera sopas y cremas espesas que pudiera comer con facilidad. Su padre, Edward, un criollo que se había dedicado al negocio de la construcción, pasaba casi todo su tiempo recluido en sus habitaciones de la segunda planta, sumido en un extraño sopor que el médico no sabía explicar. Finalmente, diagnosticó una enfermedad de la corteza cerebral causada por la edad y le recetó un jarabe curalotodo.

Problemas, problemas y más problemas, y todos recaían sobre Jacob, que empezó a sentir devoción por la botella de *whiskey* que siempre encontraba lista y dispuesta sobre su cómoda. Ella le ayudaba a dormir, a olvidar su soledad, pero el dulce sabor del alcohol en sus labios ocultaba la sombra oscura que se cernía sobre él vencido en el lecho, respiraba su aliento y se alimentaba de su espíritu durmiente. Ocultaba la sombra que se sentaba en la mecedora y se inclinaba atrás y adelante, adelante y atrás, haciendo crujir el suelo de madera, enfriando la habitación, haciendo que se empañaran las ventanas hasta el amanecer.

El carruaje traqueteó en un bache del camino balanceando a sus

pasajeros y despertando a Harriet, que pudo ver las cabañas de troncos de los esclavos en el claro cercano a los campos de algodón, iluminadas sus puertas con antorchas encendidas, como el camino. La avenida de robles centenarios de donde colgaban elegantes cortinas de musgo español formaba un túnel que les recibió hasta alcanzar la casa grande.

Todo parecía tranquilo en aquella noche de verano: el amo llegando, la casa en orden, los esclavos durmiendo en sus cabañas… Pero en el sótano de la casa grande había tres hombres castigados por robar pan caliente de la cocina, por no trabajar al ritmo adecuado, por no obedecer las órdenes del capataz. Con los pies y las manos sujetos por el cepo, tumbados sobre el suelo, maldecían su suerte encerrados durante días en aquel lugar lleno de humedad que se colaba por las paredes y rezumaba como la sangre de sus tobillos heridos. En la oscuridad, con el frío de la noche calando sus huesos y envueltos en las sombras que la luna proyectaba por el pequeño ventanuco enrejado que daba al patio trasero de la casa, uno de ellos empezó a canturrear en voz baja: para alejar el miedo, para ahuyentar las pesadillas.

La mansión Beaumont se mostró ante Harriet como una prisión: con la boca que era su puerta abierta de par en par, dispuesta a tragársela, a masticar sus despojos para escupirla después. Porque eso era Harriet ahora: un despojo. Jacob la había ignorado durante todo el viaje, a excepción de cuando la obligó a quedarse en el coche mientras él tomaba un refrigerio en Baton Rouge con otros plantadores. El cochero se compadeció de ella y le ofreció unos cacahuetes que no pudo rechazar. Siempre comía con ansia, con prisa, con miedo de que esa fuera la última comida. Antes de ser vendida a la plantación Beaumont había pasado hambre; frío también, pero el hambre era algo que se quedaba agarrado en la memoria del estómago, como una rémora cruel.

El carruaje se detuvo en la entrada y fueron recibidos por Capitán, el sabueso de raza Foxhound de Jacob, que correteó bajando las escaleras del porche ladrando nervioso, agitando la cola, feliz de volver a ver a su amo. Vincent, el esclavo doméstico de mayor edad, iba detrás acompañado por un muchacho alto y escuálido de veinte años que había tomado como aprendiz.

—Las maletas, Antoine —le dijo Vincent señalando el equipaje del pescante —¿Ha ido bien el viaje, *master* Jacob? —preguntó recibiendo una inclinación de cabeza por toda respuesta—. *Madame* y *monsieur* Beaumont ya duermen en sus habitaciones… —continuaba diciendo el

criado, pero Jacob estaba dedicado a acariciar la cabeza de Capitán, que lo miraba con sus pequeños ojos llenos de admiración.

—Tiene una herida en la oreja, Vincent. ¿Qué ha ocurrido? —Jacob sostenía entre sus dedos una de las orejas largas y caídas del animal, que presentaba un corte reciente.

—Le mordió la mula vieja, *master*…

—Bien, pues sacrifícala.

Vincent cabeceó. Conocía al amo joven como si fuera su padre y, de hecho, a veces se comportaba como tal. Sus canas y su barba blanca le daban un aire beatífico que sus ojos transparentes corroboraban, pero su fondo era de fuego, no en vano había luchado en la batalla de Nueva Orleans y había visto la sangre y las vísceras y los mutilados por bayoneta. Tras la victoria sobre los ingleses se le había prometido como a tantos otros negros que sería libre, pero ni el amo Jacob ni el viejo amo Edward estaban por la labor. Burocracia, decían. Burocracia, volvían a repetir. Y así, pasaban los años y crecía su resignación. Guardaba, eso sí, las monedas que le habían dado como recompensa. No le alcanzaban para comprar su libertad, pero quizás sumando propinas a los dólares de plata que ya tenía en el forro de su almohada… Solo necesitaba que el Señor le diera los suficientes días en la tierra, así moriría en paz.

—Antoine —susurró el anciano criado—. Lleva a la mula vieja al bosque y déjala libre. —El muchacho abrió los ojos ante aquella palabra prohibida. Se dio media vuelta y corrió a los establos.

Harriet siguió los pasos de Jacob subiendo los cuatro escalones para entrar en la casa, majestuosa siempre, acogedora en ocasiones, pero en aquella hora tardía las lámparas de aceite que iluminaban el porche, la neblina y las sombras de las ramas de los robles le daban un aire fantasmal, más aun cuando el viento empezó a soplar y le trajo el aroma almizclado y pegajoso del musgo, persistente como su mala suerte.

En el gran vestíbulo donde se erguía imponente la escalera de caoba que conducía a las plantas superiores retorciéndose hasta la oscuridad, el amo fue recibido por cinco criados en formación.

—Comeré en mi habitación, Mildred —dijo Jacob. Y chasqueó los dedos para que Capitán lo siguiera. La cocinera asintió y se apresuró a preparar un plato con arroz, judías pintas y jamón, bien especiado como le gustaba al señor. De postre le llevaría pralinés de azúcar y nueces pacanas.

La fila de los criados se deshizo en cuanto Jacob subió la escalera y Harriet, que había permanecido tras él con la cabeza gacha y las manos ocupadas cargando su bolsa, bajó a la planta donde los esclavos domésticos tenían sus habitaciones. Dejó la bolsa de viaje sobre su cama y se apresuró a ir hacia la habitación de Constantine, que acababa de ser madre pero su hijo había muerto de fiebres al poco de nacer. La señora Beaumont, harta de sus lloros, decidió aprovechar su leche para que ejerciera de nodriza de los dos gemelos recién nacidos en la plantación. Su madre había muerto en el parto, desangrada; y el veterinario, Jeremiah Jackson, que atendía tanto al ganado como a los esclavos, cargó con los bebés bajo el brazo desde la cabaña donde habían nacido y los llevó a la casa grande. Tras obtener el permiso de Jacob y la señora, dejó a aquellos niños sin nombre en la cama de Constantine con los pequeños puños apretados y los labios amoratados. Para la esclava fueron una bendición.

Harriet entró en la habitación iluminada con una lámpara de aceite y encontró a su bebé en un canasto, con el pañal manchado. Constantine estaba dormida y roncaba suavemente abrazada los gemelos, un niño y una niña de brazos gordezuelos y piel color chocolate.

—Ya estoy aquí —dijo, zarandeándola con suavidad. Se dirigió al canasto donde Howie dormía, pero en cuanto sus manos rodearon el cuerpo del pequeño, su rostro moreno se encogió y comenzó a hacer pucheros que fueron aumentando hasta un llanto desconsolado que Harriet no lograba detener.

—Despertarás a todos… —Constantine bostezó y se desperezó incorporándose con cuidado de no molestar a los bebés—. Ve a la cocina y trae gachas de avena para este niño bueno… para mi Howie *babe*. —Alargó los brazos para que Harriet se lo entregara—. Dejé un cuenco escondido tras los botes de judías para que la señora no los viera porque desde ayer no tengo leche suficiente.

Harriet observó, confusa, cómo su hijo dejaba de llorar mientras Constantine lo acariciaba; cómo su mirada de amor no era para ella. Vio en su rostro de niño el mismo desprecio que le mostraba su padre, Jacob Beaumont.

—Sí, gachas para tu hijo y un poco de budín para mí. Sé buena, Harriet. —Se recostó junto a Howie, que apoyó su cabecita en su hombro y se quedó de nuevo dormido.

—Budín… —dijo Harriet en un susurro mientras la luz de la lámpara oscilaba por la corriente de aire que entraba por la puerta entreabierta.

—Budín de plátano —aclaró Constantine—. Pero como un gato estuvo paseando su hocico mientras Mildred lo dejó enfriar en la ventana, la señora lo tiró al suelo, lo pisoteó y le mandó hacer otro. ¿Qué te ha pasado en el ojo?

Harriet se imaginó al ama Camilla ensuciando sus zapatos inmaculados con el budín, aplastándolo con su desprecio habitual.

—Un mal golpe…

Constantine dibujó una mueca en su rostro cansado. Ya conocía aquella clase de moretones.

—El budín lo encontrarás en el cajón de las servilletas viejas, dentro de un paño limpio. Ahí no mira nunca.

Harriet asintió y salió de la habitación con los ojos húmedos, con el aroma de su pequeño aún en sus brazos. Subió las escaleras cercanas y camino de la cocina se detuvo en el vestíbulo, ahora solitario y con apenas dos lámparas encendidas debido a la hora tardía. Una de ellas iluminaba el retrato del antiguo propietario, el señor Pemberton, pintado al óleo. Mostraba a un hombre joven y bien parecido con el cabello peinado hacia atrás tumbado de medio lado sobre un sillón, apoyadas las manos sobre su sombrero de copa. Su mirada de ojos grises era altiva, desdeñosa, y Harriet siempre trataba de evitar cruzarse con ella. La sentía viva y no comprendía por qué los señores mantenían colgado aquel retrato tan antiguo sin ser familia ni antepasado cercano.

Al fondo, junto a la gran chimenea de repisa labrada, un piano de cola esperaba alguna ocasión festiva para ser tocado, pero desde la muerte de la señora languidecía cada vez más. Harriet caminó hasta el pie de la escalera, de la que un día cayó rodando. Aún tenía las marcas en su espalda pero, por fortuna, aquella caída la sacó de los campos y pasó a ser esclava doméstica. En la casa tenía mejor comida a su disposición y estaba a salvo de la lluvia y de las heridas que las plantas del algodón dejaban en sus manos.

En la penumbra, cada escalón de la escalera parecía brillar dándole la bienvenida, y el retrato del tío de Jacob, Horatio Beaumont, parecía observarla atentamente reprobando que estuviera ahí parada. Harriet retiró la vista de aquella escalera hipnotizante y siguió su camino con pasos apresurados, sin volver la vista hacia las sombras que la seguían. Cuando su figura se perdió tras la puerta de cristal que daba paso al resto de habitaciones del ala sur, el reloj de pared que presidía el vestíbulo detuvo la aguja del minutero. Media hora después, cuando Harriet regresó a su habitación cargando a su pequeño bebé, dormido y con el pulgar en la boca, la aguja retomó su recorrido. En lo alto de

la escalera, el último escalón crujió.

2

Llegó el domingo, luminoso desde el balcón de la habitación de Jacob, caluroso ya en aquella hora temprana. Desde su posición podía ver a Vincent junto a las magnolias del porche dando instrucciones a unas muchachas cargadas con cestos de ropa sucia. Los peones de los campos descansaban, pero en la casa grande siempre había mucha tarea por hacer antes del oficio dominical.

—Llama a Joe Coffin, Vincent —dijo alzando la voz e inclinándose sobre la barandilla—. Quiero verle en mi despacho.

Después de la muerte del capataz Connick en una reyerta en una taberna de Saint Francisville, Vincent le aconsejó que, mientras encontraba a alguien adecuado, empleara a Joe.

—Todos quieren ir a la plantación Hudson —se quejaba Vincent, contrariado—. La paga es mejor —añadió en un susurro.

Jacob lo sabía. Hudson había comprado más tierras y se estaba llevando a los mejores hombres disponibles. Los trabajadores blancos de la Beaumont Mansion eran paletos que solo sabían de fuerza bruta para tratar a los peones. Como supervisores eran los mejores, pero no podía emplear a ninguno para tareas de organización y manejo de los recursos de la finca.

—Además… está lo de la leyenda de la casa, señor.

—¿Leyenda? ¿Qué leyenda?

—La vieja historia del origen de la señora Pemberton…

—¡Tonterías! ¡Supersticiones de viejas, de negros y de indios! —exclamó Jacob perdiendo la paciencia—. ¡Tráeme a Joe!

Joe Coffin era un hombretón mulato de piel casi blanca y orejas de soplillo enmarcando un rostro aún joven, con hoyuelos en sus mejillas. Era de buen carácter, altura y porte y siempre tenía dispuesta una amplia sonrisa a pesar de que su alma siempre estaba encogida por el miedo. Sabía escribir un poco, leía de forma decente y estaba inscrito en las propiedades de Jacob con un valor de mil trescientos dólares. Se manejaba bien con la maquinaria y sabía reparar la recién adquirida desmotadora de algodón, tan necesaria para que la producción avanzara más rápido. No era usual emplear capataces mulatos ni negros, pero en aquellos momentos, antes de la cosecha y a falta de los consejos de su padre cada vez con la mente más alejada de este mundo, encerrado casi de forma permanente en su habitación y en su mutismo, Jacob confiaría en el buen ojo de Vincent.

—Estoy pensando en Daniels como supervisor jefe, *master*. No le tiembla el pulso para manejar el látigo; sólo espero que no de problemas a Joe Coffin.

—Veremos… Dale doble ración de comida y una paga extra por capturar al que se atreva a escapar.

—Así se hará, *master*.

—Dile a Joe que pase.

Inclinado sobre la mesa de su despacho, Jacob sostenía una pluma y señalaba uno de los libros abiertos con varias hileras de anotaciones.

—Bien, Joe…—comenzó diciendo y observando la abundante mata de pelo negro y rizado de aquel gigantón—. Quiero que me presentes un nuevo plan de trabajo antes de la cosecha. Que supervises el buen crecimiento de las plantas, que se quiten todas las malezas; que verifiques el estado de las semillas y registres la comida que se les da a los peones. Es una partida en la que se emplea demasiado dinero…

Joe se dio de bruces ante la mezquindad de su amo. Demasiado dinero en comida para los esclavos… Lo había dicho quizá sin saber de la harina con gorgojos que se les hacía llegar; del escaso maíz que se les facilitaba para comer, del kilo de tocino para toda una semana.

—Ya tengo un plan pensado, *master* Jacob —dijo Joe sacando del bolsillo de su camisa una cuartilla—, pero para la cosecha necesitaremos más mujeres. Sus dedos son más ágiles y bien podemos emplear en otras tareas a muchos hombres que no dan el peso necesario en su saco al final del día. También considero que hay muchos niños en el campo y no rinden igual, señor…

—¡Un negro que piensa! ¡Bienvenido sea! —exclamó Jacob sentándose en la silla y acariciándose la barbilla mientras observaba asombrado la letra de Joe. Su caligrafía era más elegante y pulida que la suya y aquel detalle le enfureció—. Bien, puedo vender a algunos niños y a las mujeres más viejas. ¡Incluso puedo vender a algunos hombres y comprar nuevos! ¿Qué te parece, Joe?

Él arrugó el ceño ante aquel tono burlón. Vender no era bueno; no, no lo era. Y no solo por la separación de las familias, sino porque las mujeres y los niños tenían un valor mucho más bajo en el mercado.

—Siempre es mejor la reubicación, *master*. Tal vez, si fuera posible disponer de veinte o treinta hombres jóvenes para que se unan a la cosecha, emplearé a los más ancianos en la reparación de las cercas, en el cuidado del ganado… —Joe empezó a dar vueltas a su sombrero tratando de comprender la extraña expresión que empezaba a adoptar

el rostro de su amo.

—Veremos, veremos… —Jacob se levantó y caminó hacia el gran ventanal abierto que traía los aires de los campos recién abonados—. Por cierto, antes de la cosecha quiero que te encargues de los cipreses caídos; de las obras del nuevo granero y las reformas en el desván. Creo que hay ratas y muchas tablas del suelo tienen carcoma.

—Pero no tenemos carpinteros cualificados, señor…

Jacob hizo una mueca, fastidiado. Le daría una oportunidad a Joe, solo una.

—Pues búscalos, Joe, búscalos.

Era hora de asistir al oficio que el padre Lowell impartía a las doce para los señores de la casa y algunos de los criados en la pequeña capilla de madera que Jacob había hecho construir junto al bayou. Se alzaba solitaria cerca del viejo cementerio donde unas lápidas grises y deslucidas mostraban los nombres de los miembros fallecidos de la antigua familia que residió en la plantación. Christopher Pemberton, María Pemberton y sus hijos Amanda y Charles yacían allí enterrados en sus tumbas cubiertas de polvo y hojarasca. Un poco más al este se encontraban las parcelas de entierro reservadas a los esclavos muertos, marcadas con simples guijarros: sin nombres, sin fechas.

Joe, vestido con su traje de los domingos y sentado en las escaleras de la iglesia, observó la llegada de Harriet, cabizbaja, ataviada con un *tignon* negro enmarcando su cara preciosa. La vio más delgada, algo cambiada desde su viaje a Nueva Orleans con el amo. Joe se quitó el sombrero cuando ella se detuvo a su lado, titubeante. De fondo, el pastor Lowell declamaba: *«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados…»*

Henry Lowell, pastor baptista itinerante y oriundo de Louisville, había insistido en que era bueno que los esclavos domésticos conocieran la palabra del señor. Enseñarles a leer o a escribir eran palabras mayores, pero al menos consideraba necesario que las enseñanzas de las Sagradas Escrituras penetraran en sus corazones salvajes. Jacob renegaba de ello pero no podía enfrentarse a la mirada beatífica del pastor, que anteponía la fe a sus deseos de amo y señor de la hacienda, por eso permitía que escucharan el oficio tras las ventanas, fuera de la pequeña iglesia.

—Señorita Harriet —así la llamaba Joe—. Señorita Harriet, ¿cómo ha estado? —le dijo con su voz profunda y melodiosa. La voz que ella

amaba oír cantar en las jornadas de trabajo, tan atrapante, tan varonil. Levantó la vista y allí lo tenía de nuevo, a su lado, con las manos grandes y las uñas limpias, dando vueltas a su sombrero negro. Respiró su aroma a piel recién enjabonada, al sudor nervioso por tenerla a su lado, pero tenía que irse, tenía que alejarse de él.

Al acabar el oficio, Jacob salió el primero de la pequeña iglesia junto a su anciana madre, que caminaba apoyada en un bastón, la cabeza inclinada, el rosario colgando de su pecho, el cabello blanco y el vestido negro, almidonado como su rictus. Harriet agachó la cabeza ante la torva mirada de Jacob, la que le nacía en las ocasiones en que la encontraba junto al recién nombrado capataz.

—Tengo que irme, Joe… —Y, sintiendo el nudo en el estómago y en la garganta, se alejó deprisa hacia la casa grande pasando junto a los huertos, junto a los corrales con cerdos y gallinas, junto a las mulas que pastaban por el camino, libres. Hoy era el día del baño del viejo amo y tenía mucho que hacer.

Caminó bajo los robles sintiendo la brisa del bayou enfriando el sudor de su frente y retiró la vista de aquellas aguas pantanosas que la atemorizaban cada día más, que se le aparecían en sueños, ahogándola, hundiéndola en sus lodos. Dos vacas que pastaban cerca de la orilla levantaron sus cabezas alzando sus cuernos puntiagudos. Le parecía que apuntaban hacia ella, alertándola, avisándola de algún peligro. Ella, como muchos, temía al Rougarou que habitaba bajo el agua, temía que sus garras la alcanzaran y nunca más despertara; al menos no en este mundo. Por eso aceleró el paso hacia la casa grande, también para alejarse del olor pútrido que se desprendía de los cipreses muertos tras el paso del huracán.

Encontró a Constantine en la cocina amamantando a Howie, cantándole en voz baja una canción africana. Martha y Lavinia pelaban patatas parloteando y riendo, pero callaron cuando vieron la cara de pocos amigos de Harriet. Desde su llegada de la ciudad, el pequeño seguía llorando cuando ella lo tomaba en brazos, cuando intentaba jugar con él, cuando le hablaba. En cambio, al volverlo a dejar con la nodriza, sonreía y gorjeaba, feliz. Harriet palpó el brazalete que le regaló Marie Laveau, reprimió las lágrimas, murmuró algo sin sentido y salió al porche. A su lado, una mecedora se balanceaba suavemente haciendo crujir las tablas de madera.

—¡Harriet! ¿Qué haces ahí parada? —Quien así hablaba era Camilla Beaumont, que señaló a su cabeza apuntando con el bastón, desaprobando su indolencia—. ¿Has olvidado que es la hora del baño del señor?

—No, *ma'am*. No lo he olvidado —dijo Harriet con las manos en

los bolsillos de su delantal—. Ahora iba a…

—¿Ahora ibas a qué? ¡A vaguear, como todos los de tu raza! —Camilla Marie Beaumont tocó las palmas y la empujó de malos modos hacia el interior. Harriet tropezó con el borde la alfombra y cayó de bruces.

—¡Pero qué torpeza! —exclamó de nuevo la señora alzando el bastón en el aire—. ¡Qué hemos hecho para tener sirvientes tan inútiles, señor!

La anciana dejó a Antoine ayudando a Harriet a levantarse del suelo, frotándose el labio herido que rezumaba gotas de sangre, y se alejó por el pasillo en dirección al salón, renegando por lo bajo, dispuesta a hacer penitencia si fuera necesario para que los próximos sirvientes de la casa fueran más eficientes. *¿Acaso pido tanto, Señor? ¿Me estás poniendo a prueba con estos salvajes, Dios mío?*

Antoine acompañó a Harriet al piso superior y le ayudó a desvestir al viejo amo Edward y a meterlo en la bañera ya preparada con agua caliente. Lo encontraron en su silla de ruedas, junto a la ventana, babeando y con la mirada perdida mientras murmuraba:

—Aariaaaa… Aaaaria Eeeembon —balbuceaba sin sentido, pero Antoine le animó a que vocalizara y repitiera sus palabras.

—No le entiendo, amo. ¿Necesita algo?

Antoine se inclinó hacia él y le pidió que repitiera sus palabras. Y así, agachado y tratando de entender, el anciano le cogió la cabeza apretándola con una fuerza inusitada en aquel cuerpo desmañado. Harriet, que preparaba la ropa limpia y las toallas, observó la escena y se llevó una mano a la boca, alarmada.

—¡Maríaaaaa! —gritó el amo Edward como si le fuera la vida en ello, como si fuera la última palabra que fuera a pronunciar. Por eso se aseguró de gritarla a las paredes—: ¡Maríaaaaaaaa!

Harriet corrió hacia ellos y trató sin éxito de separar la cabeza del joven de las manos del viejo amo, que la agarraba con fuerza. Los brazos le temblaban mientras intentaba separar aquellos dedos crueles de las sienes de Antoine y, en mitad del esfuerzo, una de las mangas de su vestido dejó al descubierto el brazalete de Marie Laveau.

—¡Suéltelo, amo; suéltelo!

Y el viejo amo, cuya mirada perdida quedó atrapada en aquella pulsera de colores, aflojó sus dedos y dejó libre al muchacho, que cayó hacia atrás, frotándose las sienes doloridas. Tenía náuseas y se sentía

enfermo; aún así, se levantó diciendo:

—Acabemos esto cuanto antes, Harriet.

Y entre los dos desnudaron al anciano, que se dejó hacer sin rechistar, mostrando la decadencia de su cuerpo y la fragilidad de sus músculos antaño fuertes como los robles de la entrada. Una vez dentro de la bañera, Harriet dio cuerda a la caja de música que estaba sobre la cómoda y Edward se quedó dormido.

—Ya sé a quién llamaba el viejo amo, Harriet.

—¿A quién?

—A María, la esposa del anterior propietario de la casa.

Harriet, que se había sentado en el borde la gran cama del amo viejo, preguntó:

—¿Y cómo sabes tú….?

—Su nombre está en el cementerio, en una de las lápidas junto a la de Chistopher Pemberton: «*María Pemberton. 1712-1800. Amada esposa y madre*».

Harriet se echó hacia atrás, admirando el papel pintado de las paredes con arabescos dorados, sintiendo la suavidad de la cobija de algodón.

—¿Quién te enseñó a leer, Antoine?

El joven se llevó el dedo índice a los labios y dijo:

—*Sshhh*… Chitón, Harriet. Los secretos son poder. ¿No es lo que dice siempre Vincent?

Ella sonrió. Mantener confidencias con otro sirviente de la casa era bueno. Nunca se sabía cuándo iba a necesitar un aliado.

Jacob invitó a almorzar al padre Lowell mientras con un gesto indicaba a Joe que se ocupara de uno de los esclavos del sótano que al parecer había muerto. El pastor aceptó gustoso la invitación pensando en el pastel de cangrejo que Mildred solía preparar los domingos, en el arroz con judías pintas con jamón, en las ostras frescas y en el budín de plátano. En la casa Beaumont se comía bien, sí señor. Y comer bien era importante: su barriga prominente así lo corroboraba.

Y mientras los señores se sentaban ante la ampulosa mesa con vajilla de porcelana y copas de cristal, varios esclavos cargaron el cuerpo de Jonathan, cuyos pulmones no habían resistido la humedad del sótano. Se lo llevaron de allí dejando a sus dos compañeros contemplando horrorizados su cuerpo rígido, sus ojos abiertos y

espantados ante la llegada de la muerte. Gabriel y Matthew, desnudos y sentados en el suelo entre restos de heces y pedazos de pan seco, empezaron a balancearse abrazados a sus rodillas, murmurando plegarias al Barón Samedi, el *loa* de la muerte, el único que podía aparecer sin ritual alguno.

Cuando la puerta del sótano se cerró, quedaron de nuevo envueltos en el frío que había dejado el cuerpo de Jonathan tras él y se miraron sabiendo que su espíritu aún estaba ahí con ellos, y que nunca descansaría en paz.

Enterraron al esclavo cerca del bayou, bajo el musgo colgante de un encino retorcido. Sin ataúd, sin lágrimas, en un agujero que había cavado Jim el cojo. Apenas siete hombres y dos mujeres lo acompañaron en un breve responso que pronunció uno de ellos, musitando por lo bajo unas palabras de recuerdo pensando en su propia muerte, tratando de no caer en la desesperación viendo su posible futuro. El de todos.

Cuando se alejaron para seguir con sus tareas, no se dieron cuenta de la niebla que ascendía del bayou y se posaba sobre la tumba de Jonathan, una niebla que osciló formando lo que un espectador avezado hubiera interpretado como una sonrisa en el aire. Jim el cojo había cavado el hoyo que acogió el cuerpo del difunto, pero ignoraba que el espíritu del Barón Samedi acompañaba los golpes de la azada, pues era el *loa* que visitaba las tumbas de los muertos, el que se llevaba sus espíritus al inframundo, el que descomponía sus cuerpos para que no volvieran a la vida como zombis sin voluntad.

Gabriel y Matthew, que imploraban la presencia del *loa* en la mansión Beaumont murmurando plegarias una y otra vez, olisquearon el aire viciado del sótano y sintieron su presencia envuelta en aroma de ron y humo de tabaco. Se miraron, asustados y complacidos, porque había atendido sus plegarias y aceptado las humildes ofrendas que le habían hecho: pan duro y cacahuetes que no habían comido y habían preferido acumular en un rincón. También le habían reservado un poco de licor de maíz que Jim el cojo les había hecho llegar a escondidas. Eran ofrendas vanas y escasas, pero quizás gustarían al Barón.

Mathew, que aspiraba complacido el aroma del tabaco que había aparecido de forma sorprendente en el sótano, empezó a reír, a carcajadas, y Gabriel le secundó. Reían y reían, famélicos y enfermos, con los pulmones dañados por la humedad y bajo la amenaza del *loa* de la muerte de llevarse sus almas. Pero rieron porque el Barón se sentó ante ellos mostrando su rostro de calavera, su sombrero de copa

ladeado, y les guiñó un ojo, o aquello que parecía un ojo dentro de sus cuencas vacías. Alargó una mano huesuda hacia el vaso con licor de maíz y bebió mientras los dos esclavos lo miraban con la boca abierta. Eructó y les regaló una sonrisa socarrona. Eso era bueno, porque se compadeció de ellos y alargando el hueso de su dedo índice tocó sus pechos hundidos y se los llevó.

El humo de su cigarro envolvió su figura ahora transformada en un cuervo. Agitó las alas y desapareció atravesando el ventanuco del sótano hacia la noche abierta.

3

Harriet empujó la silla de ruedas del viejo amo hasta el balcón de su habitación. Como sucedía en los últimos días, no había querido bajar a comer tras el baño. Y mientras el hombre dormitaba, cabeceando, ella contempló los campos y el sol poniéndose sobre el río. Vio al pequeño Billy, de seis años, caminando descalzo por el camino de robles, con los pantalones cortos deshilachados y su sombrero de paja ladeado.

El niño cargaba con un cubo de hojalata lleno de patatas, saltando y sorteando las piedras y ramas del camino. Tras él apareció una nube de polvo: el amo a caballo. Jacob había ido a cazar con el padre Lowell y el juez Vernon LaRoche, de la plantación vecina, y los tres lo rebasaron galopando hacia la casa con la escopeta al hombro, seguidos de los perros que ladraban anunciando su llegada.

Hacía calor y Jacob llevaba su chaqueta negra de montar, la camisa blanca desabrochada mostrando parte de su pecho bronceado y el sombrero sobre la espalda. De nuevo aquel pellizco en el estómago que Harriet odiaba, pues era el mismo que le provocaba Joe pero que seguía tratando de alejar de sí. No podía amarlo, no podía amar a nadie. Estaba maldita, así se lo dijo Hillary Mae cuando llegó a la casa, y maldita se quedaría por siempre. Hasta su propio hijo lloraba en su presencia, día tras día, sin entender por qué. Quizás debía dejar pasar el tiempo, confiar en el buen hacer de Constantine, que lo alimentaba y le daba su calor llevándolo de un lado a otro colgado de su pecho seguida de los otros pequeños que ya gateaban.

Harriet volvió a mirar a Jacob que, sintiéndose observado, levantó la cabeza hacia ella y sonrió al verla apoyada en la baranda, luciendo un vestido blanco y *tignon* azul sujetando sus cabellos rebeldes. Hoy la visitaría de nuevo en su habitación.

Desmontó y entregó las riendas de su caballo a Antoine mientras Vincent le entregaba una carta de su hermano Max, quien por fin se dignaba a dar señales de vida. Por el matasellos vio que la había enviado desde Saint Louis, Missouri. Se lo imaginó gastando su dinero en las ruinosas inversiones a las que era tan aficionado: publicar libros de autores desconocidos, invertir en periodicuchos de pueblo, donar dinero a escuelas para dotarlas de pizarras nuevas y libros venidos de Europa… Jacob suspiró. El inconsciente de Maximilien parecía no saber lo que costaba ganar el dinero que gastaba de forma tan alegre; parecía no conocer el temor a las malas cosechas y a las lluvias torrenciales que amenazaban con anegar los campos.

Desde que lo acompañó a la última subasta de esclavos y presenció la desgarrada separación de Harriet de su familia, decidió alejarse cada vez más de los asuntos de la plantación. Se limitó a revisar una vez por mes los números, revisar los pagos de impuestos y a delegar sus tareas en el capataz. Los gritos de la esclava ante aquella separación aún resonaban en su cabeza y se le repetían en sueños, impregnando sus pensamientos de dudas sobre de si el trato hacia los negros era cristiano; si era un trato justo. No habló con nadie acerca de aquellas ideas, pero nunca miraba a Harriet a los ojos y trataba de convencer a su hermano de rebajar los castigos a los esclavos díscolos. Pero Jacob no estaba de acuerdo y seguía empleando la mano dura y la vara firme, lo único a lo que le temían aquellos salvajes.

Tras el encierro de Matthew, Gabriel y Jonathan en el sótano, Maximilien decidió embarcarse en el vapor a Saint Louis con la excusa de comprar útiles nuevos para el campo. Hizo enviar las compras río abajo, visitó Kansas y Chicago donde conoció a varios jóvenes poetas en casa del editor del Chicago Chronicle y tuvo varios encuentros con norteños y seguidores de la causa abolicionista de Louisville. Entre vasos de ponche y conversaciones acerca del arte y la libertad, su alma sureña se transformó.

De pronto, unos gritos llamaron la atención de Harriet, que se inclinó más sobre la baranda del balcón para ver cómo el supervisor Daniels y cinco hombres salían a caballo hacia el campo del norte gritando y con las escopetas cargadas: «*¡Fuga, fuga, fuga!*».

Al parecer, dos esclavos, los últimos adquiridos, habían decidido correr hacia el bosque en aquella hora del atardecer en que la oscuridad dificultaría su búsqueda. Pero los perros, con Capitán a la cabeza, sabían qué tenían que buscar, qué rastro seguir, y les dieron alcance cuando se ocultaron tras unos grandes cipreses caídos entre la hojarasca. Uno de los esclavos se lanzó al pantano, donde comenzó a ahogarse y a sentir sus piernas atrapadas en el cieno que se movía bajo sus pies, cada vez más hundidos; cada vez más abajo. Y mientras braceaba, mientras era observado por sus perseguidores, que reían divertidos, su cuerpo se hundía cada vez más en aquellas aguas pantanosas que lo absorbieron hasta el fondo, hasta la negrura, hasta donde habitaban las serpientes oscuras del pantano.

Uno de los perros atrapó al otro fugitivo, mordiendo su pierna e impidiendo que huyera hasta que llegara el supervisor Daniels, que desmontó, apresó con las esposas a aquel desgraciado, las ató a un cabo y lo llevó a rastras hasta el roble de los castigos.

Jacob salió de la casa, preparado ya con el látigo y, mientras oía

lejanas las explicaciones de sus hombres que alumbraban la escena con teas encendidas, acarició el instrumento de castigo y se limpió el sudor que empezaba a nacer en su labio superior a pesar de que en aquella hora el relente de la noche había alejado cualquier rastro de calor.

—*Massa*, tenga piedad de mí, ¡tenga piedad de este pobre negro!

Capitán ladró y Jacob blandió el látigo y lo dejó caer con un chasquido seco sobre la espalda desnuda de aquel desgraciado. Una y nueve veces más. Diez latigazos que arañaron como zarpas la piel ahora sanguinolenta y ardiente.

—Así aprenderás —dijo Jacob lanzando el látigo al suelo, hastiado, colocándose bien el sombrero y dejando que Vincent desatara al prófugo.

Entre dos hombres lo llevaron a su cabaña y lo tendieron en el lecho, boca abajo. Mandaron llamar a Mammy Melania y ella acudió con uno de sus remedios de hierbas que calmarían el dolor de sus heridas.

—El demon… el dem…. —murmuraba el esclavo, agitándose envuelto en el pánico de la persecución.

—Descansa, Patrick Lewis, descansa y no hables ahora —le decía la mujer mientras limpiaba la sangre de su espalda y observaba la fea herida del mordisco del perro en su pierna.

—El demonio, Mammy Melania… El viento… —alcanzó a decir antes de desmayarse cuando ella le aplicó alcohol sobre las heridas—. El demonio está lleg… —repitió. Cerró los ojos y Melania pudo seguir sus curas sin ser molestada por la agitación y nerviosismo de Patrick. Pero mientras colocaba emplastos de hierbas que favorecerían la cicatrización, pensaba en aquellas palabras fruto del delirio, de la fiebre. *El demonio está lleg… Llegando, Melania, llegando…* quería decir Patrick Lewis mientras se abandonaba a la fiebre.

El demonio, en realidad, ya estaba en la casa.

4

Nueva Orleans

Aquella noche de domingo algunos negros libres y esclavos se congregaron en Congo Square. Por la mañana habían acudido a la misa del padre Pierre, pero al atardecer era el tiempo de los violines y el baile frenético a pesar de la prohibición municipal, a pesar de que podían ser detenidos. Desde hacía cinco años volvía a ser ilegal la danza callejera, pero algunos rompían las reglas y otros tenían el visto bueno de sus amos, gentes de mente abierta, gentes de bien de Nueva Orleans.

Bailaban sobre un pedazo de terreno donde años atrás se subastaban los negros venidos del Congo: los mejores, los que habían soportado las inclemencias del viaje en barco desde África. Sus mandíbulas eran examinadas, sus buenos dientes aprobados, sus músculos aceptados, su altura admirada. Eran comprados como quien compra caballos de carga, repartidos como naipes, unos con más o menos suerte según la plantación a donde fueran a parar.

Su terror, el miedo que arrastraban desde el horror de su captura, el arduo viaje y su incierto destino, estaban ahora grabados de forma indeleble en aquella tierra oscura donde los domingos bailaban sus descendientes, algunos libres, por fortuna, pero siempre bajo el yugo de los blancos; muchos esclavos, con su infortunio a cuestas, pero siempre bajo la esperanza de aquellas tardes de domingo en que gracias a la música, eran libres.

Había llovido y los chapoteos en los charcos, los arcos de los violines rasgando las cuerdas y los cánticos de hombres y mujeres en aquella esquina de la ciudad, atrajeron la mirada de un recién llegado, un negro de anchas espaldas y cintura estrecha que cargaba dos bolsas por todo equipaje. Acababa de desembarcar y aún sentía la tierra moviéndose bajo sus pies y las olas mecerse a su alrededor. Llegando a puerto, con las cúpulas de la catedral de Saint Louis frente a él y la luz especial que desprendía la ciudad al atardecer, sintió que ya estaba en casa. De nuevo Louisiana, de nuevo las ostras y el *gumbo* y la sopa de tortuga; de nuevo la tierra que le vio nacer, el gran río y los pantanos colmados de lodo y alimañas.

Había dejado atrás las verdes viñas de Pluckey en Inglaterra y se había enrolado en uno de los balleneros que estaban a punto de zarpar

del atestado puerto de Londres. Aceptó el escaso sueldo que le ofrecieron y se olvidó de la niebla espesa y la vieja Europa, que aquel domingo, poco más de un mes después de su partida, cubría los funerales del rey Jorge IV que ya se anunciaban en los teletipos de Nueva Orleans.

Se detuvo junto a unos barriles vacíos que hacían las veces de barra de bar y observó las danzas de sus hermanos marcando el ritmo con su pie derecho, animado. Escondió sus bolsas, una negra, de piel y asas deshilachadas; la otra de cuero marrón, entre unas cajas de fruta y aceptó el ron de caña que le ofrecieron, uno y otro trago, y otro más. Atraído por el son de los violines, por la pulsación de los tambores en su pecho, se descalzó y se unió al grupo de danzantes. Bailaron en círculo, golpeando el suelo de la ciudad con sus pies, como antaño sus antepasados danzaron en las hogueras de África.

Un pilluelo huérfano alojado en el almacén de un comerciante de *bourbon*, el conocido en el barrio como Ricky Rickets, asomó su cabeza pelirroja tras la esquina, vio las bolsas y estiró las asas de la más cercana para hacerla desaparecer del barril. Pocos después, el recién llegado a la ciudad miró a derecha e izquierda, tras los barriles, entre las cajas de fruta, entre los restos de desperdicios de la parte trasera de la taberna. Maldijo a los cielos y a los infiernos; maldijo a quien le había robado la bolsa negra de asas deshilachadas, semejantes a telarañas, a alas de murciélago. La bolsa del hedor, la del tesoro. La bolsa que había viajado desde el cementerio de Pluckley, que había pasado más de un mes en la bodega del barco Trinity, que había paseado por Puerto Príncipe y ahora llegaba a Nueva Orleans.

El hombre, a quien llamaban Thurgood Cane, entró en la taberna y pasó la noche bebiendo ron de caña y haciendo nuevos amigos entre los negros libres y los buscavidas para oír los chismes de la ciudad, para saber de aquí y de allá. Durmió entre unos toneles y al amanecer se dirigió a la Place D'Armes, allí donde hacía unos años habían ahorcado a su padre. Se colocó en el centro y cerró los ojos buscando el aliento de muerte, el aliento de vida, el aliento de inspiración.

—Padre, aquí estoy de nuevo…

Del río le llegó una leve brisa helada envuelta en brea que le animó a caminar hacia el prostíbulo de Madame Bonnet y sus chicas doradas. Más tarde afrontaría el hecho de haber perdido su encargo, asumiría las consecuencias. Y mientras era recibido por la vieja prostituta, dejando atrás el viento bochornoso procedente del puerto a sus espaldas, Ricky Rickets llevaba la bolsa de piel que había encontrado en Congo Square a la casa de Marie Laveau.

Ella charlaba gesticulando y sonriendo a las clientas de la

peluquería, damas de la alta sociedad de la ciudad que se ponían en manos de sus empleadas y luego pasaban a la trastienda donde las atendía, les vendía afeites especiales para embellecer sus cutis y pócimas para conquistar a sus amantes; también para casarse con hombres atractivos. El cabello era poderoso: sus hermosos peinados no solo atraían miradas sino que otorgaban fuerza y seguridad a las damas que los lucían. A cambio de esa confianza, de sus consejos de belleza, Marie obtenía de aquellas damas los chismes que corrían por la ciudad y el conocimiento de secretos que podía utilizar en su propio interés.

Ricky entró en la peluquería, atravesó corriendo el salón derribando unos cuencos preparados con tintura para cubrir las canas y llamó a la puerta de la trastienda. Tras él, una muchacha le preguntó:

—¿Se puede saber a dónde vas, chico?

—Quiero hablar con Marie, Mathilda Jean; déjame hablar con Marie, por favor… —El chico era muy conocido en el barrio y solía hacer recados a las muchachas de la peluquería.

—Tendrás que esperar. ¿Qué traes en esa bolsa?

Ricky la agarró con fuerza y negó con la cabeza. Solo hablaría con Marie.

Una hora más tarde, Marie Laveau despidió a la señora Rosedale con un abrazo. Esta llevaba en su bolso un grisgrís, una pócima para esposos poco complacientes y un brazalete de amor.

—¡Mi querido señor Rickets! —exclamó sonriendo cuando reparó en el pelirrojo dormido en el pequeño sillón junto a la ventana—. ¿Has comido hoy?

Él la miró soñoliento y, aun cuando se moría de hambre, primero necesitaba mostrarle aquello que contenía la bolsa encontrada en el callejón. Ella sabría qué hacer. Solo ella sabría qué hacer.

Mildred levantó ante sus ojos la tortuga mordedora que Aaron le había traído. Detrás de él, su gemelo Billy esperaba con el sombrero entre las manos, la cara sucia de hollín y los pies descalzos. La cocinera tocó la carne del animal y comprobó que tenía la grasa adecuada para que la sopa resultara sabrosa.

—¡Excelente, Aaron! —exclamó colocando la tortuga sobre la mesa de la cocina—. ¡Por lo menos pesa diez libras, tal y como te pedí!

Al niño le sonaron las tripas solo imaginando aquel sabroso plato que no podía osar pedir a riesgo de llevarse un golpe del cucharón de Mildred. La cocinera, siguiendo órdenes de la señora Camilla, preparaba los platos justos para la familia; los esclavos tenían sus raciones de comida aparte, escasas, como las raciones medidas del ganado. Pero aquel día tenía otros planes.

—Vuelve más tarde, pequeño. Vuelve y te daré un poco de sopa para tu abuela.

La anciana Mammy Melania llevaba un día en el lecho de su choza siendo atendida por sus nietos, Aaron y Billy, que le llevaban agua fresca del pozo e insistían en que tomara un poco de arroz, pero ella apartaba el cuenco con la mano y decía:

—Comeos mi ración, pequeños… Tenéis que crecer y ser fuertes.

El supervisor Daniels la había visitado en la mañana con el látigo enrollado en el cinto y su escopeta de pistón al hombro. Se había levantado de buen humor, así que al verla quejándose de dolores de espalda que impedían que se moviera de la cama, escupió en el suelo y aceptó que se quedara aquel día en la cabaña sin ir a trabajar.

—Esta semana tu asignación de comida será más escasa, Melania —dijo Daniels apuntándola con el dedo—. Quien no trabaja, no come.

La anciana, tumbada de lado sobre la tabla de madera que le hacía de lecho, en la única posición en que las intensas punzadas en el costado le eran más leves, asintió con una mueca en su rostro de piel agrietada por los años y el sol.

Cuando el hombre salió por la puerta, no sin dejar de escupir de nuevo sobre las tablas del suelo del porche, Melania acomodó su cuerpo boca arriba y con la mirada fija en el techo pensó en su nietos, en qué sería de ellos si quedaban huérfanos de nuevo. Con la venta de su madre a otra plantación habían quedado a su cargo, pero su espalda cansada, sus manos artríticas y el velo en sus ojos, empezaban

a jugarle malas pasadas. Los niños, de seis años, aún no eran lo bastante mayores para trabajar en el campo, pues debían esperar a cumplir los diez, así que al menos podía contar con ellos para ayudarle en las tareas que tenía que seguir haciendo como esclava al menos un tiempo más.

Tras el estridente sonido de la campana antes del amanecer, Melania se levantó soñolienta pero con menos dolores tras el emplasto que le colocó una de las jóvenes que vivía con ella en la cabaña. Billy y Aaron aún dormían.

Renqueando, se acercó a la mesa junto a la ventana y encontró sus calabazas ya preparadas para llevar la comida al campo. El bueno de Billy… Una contenía agua fresca y la otra una torta de pan de maíz cocido a las brasas del fuego de la noche anterior.

Melania ató las calabazas a su cintura, cogió su saco, se colocó un sombrero marrón de ala ancha y salió acompañada de tres muchachas hacia el campo, donde recogió algodón durante toda la mañana y hasta el atardecer, con los huesos molidos, con la nuca dolorida por el sol. Este, apiadándose, declinó indicando que era hora de regresar a su cabaña. Un día, tras otro, y otro más. Aquellas tierras se llevaban su vida y su vigor.

Se sentó en el porche, encendió su pipa de tabaco y apoyó la espalda en uno de los postes de madera viendo las dos sombras que corrían hacia ella. *Pobres niños*… No pudo evitar pensar en cómo estaría su hija, la madre de los muchachos. A menudo tenía pesadillas desde que la alejaron de ellos gritando y llorando; maldiciendo también a la casa y a los amos por esa separación. Por ello fue azotada y por ello la llevaron a Nueva Orleans donde fue vendida a una plantación de Virginia por ochocientos dólares.

El tratante examinó su rostro agarrándola de la mandíbula y moviéndola de derecha a izquierda. La miró de arriba a abajo, palpó las curvas de su cuerpo bajo aquel vestido gris y desgarbado y sonrió, complacido. *Buenas caderas, buenos pechos que se pagarán bien*… Mientras los billetes pasaban de mano en mano y ella era subida a un carro con otras mujeres, miró al cielo encapotado y deseó que una tormenta anegara la ciudad y el agua se los llevara a todos por delante. Ojalá todo acabara allí, en aquel instante en que veía pasar su vida entre el cielo gris, las cadenas que unían sus muñecas, sus lágrimas y el crujir de los billetes viejos que el tratante introducía en su cartera. Nunca más vería a su madre, ese era su destino. Nunca más vería a sus hijos, esa era su desgracia. Al menos, para calmar la pena que despedazaba su corazón, sintió sobre su rostro las primeras gotas

de lluvia que caían de los nubarrones que aparecieron por el este.

El traqueteo del carro la meció mientras salían de la ciudad por el camino del río. El Mississippi se mostró gris, como los ánimos de las ocho mujeres y los dos hombres que fueron conducidos como ganado hasta la plantación Jonas. Nuevas tierras, nuevo amos, nuevos soles cada mañana les esperaban antes de recolectar tabaco y azúcar hasta que su cuerpo dijera basta, hasta que sus brazos se doblegaran. El amo nuevo, sediento de dinero, quería su sudor: la tierra, ávida, quería su sangre y su sacrificio.

El pequeño Aaron le entregó a su abuela el cuenco aún caliente de la sopa de tortuga que la anciana recibió con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué lloras, abuela?

Ella no respondió. Aclaró el nudo en su garganta y se dispuso a disfrutar de aquel regalo que le enviaba la buena de Mildred, aunque apenas dio dos sorbos.

—Toma la sopa, hijo. Tómala…

Y Aaron recibió el cuenco y sorbió ruidosamente mirando de reojo a su hermano, que esperaba su ración.

Melania sonrió. La pasada noche había estado rezando frente a unas velas gastadas, pidiendo fortaleza para su hija donde fuera que estuviese y algo más de vida para ella, al menos hasta que los gemelos cumplieran los diez años. Cuatro años más de vida, había suplicado. Y las llamas se inclinaron hacia la derecha, concediendo el deseo.

Poco antes del amanecer, el señor Marcus, que vivía en la cabaña contigua, había llamado a su puerta gesticulando y diciendo que había visto un fantasma tras su ventana, un fantasma de ojos blancos y dientes negros. Con cuernos, que Jesús los protegiera a todos… Que había salido al porche y que con su tea había podido ver un hombre con cabeza de lobo paseándose tras los sauces. Que hubiera podido jurar que había salido del bayou, de entre los lodos, y que al llegar a la orilla se había sentado sobre un manto de hojas secas, había levantado las patas y una luz brillante había iluminado sus colmillos ensangrentados.

—¡El Rougarou, Mammy Melania! ¡Cierre bien las puertas!

—¡Válgame Dios y todos los demonios! —exclamó la anciana—. ¿Está seguro, señor Marcus; no habrá bebido demasiado licor de maíz?

El señor Marcus aseguró que era cierto; se despidió de ella colocándose bien los tirantes que sujetaban sus pantalones y regresó a

la cabaña donde vivía con su esposa y sus cuatro hijos pequeños. A pesar de la hora, salió al porche y tocó el banjo para ahuyentar a aquella criatura legendaria. No lo quería cerca de él ni de sus pequeños, que ya despertaban, divertidos ante la locura de su padre tocando en aquella hora intempestiva. Pero, alabado fuera el Señor, ¡no quería a un espíritu errante cerca de allí!

Melania cerró la puerta tras el señor Marcus y se echó sobre los hombros el viejo chal de cuadros desvaídos. Las manos empezaron a temblarle, y más aun cuando se acercó al lecho donde sus dos nietos dormían tranquilos y ajenos a aquella aparición que acechaba en la noche.

Se sentó en la pequeña y destartalada mesa junto a la ventana desde donde podía ver la casa grande. En aquella hora temprana pudo distinguir a lo lejos la luz encendida de las habitaciones de los ancianos señores, una luz parpadeante que se apagó de repente sumiendo a la casa de nuevo en la oscuridad. Aquel lugar no era feliz. Nadie en la plantación podía ser feliz cuando en la noche surgía la sombra del espíritu que vivía bajo las aguas y se paseaba exhalando su aliento frío. No era el Rougarou, no, señor. Era algo más humano, más terrible; pero no lo temía más que a las noches de tormenta ni a las serpientes, ni más que a los castigos del amo o del supervisor Daniels.

Las velas ante su rostro se inclinaron de nuevo hacia la derecha, confirmando que podría vivir un tiempo más, pero la anciana sabía que la vida de más era a cambio de una de menos. Pronto habría otra muerte en aquellas tierras, pero esperaba por Dios, la Virgen y Damballah, que no fuera ella. Sus muñecos de paja, juncos y hojas de maíz y la estrella que formaban las líneas de sus manos la protegían, pero aun así, necesitaba un hechizo más poderoso, uno de la tierra de sus antepasados haitianos: un *conjure* para venerar a Papa Legba y proteger a sus pequeños de la oscuridad que rondaba la Beaumont Plantation, la casa en otro tiempo llamada Pemberton Hall, antaño maldita, antaño sentenciada por un siglo de oscuridad.

Cerca de su cabaña, las aguas del bayou burbujearon y el bosque que se agazapaba a su alrededor agitó su vegetación despidiendo un efluvio fétido que serpenteó hasta la casa grande.

El nuevo día amaneció con niebla sobre las aguas pantanosas formando capas anaranjadas y brillantes que alejaron los miedos que habitan en la noche. El pequeño Billy ya se afanaba en barrer el porche entreteniéndose en los terrones de barro de las rendijas de las tablas. Desde su posición podía ver a su mapache, Cornelius, que observaba cómo realizaba sus tareas tumbado y con las patas colgando

sobre la rama de un ciprés. Desde que lo había salvado de las garras de un aligátor, el animal solía seguirlo de cerca, observándolo con sus ojos azabache, agradeciendo las frutillas que a veces dejaba a su alcance.

—Hoy mataremos un pollo —dijo Melania alzando la mirada hacia el sol de la mañana. Con los ojos cerrados sentía el calor sobre sus párpados. Al abrirlos, su vista se aclaró por unos instantes y pudo contemplar el rostro sucio de su nieto. Parecía haber llorado durante la noche.

—¿Hoy, abuela? ¡Hoy no es domingo! ¡Todavía nos queda algo de tocino! —exclamó Aaron—. Además, Mildred me ha dado un poco de café. Rebuscó en uno de sus bolsillos y le entregó a su abuela un puñado de granos molidos de achicoria.

Café de achicoria… hacía meses que no se preparaba una taza de aquella magnífica bebida que despertaba sus sentidos y curaba sus males de huesos. La providencia estaba de su lado.

—Esta noche mataremos un pollo; y no se hable más, Aaron.

Los niños sonrieron, felices, ante la perspectiva de semejante banquete. Pero primero tenían que ayudar a su abuela sacando malas hierbas del huerto, cortando leña y dando de comer a las gallinas, así ella no tendría que hacer esas tareas cuando regresara del campo. Sus dolores le impedían cosechar con la rapidez habitual, pero pensaba seguir haciéndolo hasta que el capataz le ordenara otra tarea. Temía que si la descubrían imposibilitada, la vendieran y la alejaran de sus pequeños; así que a pesar de su manos artríticas y su vista borrosa, recogería algodón hasta el anochecer, como las más jóvenes. Y en la medianoche saldría a recolectar raíces para el *conjure*, para el polvo mágico que honraría a Papa Legba y protegería su vida y la de los suyos. Ese pensamiento la animó e inició uno de los cantos de los esclavos alzando su voz al cielo como quien reza a los ciegos dioses.

Por la tarde, con el sol muriendo en el gran río y la luz del día apagándose, llegó la hora de pedir a los niños que le trajeran uno de los pollos más viejos. Cuando Aaron ya lo tenía sujetado por el cuello y se disponía a llevárselo a su abuela, oyeron los gritos procedentes de la casa grande y el casco de los caballos que pasaron al galope ante las cabañas en aquella dirección. Los gritos aumentaron y Melania salió al porche. Billy, que tenía entre sus manos un manojo de malas hierbas recién arrancadas de la tierra, la miró interrogante. Ella asintió y los niños dejaron sus tareas y corrieron hacia el patio de entrada donde pudieron ver a dos esclavas domésticas gritando ante la visión de William Mose, colgado de la rama de uno de los robles.

Jacob salió al porche limpiándose la boca con una servilleta blanca. Estaba cenando con sus padres y venían a importunarlos de aquella forma y en aquellas horas.

—No entiendo qué le ha podido pasar por la cabeza a este desgraciado —dijo el supervisor Daniels mientras descolgaba al difunto—. Hace solo dos días que comenzó a reparar el suelo del desván, se hirió en la espalda, ¡y ahora esto!

Jim el cojo le ayudó a llevarse el cadáver. Sabían que William era bebedor y que en ocasiones hablaba de luces y sombras extrañas que se le aparecían en la noche. Sabían que hablaba solo y que el primer día tras comenzar a desmontar las tablas viejas del ático empezó a beber más de lo habitual susurrando en voz baja *Azé*, *Azé*…

Azé… Brujería.

Lo enterraron esperanzados por sepultar también aquella palabra funesta que había pronunciado antes de morir.

Jacob resopló y volvió al salón para acabar su cena, pero la visión de William balanceándose colgado de la soga le había quitado todo el apetito. Lanzó la servilleta al suelo, se disculpó con su madre y subió a su habitación seguido de Capitán. Descolgó de la pared la pintura al óleo en la que Catherine aún parecía estar viva, la colocó en un rincón cubierta con un paño y se tumbó en la cama vestido, apoyando la cabeza en los mullidos almohadones. Tocó la campana de su mesilla y acto seguido Harriet llamó a su puerta cargada con toallas limpias, camino de las habitaciones de los ancianos señores.

—¿Qué desea, *master* Jacob? —Sus pisadas sobre el suelo de madera eran delicadas, como su voz.

—Me alegra verte, Harriet —dijo él, sonriendo e incorporándose—. ¿Pero qué haces ahí parada? ¡Sírveme un poco de *bourbon*! Y cierra la puerta, sé buena…

Ella dejó las toallas sobre una de las sillas y le sirvió uno de los vasos de cristal que estaban sobre una bandeja.

—¿Cómo está tu niño? He oído que pasó fiebres…

Ella asintió, de pie junto a aquella cama de roble con dosel, esperanzada de repente. Si Jacob preguntaba por el niño era que le importaba ni que fuera un poco. Sintió el orgullo en su pecho y dijo:

—Es un niño fuerte y se recuperó enseguida. Es muy listo y ya sabe…

Jacob no atendía a sus palabras y se limitó a mirarla de arriba

abajo reparando en su vestido gris, su delantal y *tignon* blancos, sus ojos grandes y aquella piel brillante que le volvía loco.

—Hoy te diste un baño… Te vi en el arroyo junto al maizal.

Harriet asintió. No sabía si era bueno, si era malo, si le parecía bien o no. Con Jacob nunca sabía a qué atenerse.

Y la llamó *Harriette* de nuevo, y estiró su falda hacia él haciendo que se inclinara para oler el aroma de agua de colonia que desprendía su cuello.

6

Una calavera con restos de cabello mohoso; granos de mostaza para las pócimas, la cabeza disecada de una cabra bicéfala… Marie iba colocando todos aquellos objetos sobre la mesa de su habitación atestada de infinidad de botes de ungüento, brazaletes y pequeños muñecos de tela y paja. Abrió un frasco forrado con piel de cocodrilo e introdujo un dedo que sacó cubierto de polvo gris. Sonrió. Tesoros, tesoros del mundo mágico para Marie Laveau.

—Tienes visita. —Mathilda Jean asomó la cabeza tras la puerta—. Es Thurgood Cane.

El hombretón se quitó el sombrero y agachó la cabeza para entrar en la habitación mágica de la Reina del Vudú, perfumada de sándalo y raíces exóticas. Su corpulenta figura se reflejó en el gran espejo de marco dorado que presidía la habitación, tras la hermosa mujer que lo recibía sonriente con un vaso de té frío entre las manos y un rosario enrollado en su muñeca.

—Thurgood Cane… Benditos los ojos. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

El hombre avanzó dos pasos y un simple vistazo a la mesa atestada le bastó para encontrar aquello que era suyo. Respiró aliviado y tomó asiento junto a ella, que le ofreció té y unos *beignets*.

—Dos vueltas al globo, Marie. ¿Christophe Louis ya te llevó al altar?

—Es mi esposo porque vivimos juntos —encendió un puro habano y añadió—: Las cosas están bien así.

Thurgood asintió pensando en su anterior marido, quien había desaparecido en misteriosas circunstancias.

—Testaruda, como siempre…

Ella se encogió de hombros, sonrió, formó una voluta de humo en el aire y dijo:

—Veo que te robaron, viejo… —Ella señaló los objetos mágicos uno a uno, sonriendo—. Has de tener más cuidado. Si caen en malas manos…

—Pero han llegado a ti, a pesar de todo. —Cane reparó en los siete nudos de su *tignon* rojo—. Al final conseguiste lo que querías, ser la Reina. ¿No hay nada imposible para Marie Laveau?

Ella rió y sus grandes pendientes de aro se balancearon, como lo

hicieron dos pequeñas cabezas disecadas de mono que colgaban junto a la ventana abierta. Contenían los males de algunos de sus pacientes, una vez transferido el mal del enfermo a aquellas testas disecadas.

—El polvo…—dijo Marie señalando el frasco de piel de cocodrilo.

—Del bueno, sí. Del mejor. —Y añadió—: De Puerto Príncipe, como ha de ser.

Poco después salió de la casa de la calle Saint Ann con el bolsillo lleno de billetes. Se detuvo bajo la sombra de los plataneros que cobijaban la casa y se hizo a un lado para dejar paso a dos mujeres que acudían cargando en los brazos a sus hijos enfermos. Marie les daría remedios y curaría sus males por menos dinero y más fortuna que el médico de la calle Dumaine. Estaban seguras de que sus poderes de sacerdotisa vudú harían el milagro, que sus pócimas eran mejores que las medicinas recién llegadas de Europa. Thurgood, por su parte, sabía que su compasión con los pobres y sus relaciones con los ricos le otorgarían el gobierno en la sombra de la ciudad.

Cane volvió a palpar su bolsillo, satisfecho: Marie Laveau pagaba bien los objetos mágicos que él traía de sus viajes alrededor del mundo, y en especial aquel polvo gris con el poder de los dioses en su interior.

3. Y EN SU REMOLINO HABÍA UNA TUMBA

1

Plantación Beaumont, septiembre de 1830

Las vainas del algodón se abrieron indicando que en unos días comenzaría la cosecha. Jacob andaba nervioso de aquí para allá dando órdenes a todo el que se le pusiera delante; nada parecía estar a su gusto, ni nadie era lo suficientemente bueno. Mandó azotar a dos esclavos y castigó a varios niños encerrándolos en el granero durante toda la noche. No iba a tolerar desmanes ni peleas entre aquellos mocosos. De todos modos, estaba decidido a vender algunos, ya que el señor McAllister, tratante de Natchez, pronto vendría a por un lote.

Después de comer, Antoine bajó al amo Edward y lo paseó por el jardín, donde Jim el cojo podaba setos y abonaba orquídeas y jacintos. No era bueno que el anciano pasara el día encerrado en su habitación mirando por la ventana, así que, a pesar de sus quejumbrosos balbuceos, lo situó con la silla vuelta hacia el paseo de robles entrelazados, junto a una mata de lirios. Antoine se quedó a su lado, tieso y embobado con una de las jóvenes sirvientas que pasó junto a ellos canturreando camino al lavadero y cargada con un cesto repleto de ropa blanca haciendo equilibrios en su cabeza.

Jacob salió de las caballerizas, se sentó en las escaleras del porche envuelto en el aroma de las magnolias que lo rodeaban y se encendió un habano. Joe atravesó cabalgando el patio, se tocó el ala del sombrero a modo de saludo y siguió su camino hacia los huertos. Cuando el amo estaba sentado en las escaleras significaba que no estaba de humor; bien lo sabía él.

Capitán se sentó a su lado, apoyó el hocico en su muslo izquierdo y buscó su mano para ser acariciado. El contacto con el pelaje suave del animal le hizo sentir mejor. *Maman* estaba en Baton Rouge comprando ropa de cama nueva; Max estaba a punto de llegar de su viaje y traería a la tía Fionnula y a la prima Clarisse con él.

—¿Un poco de té dulce con *bourbon*, amo? —preguntó Vincent, que salió al porche apoyándose en su bastón. Empezaba a necesitarlo para caminar deprisa y disimular su cojera fruto de los dedos de los pies que le faltaban.

Jacob asintió y dirigió su mirada a los robles y al musgo que se columpiaba mecido por la brisa. Se echó hacia atrás el cabello castaño, demasiado largo según *maman*, y sintió un nudo en la garganta al ver a Antoine acercarse al porche empujando la silla de su

padre, que inclinaba la cabeza sobre su pecho, vencido y alejado del mundo que le rodeaba.

El viejo criado se sintió conmovido por la triste expresión de aquel hijo contemplando la senectud de su padre; del viejo amo que cada día languidecía más. El doctor le había atendido del último mal aire que le había afectado a la parte derecha de la cara, paralizándola, por lo que era dificultoso para Harriet darle de comer. Harriet… No la había visto en toda la mañana. ¿Dónde andaría la condenada muchacha?

—Enseguida os traigo el té, *master*. Os sentará bien.

Jacob se levantó y acercó un pañuelo a la boca de su padre para limpiarle las babas. Miró a un lado y al otro sin ver más que sombras que se movían atareadas cargando leña y aperos de labranza. Vio tareas por hacer y demasiado que esperar de él, cansado y decepcionado con todo lo que le rodeaba.

Con el vaso de té dulce en las manos, con el sabor del toque de *bourbon* en su garganta, decidió volver a Nueva Orleans y no dejar pasar más tiempo para reencontrarse con la bella Ruby, la de la cadera insinuante y la voz melodiosa.

—¡Vincent! —llamó. Y el viejo criado recibió sus órdenes para la inmediata partida al amanecer.

En el campo de algodón, los supervisores a caballo daban gritos a los acalorados esclavos que se afanaban en la recolecta cargados con sus cestos y bolsas, sudorosos, envueltos en aquel ambiente pegajoso que hacía aún más dura su tarea. Jacob cabalgaba tras ellos, atraído por las canciones de los negros. La música les libraba de la monotonía, les alejaba de sus afligidos pensamientos. A veces, incluso, eran un código entre ellos.

—*Master he be a hard hard man*… —cantaba el solista, un negro llamado Oliver. Y el coro de esclavos respondía:

—*Hoe Emma, hoe*…

—*Sell my people away from me*…

—*Hoe Emma, Hoe*[1]…

Jacob condujo a su caballo hacia la linde que separaba el campo del bosque con la voz grave y melodiosa de Oliver sobrevolando la plantación. Escuálido y tuerto de un ojo, le había costado seiscientos dólares y trabajaba incansable de sol a sol sin caer nunca enfermo.

—*Lord send my people into Egypt land*…

—*Hoe Emma, Hoe*…

Apremió su caballo cuando vio que uno de los supervisores sacaba el látigo y azotaba a una mujer tirada en el suelo, gritando y agarrándose con desesperación la abultada barriga.

—¡Tira toda su carga de algodón al suelo y ahora la desgraciada se pone a parir! —gritó Daniels a Jacob en cuanto se detuvo a su lado.

Betty Lee se debatía entre los dolores del parto manchando de sangre todas las flores de algodón que había recogido con tanto esfuerzo y ahora se desparramaban sobre la tierra húmeda. Melania, a su lado, trataba de ayudarla poniendo las que no se habían ensuciado en su saco a medio llenar.

—Que la lleven a su cabaña, Daniels —dijo Jacob—. Y mañana que vuelva al trabajo. —Miró a su alrededor dándose cuenta del espectáculo que se había formado y de que varios trabajadores habían detenido su tarea para mirar cómo dos esclavos se llevaban en una carreta a Betty, que gemía y respiraba con dificultad—. ¡Qué estáis mirando, holgazanes! ¡Todos a trabajar!

La anciana Melania se quedó sujetando el saco de la joven esperando instrucciones del supervisor.

—¡Veo que hoy superarás tu récord a la hora de la pesada, mujer! —dijo riendo y señalando los dos sacos. Unos ladridos hacia el sur llamaron su atención—: ¡Señor, alguien se escapa! —alertó al observar cómo se agitaban los espesos matorrales que daban paso al bosque y al pantano.

Jacob se colocó bien el sombrero y salió al galope. Joe, el capataz, se acercó a Oliver y gritó:

—¡Canta, Oliver, no dejes de cantar!

Azotó el flanco de su caballo y lo espoleó hacia el otro extremo del campo tratando de alcanzar al amo y a Daniels mientras se oía de nuevo la voz clara de aquel esclavo cantando a la tierra, a sus hermanos, a la soledad y a aquel cielo azul cerúleo que caía sobre sus almas pesarosas mientras llenaban sus sacos de hermosas flores de algodón.

Después de la cena y el castigo al fugado, Jacob cerró los libros de cuentas y sacó cien dólares de plata de la caja fuerte que tenía detrás de un grabado del bayou Manchac.

—Será un viaje corto, *maman*. —Camilla se cruzó de brazos con la

mirada llena de reproches—. Tengo que ultimar unos negocios que se quedaron pendientes en mi último viaje.

Ella le colocó bien la corbata, le alisó el chaleco. Jacob vio sus ojos acuosos que parecían perder agudeza y reparó en un hilo suelto del bonete bordado en seda que cubría su cabeza y estaba anudado a su cuello.

—Supongo que no te llevarás a esa criada de nuevo…

—No, madre.

Y ella esbozó una ligera sonrisa, algo torpe, a la que su boca estaba poco acostumbrada a dibujar. Su día en Baton Rouge había sido provechoso tratando de organizar una fiesta en la que esperaba que asistieran varias jóvenes. Su hijo necesitaba una esposa pronto, por su bien. Por el bien de la casa Beaumont.

Harriet observó su partida desde la ventana de la cocina, recordando meses atrás cuando él le pidió que la acompañara a *ver mundo*, como le había dicho, divertido. Ahora la ciudad, su luz, sus balcones de hierro forjado y sus casas de colores, se le antojaban bruma. La rutina del día a día le estaba haciendo olvidar que en la Ciudad Creciente ansió la libertad de aquellas mujeres que danzaban con la Reina del Vudú, que vivían libres, sin amo. El grisgrís, el amuleto que le había dado Marie Laveau, parecía salvaguardarla de las iras de Jacob, quien mantenía su agrio carácter a raya y no había vuelto a utilizar la vara con ella. Estaba segura de que el grisgrís también protegía al pequeño Howie.

—Que no lo vea, Harriet; que no vea al niño —le había aconsejado Constantine sentada junto a la cocina de carbón mientras daba el pecho a los gemelos—. Si lo mantenemos fuera de su vista se olvidará de él y no le vendrán ganas de vender a esta monada —dijo apretando los mullidos mofletes de la criatura. Howie, que ya contaba ocho meses y gateaba de un lado al otro de la cocina, se detuvo alzando sus brazos hacia ella.

—¿Cómo está mi Howie, mi Howie *babe*?

—¡*Oín*, *Oín*! —repetía el niño llamando a mammy Constantine.

Harriet, que apenas oía balbuceantes *ma-ma* de su pequeño, comprobó asombrada que trataba de llamar por su nombre a la nodriza. Howie era listo, sí —pensó con orgullo—, como lo había sido su abuelo. El recuerdo de su padre, algo desvaído por el tiempo, volvió a ella humedeciendo sus ojos cansados.

La nodriza seguía dando el pecho a los bebés y parloteando:

—Además, el trajín de la cosecha no es momento para ventas de lotes de esclavos, hermana.

—¿De verdad lo crees así?

La mujer asintió mientras entregaba a uno de los bebés a Harriet para que lo colocara dentro del cesto que tenía a sus pies.

—A no ser que…

Mildred entró en la cocina e indicó a Harriet que la ayudara a cerrar los botes de mermelada que tenía dispuestos en la mesa.

—¿A no ser que… ? —Harriet temía la respuesta.

—A no ser que al amo le haga falta el dinero. He oído que los campos del río están hipotecados, que ha derrochado mucho dinero en Nueva Orleans.

Harriet dejó caer uno de los botes de mermelada manchándose los bajos de su vestido de cuadros azules.

—¡Pero qué haces, tonta! —exclamó Mildred llevándose las manos a la cabeza—. ¡La señora Beaumont ha contado los botes y si falta uno me azotará! ¡Sal, sal de mi cocina! —dijo de malos modos empujando a Harriet, que cogió en brazos a su hijo y corrió a su habitación. Se quitó el vestido y lo dejó tirado en el suelo. La mancha de mermelada se le antojó sangre: sangre derramada de un inocente.

SIntió un escalofrío, parpadeó y volvió la cabeza hacia el armario de la habitación. La puerta estaba entreabierta. Sus escasas pertenencias estaban revueltas y el grisgrís que había guardado entre un chal viejo de lana y un *tignon* blanco, había desaparecido.

2

Nueva Orleans

En Baton Rouge, Jacob se encontró con su amigo Joseph Pynchon, amo de una plantación de azúcar que le acompañaría a la capital y se uniría a él en el baile de máscaras del Saint Phillips Theater. Los sesenta años de Joseph no eran problema para participar en aquel baile ni, por supuesto, en las largas partidas de naipes. El trabajo en el campo, los quehaceres diarios, y los libros llenos de largas cuentas día tras día hacían que las escapadas a Nueva Orleans fueran un alivio, un acicate.

Cuando llegaron a la ciudad y visitaron a *monsieur* Dumont, este les informó que Ruby ya había encontrado esposo y se había marchado a París de luna de miel. Jacob escuchó la noticia no sin fastidio, renegando en sus adentros de la veleidad de la muchacha.

—Una mujer más o menos, ¡qué más dará! ¡Quizás esta noche encontréis lo que buscáis! —exclamó Dumont dándole palmadas en la espalda, tratando de animar a su amigo. El anciano Pynchon, sentado a su lado, carraspeó frotándose la barriga.

—¡Oh, *monsieur*, veo que venís hambriento del campo! Mi criada ha preparado *jambalaya*, si gustáis. —Todos se levantaron y caminaron hacia el comedor. Cediéndole el paso, Dumont preguntó—: ¿*Madame* Pynchon sigue enferma?

Horas más tarde, bailaron en el gran salón del Saint Phillips Theater contradanzas francesas e inglesas. Jacob se tropezaba de vez en cuando, ya que sus andares de campo y su torpeza innata no podían disimularse mucho tiempo. La señorita que le había sido adjudicada, Davinia Montclair, le sonreía con sus dientes blancos y hermosos bajo unos labios pintados con carmín brillante. Reía con una risa infantil que le molestaba, como lo hacía la abundante iluminación de lámparas colgantes de bronce y cristal. A pesar de su belleza, aquella dama cuarterona con la que bailaba le aburría, y los naipes cercanos le seducían mucho más que sus rizos color chocolate y su sonrisa estúpida.

Aprovechó que Davinia se retiró al baño con otras damas para retocar sus afeites y buscó con la mirada a algún salvador masculino, pues *monsieur* Pynchon ultimaba negocios con unos comerciantes

españoles. Por fortuna, vio que Jacques LeBlanch le estaba haciendo señas para que se sentara en su mesa justo cuando la orquesta hacía un descanso, pues llevaban tocando más de tres horas de aquel baile que podía llegar a durar hasta doce. LeBlanch le indicó que se sentara en una silla que había quedado vacía.

—Agotador, ¿verdad *mon ami*? —dijo riendo y chasqueando los dedos para llamar a un camarero.

Monsieur LeBlanch, recién llegado de ultramar, ansiaba gastarse las monedas de plata que traía de Europa. Buscaba mujer también, así que Jacob y él, tras la partida, se dirigieron al reservado de *monsieur* Dumont, quien tenía a su disposición a tres mulatas de piel tan clara que bien hubieran pasado por blancas. Tenían clase y eran bellas como diosas: altas, espigadas, adornados sus cuerpos con vestidos de corte moderno recién llegados de Francia. LeBlanch se frotó las manos, animado.

Era hora de un casamiento provechoso, pensaba Jacob Beaumont mirando a aquellas bellezas, pero sabía que no podía llevarlo a cabo con ninguna de aquellas alegres damas al ser cuarteronas, mujeres con un cuarto de sangre negra destinadas a ser concubinas, nunca legítimas esposas. En otro momento hubiera considerado mantener a una muchacha de aquella clase en una casa en Nueva Orleans, pero su situación económica no le permitía ese gasto, no ahora. Aun así, era cierto que tras enviudar necesitaba otra esposa: *maman* no cesaba en su empeño de repetírselo cada mañana en el desayuno.

—*Tu dois épouser!* —exclamaba sirviéndole más azúcar en su taza, insistiendo en que comiera más pan con mantequilla. Temía por la soledad de su hijo y odiaba que se acercara a la negra Harriet, aquella esclava a quien visitaba con frecuencia y que le había dado un hijo. Esperaba que pronto se deshiciera de él. Los niños rollizos y mofletudos como aquél se vendían a buen precio.

La señora Camilla había entrado a husmear en varias ocasiones en el cuarto de Harriet buscando joyas caras que Jacob hubiera podido regalarle, pero solo encontró viejos vestidos de Catherine. Conocía bien la locura en la que podían caer los hombres, pues su propio esposo Edward había tenido algún amorío con las esclavas a su servicio; por eso le odió siempre y le odiaría hasta su muerte. Por eso Dios le estaba castigando ahora, manteniéndolo atado a aquella silla; ajeno al mundo, ajeno a él mismo.

Revisó cajones y observó la limpia y ordenada habitación. Olía a algo que no sabía definir. A romero, a ceniza… Secó con el dedo índice el sudor que apareció en su labio superior, molesta, y se colocó bien el camafeo que adornaba el cuello alto de su vestido. Su rostro

severo olisqueó en el aire acercándose a la cama cubierta con una colcha de color crudo, de algodón basto. No sabía definirlo pero allí olía a algo extraño que no le gustaba nada. Solo esperaba que Harriet no se atreviera a ocultar ningún símbolo de idolatría a la que eran tan proclives los esclavos en sus horas libres. Solo esperaba que no osara invocar a sus espíritus africanos dentro de la casa. Confiaba en el padre Lowell y en las charlas que daba a aquellos salvajes, pero aun así… Aun así…

Jacob, LeBlanch y *monsieur* Pynchon volvieron a una de las mesas de juego y se acomodaron pidiendo una botella de vino francés. Barajando cartas de póker hablaron de la tonelada y media de algodón que esperaban cosechar por cada acre de su propiedad, de la revolución del pasado mes de julio contra Carlos X en Francia que alzó en el trono a Luis Felipe I y de algunos negocios en el puerto que LeBlanch tenía en mente. Comentaron también los problemas con algunos esclavos de la plantación de Pynchon que habían sido azotados por practicar el vudú. Su capataz había encontrado en sus cabañas diversas muñecas de tela y paja que el pastor de su comunidad había calificado como abominaciones, por eso el castigo había sido ejemplar. Uno de los esclavos murió días después tras tratar de escapar: los perros que lo atraparon no tuvieron piedad.

—Una escena desagradable… —cabeceó Pynchon mientras LeBlanch asentía, comprensivo. Para suavizar el tema de conversación este comenzó a hablarles de su socio *monsieur* Francisco de la Cruz, un comerciante de bordados y telas finas de España que le había escrito hablándole de su hija casadera. Estaba deseando esposarla con un hombre digno y además alejarla de la influencia de un desequilibrado irlandés que la acosaba con inquietantes cartas que contenían pequeños fragmentos de huesos y dientes de conejo.

—Quizás te convendría una muchacha así, Beaumont. Joven, inexperta, extranjera… —dijo Pynchon—. ¿Qué me dices? ¡Oh, escalera de color!

Jacob había perdido de nuevo, pero no le preocupó y sopesó por unos instantes la idea que le proponía LeBlanch. Dieciocho años, huérfana de madre, bien educada, inocente y con un padre con una gran fortuna. ¿Por qué no?

—Medita la idea, Beaumont, medítala bien. Puedo escribir a *monsieur* de la Cruz mañana mismo si así lo consideras. ¡Pero ya basta de negocios! —LeBlanch chasqueó los dedos y un mozo se acercó. Le susurró al oído y al momento el muchacho regresó con unas copas de cristal abombadas en su base donde se distinguía una bebida de color

esmeralda que sorprendió a Jacob.

—*Hada verde*, Beaumont. Hada verde de Europa… —Apoyada en las copas de cristal, una cucharilla con perforaciones sostenía un terrón de azúcar. Antes de que Jacob volviera a preguntar, el camarero trajo una jarra de agua fría con la que LeBlanch rebajó su bebida e indicó a Jacob que hiciera lo mismo.

—A tu gusto, Beaumont. Verás qué experiencia…

Y Jacob, observando admirado el tono ahora lechoso de aquella preparación, bebió de su copa de absenta.

Salió del Saint Phillips Theater mientras despuntaba el amanecer; para él todo era luz dorada y esmeralda. Observó divertido la discusión de dos hombres blancos que se habían disputado el baile de una dama y que se citaban en Los Robles, el lugar preferido para los *affaires d'honneur*, de donde a menudo solo uno de ellos saldría vivo.

Caminó a paso animado hasta su hotel para dormir un par de horas antes de visitar al agente de seguros, pues debía renovar la póliza que aseguraba sus esclavos y ampliar el seguro de la casa, ya que las nuevas obras en la construcción así lo requerían. Además, el último e inesperado incendio en una plantación de Baton Rouge le obligaba a ello.

Muy cerca de la casa del agente, en Royal Street, se cruzó con una mujer de su misma altura, mulata bella y con aires altivos, como a él le gustaban. De su mano iba una niña de unos dos años, vestida a juego con su madre. La mirada de Marie Laveau penetró en los ojos aún soñolientos de Jacob, que pudo percibir el aroma a perfume e incienso que desprendía el vestido de la mujer y sonrió llevándose la mano a su sombrero, galante.

El plantador…, pensó Marie reconociendo a Jacob. El plantador de Saint Francisville, el amo de la desdichada Harriet. Su rostro se le había aparecido en sueños surgiendo del bayou Manchac, cerca de la cabaña de Mammy Blue, una antigua reina del vudú que se ocultaba desde hacía varios años en la zona más profunda y escondida del pantano. En aquellos sueños extraños, la cabeza de Jacob Beaumont surgía de entre las aguas negras con los ojos cerrados, con el cuero cabelludo rebanado como si hubiera sido víctima del asalto de un indio *choctaw*. Beaumont, o más concretamente la cabeza de Beaumont, flotaba entre lo que parecía sangre y lodo y peces muertos. Era un sueño negro, oscuro, con sonidos de tambor de fondo, bajo los lodos del bayou. Y eso era un mal presagio.

3

Saint Louis, Missouri

Maximilien Beaumont y la tía Fionnula, viuda de uno de los hermanos de su padre, embarcaron en el Zebulon Pike II a las ocho en punto tras perder la cuenta de todos los barcos que se hallaban en el dique; tal vez más de cien. Cruzando la pasarela, tras Fionnula, caminaba ceñuda su hija Clarisse contemplando el atestado puerto. Sostenía un paraguas azul a juego con su vestido de mangas abombadas y suspiraba previendo los aburridos días en la plantación.

Max dejó a su tía y a su prima en uno de los camarotes de la cubierta de calderas donde se encontraban el salón principal y las mejores cabinas y se encaminó hacia el suyo observando las abundantes escupideras para los varones: una cada seis pies.

Instalado en su cabina, Max se quitó el sombrero, se sentó en la cama, dio algunos botes comprobando si el colchón era de su agrado y se dirigió al espejo para contemplar su traje nuevo: gris, de buen corte. Resaltaba sus hombros anchos y su altura, mayor que la de Jacob. Con camisa de chorreras, chaleco negro y corbata de lazo a juego, mostraba al mundo el caballero sureño, elegante y refinado que era. Se echó hacia atrás la abundante mata de pelo rubio y se dispuso a revisar el contenido de una de sus maletas donde guardaba diez libros que había adquirido en su viaje por Missouri, Indiana y Kentucky. Entre ellos seleccionó uno que había comprado en Louisville: *Tamerlán y otros poemas*. Lo firmaba «un bostoniano»; sin nombre, sin apellidos, y el librero prácticamente se lo había regalado.

—Son poemas de juventud, señor, y el libro está usado e impreso en papel barato y con una encuadernación pobre… —le había dicho el vendedor, parapetado tras un monóculo y mientras ordenaba y revisaba el buen estado de una remesa de libros que acababa de recibir de Inglaterra—. Si el autor no se atrevió a firmarlos con su nombre lo más probable es que se trate de algún joven pretencioso que no querrá revelar a su familia a qué dedica su tiempo más que a imitar de forma pobre a Lord Byron—. El librero retiró el monóculo de su ojo derecho y continuó diciendo—: Algún poema es salvable, eso sí… —Pasó las páginas y señaló con el dedo índice el titulado *Sueños* —. Pero señor Beaumont, deje este panfleto y mire, ¡mire qué maravillas me acaban de llegar de Londres!: *Ivanhoe* de Walter Scott y *La abadía de Northanger* de Jane Austen. ¡Si me compráis estos dos

ejemplares os dejo los poemas del bostoniano por quince peniques!

Fue un buen trato; estaba seguro ahora que ojeaba el libro y unos versos al azar:

Pero cuando la noche había extendido su manto
sobre aquel lugar, como encima de todo,
y el místico viento pasaba
murmurando una melodía,
entonces, oh entonces, me despertaba
al terror del solitario lago.

Maximilien se lo llevó con él a cubierta. Estaba seguro de que sería una buena compañía en su viaje de veinte días hasta Nueva Orleans.

La fresca brisa del Mississippi era agradable en aquella hora temprana. Max, apoyado en el pasamanos de proa, suspiró ante la inminente vuelta a casa mientras observaba la carga en las bodegas de melaza, de tabaco, de madera; de barriles de *whiskey*, aceite y una recua de hermosos caballos Appaloosa de piel moteada, los caballos *espíritu del viento*, los más libres entre los libres.

Había estado reunido con algunos abolicionistas del norte en reuniones clandestinas con tragos de ron y proclamas de libertad, y en su cabeza bullían las ideas que hacía tiempo habían nacido en su corazón. Una de ellas y la más importante: la esclavitud tenía que ser combatida. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo cambiar un estilo de vida?

Las ruedas de palas del vapor comenzaron a girar y las altas chimeneas empezaron a desprender humo negro que se mezcló con la niebla baja que ascendía de las aguas del gran río, el llamado *Missis-Sepi* por los indios Otawa. Max no pudo evitar pensar en la tragedia del Helen McGregor en febrero, de la que aún se hablaba en los periódicos y en las tabernas. La caldera había estallado llevándose consigo las vidas de muchos de los cuatrocientos pasajeros que acababan de embarcar, dejando cuerpos ennegrecidos y desollados; jirones de ropa y manchas de sangre por doquier. Viajar por el Mississippi, río de aguas traicioneras, no estaba exento de riesgos, pero confiaba en la pericia de los pilotos para mantener las calderas a punto, sortear los bancos de arena y evitar los árboles hundidos en el

río.

—¿Algo para beber, señor? —Un sirviente negro con guantes blancos paseaba por cubierta con una bandeja repleta de vasos de limonada. Max negó con la cabeza y posó su vista en los troncos que flotaban a babor, hipnotizantes como la mirada de su prima Clarisse, que llegó corriendo y se detuvo a su lado envuelta en su perfume de lilas. Se apoyó en el pasamanos y señaló la gabarra que atracaba junto al vapor: repleta de esclavos, pronto los embarcarían en algún buque cercano. Max reparó en la belleza creciente de su prima: de perfil clásico, nariz recta y labios gruesos; advirtió su sonrisa leve cuando se dio cuenta de que él la miraba. El sombrerito azul anudado a su cuello, a juego con su vestido, la asemejaba a un ángel. Pero Max deshizo el hechizo; tenía que hacerlo.

—¿Has desayunado, pelo rojo?

Clarisse, que odiaba que la llamara así, que detestaba su pelo y las pecas que ensombrecían sus mejillas, hizo un mohín.

—¡Eres un aburrido, primo Max! —Y se volvió para alejarse corriendo por la cubierta, casi derribando a un camarero. Él sonrió, pensando en que estaba en lo cierto. Aquella muchacha malcriada sería el terror de los jóvenes cuando fuera presentada en sociedad.

Un hombre vestido con traje a cuadros y levita marrón salió de su cabina colocándose el sombrero. Pareció alegrarse de encontrar a alguien con quien conversar y se le acercó ofreciéndole un cigarro.

—¿De vuelta a casa, señor?

Max asintió mientras aceptaba el ofrecimiento y el parloteo de aquel desconocido, un cajún de Opelousas, comerciante de caballos. La tía Fionnula, quejándose en voz alta del calor sofocante en aquella hora y de la mala situación de su cabina, caminó deprisa hacia su sobrino tratando de no caerse por la cubierta húmeda. Aquellos zapatos nuevos la mataban, maldita fuera su terquedad en encargar siempre los más pequeños para que sus pies no parecieran los de una campesina. A saltitos, quejándose por el dolor en sus juanetes, desplegó su paraguas blanco e hizo sombra a los hombres mientras les interrumpía hablándoles acerca del calor, los mosquitos y el excelente servicio del barco.

—…¡Solo espero que al capitán no se le ocurra participar en una de esas locas carreras de barcos! —Fionnula gesticulaba, alarmada, mientras su sobrino y el comerciante la escuchaban, divertidos—. Confío en que no hayas perdido tus modales, Maximilien, pues aún no me has presentado al caballero… —dijo reparando en el gran parecido del comerciante con un galán que la pretendió hacía varios siglos ya.

—Es *monsieur* Pierre Gautreaux, de Opelousas.

Ella sonrió bajando la mirada mientras él cogía su mano enguantada y la acercaba a su boca haciendo el ademán de besarla.

—¿Desea que tomemos un café, *madame* Beaumont?

—Estaré encantada, pero si antes me acompañáis a reservar mesa en el comedor. Seguro que mi sobrino aún no lo ha hecho, ¿no es así querido Max?

Max sonrió y aprovechó la buena sintonía entre ellos para excusarse. Quería sentarse tranquilamente a la sombra y leer los poemas del bostoniano. Los días en el vapor eran largos, pero una buena lectura y el exuberante paisaje ante sus ojos se le antojó el mejor de los planes. Abrió su cajita de rapé, aspiró, estornudó y sonrió satisfecho.

—¿Limonada, señor?

De nuevo el sirviente negro de guantes blancos se acercaba a él ofreciéndole un refresco. Alzó la vista de los poemas y el rostro de aquel amable joven se le antojó una sombra blanca, una sombra de algodón. Los brazos del camarero le parecieron ramas quebradizas y las piernas se extendieron en vaivén formando surcos en el suelo. Max pestañeó, una y otra vez, intentando salir de la pesadilla en que sabía se hallaba. Fue entonces cuando en la sombra de algodón apareció una sonrisa que era niebla y era fiebre y era muerte.

Abrió los ojos ante el sol de la tarde que caía sobre su cabeza sin sombrero y se sintió enfermo, sediento, con los labios resecos como un zapato viejo. Entró en su cabina y se miró en el espejo: las mejillas y la frente enrojecidas; y en su mirada, el vacío de un mal presentimiento.

4

Plantación Beaumont

Mildred contemplaba con los brazos en jarras todos los baúles que se amontonaban en el porche de la entrada. Aun con todo el trabajo que se le avecinaba, sonreía, pues le alegraba tener de nuevo en la casa al señorito Max y también a la tía Fionnula. A Clarisse no la veía desde hacía tres años y ya estaba convertida en toda una señorita. Seguía teniendo el rostro ceñudo y la nariz espigada, demasiado altiva, como su porte.

A su lado tenía al pequeño Johnny, un mulato de piel dorada con ojos verdes siempre asombrados que lucía una espesa mata de pelo rizado y rubio que coronaba su regia expresión. Jacob se había encaprichado de él en su último viaje a Nueva Orleans, pues tras la visita al agente de seguros pasó junto a uno de los locales de subastas y reparó en aquel niño que contaría unos diez años, vestido con pantalones grises, deslucidos y sujetos por tirantes sobre su pecho desnudo.

El subastador apremiaba:

—¡Quinientos dólares! ¡Quinientos a la una, quinientos a las dos!

—¡Seiscientos! —Un tipo de barba desordenada, sombrero, traje de mala confección y aspecto repulsivo que sostenía un puro encendido entre sus dientes manchados, levantaba su mano. Era un tratante, Jacob los conocía como si fueran de su propia familia: gente de baja ralea, de pocos escrúpulos, a quienes les gustaba comprar barato y vender caro.

Observó al pequeño, tan peculiar, un ejemplar raro que gustaría a su madre. Y decidió comprarlo.

—¡Ochocientos! —Jacob alzó su voz entre los murmullos de otros compradores que no acaban de decidirse por aquel niño. No se le veía fuerte ni especialmente dotado para el campo; a lo sumo, valdría como criado doméstico, pero era una compra demasiado cara para ello. Aun así, la mezcolanza de razas que evidenciaba y aquel cabello rizado pero rubio como el de los americanos, eran una rareza que a algunos les pareció inquietante, casi perturbadora, y se alejaban de la subasta, santiguándose.

El subastador detuvo su parloteo glosando las virtudes del pequeño y se volvió hacia la voz que acababa de hacer la oferta. El tratante se

encogió de hombros y se retiró de la subasta. Aquella compra no le interesaba tanto como para seguir pujando.

—¡Excelente compra, *mon ami*! ¡Johnny, el rubio, adjudicado al señor!

Un capricho de Jacob, uno más. Mientras firmaba los papeles de compra supo que aquel nuevo gasto hundía un poco más su maltrecha economía.

Y Johnny, un huérfano rechazado por su propia madre al nacer, azotado desde niño, desarraigado desde siempre, se encontraba vestido con un elegante traje negro de criado doméstico y de la mano de Mildred en el porche. Contemplaba el trasiego de criados sin comprender del todo hasta que Mildred le habló de cada uno de los invitados, sobre cómo debía llamarles y qué debía hacer cuando se los encontraba por la casa. De pronto, soltó la mano del niño y abrazó al señorito Max, que se le acercó sonriente.

—¿Y quién es este jovencito? —preguntó asombrado por el peculiar aspecto del muchacho. Le recordó a un muchacho de Saint Louis, empleado en el taller de un herrero. Solía ser maltratado por otros chicos del lugar, acusado de ser hijo del demonio.

Max siguió a Mildred a la cocina, deseoso de tomar un pedazo de tarta de zanahoria aún caliente, especial para él. Al verse solo, Johnny miró a un lado y al otro, bajó las escaleras del porche y se dirigió a las caballerizas. Le fascinaba pasearse entre las cuadras y acariciar el pelaje de una de las yeguas del amo, una Paint Horse de pelaje blanco y marrón. Solía abrazarse a ella y pegar su mejilla a su cuello sintiendo su olor penetrante, riendo con sus resoplidos. Después, se dormía en la paja, ensuciando su traje de criado doméstico, pero con su alma de niño recobrada y feliz.

Mientras Clarisse y la tía Fionnula tomaban posesión de sus habitaciones acompañadas de la señora Camilla, Mildred seguía parloteando con Max. Lo adoraba: lo había hecho desde que la llevaron por primera vez a la casa de Baton Rouge de sus padres y la pusieron a trabajar como ayudante de la vieja esclava Hillary Mae, que perdía vista y facultades. Max era un niño de diez años con la nariz siempre pegada a los libros de su padre y que se pasaba el día hablando de la vieja Europa, a donde le gustaría viajar cuando fuera mayor. Mildred recordó que fue un niño dulce y enfermizo que siempre sufría las iras de su hermano Jacob, diez años mayor, de las que ella le protegía. Decidió tomarlo bajo su protección y ese vínculo, esa simpatía mutua, los unió para siempre.

Constantine entró en la cocina cargando a la espalda con los gemelos y Howie en los brazos. Estaba de nuevo enferma y se veía obligada a darles la leche de las vacas que un mozo le traía a escondidas de la señora Camilla. Howie balbuceó palabras sin sentido mientras alargaba su manita para tocar la cara de Max, que le hizo carantoñas, lo tomó en sus brazos y lo alzó en el aire.

—¡Pero qué grande está el pequeño Howard! —exclamó mientras iba dándose cuenta del gran parecido con Jacob, excepto por aquella piel morena y la extraña marca de nacimiento en su cuello.

Mientras hacía carantoñas al niño pensando en qué futuro le esperaría a aquel pequeño bastardo, oyó los pasos de unas botas que se detenían tras él.

—Hermanito, hermanito… —dijo Jacob, apoyado en el quicio de la puerta de la cocina.

Las criadas contemplaron el abrazo de los dos hermanos; ambos bellos y sonrientes en aquella hora del reencuentro. Al salir al vestíbulo se encontraron con su madre.

—*Maman*… —dijo Max acudiendo a besar su rostro. La señora Camilla llevaba uno de sus vestidos azul oscuro, con la blonda blanca que remataba su cuello perfectamente colocada, luciendo un moño impasible que coronaba su pequeña cabeza. La calidez que había rodeado a Jacob y a Max se ensombreció.

—Sube a ver a tu padre, Maximilien —ordenó—. Cada día está peor. Un día volverás y ya estará bajo tierra.

Max cabeceó, acostumbrado a aquellos chantajes. En la escalera se encontraron con Harriet que les advirtió que el señor dormía, por lo que Camilla se encaminó a la cocina para supervisar la cena y los dos hermanos pasaron al despacho.

—Tráenos café y galletas —ordenó Jacob a uno de los muchachos de servicio que esperaba órdenes junto al reloj de pared. Abrió uno de los cajones de la gran mesa de caoba y sacó su pistola Harpers Ferry, que empezó a limpiar con un paño—. Pues bien, hermano, hemos perdido un esclavo y tres más se intentaron fugar. En unos días vendrá McAllister y le venderé un lote de los más débiles y compraré algunos nuevos. Estamos en plena cosecha, el calor apremia y necesito a los braceros más resistentes.

Y mientras Jacob le hablaba de los asuntos domésticos, mientras les servían el café, Maximilien se mordía el labio inferior pensando en cómo decirle que las cosas tenían que cambiar. Pero de qué modo hacerlo si al revisar las cuentas solo eran viables con mano de obra

esclava. Si hubieran tenido que hacer frente a las pagas de cada trabajador la casa no dispondría de los lujos a los que estaban acostumbrados y en los que Jacob se empeñaba en gastar el dinero que ganaba. Aun así, Max se atrevió:

—Todos los estados al norte de Maryland han proclamado la abolición de la esclavitud.

Jacob se levantó de la silla para servirse un poco de brandy con el que acompañar el café.

—Me importa poco lo que hagan o digan esos norteños. Me importa muy poco su causa, Max —dijo saboreando el licor en su boca —. Y a ti tampoco debería importarte cuando tenemos a más de cien hombres trabajando nuestras tierras.

—De eso se trata, Jacob. Son hombres trabajando de sol a sol, siendo fustigados si no rinden. El cuerpo humano tiene un límite. — Jacob resopló, pero Max no detuvo su alegato—: No deberían ser mercancía; son seres humanos que trabajan para ti dieciocho horas al día porque te temen, no porque te respeten…

Jacob soltó una carcajada y sorbió la taza de su café.

—Son vagos, son pendencieros… Bien sabes que algunos se emborrachan y arman trifulcas. Y no hablemos de lo que son capaces cuando se organizan. El incendio de este pasado enero en Nueva Orleans, en el almacén de balas de algodón de la calle Saint Charles, ¿acaso lo provocaron los irlandeses, los españoles, los chinos? ¡No, señor! ¡Los esclavos rebeldes!

Max asintió, consciente de que su hermano tenía razón.

—Pero, Jacob…

—¡La plantación necesita un gobierno con mano firme!

Max asintió y aceptó el trago que le ofrecía su hermano. A pesar de las diferencias tenía que aprovechar aquella ocasión en que Jacob estaba receptivo. No siempre era así. Jacob no era de la clase de personas con las que razonar y debatir. No desde la muerte de Catherine y la enfermedad de su padre. Había tomado el rol de señor de la casa Beaumont y aquella responsabilidad había alejado de sí el muchacho confiado e inocente que fue en su infancia en Baton Rouge.

—¿No oyes cómo cantan? —Jacob señaló la ventana entreabierta. Hasta ellos llegaban las canciones de trabajo de los esclavos—. Si cantan no será tan terrible su situación. ¿Crees que estarían mejor a la buena de Dios, sin una mano que los guíe?

Max negó con la cabeza. Había oído cientos de veces los cantos de

los esclavos que no asociaba nunca a felicidad sino a protesta, al desgarro de sus almas atrapadas en cuerpos maltratados.

—El sistema cambiará, Jacob. Creo que es inevitable. —Apoyó el vaso sobre la mesa y descorrió las cortinas para ver cómo varios criados cuidaban las plantas y barrían el porche—. Y tienes suerte de que el pueblo negro sea un pueblo pacífico, fácil de someter y no belicoso como el indio. Este sistema no se sostendría con indios *chocktaw* o indios *houma* como esclavos, bien lo sabes.

—Ay, hermanito, hermanito… Veo que esas ideas locas del norte y los libros que lees están agitando tu cabeza —dijo Jacob mordiendo el extremo de un puro habano y escupiéndolo al suelo—. Si el mismísimo Napoleón volvió a restablecer la esclavitud, ¿qué demonios vamos a cambiar nosotros?

—Podemos cambiar muchas cosas, Jacob. Podemos ser hombres dignos. ¿No tienes pesadillas con los gritos de los esclavos azotados, no sueñas con las tiras de su piel arrancadas y sanguinolentas? ¿De verdad quieres hacerme creer que disfrutas con todo esto?

Jacob estrelló su vaso de *bourbon* contra la pared.

—¿Eres consciente de que me haces cómplice de acoger en mi casa a un abolicionista? ¿Sabes que estás contraviniendo la misma palabra del Señor?

—Todos los hombres son creados iguales…

Jacob encendió el habano, incrédulo ante las palabras malsonantes de su hermano pequeño. *¿Iguales?*

—Olvidaré lo que has dicho, Max. Lo olvidaré. —Con un ademán se alejó hacia la puerta, pero se volvió enseguida para continuar diciendo—: Mano dura, hermanito, mano dura es lo que hace falta con esos salvajes. ¿Cuánto hace del levantamiento de Santo Domingo? ¿Treinta, cuarenta años?

—Cuarenta años ya…

—O los sometemos o aquí puede suceder lo mismo si los dejamos libres —aseguró Jacob volviendo a llenar su vaso—. Mano dura, hermano, o se alzarán.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su conversación.

—Adelante —masculló Jacob apurando de un trago su bebida.

Un hombre de pelo y bigote canos asomó la cabeza y pidió permiso para entrar. Jeremiah Jackson, el veterinario de la plantación, avanzó a grandes zancadas saludando con la cabeza. Lucía un sombrero algo ajado, como sus pantalones color crema. Las botas, embarradas y con

restos de paja, delataban que había estado en los establos.

—Hay varias reses enfermas, señor Beaumont —dijo mientras sostenía su maletín ante su prominente barriga—. He examinado también a dos muchachas encinta y en un mes tendrá dos nuevos negros para la plantación.

—Bien, Jackson; vamos a ver primero a los animales.

—Hay varios niños enfermos, también. Quizá sería bueno que el doctor Blanks les echara un vistazo.

—¿El doctor Blanks? —Jacob dejó escapar una carcajada—. ¡El doctor Blanks atiende a la familia, no a los negros!

Salió con él y dejó a Maximilien revisando la relación de pérdidas y ganancias. Al remover los papeles descubrió un documento sellado y rubricado por el First Bank of the United States: un documento hipotecario. Max lo leyó descubriendo que Jacob había hipotecado las tierras más cercanas al río, las que aún no estaban cultivadas.

Clarisse se aburría. Revolvió su baúl, desordenó el secreter junto a la ventana, se tumbó en la gran cama con dosel, se volvió a levantar y, descorriendo los cortinajes, vio que Max cabalgaba en dirección al río, hacia el sol que empezaba a morir tras las aguas. Estiró de la campanilla con borla para llamar a los criados y Harriet acudió presentándose ante su puerta.

—Ayúdame a vestirme —ordenó señalando su armario—. Voy a salir a montar.

—¿No es un poco tarde, *mademoiselle*…?

La jovencita alzó una ceja colocando los brazos en jarras.

—¿No es un poco pronto para que andes fastidiándome, Lisbeth?

—Harriet, *mademoiselle*, me llamo Harriet…

Clarisse suspiró y se tumbó en la cama, boca arriba.

—Está bien, Harriet, discúlpame.

Harriet, sorprendida por aquellas palabras, la ayudó a vestirse con su traje de montar de lana verde, de dos piezas. Le recogió el pelo en una coleta baja y la ayudó a colocarse el sombrero con tocado de plumas.

—Está preciosa, *mademoiselle*…

Clarisse sonrió mirándose en el espejo de mano: las mejillas sonrosadas con sus graciosos hoyuelos, los labios brillantes con un poco de cera de abejas, la chaqueta del traje bien ajustada a su cintura. Sí, lo estaba. Ya era hora de divertirse.

—¿Por qué no hay un espejo de pie en esta habitación, Harriet?

—Está en el ático, señorita Clarisse. Vincent lo subió para que alguien lo arreglara y lo puliera, pero lo han olvidado allí. Esta habitación ha estado cerrada hasta poco antes de vuestra llegada —aseguró Harriet mientras ordenaba los artículos del secreter: una pluma, un tintero y una pequeña muñeca de cartón vestida de rosa apoyada en un pequeño cofre de madera. Harriet odiaba aquellas muñecas de cartón, pero a la señora Camilla le parecía elegante tener una en cada habitación ocupada por mujeres.

Antes de salir de su habitación, Clarisse se volvió, levantó el dedo índice y dijo:

—Le pediré a mi tía que seas tú quien me atienda. ¿Querrás

hacerlo?

Harriet, que cargaba con la ropa sucia de la joven, asintió mientras Clarisse corría por el pasillo y bajaba de dos en dos las escaleras. En el porche llamó a gritos a Vincent ordenándole que alguien le ensillara un caballo. A pesar de su edad era una excelente amazona y, aunque odiaba ir a la plantación de sus tíos y dejar a sus amigas de Saint Louis, al menos podía disfrutar de los alrededores.

Un mozo de cuadra, apenas un niño de diez años, le trajo una yegua blanca y le entregó las riendas.

—Se llama Indiana, señorita —dijo el muchacho acariciando sus crines lisas y recién cepilladas.

—¡Clarisse! —la llamó su madre saliendo al porche—. ¿Se puede saber a dónde vas? —preguntó preocupada mirando a un lado y al otro no viendo más que a trabajadores afanados en sus tareas. Bajó las escaleras y trató de impedir que su hija montara—. ¡No, no, no! ¡No puedes salir sola! ¡Pronto se hará de noche!

Jacob llegó cabalgando seguido del doctor Jackson; y, atraída por los gritos de Fionnula, la señora Beaumont empujó la silla de ruedas de su esposo hacia el porche, renegando de Antoine, que se había quedado dormido en la cocina. El anciano, al ver al doctor Jackson, lo señaló con un dedo acusador, tembloroso. Clarisse aprovechó el instante para montar y salir galopando y riendo. Fionnula se acercó a Camilla, pidiendo disculpas por los malos modos de su hija.

—Eres americana y la has educado como americana —dijo la señora Beaumont alzando la ceja derecha con desprecio—. Si tienes a bien dejarla aquí una buena temporada, te la devolveré convertida en toda una señorita del sur.

Fionnula se mordió la lengua ante Camilla, siempre tan severa, siempre con esa perfección en ademanes y comportamiento. Ella había nacido en los estados del norte, en Providence, y no, aún no comprendía muchas de las costumbres del Viejo Sur. Tampoco estaba segura de querer comprenderlas del todo.

El anciano señor Beaumont volvió a señalar a Jackson, que subía con Jacob las escaleras del porche.

—¿Qué te ocurre, Edward? —Y él balbuceaba, inquieto, mientras su esposa lanzaba una mirada aviesa al veterinario y empujaba la silla para entrarla de nuevo en la casa. No soportaba a aquel tipo con orejas de soplillo que nunca se sacudía las botas embarradas antes de entrar en la casa, que siempre tenía restos de tabaco en la comisura de sus labios.

—Vamos dentro, Fionnula. Edward necesita tranquilidad. ¿Has traído bobinas de hilo de Saint Louis?

El calor era sofocante en aquella hora y Jackson se limpiaba el sudor con un pañuelo viejo que sacó del bolsillo de su chaleco.

—Es el clima, señor Beaumont, y la mala alimentación. Pero también sospecho de otra cosa, ya os advertí que…

Jacob le invitó a sentarse y le sirvió un vaso de un nuevo bourbon de Kentucky que Max había tenido el detalle de traer.

—¿Otra vez con esos cuentos de viejas, Jackson?

—No son cuentos, señor Beaumont. Es bien sabido que la brujería puede causar esas barrigas hinchadas y las fiebres altas. Aun así, insisto en que deberíamos llamar al doctor Blanks, no fuera a tratarse de viruela…

Jacob apuró su trago. Si un esclavo no era rentable y solo era fuente de gastos médicos era el momento de venderlos. Pero perdería dinero, maldita sea, y con la cosecha en marcha no era momento de desaprovechar braceros. En cuanto a la brujería… enviaría a Daniels a registrar cabañas.

—Bien, Jackson. Encárgate tú mismo de llamar a Blanks. ¿Más *bourbon*?

Clarisse galopaba junto a Max, a quien había alcanzado junto al Mississippi. El sol ya se hundía en las aguas, volviéndolas púrpura.

—Regresemos, loca pelirroja —dijo Max sonriendo mientras observaba a su prima desmontar, descalzarse y mojarse los pies en la orilla.

—¡Divirtámonos un poco más! ¡Hace mucho calor!

La joven se remangó la falda del vestido de montar mostrando sus enaguas, que recogió sobre las rodillas para poder entrar mejor en el agua. Él, que seguía montando en su caballo Appaloosa de motas blancas y negras, señaló los últimos rayos de sol, pero Clarisse seguía chapoteando, riendo y escondiéndose entre los juncos llamando a Max para que la buscara.

—¿Dónde estoy?

—Vamos, Clarisse… ¡Se nos hará de noche!

Ella hacía caso omiso y comenzó a cantar una canción infantil, la primera que le había enseñado su institutriz inglesa:

—*Hickory, dickory, dock! The mouse ran up the clock!*[2]

Max, divertido, acabó desmontando para sacarla del agua. Entre bromas y forcejeos, acabaron los dos empapados, sentados en la orilla con las sombras de la tarde cubriendo los juncos que les rodeaban.

—Estamos solos —dijo Clarisse en un susurro, tumbada en la hierba mirando al cielo. Podía sentir la rodilla de Max rozando su vestido húmedo. Él se volvió y tuvo a su alcance aquel embriagador aroma de violetas y sus labios rojos de sangre. Ambos sonrieron y sus ojos se llenaron del púrpura que envolvía el Mississippi.

—Es hora de volver. —Su voz quedó apagada por los siseos que oyeron entre los juncos de la orilla. Se levantaron y montaron de nuevo; bien podía tratarse de una nutria como de un aligátor acechante.

—Las pelirrojas siempre pierden las carreras, ¿lo sabías, prima?

Ella no lo sabía, pero no pensaba permitirlo. Azuzó a su yegua pero no pudo adelantar al Appaloosa, cuya sangre era de veloces campeones. Reía feliz, aplaudiendo la decisión de su madre de visitar la plantación.

Llegando a la casa grande, la luna les iluminó en su camino al trote junto al bayou. En aquella hora del crepúsculo los rayos de luz caían oblicuos sobre el agua estancada repleta de salvinias flotantes. Las cortinas de musgo de los robles, lúgubres, se balanceaban movidas por la brisa y a Clarisse se le antojaron cabellos de anciana, cabellos sin vida. Un fragmento se desprendió y cayó rodeándole el cuello.

La joven estiró las riendas deteniendo a su montura, gesticulando para sacarse de encima aquel liquen esponjoso que los negros solían llamar *la barba del viejo*. Max se detuvo a su lado para ayudarla, pero el musgo seguía enredado entre el sombrero y su cuello, en un abrazo extraño y repulsivo.

Clarisse desmontó y corrió hacia el agua, aterrada.

—¡Es el musgo, solo el musgo! —voceó Max, confundido por su extraña reacción.

Pero ella no lo sentía así. La húmeda sensación que dejaba aquel liquen en su piel le provocaba escalofríos; más aún cuando se le enredaba entre sus dedos y entre su propio pelo.

—¡Quítamelo, quítamelo! —comenzó a gritar, ahora ya desesperada. Tropezó con las ramas caídas y cayó en un charco fangoso, muy cerca de la orilla. Max solo veía el tallo escamoso de

musgo colgando de su sombrero y cayendo sobre su cuello; solo veía que ella gesticulaba de forma exagerada, presa de un pánico que no podía entender.

Clarisse, de rodillas en el barro, sufría el abrazo desagradable de los mechones muertos, largos y negros de una india *choctaw* cuya imagen veía reflejada entre las sombras de las aguas del bayou, sonriendo burlona. Un búho ululó sobre una rama cercana y la joven se deshizo en llanto.

Estaban muy cerca de las cabañas de los esclavos y sus gritos llamaron la atención de Aaron y de Billy, que molían maíz junto a su abuela. Abandonaron su tarea y corrieron hacia el recodo donde Max seguía tratando de calmar a Clarisse, sin éxito. Tras ellos llegó Mammy Melania, alertada por el escándalo en aquella hora en la que Max trataba de detener los sollozos y la agitación de Clarisse, pero ella gritaba y lo alejaba de él, hundiéndose cada vez más en el barro y manchando por completo su traje de montar hasta que las manos de Melania agarraron las de la joven y la levantaron del charco.

Las serpientes de las aguas del bayou se alejaron de la orilla y se escondieron en el hueco de un roble mientras la calidez de las manos de la anciana calmaba su miedo. Melania murmuró unas palabras que Max no entendió, Clarisse volvió en sí y se quedó mirando el musgo que ahora tenía entre las manos. Le pareció que el cabello primero negro, después gris, ahora se volvía inofensivo entre sus dedos. Lo dejó caer sobre la tierra, inerte.

Max le dio las gracias a la anciana y resolvió regresar cuanto antes. Melania observó cómo la señorita y el hermano del amo se alejaban a pie. Por suerte, no habían visto el *Feufollet* que acababa de aparecer sobre las aguas, que surgía de las profundidades algunas noches de luna llena; otras en creciente. Aquella misteriosa esfera azul que se movía temblorosa anunciaba males y desventuras. La anciana se estremeció oyendo aquel gorgoteo extraño alejándose hacia la orilla opuesta. No iba a seguir la luz que emitía el *Feufollet*; no, señor; a pesar de que sentía la fuerza, que sentía el cosquilleo en el estómago y las piernas ágiles para correr tras ella.

Melania, que conocía las leyendas y las canciones cajún, pues había trabajado en una plantación más al sur, sabía que si lo hacía nunca más encontraría el camino de vuelta. Sabía que el *Feufollet* arrastraría su cuerpo y le arrancaría el alma para llevársela junto a las de aquellos que habitaban en los lodos del fondo. La anciana se forzó a dar media vuelta y se alejó de la luz, de las aguas y de la orilla embarrada. El mapache Cornelius la observaba agazapado en el hueco de un tronco vacío.

Cuando Melania ya estaba de regreso en su cabaña arropando el sueño de sus nietos, el silencio volvió a las aguas ahora negras del bayou. Un aligátor de ocho pies, nadando silencioso entre las salvinias flotantes, abrió sus fauces y atrapó a una tortuga distraída en la orilla. La noche se abrió paso entre crujidos y muerte.

6

Con la cosecha en pleno apogeo, el mal humor de Jacob volvió a las andadas. Volvía a oír los susurros en la noche, a sentirse envuelto en un intenso aroma a lavanda, y temía estar enloqueciendo. Bebía hasta perder el sentido y a menudo bajaba borracho a la habitación de Harriet y se quedaba dormido junto a ella. Si se encontraba enferma o cansada, le mostraba el puñal que llevaba colgado de su cinturón y la amenazaba con venderla en Nueva Orleans, de una vez por todas, maldita negra, maldita, maldita… Y se quedaba dormido y Harriet lloraba aferrada a la almohada pensando en el pequeño Howard que a una orden de la señora Camilla había dejado la casa grande y pasó a vivir con otros niños de su edad en una de las cabañas de los esclavos. Ya no lo quería en la casa grande.

Harriet, que seguía buscando por todos los rincones de la casa su amuleto grisgrís desaparecido, acudió a la habitación de Constantine para entregarle toallas limpias. Se sentó junto a ella en la cama y vio preocupada que seguía con fiebre. Le acercó un vaso con agua para que bebiera y le suplicó que intercediera ante la señora.

—Lo siento, hermana —dijo Constantine, con voz débil y pastosa.

—Pero, ¡algo habrá que podamos hacer! ¿No tiene al pequeño Johnny aquí en la casa? ¿Por qué no puede tener a mi Howie?

Constantine se encogió de hombros. Sabía que la señora tenía una estima especial por aquel recién llegado. Sería el que tomaría a su cuidado y le enseñaría personalmente a ser un buen criado doméstico. Pero a Howie, el bastardo, ya no lo quería ante su presencia, por eso lo había mandado con la familia de Thomas a su cabaña, donde vivían hacinados trece esclavos entre niños y adultos y tendrían que aceptar uno más. Solo un tiempo, eso lo sabía con todo el dolor de su corazón. Hasta que llegara el señor McAllister de Natchez.

—Pero, ¿cómo sabré si allí está bien alimentado? —seguía preguntando Harriet, desesperada—. ¿Cómo saber si la comida que le mando no se la comen los otros niños y dejan a mi pequeño sin nada?

Constantine cerró los ojos y se recostó de nuevo sobre su almohada. Solo quería dormir; morir también. Aquella tarde, a pesar de la fiebre, tenía montones de pilas de ropa por planchar y almidonar. Se le había retirado la leche, por lo que la señora había entregado los gemelos a otra nodriza y le buscó otra tarea. En aquella casa siempre había mucho trabajo por hacer. En aquella casa no había

sitio para los esclavos enfermos.

—Déjame dormir… —dijo sin apenas voz por el nudo en su garganta, por la aflicción de estar sin sus niños. Harriet observó el sudor sobre la frente de Constantine. Los ojos le brillaban y se dio cuenta de que había adelgazado mucho—. Confía en ese Dios del que habla el padre Lowell. Es lo único que puedes hacer.

Harriet negó con la cabeza. El Dios del padre Lowell no cuidaba de los negros.

—Siempre puedes… —Constantine se incorporó, con dolor en el pecho. Sabía que Howie iba a ser vendido pero no podía decírselo, no podía en aquel momento, pues temía echarse a llorar—. Quizá puedas acudir a Melania… —Le susurró al oído y le habló de lo que hacía la anciana, en ocasiones, con la luna llena. Harriet se llevó la mano a la boca, sorprendida. Una *mambo*, por todos los santos, ¡Melania era una *mambo*, una sacerdotisa vudú!

—Lo fue hace tiempo, cuando era joven —aclaró Constantine—. Lo dejó cuando el capataz de la plantación donde vivía antes de venir aquí la pilló en pleno baile con otras mujeres, invocando a los *loa*. Le dio una paliza que casi la mata; eso me contó una vez.

—Pero, ¿aquí… invoca a los espíritus? ¿Crees que lo hace? ¡Pensaba que estaba prohibido!

—¡Pues claro que lo está! ¡Y ni se te ocurre abrir esa bocaza! Como se entere el amo nos azotará con cien latigazos, o algo peor…

Harriet sintió nacer una esperanza en su corazón, como un destello en la mañana. Constantine se llevó la mano a la frente, sintiendo cómo subía la fiebre.

—Dentro de tres días la señora se irá con Fionnula y la joven Clarisse a la fiesta que se celebra en Baton Rouge. El señor y su hermano también irán, así que puedes aprovechar para bajar a las cabañas y hacerle una visita. Y a tu pequeño también.

En el corazón de Harriet se abrió una esperanza, como una magnolia en la mañana.

Aquella noche sus sueños estuvieron llenos de huesos y cenizas; montones de huesos que se alzaban en una columna de ceniza humeante. Y, tras ellos, un rostro negro pintado de blanco hizo que se despertara, sudorosa.

7

Aaron y Billy colocaron cebo de cangrejo en sus cañas para pescar peces gato según el encargo de Mildred que, golpeando cariñosamente sus cabezas de pelo rapado al cero tras el despiojado al que habían sido sometidos, les apremió para que trajeran al menos cinco para la cena. Mildred lo prepararía al estilo cajún empanándolo en harina de maíz y un combinado de especias que utilizaría también para freír algunos muslos de pollo para la señora Fionnula, poco amante del pescado. Vincent entró en la cocina y encontró a Harriet sentada junto al horno y hablando con Martha y Lavinia.

—¿Qué haces aquí? —le gritó, zarandeándola—. Harriet trató de zafarse.

—He venido a…

—¡Sube ahora mismo a atender a la señorita Clarisse! ¿Acaso no sabes que sigue con fiebre y necesita que le cambien los paños?

Harriet intentó protestar pero Vincent la empujó fuera de la cocina, de malos modos.

Las muchachas se miraron entre sí, extrañadas del mal carácter que Vincent mostraba.

—Está viejo, ya —dijo Mildred revisando el buen estado de la harina—. Y ha recibido una carta de su sobrino anunciándole una muerte en su familia. El amo no le permite ir a Kentucky…

Clarisse tenía una fiebre ligera pero según el parecer de la señora Fionnula, se estaba muriendo. Sentada a los pies de su cama, gesticulaba y se lamentaba por su pobre hija quejándose del sofocante calor y de los mosquitos.

—¡Grandes! ¡Así de grandes! —exclamaba separando las manos indicando el tamaño gigantesco de los mosquitos del lugar.

Harriet sonrió mientras cambiaba el agua de una jofaina a la otra. La señora era exagerada por naturaleza, pero era buena y nunca tenía una mala palabra con ella. Por suerte, cesó en sus lamentos y la dejó poniendo paños fríos sobre la frente de la joven.

—Estaré en la sala de costura por si mi hija necesita algo.

—Sí, señora. No se preocupe, señora.

Cuando salió por la puerta, Clarisse abrió los ojos y bebió un poco

del vaso de agua que tenía a su alcance.

—El bebé… Llora y llora en el pantano… —murmuró con la voz apagada, balbuceante.

Harriet apenas la entendió y se inclinó hacia la joven:

—¿Cómo se encuentra, *mademoiselle*?

Clarisse miró en derredor dándose cuenta de que estaba en la habitación de la casa Beaumont, no en Saint Louis. Tras las cortinas echadas podía adivinar el intenso sol de Saint Francisville, oler el pollo frito de Mildred. Aquel aroma a especias provocó que se incorporara y pidiera a Harriet otro almohadón.

—Estoy sedienta… —Se llevó los dedos a los labios resecos—. ¡Ay, Harriet! Si supieras qué terribles pesadilas he tenido… —Se tocó la frente y se quitó el paño húmedo—. ¿De dónde crees que vienen los sueños?

—Vienen del alma; eso pienso yo. Pero soy una pobre ignorante, *mademoiselle*.

Pero Clarisse no creía que Harriet fuera ignorante. Le pidió que la ayudara a levantarse, se dirigió a la ventana, descorrió las cortinas y dejó que el sol le diera en los ojos.

—Trato de recordar mi sueño, Harriet. No quiero olvidarlo porque… —Sacudió la cabeza y su larga trenza se colocó sobre su pecho—. Hay algo ahí, en el pantano, donde caí. Hay algo que…

Clarisse se llevó una mano a la frente sudorosa, murmuró algo sin sentido y cayó derrumbada al suelo. Harriet se agachó junto a ella y ahora sí pudo escuchar claramente de sus labios:

—El bebé que llora… El bebé que llora en el pantano. El caimán…, ¡oh, no; oh, no!

La joven convulsionó agitando su pecho, arqueando su espalda, echando espumarajos por la boca; y Harriet, asustada, se llevó las manos a la cabeza: ¡El espíritu del bayou, el que habitaba bajo sus aguas, se había apoderado de la señorita Clarisse!

El pequeño Aaron se asomó desde detrás de unos sauces y descubrió al señorito Max tumbado a la orilla del bayou. Dormitaba tras la abundante comida del mediodía acariciado por el sol de la tarde. Junto a él, un paño azul sobre la hierba, un bote con galletas y una jarra con limonada fresca. Aaron se colocó bien la gorra remendada, abrió los ojos mientras se relamía y le hizo una señal a su gemelo Billy, que se acercó de puntillas aguantando la risa.

Maximilien emitió un sonoro ronquido que provocó que los pequeños se llevaran las manos a la boca, carcajeándose. Sobre su pecho tenía un libro abierto y Aaron se acercó más para examinarlo levantando el lomo con una rama de sauce seca. Billy, tumbado en el suelo, alargaba la mano tratando de alcanzar el bote de cristal con las galletas cuando Max despertó y observó divertido a aquellos dos pilluelos descalzos y vestidos con camisolas de color crudo hechas jirones.

—¡Lo siento, *massa*! ¡No queríamos molestarle! —exclamó Billy levantando las manos y protegiéndose del golpe que iba a recibir.

Max lo miró alzando las cejas, confuso, y se incorporó.

—No voy a pegarte, muchacho. Has interrumpido mi siesta, sí, pero no voy a pegarte por eso.

—*Massa* Jacob sí me pega. Soy malo, *massa*. Él dice que lo soy.

Max cabeceó, molesto por lo que estaba oyendo mientras el niño seguía hablando y él se levantaba sacudiéndose el polvo de los pantalones. Aquellos dos pilluelos seguían mirándole embobados, y más aún al bote con galletas.

—Tomad, muchachos.

Sonrió mientras les veía comer y relamerse con aquellas deliciosas galletas de mantequilla. A pesar de haber nacido esclavos, parecían felices. Sus rostros sucios eran la viva imagen de la ingenuidad; o quizás eran felices porque no sabían que eran esclavos… Aquel pensamiento ensombreció su buen humor.

A pesar de que comían en el potrero aquella mezcla repugnante de maíz y de que lo hacían los últimos dando paso primero a los esclavos mayores cuya fuerza era más necesaria para el campo, parecían fuertes y sanos. Pero Aaron y Billy siempre tenían hambre, su estómago nunca se saciaba. Ni siquiera cuando se colaban en la cocina principal y robaban pudin o restos de asado.

—¿Qué es eso que tiene ahí, señor? —dijo Aaron señalando con el dedo índice uno de los objetos sobre la manta donde Max se había tendido.

—¿Esto? Es un libro… Imagino que no has visto ninguno.

—Se parece a la Biblia que lleva el pastor Lowell los domingos. Un día se le cayó en un charco de barro y *granny* tuvo que limpiarla y secarla al sol.

—Déjame que te lea algo, pequeño… Y dime qué te parece.

Abrió el libro de poemas del bostoniano para leer el final del poema titulado *El Lago* mientras el niño cruzaba los brazos sobre el pecho y con expresión reflexiva escuchaba atentamente su armónica voz:

—…*La muerte estaba en aquella ola venenosa,*

y en su golfo un ajustado sepulcro

para el que desde allí podía traer solaz

a su solitaria imaginación,

cuya solitaria alma podía hacer

un Edén de aquel oscuro lago.

Max sonrió al ver cómo la expresión de Aaron había cambiado, reconociendo la belleza de las palabras, la armonía de los versos. Su rostro reflejó más edad de los nueve años que tenía y comprendió la injusticia por la que, dentro de un año, ese mismo niño trabajaría en los campos de sol a sol, sin tiempo para la belleza ni el arte; sin tiempo para más que el trabajo y las escasas horas de un sueño poco reparador. Pero así eran las cosas en el sur… Las palabras de Jacob aparecieron como insectos molestos. *Así eran las cosas en el sur*…

Max cerró el libro y se dispuso a regresar a la casa. Mientras recogía la manta, oyó que Aaron decía:

—¡La muerte estaba en aquella ola *veninossa*, *massa* Max! La muerte que *massa* Jacob lleva *enssima*, ¿verdad?

Max frunció el ceño, asombrado.

—Pero, ¿qué estás diciendo, muchacho?

—Mi abuela *disse* que el amo tiene la Sombra, que tiene la Sombra Oscura encima; la Sombra que es la muerte y es el mal destino. Eso *disse* mi abuela, *massa*.

—¿Eso dice, de veras? —preguntó Max, incrédulo.

El niño asintió con la cabeza, una y otra vez.

—¿Y qué más dice tu abuela, pequeño?

Aaron, que se había guardado dos galletas en uno de los bolsillos de su camisa, cogió una, la partió y se la llevó a la boca de un bocado. Masticando, continuó diciendo:

—Que la Sombra vive en el agua, junto al Rougarou. Y que si no hago las tareas y le llevó el agua y le sujeto la olla grande, el Rougarou vendrá a por mí. —Billy asentía con la cabeza, corroborando lo que decía su hermano—. ¿Usted ha visto al Rougarou, *massa* Max?

Había sido una tarde extraña, y más aún lo fue cuando llegaron los obreros que había contratado Joe para las reformas en el desván y la construcción del nuevo granero.

Detuvieron la carreta junto al roble de la entrada y vieron cómo el amo Edward empezó a señalar algo indeterminado tras ellos, algo que solo él podía ver. Vincent ordenó que lo retiraran del porche.

—Llévatelo, Antoine. Antes de que empiece a gritar de nuevo.

¿Qué veía en el roble de la entrada? ¿Qué trataba de decir cuando musitaba palabras sin sentido apuntando con un dedo tembloroso, apenas levantando la mano apoyada en su pierna? Nadie podía decirlo, nadie entendía aquella fijación extraña.

Vincent recibió al capataz del juez Vernon LaRoche, quien había recomendado a Jacob aquella cuadrilla de excelentes carpinteros, en su mayoría irlandeses libres y esclavos negros. Se les adjudicó una de las cabañas libres junto a los huertos, se les facilitó mantas y algunos utensilios y se concretó iniciar los trabajos al día siguiente.

Al anochecer, con el cielo amenazando tormenta, Mammy Melania lavaba ropa a la orilla del bayou en una gran olla de agua hirviente. El supervisor Daniels había estado merodeando por allí en busca de tres mulas pardas que habían desaparecido. Mataría a palos a los ladrones, eso iba gritando por entre las cabañas de los esclavos, que lo observaban subido en su caballo negro, con la escopeta cargada, amenazante. Pero nadie tenía a las mulas, a quienes parecía habérselas tragado la tierra.

Melania escurrió su vestido y vio aparecer entre las sombras de los sauces una cabra salvaje asomando la cabeza por detrás de un tronco, mirándola con ojos burlones, apuntando los cuernos hacia ella, acusadores.

—Papa Legba, protégeme… Nanán Baruqué, protégeme…

El llanto de un bebé sobrevoló las copas de los cipreses, fundiéndose con el aleteo desordenado de una bandada de pájaros cantores que huía. Fue entonces cuando un caimán surgió de las aguas, atrapó a la cabra entre sus fauces abiertas, la encerró con sus poderosas mandíbulas y la arrastró al fondo donde desapareció entre burbujeos y gemidos. Mammy Melania se estremeció al ver el remolino que se formaba, el remolino que era una tumba.

4. EL HOMBRE DE ALGODÓN EN EL ESPEJO

1

Mansión Beaumont, finales de septiembre de 1830

El aire cálido trajo la tormenta que empezó a descargar desde bien temprano en la mañana. Las tareas del campo se ralentizaron hasta que la intensidad obligó a los esclavos a retirarse antes de tiempo a sus cabañas, que rezumaban humedad y sufrían abundantes goteras que se colaban entre las rendijas de los troncos del techo.

En el salón, el reloj de pared dio las seis de la tarde. Vincent enseñaba al pequeño Johnny a preparar los cubiertos en la mesa, a colocarlos en la posición correcta, a limpiarlos bien si veía alguna pequeña marca de agua. La señora odiaba los cubiertos que no brillaban como era debido, y lo repetía una y otra vez, martilleando en su cabeza como golpeaba en el yunque el herrero.

Max bajó a su padre en volandas por las escaleras mientras era observado por los dos niños que los esperaban al pie sujetando sendos candelabros encendidos. Una vez sentado en la silla de ruedas que sujetaba Vincent, el anciano balbuceó palabras inconexas mientras lo conducían por el pasillo hasta el salón-comedor iluminado por la gran lámpara de gas que presidía el centro otorgando luces y sombras sobre la elegante mesa. Colocaron al anciano en la cabecera, junto a la ventana; y Max, que se quedó de pie junto a él observando la lluvia, oyó que decía:

—¿Cuándo volveremos a casa? Vámonos a casa, vámonos…

Max se agachó junto a él acariciando su brazo.

—Esta es vuestra casa, padre. Estamos en la Beaumont Mansion.

El anciano negaba con la cabeza, poco conforme con aquella afirmación. Max señalaba a su padre los lugares conocidos, los grandes jarrones que decoraban la sala, el reloj de pared, las cortinas adamascadas de seda, pero él insistía.

—Sácame de aquí, llévame a casa, Maximilien… —mascullaba con el labio inferior tembloroso.

Max se sentó en su lugar habitual, apoyó los codos sobre la mesa y enterró la cabeza entre sus manos. Era necesario que alguien más experimentado que el doctor Blanks visitara a su padre. Había oído hablar de un tal doctor Ford, que tenía consulta en Nueva Orleans.

—No se preocupe, señorito Max —le susurró Mildred colocando la

sopera de porcelana en el centro de la mesa—. Es el mal de la edad…

Camilla Beaumont entró en el comedor del brazo de Jacob, que lucía traje y chaleco negros y una elegante corbata de lazo que levantaba el cuello de su camisa blanca. Lanzó una mirada desaprobando el atuendo de Max, vestido aún con la ropa del día.

—¿No vas a cambiarte, hermanito?

Max obvió la sonrisa irónica de Jacob, sacudió una servilleta bordada y la colocó sobre sus piernas. La tía Fionnula se sentó a su lado y empezó a parlotear acerca de los volantes que estaba colocando en el vestido de Clarisse para la fiesta de Baton Rouge y de la mala noche que había pasado, llena de pesadillas que achacó a la abundante cena de la noche anterior.

—El pollo frito no es comida de señoras —le reprochó Camilla revisando que sus cubiertos estuvieran relucientes—. Johnny, cambia este tenedor —dijo con una mueca de fastidio.

A Fionnula se le cerró el estómago mientras Harriet ocupaba su lugar junto al amo Edward para darle la comida. Max observó cómo su boca temblaba al contacto con la cuchara, cómo sus ojos estaban en otra parte; no allí, no con ellos. Quizás estaba en ese otro lugar que sí consideraba su casa.

—¿Y Clarisse, sigue con fiebre? —preguntó.

—Es mejor que siga en su habitación —dijo Fionnula sirviéndose más sopa—. El descanso le irá bien.

—Por supuesto —apuntó Camilla—. Y seguirá en su habitación hasta que la visite el doctor.

Nadie quiso continuar el tema de conversación, más aún sabiendo que existía un brote de fiebre amarilla en Nueva Orleans y se extendía río arriba. A Max le había llegado la noticia de que en algunos funerales, tras el carruaje que llevaba el ataúd del fallecido al cementerio, iba una cohorte de familiares y amigos tocando tambores y causando ruidos con toda clase de cachivaches. Pretendían confundir a los espíritus mientras realizaban el recorrido al camposanto de forma aleatoria por entre las callejuelas menos conocidas. Así, confundido, el espíritu no volvería a su casa ni traería del inframundo más pestilencias ni fiebres.

Fionnula siguió cenando en silencio, evitando pensar que su hija podía haber sido contagiada en aquel lugar rodeado de aguas estancadas y mosquitos. No quería ni imaginar que su pequeña sufriera aquella terrible enfermedad; por suerte, sabía que descansaba tranquila y dormida en su lecho con velos, protegida de aquellos

temibles mosquitos gigantes chupadores de sangre.

Pero la tía Fionnula andaba errada. Clarisse no estaba en su habitación…

La lluvia arreciaba tras las ventanas y, tras dar la cena al amo Edward, Harriet cerró las cortinas. Odiaba la lluvia y las tormentas desde que a los trece años fue azotada en la plantación de Virginia donde había nacido y, tras soltarla del tronco de cedro donde la habían amarrado, la dejaron derrumbada en el suelo, dolorida; nadie se apiadó. Llegaron nubarrones y rayos que rompieron sobre ella; y la lluvia cayó sobre su espalda; sobre el barro y la sangre. Alguien la sacó finalmente de allí; alguien la llevó a una de las cabañas y curó sus heridas con agua fresca y emplastos de hierbas. Durante dos días no pudo ir a trabajar, inmóvil como estaba en el lecho donde era atendida por una anciana. Pero no era el cuerpo el que le dolía, pues no lo sentía como suyo, como tampoco lo sentía cuando el amo viejo la obligaba a someterse a él en los establos: no importaban el tormento ni la sangre ni las cicatrices. Era la tormenta infausta la que la torturaba, aquel ruido ensordecedor, aquel crujido maligno que rompió sobre ella y quebró su alma para siempre.

2

Clarisse sostenía con las dos manos la lámpara de aceite que iluminaba sus pasos en las tinieblas del desván. Había decidido subir tras los golpes que había estado oyendo mientras descansaba en su habitación, pero allí no encontró más que varias tablas desmontadas, una caja con herramientas, trastos viejos y una silla junto a la pared con una muñeca de cartón observando sus pasos. Acercó la lámpara y vio que tenía ojos azules y una expresión desdeñosa en el rictus de su boca. Parecía una pequeña enana envuelta en un vestido de seda beige y zapatos puntiagudos, ridículos en sus pies. Al fondo, bajo el techo inclinado, un espejo ovalado con el pie de caoba reflejaba un viejo baúl de hierro.

Recorrió el desván acompañada de la tenue luz de la lámpara y con la tormenta arreciando en el exterior. Aquella casa que el primo Jacob había comprado a buen precio en la subasta de Baton Rouge cuyos muros contaban ya con cien años, le pareció más antigua de lo que en realidad era, como si de sus cimientos rezumara algo antiguo, un efluvio añejo más allá de la antigua familia que la habitó. La llama se movió a derecha y a izquierda cuando Clarisse la acercó a un rincón tratando de vislumbrar si había ratas escondidas, o quizás algún gato que se hubiera colado sin que la servidumbre se hubiera dado cuenta. Nada. Solo polvo y las tablas de madera de roble en mal estado.

La joven se mordió el labio inferior tratando de identificar el particular olor a hierro que desprendían las paredes cuando una corriente de aire frío le heló las piernas desnudas bajo su camisón. Se volvió mirando en derredor y sintió que algo la observaba, que si se adentraba en el ático, si iba más allá, lo oscuro la alcanzaría. Más que el frío, más que la oscuridad, fue el desasosiego lo que la empujó hacia la puerta de salida. Cuando su mano se posó en el picaporte sintió que la garganta se le cerraba, que un collar de hierro aprisionaba su cuello mientras el terror recorría su espalda. Oyó el tintineo de un cascabel y una voz de niña cantando: *Hickory dickory dock! The mouse ran down*[3] *…!*

Todo se volvió oscuro. Todo se desvaneció.

Dos plantas más abajo comenzó a sonar la sonata *Claro de Luna* de Beethoven que Max tocaba acompañado de un vaso de *bourbon* de Kentucky con miel. Las notas se expandieron como un lamento por el vestíbulo y ascendieron por la escalera en un bucle que se coló tras la rendija de la puerta del desván desde donde Clarisse seguía el avance de la música tumbada en el suelo, sintiendo el sabor de la sangre cálida resbalando por su mejilla, mojando sus labios y las tablas de madera del suelo. La oscuridad la rodeaba por completo ahora que la lámpara de aceite se había apagado, pero en el espejo ovalado apoyado en la pared del fondo, abandonado y polvoriento, las sombras dieron paso a un leve destello cuando un rayo rompió sobre la casa sobresaltando a los durmientes.

Harriet estaba sentada a los pies de la cama tentada de rezar al Dios del padre Lowell, ese que no se preocupaba de los pobres negros que, como ella, temían a la tormenta y a la soledad. No cesaba de recordar lo sucedido aquella misma mañana en que por tres veces había suplicado a la señora dejarla ir a vivir a una de las cabañas para poder estar junto a su hijo en las noches.

—Por favor, señora Camilla —le rogó mientras cubría con ungüento las piernas inservibles del amo Edward. El ama la observaba a sus pies, humillada y triste, y no se iba a apiadar de ella.

—Quiero que estés aquí en la casa, que estés disponible a todas horas. Edward también lo quiere así. ¿Verdad, esposo mío? Un niño es un estorbo para ti. —Posó su mano enguantada sobre la cabeza inclinada de Edward Beaumont y este pareció querer deshacerse de aquella caricia, gimiendo y gruñendo—. Tu hijo está bien, con otros niños. Además, ya lo estás visitando los domingos, *¿c'est vrai*?

Harriet cerró el frasco de ungüento sintiendo el desconsuelo anidando en su pecho, odiando a aquella mujer que la alejaba de su hijo, de su propio nieto. Hijo de su hijo, maldita sea. Hijo de una esclava, pero con sangre Beaumont, malditos fueran por siempre.

Se levantó para guardar el bálsamo en uno de los cajones de la cómoda limpiándose las manos en el delantal y respondió con un suspiro:

—Sí, señora. Los domingos.

No era cierto. Aprovechaba también los miércoles cuando algunas

damas de Saint Francisville, esposas de otros plantadores, hacían las visitas de rigor y proporcionaban nuevos chismorreos a Camilla, siempre abierta a las cizañas y las calumnias.

—Así pues, todo está bien —dijo el ama indicando con un gesto de la mano que se llevara a su esposo a la habitación contigua donde Antoine esperaba para llevárselo al salón—. Cuando regreses me darás un masaje en los pies.

Harriet así lo hizo, con desgana, imaginando que retorcía cada dedo de aquella odiosa mujer, imaginando que se ahogaba en el dolor, como lo hacía ella. La tormenta que había llegado al amanecer mantenía el día plomizo pero sereno hasta que un trueno descargó su furia sobre el tejado, sobresaltándolas e iluminando la habitación en penumbra.

Las puertas del ventanal se abrieron de par en par y una espesa cortina de agua empezó a mojar el pulido suelo de madera de la habitación. Harriet luchaba contra la súbita corriente de aire cuando el candelabro encendido que iluminaba el rostro asustado de la vieja ama volcó y cayó sobre los cojines que estaban en el suelo. Las llamas amenazaban con llegar al cubrecama mientras Harriet seguía bregando con la ventana y Camilla, encogida y abrazada a sus rodillas, gemía y pedía clemencia.

Camilla Beaumont, de soltera Camilla Moreau, temía al fuego más que a la tormenta, más que a la muerte. Lo temía desde que a los doce años su padre solía castigarla encendiendo un fósforo ante ella, prendiendo el extremo de un cigarro habano y apagándolo en la delicada piel de sus brazos. Temía al fuego desde que un día se rebeló y se acercó a la habitación donde su padre dormía con una de las furcias mulatas de Nueva Orleans. Camilla, que en aquel entonces contaba diez años, observó la impudicia de la mujer desnuda sobre el lecho de su padre, escuchó los ronquidos y despreció la pereza y el olvido hacia su esposa muerta, pecados de los que siempre hablaba el padre Austin. A los pies de la cama encontró uno de aquellos odiosos habanos aún encendido dentro de un cenicero; y, en el suelo, una caja de cerillas.

Fue fácil. Tanto que se asustó al ver la rapidez con que prendían las cortinas. Fue fácil, sí. Tanto como cerrar con llave la puerta y oír los gritos de la furcia mulata y los golpes de su padre en la puerta.

Su tía Josephine la acogió en su casa de la parroquia de Terrebonne, en los pantanos del sur, compadeciendo a aquella pobre niña, a la pobre niña Camilla.

Harriet, que apagaba el fuego de los cojines con una manta, se sorprendió al ver al ama encogida junto a los almohadones de la cama, balanceando su cuerpo como una demente. Su mirada le pareció la de una chiquilla aterrorizada, pero sus palabras fueron las de una adulta perversa.

—Ni una palabra, negra. Ni una palabra de esto o te azotaré hasta que sangres.

Ya en la noche y en su habitación, envuelta en la pesadumbre por aquel mal día, Harriet decidió rezar al dios del padre Lowell. Le pediría que se llevara al ama Camilla, que la hiciera sufrir en ese infierno del que tanto hablaba.

En el dormitorio contiguo, Constantine tembló al oír el gran crujido sobre la casa, rezando para que nada malo sucediera, para que las aguas del Mississippi no se levantaran en furia. *Otra vez no, por favor…* Con el gorro de dormir y en camisón, descalza, subió las escaleras y se dirigió a la cocina, a tientas, sin lámpara alguna. Abrió uno de los cajones y se hizo con el cuchillo de deshuesar el pollo que guardó en uno de sus bolsillos. Cogió un puñado de sal y con él en la mano volvió a la puerta de su habitación para esparcirla en el umbral. Que su habitación estuviera siempre protegida, que en ella nunca entraran los espíritus de la noche y de la tormenta.

Volvió arriba y caminó despacio hacia el vestíbulo en penumbra donde vio que el señorito Max había olvidado apagar uno de los candelabros. La tapa del piano estaba levantada y podía oler el perfume francés que usaba el joven. Aún quedaba un dedo de *bourbon* en el vaso y Constantine lo agarró sin demora y bebió, relamiéndose, mientras apagaba la luz de las velas con un soplido; todas menos una que sacó de su lugar y sostuvo en su mano derecha. Se colocó al pie de la escalera, tratando de escuchar con atención. *Toc*, *toc*, *toc*… Algo golpeaba, de forma continua, de forma perturbada.

Respiró hondo mirando hacia arriba, hacia la oscuridad, y puso sus pies desnudos sobre el primer peldaño de madera pulida cubierta en su mitad por una mullida alfombra granate. No era la primera vez que tenía que hacerlo en plena tormenta. Subió despacio, casi aguantando la respiración, hasta el primer piso donde dormían los amos y los invitados. Y subió, un poco más, hacia el último tramo que la llevaría al desván donde Clarisse estaba inconsciente, con la sombra de una mano apoyada en su espalda.

Los dedos de Constantine se cerraron como una garra en torno al

cuchillo cuando giró el picaporte y sintió la corriente de aire entre sus pies, un aire frío como el que sobrevolaba el bayou en invierno. Allí olía a madera y a polvo, a muebles olvidados, a sillas rotas; también al perfume de la niña Clarisse. Avanzó unos pasos hacia la ventana abierta y percibió intenso el olor a hierro, a cadenas, a sangre. Olía a madera quemada y a tristeza, a una profunda aflicción que penetró en sus poros encogiendo su corazón. Apretó la mandíbula y sintió cómo rechinaban sus dientes. La vela, cuya cera se derramaba entre sus dedos, se apagó de repente. Oyó que el picaporte se cerraba con un chasquido seco. *No, otra vez, no*…

La ventana sin cortinajes dejaba entrar el agua de la tormenta que seguía cayendo intensa sobre la casa, sobre los campos, sobre el pantano, desbordando el bayou. Alguien susurró a su espalda, escuchó una risa ronca y Constantine se inclinó hacia adelante perdiendo el aliento, con un intenso dolor en los riñones. Alguien la había golpeado con una vara, con un madero. Gimió y trató de alcanzar con las manos el marco de la ventana. *Maman Brigitte, protégeme*… Se arrastró dando media vuelta sin que la noche y la luna menguante ayudaran a vislumbrar el camino de regreso hacia la puerta. *Señor Jesucristo, ayúdame*… Sabía que necesitaba llamar a todas las deidades posibles porque allí no estaba sola: sentía la presencia de alguien más, agazapado en la oscuridad.

Cadenas, cadenas, cadenas que se arrastraban por el suelo… Cadenas y sangre y… *Oh, ahí está*… Reflejada en el espejo junto a un gallo negro, mostrando su cuerpo esbelto, su largo pelo negro, sus ojos verdes y su rostro pintado de blanco. *¡Oh, Gran Señora Erzulie, diosa serpiente, señora del fuego y de la rabia!*

Sintió de nuevo un golpe seco sobre su espalda y unos dedos húmedos sobre su nuca. Se derrumbó y sus ojos, luchando por no apagar su luz, se volvieron blancos, tan blancos como su cabello se acababa de transformar.

En la planta inferior, el amo Edward despertó. Empezó a agitarse y a respirar de forma entrecortada. Antoine, el atolondrado de Antoine, no le había dado su medicina. Ni a las cuatro de la tarde ni a las once de la noche. Y sus sentidos estaban más despiertos, y su mente más clara, y sus ojos podían ver mejor en la oscuridad. Su alarido despertó a toda la casa Beaumont.

Poco después de los tañidos de campana que anunciaban el nuevo día de trabajo, llegó una carreta con las compras que Jacob había hecho días atrás en Nueva Orleans. Entre baúles y cajas, Vincent ordenó bajar un bulto embalado con papel basto y protegido entre mantas.

—Al vestíbulo —indicó. Y lo cargaron entre cuatro hombres. Allí les esperaba la señora Camilla, gesticulando para mostrarles el espacio donde debía ir, ni más alto ni más bajo, a la altura perfecta sobre un antiguo secreter de caoba.

El espejo labrado, de casi seis pies de alto y marco dorado con pan de oro, lucía imponente, como si aquel hubiera sido su lugar en el mundo. El retrato del señor Pemberton, colgado en el extremo opuesto del vestíbulo, se reflejaba en él mostrando su rostro severo y regio.

—Magnífica adquisición, ¿verdad, *maman*?

—Por supuesto, *mon chéri*…

La anciana alzó las finas cejas y su entrecejo mostró las cada vez más pronunciadas arrugas a pesar de los ungüentos que hacía traer de Francia.

—Marco de pan de oro, finos labrados… Elegante y señorial. El subastador no tenía los documentos, pero apostó a que pertenecía al señor Pemberton. Me pareció que estaría bien devolverlo a la casa, *maman*…

—Excelente idea, hijo —aseveró admirando, casi con amor, la regia figura de Christopher Pemberton.

Clarisse apareció en lo alto de la escalera vestida con su camisón color hueso que arrastraba peldaño a peldaño al caminar. Las largas mangas ocultaban las heridas de defensa de sus manos y sus brazos, pequeños cortes que había descubierto al despertar en su cama. Caminaba con tiento, con dolor aún en su nuca y el desasosiego en sus manos temblorosas. No había querido decir a su madre lo sucedido en el desván, pero tampoco había podido dormir en toda la noche.

Con las ojeras marcadas y la cara pálida se acercó a Jacob y a Camilla, que seguían admirando el recién adquirido espejo, y reparó en el extraño relieve del marco dorado y un turbador desconchado en una esquina. El reflejo de Christopher Pemberton le guiñó un ojo en una mueca inquietante. La joven pestañeó, se llevó las manos al pecho, sus piernas flaquearon y cayó derrumbada en el suelo entre las

exclamaciones de los allí presentes.

Fue Jacob quien la llevó a su habitación y la tendió en la cama observando su débil respiración, su palidez. Max esperaba apoyado en la puerta, preocupado porque desde el día de la caída en el bayou, Clarisse no había vuelto a ser la misma; siempre enfermiza, siempre débil, tan diferente de la jovencita alegre que llegó de visita a la plantación. Fionnula, agitada y sudorosa por haber subido las escaleras demasiado aprisa, entró en la habitación.

—Pero, ¿qué ha sucedido ahora? ¡Mi pobre niña!

—Es un simple desmayo, tía —dijo Jacob, incorporándose—. Esos corsés ajustados… Que alguien traiga las sales.

Harriet caminaba deprisa por el corredor, inquieta por las voces y la gente agolpada ante la habitación de la niña Clarisse. Max le cedió el paso.

—¡Las sales! —ordenó Camilla—. ¡Harriet! ¿Qué haces ahí parada?

Y Harriet corrió a la despensa apremiada por los malos modos de la señora. Mientras rebuscaba entre los estantes el frasco que necesitaba, oyó que la puerta se abría y se cerraba enseguida. Los pasos inconfundibles de Jacob detuvieron su búsqueda.

—Las sales, amo. Tengo que encontrarlas para la señorita. — Intentó zafarse, escapar de su abrazo, pero las manos de Jacob eran firmes y sus dedos en torno a sus brazos, fuertes y egoístas.

—Ya habrá tiempo para las sales, Harriette…

La empujó contra la puerta de uno de los armarios de rejilla donde guardaban las legumbres secas. Harriet gimió. Capitán, que se había colado en la casa, comenzó a arañar la puerta de la despensa.

En el piso de abajo, Constantine recogía sus cosas pensando en cómo demonios había regresado a su habitación la pasada noche, en cómo iba a olvidar lo que había visto. Seguía con fiebre alta y vómitos y Vincent hizo llamar al señor Jackson, que examinó su pulso y le hizo unas preguntas acerca de su debilidad. Le preguntó si estaba encinta o creía estarlo; si había bebido del agua del pozo viejo o había comido algo en mal estado. Constantine negaba con la cabeza, con los labios secos y la mirada perdida en el recuerdo del desván.

Tras hablar con Jacob, el veterinario determinó que abandonara la casa grande y se instalara en una de las cabañas. Camilla, sentada en el porche y sorbiendo de una taza de té, observó su marcha, satisfecha. No quería una esclava enferma en la casa. Si Constantine

tenía que morir, que lo hiciera fuera.

Vincent cargó con la bolsa de sus escasas pertenencias sin decir nada acerca de su amplio mechón de cabello blanco, como el de una anciana. Se limitó a acompañarla hasta la cabaña de Mammy Melania, que la acomodó como mejor pudo en el suelo, al fondo, junto a unas cajas de madera vacías que olían a manzanas secas. Las tres jóvenes que vivían allí protestaron ante Vincent por traerles a la enferma, pero él se encogió de hombros y dijo que solo cumplía órdenes del señor.

Se marchó dejando a Constantine tumbada en el suelo, abrazándose a su manta y temblando de fiebre, recordando entonces, ya fuera de la casa, cómo bajó las escaleras al amanecer, cómo tenía clavado en su brazo derecho el cuchillo de deshuesar, cómo rodó la vela apagada hasta detenerse al pie de la escalera.

Entreabriendo los ojos vio en el rostro de Mammy Melania la expresión afligida de su madre muerta, devorada por los perros cuando trató de escapar de una plantación de Mississippi. Movió la cabeza hacia la derecha y pudo ver a tres muchachas comiendo su ración de tocino del día sentadas en su camastro, hablando de ella y observando el sudor y la rojez de su rostro demacrado, aborreciendo su presencia como se desprecia a un animal sarnoso.

La anciana se sentó a su lado y examinó la herida en su brazo, sus cabellos súbitamente canosos. Por suerte tenía algunas hierbas para bajar la fiebre y paños para curarla. Confiaría en que eso fuera suficiente para que superara aquella noche, para que el Barón Samedi no acudiera a por su alma.

Salió, puso agua a calentar en la hoguera encendida y mandó a Aaron y Billy a dormir a la cabaña del señor Thomas. Aquella noche quería a sus nietos lejos de la enfermedad y la muerte.

—Mammy Melania… Mammy Melania… —Constantine la llamó mientras la veía acercarse con una vaso de madera, humeante, que despedía un olor dulzón que despertó sus sentidos.

—Bebe y duerme, tranquila.

—Los he visto, Mammy. Los he visto… Allí arriba, en el desván.

Indicó con un gesto de la cabeza que se acercara y le susurró al oído el secreto.

Harriet, con el vestido desabrochado mostrando su espalda, se agarraba a la columna de la cama con dosel del ama Camilla.

—¡Así aprenderás a no retrasarte con mis encargos! —La anciana alzaba la vara y la volvía a lanzar contra la piel enrojecida de la esclava, azotándola con fuerza. Jacob había impedido que entregara con premura las sales para la señorita Clarisse y ahora ella pagaba las consecuencias—. ¡Intolerable! ¿Así pagas todo lo que hacemos por ti? ¡Un techo sobre tu cabeza, un plato de comida en tu mesa!

Las lágrimas de Harriet caían silenciosas resbalando por su cara hasta su cuello; el nudo en la garganta amenazaba con deshacerse y estallar en llanto, en el grito de dolor que deseaba aullar.

Cuando la señora se cansó, tiró la vara al suelo y ordenó que se vistiera.

—¿Qué llevas ahí? —señaló el brazalete de hilos de colores de su muñeca, que le arrancó sin contemplaciones—. Ahora atiende a mi esposo, retira su orinal y dale la medicina —dijo indicando la puerta que comunicaba con la habitación del amo Edward—. Y llama a Johnny. Hoy no ha recibido su lección.

Harriet asintió, temerosa por la pérdida de su pulsera de la fortuna. De nuevo volvería a ella la mala suerte, de nuevo atraería los demonios. Y su grisgrís seguía sin aparecer… Con la boca de repente seca y sintiendo un extraño vacío en su pecho, se asomó al pasillo y llamó al pequeño Johnny pensando en las horas que pasaba con la señora leyendo la palabra del Señor, oyendo sus advertencias contra los de su propia raza, vistiéndolo de niña, burlándose de él y después mandándolo a la cocina a por un tarro de mermelada de fresa que Camilla comía a cucharadas, atiborrándose ante la mirada impasible del pequeño. *Pobre, pobre niño inocente,* pensaba Harriet mientras vertía la medicina en una cuchara y la acercaba a los labios temblorosos de Edward Beaumont.

Anochecía y empezó a soplar viento del oeste que despeinaba los penachos del algodón. Jacob guardó unos documentos en el cajón de su mesa, los cerró con llave y se levantó para mostrarle a Joe el objeto que llevaba en la mano. Este, con el sombrero en la mano e impaciente por volver a su cabaña, empezaba a impacientarse. Su rostro mostraba el cansancio acumulado desde que fuera nombrado capataz, pues su tarea siempre terminaba más tarde que los demás y

comenzaba su jornada antes para controlar que nadie se durmiera por las mañanas. Al regresar tenía que encender el fuego, vigilar las escasas hortalizas que crecían en su pequeño huerto, prepararse la torta de maíz de la cena y otra más para el día siguiente. El hambre, ese hambre perpetua que nunca podía saciar del todo, era su peor castigo. Había esperado que el amo le hiciera llegar algunas sobras de la cocina como premio a su dedicación, pero nada de eso llegaba. Jacob, como otros tantos hacendados, prefería a sus esclavos delgados y ágiles, con la salud suficiente para que aguantaran jornadas interminables.

—¿Lo ves, Joe? Es un reloj de bolsillo de buena calidad. Con él controlarás el tiempo en la desmotadora.

Oyeron un grito y salieron del despacho. En el vestíbulo, la tía Fionnula estaba en el suelo, boca abajo, con la cabeza cubierta de sangre. Harriet se llevaba las manos a la cabeza sin saber qué hacer, absorta en los pedazos de espejo ensangrentados que cubrían la cabeza de la señora.

—Se ha descolgado de la pared… Se ha caído… —Harriet, agachada junto a ella, trataba de quitar los pedazos de cristal y madera que se habían clavado en la cabeza y la sien de Fionnula, inconsciente, con un hilo de sangre resbalando de su frente.

Entre Jacob y Joe levantaron el espejo y lo apoyaron en la pared mientras Vincent acudía al vestíbulo, alarmado por el grito. Al ver a Fionnula en el suelo, mandó a un muchacho a llamar al señor Jackson. Después se acercó al espejo: rajado como estaba, con una grieta zigzagueante y fragmentos desprendidos del marco, no quedaba más que retirarlo, así que entre Joe y Antoine lo subieron al desván.

—Siete años de mala suerte, siete años… —murmuraba el veterinario Jackson comprobando que la señora respiraba y pronto volvería en sí. Lo había advertido repetidas veces: algún esclavo de aquella casa había realizado brujería. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó el sudor de la frente. Tenía que hablar con el padre Lowell.

El pequeño Johnny el rubio seguía los pasos de Antoine y Joe subiendo la escalera, iluminando su camino con una lámpara de aceite. Ante la puerta del desván, Vincent rebuscó en sus bolsillos, sacó la llave maestra y abrió, dándose cuenta de que estaba abierta. Una bocanada de aire viciado y húmedo que traía el aroma de hojas secas y agua estancada les recibió como se recibe a un invitado molesto.

Colocaron el espejo en posición horizontal, junto a una vieja

mecedora envuelta en sombras de la que solo entreveían los apoyabrazos, y frente a otro espejo de marco ovalado que reflejaba a una muñeca de cartón. Salieron de allí sin detenerse más de lo necesario y Joe sintió el alivio de volver de una vez a su cabaña.

Al salir de la casa, una voz a sus espaldas le detuvo.

—Ha sobrado pan de maíz, Joe —Harriet alargó los brazos tendiéndole un paño que contenía varios panes sobrantes de la cena.

Él agradeció el gesto con una leve inclinación de cabeza, temiendo que fueran descubiertos.

—¿Has llorado, Harriet?

Ella negó con la cabeza, aún con la impronta reciente de los golpes en su espalda y en su corazón.

Joe se inclinó hacia ella para tocar su mejilla, protegido por la penumbra que les rodeaba, arrastrado por aquella mirada que no decía nada y lo decía todo a la vez. Y salió de la casa grande sintiendo el alma ligera, como si el amor le hiciera un poco libre.

Harriet se volvió y se encontró con la mirada inquisitiva de Vincent, apoyado en su bastón, inclinada la espalda hacia la derecha, chasqueando la lengua y murmurando que era una insensata, una insensata, sí señor.

6

No había sido un sueño. Clarisse estaba segura de lo que había visto reflejado en el espejo del ático: la huella de una mano que encajaba con la suya propia, la sombra blanquecina que trataba de dar forma a la silueta de una mujer. Recordó que, hipnotizada, sin temor, contempló aquel rostro joven, unos ojos azules. *Todo estaba bien*, *todo estaba bien*… Siguió absorta en aquella ensoñación hasta ver de nuevo su propio reflejo, sus propios ojos.

Cansada, preguntándose qué estaba haciendo, arrimó su mejilla a aquella superficie lisa y fría. Su oído captó un lejano campanilleo, una canción. Sobresaltada, volvió a fijar su mirada en el espejo y ya no eran sus ojos sino otros los que la miraban. Unos ojos de mujer que se mostraron repletos de lágrimas cuando el rayo de la tormenta rompió sobre la casa y señaló detrás de ella. Detrás de ella. ¡Detrás!

¿A quién contarle aquel desvarío, si acaso lo era? A su pobre madre no podía molestarla con sus miedos; no cuando estaba en cama tras el accidente con el espejo. Aún así, los los arañazos en sus brazos la inquietaban. ¿Cómo explicarlos cuando su memoria era una nebulosa? Tal vez Harriet no la tomaría por loca…

Y en aquella hora extraña de la madrugada, Clarisse seguía oyendo los golpes sordos y apagados de las cadenas en las paredes del desván; y sentía aquel irrefrenable deseo de salir de la habitación y subir al ático, una malsana atracción que no podía comprender. Rezó a la Virgen María y a su hijo Jesucristo, tal y como le había enseñado su madre. Y se encomendó al mismo Dios para que la protegiera de aquella sombra que veía entrar por su puerta.

Cerró los ojos y se tapó la cabeza con las sábanas. Así, cubierta por completo, sintiéndose protegida, recordó los dedos fríos recorriendo su nuca, la opresión en la garganta. Nunca supo cómo regresó a su habitación, ni por qué recordó que vio a su tía Camilla en el pasillo sosteniendo una lámpara encendida y una sonrisa sardónica dibujada en su cara que desapareció entre las sombras de su habitación, como un espectro.

Bajo la suave manta de lana escocesa que la cubría, sintiéndose así a salvo de todos los fantasmas que la amenazaban en la noche, se durmió. Y sus sueños la llevaron hacia la sombra en el espejo ovalado, formada de penachos blancos de algodón. La corriente del desván, un humo blanquecino, un aire malsano, serpenteaba sobre aquella

superficie plateada y modelaba el contorno sinuoso de una silueta aterradora.

Clarisse, que estaba en aquel lugar y no lo estaba a la vez, acercó su mano derecha a aquella huella que encajaba con la suya, sintiendo la fría superficie del espejo como sentía los dedos aún en su cuello, gélidos e irreales.

El hombre de algodón en el espejo se mostró ante ella y agarró su mano tirando hacia él, obligándola a contemplar escenas de agonía, frío y muerte; obligándola a sentir las cadenas en sus pies, la espalda en carne viva, el collar de hierro en su cuello; obligándola a encontrarse con sus ojos que eran de fuego en su mundo que estaba hecho de cadenas y tiras de cuero sin curtir.

Johnny el rubio, que seguía velando el sueño de la joven Clarisse, detenido como un fantasma junto a su cama, había recibido sus pensamientos, sus visiones. No era la primera vez. Lo había hecho ya con la señora Camilla y con el señor Edward, absorbiendo el humo de sus sueños, hipnotizado por las imágenes de sus miedos y deseos. Alguien le había dicho una vez que era un demonio, que estaba condenado, y quizás fuera cierto, pero la niebla de los sueños de Clarisse le había impresionado, le había aterrorizado, y quiso borrar de su cabeza las sombras de largos cabellos negros y las cadenas que rezumaban sangre y saliva y lágrimas calientes.

Dejó la lámpara en el suelo, se sentó apoyando su espalda en la pared y lloró como el niño que era. Había oído las palabras de la joven murmuradas en sueños, había oído revelar el secreto del desván. Lo había podido contemplar en sus propios sueños. Y su sangre, que provenía de haitianos y españoles, de brujos y descubridores, clamó venganza a los espíritus de sus antepasados.

El niño, que dormía poco y gustaba de deambular por la casa de noche cuando amos y criados dormían, salió de la habitación enjugándose las lágrimas. Se quedó en silencio rodeado de las tinieblas y los crujidos de la escalera. En el piso de abajo el piano dejó escapar una nota, un *do* sostenido, y supo que algo terrible estaba por venir. Y eso era bueno. Eso era muy bueno.

7

El correo llegó con una misiva con sello español. Vincent la recibió de manos de Antoine y corrió a entregársela a Jacob, quien de nuevo había pasado una mala noche repleta de pesadillas y aterradores presagios. Había despertado, sudoroso y asustado, a las tres de la madrugada, la hora muerta, con la imagen de un barco negrero encallando entre las rocas, con los gritos de aquellos desgraciados hundiéndose en las aguas negras de la noche. Volvió a dormir, aliviado, pero en aquella hora interminable, la hora de los espíritus, regresó el sonido persistente y sibilante de una voz en su oreja; incomprensible y escurridizo como las serpientes que amenazaban sus sueños.

Recortada entre la puerta y el corredor, la figura de Johnny el rubio sosteniendo con las dos manos un candelabro apagado, lo mantuvo agarrado a las sábanas, temeroso sin saber porqué. Pestañeó y aquella presencia inquietante desapareció.

Jacob se encontraba contabilizando las libras cosechadas cuando dio el último sorbo de su vaso de ron y destapó la cajita de plata que Max le había traído de Saint Louis. Su hermano se había aficionado a aspirar aquel tabaco francés por la nariz, pues al parecer curaba sus persistentes catarros. A él no le convencía aquel sistema, acostumbrado siempre a sus habanos.

—Pruébalo, hermano —Max le mostró cómo debía inhalarlo—. Ya lo dijo el bueno de Molière: «*No hay nada igual al tabaco, es la pasión de la gente honrada, y quien vive sin tabaco no merece vivir*».

—¿Molière? No lo conozco… ¿Algún prohombre de Nueva Orleans?

—Un dramaturgo francés, Jacob… —dijo clamando al cielo y suspirando ante tamaña incultura—. Por cierto, ¿cómo sigue la tía Fionnula?

—Sigue en cama, recuperándose de la conmoción.

Vincent les interrumpió.

—Una carta urgente, amo —dijo asomándose al despacho y entregándosela con su mano enfundada en un guante blanco. Así lo empezó a ordenar la señora Camilla para que las manos de los criados no tocaran sus inmaculadas y blancas pieles aristocráticas. Solo Antoine y Harriet estaban dispensados con Edward.

Jacob rompió el sello de lacre y se topó con la letra apretada del abogado del señor Francisco de la Cruz anunciando la aceptación de la propuesta de Jacob para esposarse con su hija Catalina. Le ofrecía una sustanciosa dote, una propiedad en Cádiz y unas cuantas cabezas de ganado. Pero había una condición: el enlace debía celebrarse a los pocos días de la llegada de la novia a Nueva Orleans. En el bufete de abogados Johannsen & Villagio de la calle Bourbon ya tenían las instrucciones para hacer efectivo el contrato de esponsales.

Jacob se frotó la barba revisando la fecha de la carta. Si el viaje de Europa a América se sucedía sin contratiempos, antes de un mes recibiría a Catalina de la Cruz, acompañada —según especificaba el abogado de Don Francisco—, de una doncella y el padre Faustino Gómez de la Garza, sacerdote franciscano oriundo de México y que preservaría la virtud de Catalina durante el viaje. El señor de la Cruz no podría acompañar a su hija en esa ocasión, pero anunciaba su visita para dentro de unos meses.

Dejó la carta sobre la mesa y se volvió al sentir una presencia en la puerta, entreabierta. Johnny el rubio le esperaba sosteniendo un candelabro encendido con sus dos pequeñas manos. La inquietante figura del muchacho, que lucía su pelo amarillento más encrespado de lo habitual, habló:

—¿*Mandóme llamarme*, *massa* Jacob?

Aquel muchacho, además de un peculiar aspecto, tenía un modo de hablar muy particular. Los primeros días lo había encontrado divertido, pero ahora aquella manera de combinar las palabras y el acento norteño, los encontraba antinaturales, como lo era él en sí mismo. Un negro rubio, una rareza de Dios, un muñeco de feria.

Camilla apareció tras Johnny, como una sombra. Jacob le tendió la carta, que ella leyó y volvió a doblar, asintiendo, complacida.

—Comenzaré los preparativos, hijo. ¡Hay mucho que hacer! —Chasqueó los dedos e indicó a Johnny que la siguiera—. Pero es la hora de leer las Escrituras, *petit Jean*. —El ama Camilla se empeñaba en hablarle en francés, en que él la siguiera a todas partes como quien tiene una mascota, un perrito faldero.

Y ama y esclavo se fundieron entre las sombras de la casa, dejando a Jacob inquieto.

La mañana siguiente Joe acudió al despacho del amo con su sombrero entre las manos, preocupado porque los trabajadores negros que había proporcionado el capataz del juez Vernon no querían

hacerse cargo de las obras que tenían que acometer en el ático. Aguantaron estoicos las amenazas de castigo y latigazos y volvieron a sus lugares de trabajo en el nuevo granero. Jacob pensó en William Mose, el esclavo que se había suicidado poco después de iniciar las obras.

—Azótalos, Joe, o mejor que los azote su capataz. No son mis esclavos…

—Ya lo ha hecho, amo, pero se siguen negando. Nada más poner los pies en el desván dijeron palabras incomprensibles en su lengua africana y se largaron. No temen los azotes, amo. El capataz Zane ha dicho que solo hay uno dispuesto, pero así la reforma no avanzará rápido.

—¿Y los irlandeses? ¿Qué les pasa a los irlandeses?

Joe se encogió de hombros. Solía verlos fumar, beber e intentar propasarse con algunas esclavas jóvenes de la casa.

—Son aún más supersticiosos, amo. Alguien les dijo lo del espejo que se rompió y se santiguan y repiten que habrá una muerte inminente.

Jacob no podía creer lo que estaba oyendo:

—Hablaré con el padre Lowell para que les haga entrar en razón. ¡No quiero hechicerías en mi casa!

Max entró en el despacho perdiendo la sonrisa al ver la cara de pocos amigos de su hermano, quien le indicó que se encargara del tema. Él tenía que salir de caza con el juez y no tenía tiempo para ocuparse de aquel estúpido asunto.

—Solo se trata de cambiar el suelo y renovar las contraventanas —explicaba Max al negro que se había presentado voluntario mostrándole el desván. Era un mestizo de piel oscura, alto, de unos cincuenta años. A su lado, un irlandés escuchimizado con cierto aire pendenciero, Jamie O'Sullivan, esperaba apoyado en el quicio de la puerta mascando una hoja de tabaco.

El capataz del juez Vernon, Lewis Zane, llegó resoplando, con la escopeta colgada al hombro.

—¡Pero señor Beaumont! ¿Cómo se le ocurre traer aquí a estos, sin cadenas?

—Les estaba mostrando el trabajo que han de hacer.

—¡Válgame Dios! Pero traerlos aquí a la casa sin grilletes, sin un

vigilante… ¿No está su hermano, señor?

Max trató de obviar aquellas palabras que menospreciaban su capacidad de controlar a dos esclavos.

—Que empiecen el trabajo de una vez; con grilletes o sin grilletes; lo dejo a su elección —dijo encaminándose a la puerta—. No me haga perder la paciencia, Zane.

El esclavo negro, de nombre Christopher, permitió sin oponer resistencia que el capataz le colocara los grilletes en los tobillos. El irlandés renegó y se llevó un golpe de la culata de la escopeta de Zane, que comenzó a darles las órdenes de arrancar las tablas gastadas, de cambiar los goznes de las contraventanas. Mientras él hablaba, Christopher tenía la mirada detenida en los espejos situados junto a una de las tres ventanas: uno ovalado, apoyado sobre un destartalado soporte de madera; el otro colocado en posición horizontal debido a su altura, rajado, herido en su antigua belleza. Ambos abandonados y colocados uno frente al otro y junto a una mecedora donde una muñeca de cartón, inclinada de medio lado, les observaba burlona.

8

Octubre de 1830

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Max riendo a carcajadas señalando una noticia del Baton-Rouge *gazette*—. Escucha, Jacob: «*Se busca, vivo o muerto, al hombre negro Jack Fox por robo e intento de asesinato. 2.500 dólares de recompensa*».

—¿Y…? Cada día se publican esa clase de avisos…

—¡El esclavo huyó de su plantación vestido de mujer! ¿Puedes imaginarlo? ¡De mujer! —Max reía, divertido, mientras dejaba el periódico en la mesa y se levantaba para seleccionar un libro de su estantería.

—Por cierto, voy a vender un lote de negros. —Jacob removía su taza de café esperando respuesta. Max detuvo la lectura de *Ivanhoe*—. Necesitamos algo de efectivo para la boda —siguió diciendo Jacob sumando cifras en unas cuartillas.

Max removió su taza, nervioso.

—Supongo que vence el primer pago de la hipoteca… —lanzó aquella frase con un dedo acusador.

—Esta es la lista —sentenció Jacob sin derecho a réplica—. Encárgate de que mañana estén preparados.

Max leyó los nombres anotados en el arrugado papel amarillento y vio asombrado que entre ellos estaban los dos pequeños tunantes.

—¿Aaron y Billy? —dijo señalando la lista.

—Sí. ¿Algún problema?

Max se frotó la barba incipiente tratando de luchar contra su conciencia y la necesidad de la venta. Se sirvió un poco más de café mientras saludaba con la cabeza a Clarisse, que entró en el salón para desayunar, seguida de su madre. Las dos estaban pálidas, con las ojeras grises desmereciendo sus rostros. Pareciera que aquella casa enfermaba a las mujeres: la malograda Catherine, Clarisse y ahora Fionnula que había perdido su parloteo habitual. Al parecer, la criada Constantine también había caído enferma y relegada a abandonar su puesto en la casa. Su propia madre adelgazaba cada vez más y sufría aquella pérdida de cabello que la volvía loca y malhumorada, siempre tratando de que nadie viera sus desesperantes calvas.

Capitán, tumbado junto al fuego, se levantó ladrando hacia la ventana. Jacob se limpió los labios con la servilleta, se excusó y salió con el perro.

…Tu alma se encontrará sola…

Max oyó que alguien murmuraba en su oído; una voz masculina, joven, algo afectada. Se volvió, turbado. Su tía y su prima desayunaban frente a él, untando en silencio la mantequilla en el pan. No había nadie más que ellos tres. Nadie más, pero…

…Están, alrededor de ti…

Se levantó, excusándose, tratando de hallar en su mente esas palabras que le eran familiares. Subió a toda prisa a su habitación, rebuscó entre sus libros y encontró aquel ejemplar impreso en papel barato que contenía los poemas del bostoniano. Parte del poema *Los espíritus de los muertos* decía así:

…los espíritus de los muertos que vivieron

antes que tú de nuevo están

alrededor de ti en la muerte, y su poder

te eclipsará: estate quieto.

Aquel joven autor —lo presuponía joven—, necesitaba depurar más su estilo, pero prometía. Aquellos versos contenían una carga original y poderosa que en un tiempo más, si el autor continuaba escribiendo, se convertirían en pequeñas joyas. Pero, ¿acaso estaba intentando decirle algo? ¿Acaso se estaba volviendo loco? Pensó en el exceso de rapé que había aspirado la noche anterior, en las pesadillas que habían poblado su sueño. Sí, tal vez se tratara de cansancio, de desvarío. Tal vez la pesada cena le había sentado mal.

Cerró el libro, se tumbó en la cama y trató de alejar de sí aquellos versos que le inquietaban. Esperaba, eso sí, que el bostoniano, allá donde estuviera, siguiera cultivando su arte. Por el momento Max escribiría una nota laudatoria a *Tamerlán y otros poemas* que enviaría al Baton-Rouge gazette; sería su pequeña contribución. Quizás el año próximo, en el que pensaba viajar a Boston y Nueva York, trataría de dar con el autor.

Cogió papel y pluma y elaboró la reseña para el diario, esperando ayudar a aquel poeta a ser reconocido. Salió de la habitación y se encontró con Johnny el rubio caminando por el pasillo de la planta superior como alma en pena. Aquel extraño muchacho parloteaba en voz baja cargando con una jarra de porcelana azul.

—Entrega esta carta a Vincent, Johnny, haz el favor. Para el correo de la tarde.

—Sí, *massa* Max —dijo sujetando la jarra con una mano y extendiendo la libre para recoger la misiva—. Y se alejó escaleras abajo.

…Están alrededor de ti

en la muerte…

—¿Cómo dices, Johnny? —preguntó Max, alarmado. Había oído de nuevo aquellos versos, pero ahora en la voz de aquel niño, que se volvió hacia él, mirándolo desde el descansillo de la escalera con aire inocente:

—*Te eclipsará: estate quieto…*

Max parpadeó. La voz ya no era la de Johnny, sino la de su padre Edward, que se acercaba hacia él haciendo rodar la silla a toda velocidad. *¡Padre! ¿Pero qué…?* La silla chocó contra una consola inglesa de nogal que detuvo la carrera sufriendo desperfectos en una de sus patas labradas. Max corrió junto a él, que reía, divertido. Hacía meses, años, desde la última vez que le oyó reír. Su semblante había mejorado y, por un momento le pareció ver en su expresión el hombre fuerte que siempre fue. Fue un instante, apenas un momento en que sus ojos volvieron a hundirse en aquel mundo opaco donde vivía.

Antoine salió de la habitación, alarmado. Se había quedado dormido.

—¡Lo siento, amo Max! ¡Lo siento, lo siento…! —Se llevó las manos a la cabeza, golpeándose la frente. Su despiste hubiera podido causar que el amo Edward cayera por la escalera—. ¡No me castigue, amo, no me castigue!

Mientras Max disculpaba su actitud despistada, Johnny llevaba la jarra de agua a la cocina. La dejó sobre la mesa y salió por la puerta trasera en busca de Vincent. En el patio de magnolios, Camilla regañaba a una de las cocineras por haber echado a perder uno de los pasteles de cangrejo. Detuvo la vara al ver salir a Johnny, que la miró con aire triste. La señora siempre pegaba, siempre gritaba. La señora no era buena.

—¿Qué traes ahí?

—Carta que *dióme* el amo Max, *ma'am*.

La cocinera salió corriendo del patio aprovechando que el ama iba hacia Johnny, arrancándole la carta de las manos. *Tonterías, estupideces…* Arrugó la carta y se la entregó al niño.

—Quémala, Johnny.

—No *es bien,* ama Camilla. *No es bien* para el amo Max —protestó el pequeño.

Ella agarró parte de su espesa mata de pelo rubia y lo arrastró hasta la cocina, donde Mildred amasaba pan. Le obligó a tirar la carta al fuego, donde se arrugó y se volvió cenizas en un instante. Después lo mandó al rincón bajo la escalera.

—¡Te quedarás ahí hasta que aprendas a obedecer!

Johnny el rubio, agachado en el rincón abrazando sus rodillas, se inclinó hacia atrás y hacia adelante, meciéndose. Desde su posición podía ver el retrato de Christopher Pemberton con aquellos ojos grises pintados al óleo tan llenos de vida, mirándole divertido.

Jim el cojo fue el primero en verlo llegar. Se apoyó en la azada y siguió con la mirada la carreta que se detuvo en el patio de entrada. El tratante Michael McAllister había llegado para llevarse a doce hombres y cuatro niños y fue recibido por Joe, que enseguida fue a avisar al amo.

Harriet llevaba unos días en la plantación del juez Vernon, pues su esposa Josephine había traído a su anciana madre a vivir con ellos y no tenía a ningún sirviente capacitado para cuidarla. El juez acudió a Jacob para solicitarle que Harriet enseñara a una de sus esclavas domésticas todo lo necesario mientras permanecían en la plantación. Fueron tres días en los que Harriet comió abundantemente en la cocina de la casa de Vernon LaRoche, en que la señora Virginia le regaló cintas para el pelo y jabón perfumado. *Ojalá quisiera comprarme, ojalá la señora Josephine quisiera ser mi ama*, pensaba. En aquella casa plácida todos los criados parecían felices; en aquella casa, el juez Vernon, un hombre piadoso y justo, leía pasajes de la Biblia a sus esclavos y les trataba con dignidad.

Cuando el supervisor Daniels llamó a Aaron y a Billy al patio, donde ya se estaba formando la fila para que McAllister los examinara, llegó Mammy Melania, gesticulando y gritando. Momentos antes estaba en el campo, cosechando algodón, pero tras el aviso del señor Marcus, a quien también le serían arrebatados dos de sus hijos, abandonó su saco y corrió campo a través sin darse cuenta de los arañazos que las plantas de algodón provocaban en sus brazos, sin darse cuenta de que rompía ramas en flor y sería castigada por ello.

—¡Mis niños, no! ¡No, por favor! —Llegó a la fila donde los dos muchachos estaban siendo examinados por McAllister, que palpaba sus brazos delgaduchos y comprobaba sus dientes, aún de leche.

El tratante no hizo caso de sus súplicas mientras el supervisor Daniels apartaba a Melania de Aaron, que comenzó a llorar, de pie en su fila, limpiándose las lágrimas con la blanca palma de su mano. Billy lo siguió después, provocando el llanto de los hijos del señor Marcus, que se estiraba los tirantes, desesperado.

—¡Señor Beaumont! —exclamó McAllister—. ¡Haga usted el favor de hacer callar a estos mocosos llorones!

—¡No, por favor, amo Jacob! —seguía suplicando Melania, ahora en el suelo, detenida por la escopeta que uno de los hombres de

McAllister apuntaba hacia ella—. ¡Son mis pequeños! ¡Le valdrán mejor aquí en su casa! ¡No los venda, amo! ¡No venda a mis niños!

El tratante se mesó la barba observando a la anciana.

—Si me la dejáis barata, quizás os la compre, Beaumont. Es vieja pero puede servirme. Pero los niños no entran en ninguna negociación o no hay trato. Los necesito para mis clientes y estos dos son perfectos.

Jacob no quería dramas y la idea de vender a los niños junto a Melania, que ya no servía para recoger algodón, le pareció correcta. Levantó el dedo índice para decir una cifra apropiada de venta cuando su madre apareció detrás de él. Pudo oler su caro perfume francés que no lograba apagar el deterioro y la decrepitud de su piel.

—No la vendas, Jacob. La quiero en la cocina. Para la celebración de tu boda necesitaremos más ayuda.

—Como mandes, madre —asintió Jacob indicando a McAllister que Melania no estaba en venta.

Camilla sonrió viendo al tratante entrando en la casa para firmar los papeles necesarios, viendo cómo Daniels acompañaba a Melania a su cabaña, gimiendo, lamentándose y desgarrando la falda de su vestido, suplicando por sus nietos. El ama no la había dejado quedarse por piedad, de eso estaba segura. La quería allí, cerca de ella, para verla trabajar sola, sin el consuelo de sus nietos. La quería en la casa para regocijarse en su sufrimiento.

Tras la firma de los documentos de venta invitaron a McAllister a comer. El hombre se colocó la servilleta admirando el aromático pollo criollo que le sirvieron.

—¡Qué exquisitez, señora Beaumont! ¡Su cocina es la mejor de la parroquia de West Feliciana!

Camilla indicó a Vincent que le sirviera más vino. Parecía nerviosa y levantaba la mirada una y otra vez hacia la ventana.

—¡Señor! —Joe llamó a la puerta del comedor pidiendo permiso para entrar. Vincent fue hacia él para recriminarle la impertinencia de interrumpir la comida de los amos—. ¡Señor, es urgente!

Tras oír el reclamo de Joe, Jacob se excusó con McAllister. La desmotadora había sufrido una avería grave y debía solucionarse cuanto antes. Estrechó su mano y se despidió de él hasta la próxima ocasión.

—Pero tómese el café, McAllister; no tenga prisa —sugirió Camilla indicando a Vincent que trajera también los vinos espirituosos.

El tratante, encantado con su anfitriona y animado por el alcohol, le contó chismes de aquí y de allá y después la acompañó hasta el porche donde besó su mano, galante.

—Despídame de su hijo, *madame*. Espero que se arreglen sus inconvenientes…

—¡Oh, seguro que sí! —exclamó animada tras ver aparecer al supervisor Daniels en el patio. Bajó las escaleras seguida de McAllister y comprobó que traía lo que le había pedido.

El tratante saludó al supervisor mirando interrogante al niño que llevaba de la mano.

—Quería recompensarle, McAllister —dijo Camilla levantando al pequeño y apretando su rostro mofletudo que la miraba con sorpresa —. Ya que le hemos perjudicado al no venderle a Melania, me gustaría hacerle un regalo. ¿Cree que este mulato le servirá para algo?

—¿Cómo se llama? —preguntó el tratante asombrado ante su buena suerte. ¡Un niño que no contaría ni un año le reportaría unas muy buenas ganancias!

Camilla sonrió como hacía días que no lo hacía: mostrando sus pequeños dientes amarillentos, dejando que brillaran sus ojos, divertidos. Los esclavos debían perder su nombre, perder su alma.

—Llámelo como quiera, McAllister. Como usted quiera…

Aquella noche Jacob ordenó intensificar las guardias tanto en la casa como en las cabañas. Sospechaba que el sabotaje en la desmotadora estaba relacionado con la venta de los esclavos de aquel día. En la cabaña del señor Marcus, donde un hombre armado ya hacía guardia, se oyeron sus reniegos y maldiciones mientras golpeaba las paredes asustando a sus pequeños y haciendo llorar a su mujer. Juró y perjuró que encontraría a sus hijos allá donde fuesen, que llegaría un día en que compraría su libertad.

Melania recogió sus cosas para mudarse a la casa grande donde ocuparía un pequeño cuarto, casi un trastero, junto a la cocina. Y mientras hacía un hatillo, mientras trataba de no romper en llanto, vio el lecho de Constantine vacío, sin manta alguna. Encontró su vestido hecho un ovillo a la entrada de la cabaña, junto a la hoguera que una de las muchachas había encendido para quemarlo junto a sus viejos zapatos. No preguntó, ya lo sabía. Ya sabía lo sucedido con la esclava, que murió con un nombre en los labios: Howie *babe*.

Encaramado a la rama de un ciprés, el mapache Cornelius esperaba ver salir a los niños, ansioso por su pedazo de pan de maíz.

Husmeando en el aire, siguió con sus pequeños ojos los pasos de Melania caminando detrás de Daniels hacia la casa grande. La anciana llevaba sobre sus hombros la pena de su hija robada, la pena de sus pobres nietos que ya estarían camino de Nueva Orleans en la carreta de Michael McAllister, que un rayo lo partiera, y que otro partiera también al amo Jacob.

El pequeño Johnny, sentado en las escaleras del porche, la vio entrar en la casa con la cabeza gacha, seguida del supervisor. *Un día feo, sí; feo como ma'am Camilla*, pensó el pequeño. Y la señora, que acababa de levantarle el castigo y estaba absorta en el retrato del señor Pemberton hablándole en voz baja, no le había llamado para leerle las Escrituras. Johnny miró a derecha y a izquierda, vio que Vincent no estaba cerca y salió correteando hacia la cocina. Llevó unas nueces a su yegua favorita y después se perdió en la oscuridad.

La campana tocó a alarma despertando a toda la plantación. El granero viejo estaba en llamas.

La tía Fionnula, ya repuesta de sus heridas, se había empeñado en celebrar la cena de Acción de Gracias a pesar de que Jacob no estaba de humor tras la pérdida de las balas de algodón almacenadas en el viejo granero. Era una costumbre que estaba empezando a arraigar en todo el país, pero especialmente en el norte y promovida por la escritora Tori Avey, una viuda con cinco hijos que con su novela *Northwood: Un cuento de Nueva Inglaterra*, publicada tres años antes, trataba de unir a norte y a sur mediante una opípara cena.

Y al igual que Tori, Fionnula llevaba días tratando de convencer a Camilla, mostrándole la revista *Godey's Lady's Book* donde la escritora hablaba de las recetas de esa gran cena. Sería una gran oportunidad para lucir la buena cocina de la Beaumont Mansion, de la que hablarían en todo Saint Francisville y hasta en Baton Rouge. Camilla, de natural presuntuoso, finalmente asintió y decidió invitar al juez Vernon, a su esposa y a sus cinco hijos.

—Entonces —dijo Fionnula, satisfecha—, Clarisse y yo les haremos una visita esta misma tarde.

Jacob y Max llegaron al patio donde dos mozos se encargaron de sus caballos. Capitán llegó a la carrera, con la lengua fuera y lleno de barro y hojas de roble.

—¡Que alguien lave a este perro! —dijo Jacob sonriendo a Jim el cojo, que iba camino de los huertos.

—¡Enseguida, *massa*!

Camilla tomaba café en el porche con Johnny sentado a su lado mirando con deseo el plato con *beignets* recién hechos que la mujer saboreaba con placer.

—Acompañadme, hijos míos —dijo a su paso—. Moriré pronto y quiero pasar más tiempo con vosotros.

Aburrido de aquella cantinela, Max entornó los ojos. Por suerte, los *beignets* estaban deliciosos, como aquel café fuerte y caliente. Hablaron del tiempo y de las obras del nuevo granero hasta que Camilla anunció:

—Regalé al niño de Harriet —dijo indicando con un ademán que Vincent le sirviera más café.

Jacob se atragantó y empezó a toser mientras Max agachó la

cabeza, musitó una excusa y se levantó.

—Ven conmigo, Johnny —Y el pequeño se bajó de un salto de su silla para seguirle. Camilla protestó—: ¿Qué es este desaire, Maximilien?

Él no respondió. Prefería no hacerlo. Apoyó una mano en el hombro del muchacho y le indicó que entrara en la casa. Pasaron por la cocina para que comiera los *beignets* que quisiera y después se encaminaron a una de las habitaciones cerradas del ala sur que había empezado a acondicionar como biblioteca. Los libros le salvaban de aquella locura en la que vivía.

Mildred comenzó con los preparativos de la cena que se celebraría dentro de dos noches: conseguir los ingredientes para el relleno, seleccionar el pavos que tendria que matar, escoger las calabazas… Mientras, Melania pulía los cubiertos de plata en silencio, sin hacer caso del parloteo de la cocinera y cansada de oír su voz alegre cuando ella solo tenía ganas de morir.

Harriet entró en la cocina con la expresión de quien ha visto un fantasma.

—¿Dónde, dónde está? ¡Decidme! ¿Dónde está mi hijo? —dijo golpeando el molde de un pastel que reposaba encima de la mesa y tirándolo al suelo.

—¡Pero qué haces, Harriet! —exclamó Mildred indicando a Lavinia que recogiera el desperfecto—. ¡Compórtate!

—¡Melania! ¡Tú tienes que saberlo! ¿Dónde está mi niño? ¡No está en la cabaña de Thomas! —Harriet corrió junto a ella—. ¡Dicen que quizá se lo llevó el supervisor Daniels!

La anciana se encogió de hombros para seguir frotando los cubiertos de plata.

—No vi a tu hijo entre los que estaban en la carreta, pero quién sabe….

El labio inferior de Harriet empezó a temblar, como tembló su pecho ahogando el llanto ante aquella gélida actitud.

—Habla con Vincent… —sugirió Mildred.

Melania seguía limpiando los cubiertos de plata sin mirar a Harriet, sin querer pronunciar una sola palabra más al respecto. Sin querer pensar más que en las raíces necesarias para realizar el conjuro. Había llegado el momento.

Harriet, desesperada ante la mirada de lástima de Mildred y la indiferencia de Melania, zarandeó a la anciana apartándola de su tarea:

—¡Tienes que ayudarme! ¡Tienes que ayudarme!

Mildred tuvo suficiente. Agarró el brazo de Harriet y la llevó fuera de la cocina, bajo los magnolios.

—Ha perdido a Aaron y a Billy; no la atormentes más —dijo ayudándola a sentarse en un banco de madera—. Marcus también ha perdido a dos de sus hijos y, probablemente al tuyo se lo llevaron también a Nueva Orleans. —Acarició su mejilla, compadeciendo su angustia—. Lo siento, Harriet. De verdad que lo siento.

Nadie lo sentía como ella. Nadie podría sentirlo nunca como ella. Por eso se levantó y corrió hacia el bayou. Capitán, dormitando a la sombra de un roble, la vio y la siguió, interesado y divertido. Ella le increpaba y le decía: «*Perro tonto, ¡no me sigas!*», pero él movía la cola erguida, feliz, y ladraba mientras Harriet agarraba una rama seca de ciprés, ahuyentándolo. El perro sacaba la lengua, cansado: *¡Jugar, jugar, jugar!*, y seguía ladrando, alborotado.

Harriet se detuvo: los ojos color miel de Capitán le recordaron a los de Jacob.

Ven, perrito ven…

Jacob lo amaba.

Ven, Capitán, ven con Harriet…

Jacob lo amaba y sentiría su pérdida más aún que la de su difunta esposa.

Ven…

Y el animal, confiado, se acercó a la mujer que le entregaba la rama para que jugara; y se dejó acariciar. Y ella lo agarró de su collar y lo animó a entrar en el agua, donde podía ver agazapado entre las orquídeas y las salvinias flotantes un caimán que se encargaría de arrebatar a Jacob Beaumont lo que más quería.

Perro bueno…

El ojo de reptil del caimán se asomó entre las aguas verdosas acechando a sus presas, voraz, y Harriet se dispuso a lanzar con fuerza la rama hacia un tronco flotante para que Capitán lo siguiera. *Venganza…*

Levantó el brazo y cometió el error de mirar de nuevo a los ojos del perro, inocentes ante la emboscada, cándidos como los de un niño.

Harriet sintió el vacío en su pecho y abandonó el juego.

Capitán la siguió hasta la casa moviendo el rabo, mordisqueando el extremo de aquella rama seca de ciprés que Harriet dejó abandonada como su ansia de venganza con un inocente.

Entró por la cocina y sin querer escuchar los reclamos de Mildred para que volviera a su tarea, se dirigió a su habitación y se lanzó sobre su cama sintiendo la aspereza de su manta que arrugó con rabia tratando de arrancar de su pecho aquel alarido ronco que clamaba por salir. *Howie, dónde estás… Enam, dónde te han llevado…* El nombre secreto que le había puesto a su pequeño, su nombre africano, se le reveló como una condena: *Dios entrega, Dios quit*a…

—Por fin te encuentro —oyó que alguien decía a su espalda. Se volvió y pudo ver a la señora Camilla apoyada en la puerta, con su sempiterno bonete de encaje cubriendo su pequeña cabeza, con su perpetua media sonrisa de satisfacción cuando veía a alguien sufrir—. No son horas de estar vagueando en la cama.

—No, señora. Disculpe, señora. —Harriet se levantó, se alisó el delantal, se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y trató de no mostrar la desesperación que sentía. No ante ella, no ahora.

Acudió a su requerimiento de ir con Antoine, que andaba desesperado limpiando el destrozo del amo Edward, pues al parecer se había caído de su silla y gateando había alcanzado la puerta que comunicaba con la habitación de Camilla. Rompió los camisones de cuello bordado que la señora guardaba entre pastillas de jabón perfumado y dos muñecas de trapo que estaban encima de la cómoda aparecieron con los brazos y piernas arrancados y colocados en fila a los pies de la cama. Como cadáveres mutilados, como los que encontró Vincent en la guerra y aún le causaban pesadillas.

Sentada en el suelo, intentando recuperar los pedazos de camisón que la señora había insistido en querer conservar y coser de nuevo, Harriet empezó a llorar. Antoine se acercó empujando la silla del amo Edward y lo dejó junto a la ventana con la cabeza gacha, los ojos vidriosos y murmurando acerca de un negro que se ahogaba, que se ahogaba…

—Le he dado su medicina, Harriet. Ya está más tranquilo…

Ella, en el suelo y con las manos ocupadas entre los jirones de ropa, con los ojos anegados en lágrimas y el llanto desconsolado que surgía de su garganta, sintió el abrazo del muchacho como si de una manta cálida y protectora se tratara, como un desahogo. Antoine se

agachó junto a aquella compañera en desgracia que tenía su misma edad, que contaba sus mismas penas desde que nació. Alargó su mano y acarició su cabello cubierto con un *tignon* blanco uniendo su mejilla junto a la mejilla húmeda de Harriet. Así unidos se sintieron hermanos.

—¡Qué estáis haciendo, pecadores!

El ama Camilla, de nuevo el ama Camilla y su voz atiplada y desagradable que llamaba a Vincent a gritos para que llevara a aquellos dos desgraciados al patio y fueran azotados por osar mostrar sus afectos en su propia habitación. Vincent no podía creer lo que estaba oyendo, pero tampoco podía contradecir las órdenes de la señora.

—¡En mi propia habitación, padre Lowell! —clamaba y gesticulaba en el porche ante el sorprendido sacerdote que desmontaba de su mula y caminaba hasta el roble donde Antoine era atado con cuerdas, abrazando el tronco y sintiendo en su mejilla la áspera corteza del árbol. Johnny el rubio contemplaba el espectáculo al lado del ama, con su traje de librea negro, sus guantes blancos, su mirada de niño inocente y su media sonrisa cada vez más parecida a la de su ama.

Harriet fue atada al roble contiguo mientras el padre Lowell trataba de averiguar qué terrible situación se había presenciado para semejante penitencia, pero Camilla, en su histerismo, solo gesticulaba y apremiaba al supervisor Daniels para que azotara primero a Antoine y después a aquella furcia.

—¡Veinte latigazos! —ordenó con los brazos en jarras mientras Daniels asentía, divertido.

Harriet sentía como un aguijón las cuerdas ciñendo su cintura contra el tronco de aquel viejo roble, preparada para ser la siguiente en recibir el castigo; y sentía como propios los latigazos al pobre Antoine, que lloraba como un niño pequeño suplicando clemencia. El padre Lowell no lograba hacer entrar en razón a Camilla, por eso montó en su mula vieja y se dirigió a los campos a buscar a Jacob.

Aquel día nublado trajo viento que se alzó feroz contra todos los allí reunidos para contemplar el espectáculo del castigo. Christopher, con los pies encadenados, sostenía su caja de herramientas al lado del capataz Zane cuando un remolino de hojas secas correteó cruzando el jardín y se alzó como vendaval hacia la casa; levantó los bajos del vestido del ama Camilla y echó hacia atrás su bonete de encaje, tomándola de sorpresa. Su chillido volvió hacia ella todas las miradas, descubriendo su vergonzosa alopecia.

Jacob llegó cabalgando seguido de Max y el padre Lowell a tiempo de ver cómo su madre entraba en la casa colocándose el bonete y Daniels azotaba a Harriet lanzando con fuerza su látigo contra su espalda desnuda, despellejando su espalda de piel suave con cada chasquido.

—¡Daniels! ¿Se puede saber qué está ocurriendo aquí?

El supervisor le explicó que eran órdenes de su madre, se sujetó bien el látigo en la mano y se dispuso a lanzarlo de nuevo contra la espalda de Harriet, que cerró los ojos esperando el martirio.

—¡Detente, te he dicho!

Harriet sintió algo parecido a la gratitud por Jacob, que ordenó a Daniels que se largara. Después entró en la casa dando un portazo, sobresaltando a Johnny que escondía un pedazo de pastel de manzana en su mano derecha.

Max se acercó a Harriet y la ayudó a levantarse del suelo cuando vio que se desmayaba, agotada y vencida.

—¡Vincent! —llamó—. ¡Llevadla a su habitación y que alguien cure sus heridas! ¡Y cada uno a su tarea!

Así lo hicieron, dispersándose entre el viento y el polvo que lo cubría todo.

En el desván, Christopher desmontaba una tabla astillada mientras sostenía un clavo entre sus labios. Atardecía y una de las tres ventanas, entreabierta y golpeando contra sus goznes, se cerró con un chasquido seco. Pudo sentir que regresaba aquella pestilencia de carne podrida y madera quemada que había olido la primera vez que entró en el lugar. Miró en derredor y caminó hacia el fondo, allí donde habían apilado los muebles viejos, donde el suelo mostraba grietas y arañazos y el techo se inclinaba dejando un espacio angosto y húmedo.

Días atrás había encontrado un viejo amuleto grisgrís en el bolsillo de la muñeca de cartón y lo había lanzado por la ventana, al agua del bayou que serpenteaba en la parte trasera de la casa. No le gustaban los amuletos vudús. No le gustaba la magia ni la hechicería, pues era temeroso de Dios.

Clavó una nueva tabla y volvió a percibir la misma fetidez que había espantado al irlandés, quien se había negado a continuar con los trabajos y había aceptado de buena gana los azotes de su capataz. Sus heridas curarían, pero la imagen que había visto reflejada en uno de los viejos espejos le acompañaría el resto de su vida: eso le había

dicho O'Sullivan mientras cenaban.

Unos días más tarde, borracho como estaba, el irlandés cayó en el pantano. El agua fría despertó sus sentidos y braceó tratando de dirigirse hacia la orilla sin darse cuenta del aligátor que lo había estado observando bajo el agua lodosa, que se zambulló y nadó hacia él, sigiloso y voraz. Las fauces pestilentes de aquella bestia fue lo último que vio. Su aliento inmundo fue el que lo acogió en la hora de su muerte, lejos de las verdes praderas de Irlanda. Horas más tarde, una de sus tibias flotó en el agua y llegó hasta la orilla, como lo hizo también su viejo sombrero.

Aquella noche Harriet lloró de nuevo tumbada boca abajo en su cama, dejando que hiciera efecto el ungüento que Mildred le había puesto en las tiras en carne viva de la piel de su espalda. Pensó en la señora LaRoche y en las cintas que le había regalado. Pensó en Joe y en sus manos y en aquellos ojos que le decían que la amaban. Pensó en si otra vida era posible en algún otro lugar; y sus sueños la llevaron a un lago, azul como los ojos de Johnny el rubio que le trajo un cuenco de sopa caliente. Un azul que apaciguó su alma hasta el amanecer.

11

Baton Rouge, 31 de octubre

Con su pase en el pequeño bolso que llevaba anudado a la cintura y una cesta de mimbre colgada de su brazo izquierdo, Harriet caminaba aprisa por las calles del barrio español poblado por los llamados isleños, emigrantes de las Islas Canarias. El ama Camilla le había encargado ir con Joe a por las camisas almidonadas, los nuevos manteles y toallas bordadas que quería lucir tanto en la cena de Acción de Gracias como en la próxima celebración de la boda de Jacob. Max les acompañaría, pues tenía asuntos que resolver en la ciudad.

Detenido en una plaza junto a otros cocheros, Joe esperaba en la carreta admirando el cielo sin nubes de aquella mañana fría, así como admiraba la entereza de Harriet tras perder a su pequeño. Casi no habían hablado durante las dos horas de camino hasta la ciudad, pero a él le bastaba su presencia y su silencio atronador que sabía calmar con su amplia y blanca sonrisa. El amo Max había pasado todo el viaje leyendo en el pescante, y ahora se dirigía hacia una librería de la calle Séptima donde tenía una cita con una joven escritora de cuentos de fantasmas y un editor.

Harriet salió del sastre y anduvo cabizbaja hacia la tienda de telas recordando con rencor días atrás cuando, escondida tras la puerta entreabierta del salón, oyó la conversación de Jacob con su madre acerca de la visita de la señora LaRoche.

—No voy a vendérsela, madre —aseguró Jacob mientras retiraba la silla para que se sentara. Él mismo le sirvió una taza de té, le acercó una diminuta servilleta bordada y tomó asiento junto a ella.

Harriet se tapó la boca reprimiendo su gesto de sorpresa. ¡La señora LaRoche había solicitado comprarla!

Camilla tomó un sorbo de su té y lo notó amargo. Se limpió sus apenas inexistentes labios con la servilleta y se volvió para indicar al pequeño Johnny que le sirviera más azúcar.

—Veremos, Jacob, veremos… —Camilla se debatía entre deshacerse de Harriet y obtener un dinero por ello o mantenerla en la casa al cuidado de Edward, que no toleraba más que su presencia y la de Antoine. Además, estaba segura de que si vendía a Harriet a Virginia LaRoche, su vida sería más cómoda con aquella pusilánime.

No, Harriet estaba mejor en la casa Beaumont, bajo su protección, bajo su yugo.

La tienda de bordados se hallaba junto a una casa de huéspedes de donde entraban y salían hombres y mujeres de buena posición, viajeros, comerciantes y visitantes de paso que llegaban a la ciudad. Un puesto ambulante de café, pralinés y pastelitos de chocolate atrajo la atención de Harriet, pero no disponía de un solo penique para gastar. Aún así, se detuvo junto a una mujer que se llevaba unos cuantos de aquellos pasteles en una bolsa de papel, aspirando el aroma dulce y caliente del puesto atendido por un muchacho de ojos saltones y cara picada de viruelas.

—El pase…

Harriet se sobresaltó al oír una voz grave tras ella. Se volvió y vio la figura uniformada de un policía que le solicitaba el documento firmado por Jacob donde se especificaba que Harriet Beaumont de la Beaumont Plantation Mansion de Saint Francisville, tenía permiso para realizar compras y encargos en la ciudad de Baton Rouge. El policía la miró de arriba abajo y le indicó que siguiera su camino.

La tienda, con varios mostradores de nogal atendidos por dos atareadas muchachas, bullía con la profusión de clientes. Mientras esperaba su turno, oyó una conversación entre dos mujeres tras unos biombos decorados con delicados dibujos de pájaros de colores. Una de las voces le resultó familiar y se acercó con disimulo pero no logró entender la conversación: hablaban en lengua española.

Sorteando los biombos y cargada con una pila de telas de terciopelo negro, Marie Laveau se mostró ante Harriet con su mirada rasgada bajo un *tignon* granate y vestido a juego con un chal negro sobre los hombros. Elegante, refinada y digna. La esclava se llevó las manos al pecho, sorprendida.

—Señora… —Harriet agachó la cabeza ante ella y le hizo una leve reverencia. No podía dejar pasar aquella oportunidad. Dios la había escuchado, finalmente. Se acercó a ella y susurró—: *Madame* Laveau… ¿Os acordáis de mí?

Marie Laveau la recordaba, claro que recordaba a aquella joven que había acudido a la catedral en busca de ayuda, con un ojo maltrecho y el alma destrozada.

—Me acuerdo… ¿Acaso lo dudas?

Harriet asintió, un tanto sorprendida de ver que el vientre de Marie ya no estaba abultado como meses atrás. Vio en su rostro algo pálido y

en sus ojos sin brillo que había perdido a su nuevo hijo.

—Por favor, señora. Necesito vuestra ayuda. Mi Howie… Se lo han llevado —dijo en voz baja como si tuviera la garganta llena de piedras.

Marie dejó las telas en manos de la sirvienta que la acompañaba e hizo una señal a Harriet para que la acompañara tras el biombo de donde la había visto salir. Allí había un pequeño probador con dos maniquíes y una puerta batiente que Marie empujó. Bajaron unas escaleras, salieron a un patio exterior y entraron en la casa de huéspedes por la puerta trasera. De allí se dirigieron a la habitación donde se alojaba con su esposo.

Harriet tomó asiento junto a la ventana y Marie lo hizo en un diván, encendiendo un puro habano y sonriendo a aquella muchacha de ojos afligidos y desesperados.

—Veo que los espíritus te son propicios y te llevan a mí cada vez que tienes necesidad. —Marie se acomodó tumbándose de lado, acariciando su colgante de colmillo de gato y formando volutas de humo que se perdían en el techo de la habitación—. Llevo unos días en Baton Rouge y en las cascadas de Clark Creek. Has tenido suerte de encontrarme hoy —suspiró y añadió—: Cuéntame qué ha sucedido.

Y Harriet así lo hizo. Marie asintió, comprendiendo su rabia.

—Tu hijo, Howie, bien podría estar en Nueva Orleans. —Se mordió el labio inferior, meditando y preguntó—:¿Tiene alguna señal en el cuerpo, algo que lo distinga de otro pequeño como él?

—Es mulato, con los ojos grandes como una bendición; tiene diez meses y una marca de nacimiento en forma de estrella en su cuello. Le gustan las moras dulces y ya puede caminar… —Lloró pensando en los días en que estando en sus brazos se echaba a llorar, en que prefería los pechos y la leche de Constantine—. Quiero venganza —rogó Harriet inclinándose hacia ella—. Quiero que los Beaumont paguen lo que me han hecho. —La esclava se arrodilló ante ella, con las manos en plegaria, con el corazón deshecho hacia aquella mujer tan hermosa que la miraba como un Dios contempla a una insignificante criatura: no con compasión, sino con clemencia.

—La venganza, Harriet, es una palabra poderosa. Requiere inteligencia para emplearla. Mañana salgo de viaje hacia Savannah; pero esta noche…

Harriet no atendía a sus palabras, absorta en su comentario acerca de Savannah, la ciudad encantada, la ciudad embrujada donde había nacido su madre. Conocía decenas de cuentos de miedo de la ciudad

de los cementerios, de los robles cubiertos de musgo colgante que ocultaban a los fantasmas, a los aparecidos y a las almas en pena que poblaban cada rincón de aquel lugar junto al gran mar.

Marie sonrió. No había más que ver el rostro asustado de Harriet para saber lo que estaba pensando acerca de su viaje.

—No temas. Los muertos, muertos están. —Pero acto seguido añadió—: O no. Quizás no… ¿Tú que crees, Harriet?

Ella enmudeció ante aquella sonrisa enigmática, ante aquellos ojos que parecían atravesar sus pensamientos.

—Cuéntame. Cuéntame más de la gente que vive en la casa Beaumont. Cuéntame cómo vives, qué comes, cómo te sientes en la noche cuando vas a dormir.

Y envuelta en un repentino alivio, Harriet le contó. Marie Laveau siempre sacaba provecho de los chismes y los relatos que le contaban los esclavos. La información era poder, y nunca sabía cuándo podría serle útil. Escuchó a Harriet, como lo hizo meses atrás en la catedral de Saint Louis; volvió a vivir su sufrimiento, su humillación, y finalmente le dijo:

—Vas a tener que hacer un gran sacrificio para que los espíritus se conmuevan y te ayuden.

Harriet parpadeó. ¿Un gran sacrificio?

—Me estás pidiendo que acuda al *hoodoo, y el hoodoo* es magia negra. Como el vudú, *«vous deux», tú también,* has de saber que tus acciones implican consecuencias: si quieres venganza, prepara dos tumbas.

Harriet no acababa de comprender del todo:

—¿Queréis decir que mi alma estará condenada? No me importa ir al infierno, ni me importa morir. Pero quiero que el amo sufra, que la víbora de su madre sufra también.

La mirada de Marie se volvió vidriosa, absorta en pensamientos que estaban más allá de ellas. Aún sentía en su corazón la rabia por haber perdido a su hijo, la cólera por el último condenado a muerte que no logró ayudar. Quizás por su dolor, por el de Harriet y por el de tantas mujeres como ella, determinó cuál era el mejor castigo para Jacob Beaumont: el mejor, que era el peor. Más aún que la muerte.

—¿Tienes algún objeto que pertenezca a tu amo?

Harriet negó con la cabeza, pero de pronto recordó uno de sus paquetes.

—Aquí tengo algunas de sus corbatas de lazo que he recogido en el sastre.

—Puede servirme… Me quedaré con una de ellas —dijo acariciando entre sus dedos una de aquellas corbatas negras de seda —. Imagino que esto te dará problemas.

—No importa, *ma'am*; no importa… —Soportaría los golpes por perder una de las corbatas. Los soportaría, claro que sí.

Marie se levantó del diván y se dirigió a un estante del armario de la habitación donde guardaba su equipaje.

—Será peor que la muerte, debes ser consciente de ello —le tendió una cajita de madera, diminuta, que cabía dentro de la palma de su mano—. Aquí dentro tienes la cantidad suficiente. Yo haré el resto.

Harriet asintió y aceptó la caja entre sus manos. Marie cerró sus dedos en torno a ella.

—Escúchame bien: te enseñaré cómo usarlo si te decides a ello, pero tendrás que esperar a la próxima luna llena.

Al anochecer de aquel domingo, Marie y su esposo Christophe Louis tomaron un coche de caballos. En el pescante llevaban una caja de madera labrada que sujetaron con cuerdas antes de indicar al cochero su destino: el cementerio de Baton Rouge. Allí, entre lápidas y hojarasca embarrada, les esperaban dos docenas de acólitos, hombres y mujeres con vestidos blancos, con bandanas también blancas cubriendo sus frentes, con las miradas llenas de fuego y magia ante la Reina del Vudú de Nueva Orleans. Bailaban al son de los tambores, agitando brazos y piernas en una danza enfervorizada que perlaba sus rostros de sudor.

El altar junto a una tumba sin nombre ya lucía con flores del cementerio, botellas de ron y una calavera de mirada hueca mirando hacia la luna llena. El crepúsculo llegaba con nubes que amenazaban tormenta acudiendo a la vibrante música, a los locos danzantes. Christophe entregó a Marie una bolsa de cuero gastado con una mezcla de harina de maíz y ceniza y abrió ante ella la caja de madera, revelando su interior aterciopelado, liberando a Nzambie, su serpiente amada que enroscó en su cuello acariciando las escamas húmedas de su piel. Nzambie mostró su résped a los danzantes, su sonrisa bífida y repulsiva.

Marie se agachó frente a la sepultura presidida por una gran cruz y elevada del suelo como las tumbas de Nueva Orleans, previendo las futuras subidas del río. Colocó delante de ella una botella de ron y

cuatro velas negras y a su alrededor comenzó a dibujar con el polvo de harina el intrincado dibujo de un *vevé* para llamar a la tierra al Barón Samedi, el *loa* de la muerte. Otros participantes en el rito ofrendaron ostras, más ron y tabaco, para honrarle, para agasajarle y obtener sus favores.

Solo una *mambo* podía dibujar un portal, solo una *mambo* podía agitar sus brazos y danzar sintiendo la música golpeando su corazón hasta que en el campanario cercano sonaron las doce, anunciando la llegada del primero de noviembre. Su pecho se agitó y su lengua comenzó a hablar en criollo haitiano anunciando el porvenir de los allí reunidos, hablando por boca de Kalfu, que autorizó el paso al inframundo.

El calor de las hogueras calentaba los ánimos y el ambiente, enardecido por los tambores y el alcohol. Las llamas ayudarían a atraer al Barón, que comenzó a cabalgar a Marie, a manifestarse por su boca blasfemando y pronunciando palabras impuras mientras entraba en trance agitando la cabeza, bebiendo ron de un pedazo de calavera a modo de cuenco, mostrando sus ojos ahora rojos al cielo negro de aquella noche tormentosa.

Un rayo partió el firmamento en dos y el intrincado dibujo del *vevé*, unido a la fuerza de su ira, a la música de los tambores y a la magia que le había entregado a Harriet, sentenciaron a Jacob Beaumont.

—¡Oh, Barón del cementerio, Señor de los Muertos! —clamaban los fieles—. ¡Otórganos tu Justicia! ¡Imparte tu Justicia!

Los allí reunidos ofrecieron sus muñecos vudú; algunos de paja, otros envueltos en telas de colores, y los dejaron a los pies de la tumba atestada de velas y alimentos. Todos tenían pleitos o juicios por ganar, otros simplemente buscaban venganza; los más: justicia. Marie atendió el ruego de Harriet ofreciendo al Barón dos muñecos. Uno de ellos recibiría la justicia y el otro la maldición.

La niebla surgió del río y cubrió el cementerio de Baton Rouge entre los danzantes, que arqueaban sus espaldas y agitaban sus pechos colmados de magia y de poder. Los tambores cesaron cuando de entre la tumba sin nombre surgió un sombrero de copa y la sonrisa blanca y burlona de una calavera de dientes castañeantes. Era la tumba del Barón Samedi, solo conocida por los allí reunidos; y de la lóbrega bruma surgió el dedo largo y huesudo del señor de los cementerios apuntando hacia los allí reunidos, apuntando a la *mambo*. Fue entonces cuando Marie detuvo su danza, asombrada porque la breve aparición se esfumó entre risas espectrales que reverberaron burlonas entre lápidas y féretros.

Nunca supo que el Barón Samedi era reclamado en aquella hora en tierras cercanas. Nunca supo que el gran *loa* había sido atraído por el conjuro de Mammy Melania junto al pantano; que Papa Legba había abierto una puerta y había intercedido por ella, agradecido por su ofrenda de miel y tabaco, por sus promesas de adoración eternas.

Aun cuando su presencia fue efímera en el cementerio, bastó para los allí congregados, que retomaron sus danzas y sus plegarias hasta el amanecer. Antes de abandonar el lugar, Marie recogió tierra del cementerio para confeccionar sus amuletos grisgrís y con una botella de ron en la mano brindó por los espíritus de los muertos, importunados en aquella noche clara, y bebió el último trago antes de asirse al brazo de su esposo.

Aquel primero de noviembre, el espíritu del Barón volvió a la tierra antaño sagrada de los *chocktaw*, al agua del bayou que contenía huesos y almas, cenizas y sangre. Volvió atraído por el llanto de un niño que clamaba justicia.

12

Noche de Acción de Gracias, 1830

La mesa del salón de la casa Beaumont lucía radiante con la cubertería de plata bruñida, la mejor cristalería de Baton Rouge y el mantel de damasco de seda que acogía en una aparente felicidad a la familia reunida en torno a los apetitosos platos de la cena de Acción de Gracias. Monsieur Pynchon, que obsequió a Jacob con una botella de *hada verde,* acudió a la cena con su esposa Violet y se sentaron con Max junto al fuego encendido que calentaba la sala. El juez Vernon LaRoche se quitó el sombrero de copa admirando la profusión de fuentes con puré de patatas, salsa de arándanos y de carne y el abundante *stuffing*, el relleno de pan de maíz, cebollas y salchichas picantes que Mildred presentó orgullosa en la mesa. Lo había preparado siguiendo las indicaciones de la tía Fionnula con el libro de Tori Avey en la mano y sus propias propuestas de ingredientes más propios del sur.

El juez levantó los faldones de su levita verde y tomó su lugar en la mesa junto a Jacob, de riguroso traje negro y camisa de seda blanca, como solía vestir en los últimos tiempos.

—¡Qué maravilla de platos, Beaumont! —Desplegó su servilleta y se la colocó cubriendo su pecho—. Es una lástima que vuestro estimado padre no nos pueda acompañar en esta gloriosa mesa.

Virginia LaRoche, que lucía un vestido de color *champagne* con mangas *gigot* de seda transparente, se sentó a la mesa admirando el gran pavo asado que presidía el centro de la mesa con las patas adornadas con dos lazos rojos. Indicó a sus hijos pequeños que se comportaran durante la cena y sonrió a Clarisse, que tomaba asiento frente a ella. La joven mostraba sombras violáceas bajo sus ojos y cubría con un chal sus hombros desnudos, pero no lograba ocultar su casi transparente piel que dejaba entrever las venas azules de sus delgados brazos.

Harriet no le había apretado el corsé, pero aun así notaba que le faltaba el aire. Por fortuna, los moretones de sus piernas quedaban cubiertos por las enaguas de su vestido. Cada día al despertar descubría una nueva herida en su cuerpo: ligeros arañazos, pequeños hematomas que no recordaba haberse hecho en sus paseos por el campo. ¿Acaso estaba volviéndose loca? Miró a su derecha y vio a Jacob exultante, animado por el carácter dicharachero del juez y por

el excelente vino de Alsacia con que le había obsequiado. Frente a ella, su madre andaba con aire distraído. Entre las cartas que había enviado para la celebración de la boda de Jacob había una de la que aún no había obtenido respuesta. ¿Respondería el señor Pierre Gautreaux de Opelousas a su atrevida invitación?

—Tengo entendido que vuestra futura esposa está a punto de llegar a Nueva Orleans. Imagino que estaréis expectante. —LaRoche dibujó una sonrisa pícara en su rostro varonil y, a pesar de la edad, aún atractivo y sin apenas arrugas.

—Así es —asintió Jacob sirviéndose unos encurtidos y un par de ostras frescas—. Catalina de la Cruz, ese es su nombre para que os vayáis familiarizando. Y sí, su barco pronto alcanzará nuestras costas.

—¡Pues espero que esté teniendo un buen viaje! Me han llegado noticias de grandes tempestades en el Atlántico…

Max conversaba animadamente con su compañero de mesa, el hijo mayor del juez, Gérard LaRoche, un poeta en ciernes con el pelo demasiado largo para el gusto de su padre y estudiante de medicina en el *King's College* de Columbia. Clarisse, a su lado, revolvía enfurruñada su plato de judías verdes, apenas probando bocado, celosa de las risas francas de los dos muchachos que ignoraban su presencia. Esperaba con ansias la boda del primo Jacob para volver cuanto antes a Saint Louis, a su vida en la ciudad. Deseaba alejarse de la indiferencia de Max y de ese deseo extraño y malsano de subir al ático en la madrugada, de las pesadillas con una tribu de indios *chocktaw* que avanzaba cada noche un paso más en el camino de robles hacia la casa, con sus *tomahawk* en alto. Cada noche un paso más. Y uno más. Pronto la alcanzarían.

Camilla asentía al parloteo incesante de la señora LaRoche observando la diadema de diamantes que lucía, su tocado de turbante, así como las leves arrugas bajo sus ojos que no desmerecían su belleza. Envidió la tersura de su piel, la complicidad con su esposo y aquella sonrisa franca que le preguntaba por su amable esclava Harriet y los hermosos parterres de jazmín.

Revisando el brillo de sus cubiertos, Camilla agradeció los cumplidos. Sentía flaquear sus fuerzas desde hacía varios días: perdía visión, tropezaba con los muebles lastimándose una y otra vez las espinillas y su orgullo de dama poderosa. En las noches sentía que el corazón le palpitaba más rápido de lo normal, causándole sudores y terribles jaquecas. Cuando el reloj de su habitación daba las tres, despertaba con la sensación de un peso muerto sobre su pecho, una

sombra negra que le oprimía el corazón sintiéndose morir de un momento a otro. Durante el día se sentía desfallecer con cualquier tarea, pero su orgullo vencía a la necesidad de llamar al doctor Blanks y trataba de refugiar su alma confundida en la iglesia de la plantación. Aun así, cada vez que se disponía a entrar en ella, unas súbitas náuseas se lo impedían.

Se animó cuando vio entrar a los músicos de Saint Francisville que Max había contratado para amenizar la cena con sus violines. Se habían retrasado debido al fuerte viento y al granizo que empezó a cubrir de blanco los verdes jardines de la casa Beaumont.

—¡Granizo! —exclamó el juez LaRoche señalando hacia el ventanal del salón—. ¡Adelante esa música, amigos! —Y se dispuso a aplaudir el magnífico pavo que una criada servía loncheado en su plato—. ¡Magnífico, magnífico!

El jolgorio de la casa grande podía oírse desde la cabaña donde Christopher trataba de dormir sin conseguirlo. Durante las noches era liberado de sus grilletes y se masajeaba los tobillos mirando hacia el techo donde en aquel momento el granizo golpeaba con fuerza. Sus compañeros de cabaña roncaban, derrotados por el duro trabajo del día y por el frío, así que se levantó del jergón para contemplar aquellas piedras de hielo que cubrían ya todos los alrededores. Recordó que alguien le dijo una vez que allí donde caía el granizo con tanta intensidad como para parecer nieve era porque el cielo quería marcar el lugar donde se había cometido algún crimen, alguna iniquidad. ¿Qué clase de crimen se habría cometido allí, en la casa Beaumont?

Su pregunta quedó sin respuesta cuando la lluvia dejó de caer de forma tan repentina como había llegado. Tenía hambre y decidió dar un paseo por las orillas del bayou, embarradas y llenas de juncos doblegados. En aquella hora tranquila, tal vez podría cazar algún mapache o alguna ardilla despistada.

La abundante vegetación despistó su camino y de pronto se encontró con un cercado de piedras. Y una lápida; y otra más allá, donde vislumbró un bulto oscuro. Se detuvo entornando los ojos y avanzó con cautela, pisando la hojarasca húmeda que amortiguó sus pasos.

A sus pies, tumbado sobre una lápida, un joven esclavo —doméstico, por la vestimenta—, parecía abrazarse al ángel de piedra que se erguía gentil sobre la negra sepultura.

—Despierta, niño, despierta. —Christopher zarandeó el hombro del

muchacho, que abrió los ojos mirando a un lado y al otro, incrédulo.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—Dímelo tú. Imagino que tendrías que estar en la casa grande y no aquí, al sereno.

Antoine se incorporó, sacudiendo sus pantalones mojados, estirando su chaleco y su camisa rasgada en el antebrazo. Se llevó una mano a la frente, notando la fiebre y tratando sin éxito de recordar cuándo había decidido visitar el antiguo cementerio.

—Están llenas de granizo y de hojas —señaló Antoine con la voz pastosa mirando a su alrededor. Le costaba pronunciar las palabras y sentía restos de vómito en sus labios—. Ayúdame a limpiarlas, hermano.

Christopher se encogió de hombros y así lo hizo. Entre ambos dejaron al descubierto las lápidas y sus nombres.

—¿Son de la familia?

Antoine se inclinó ante la más cercana y leyó dos nombres:

—Amanda Pemberton y Charles Pemberton —señaló a la izquierda y añadió—: Mariah y Christopher A. Pemberton. No sé a qué corresponde la "a". ¿Será Aaron, Abraham? Eran los antiguos amos de esta plantación, los antiguos señores—. Me gusta mantener sus tumbas limpias. Así me lo pidió Vincent y así lo hago.

Christopher miró hacia la luna, hacia la casa y hacia el pantano silencioso. *Christopher Pemberton… Christopher Pemberton, por todos los demonios que habitaban en las ciénagas…* ¿Por qué al oír aquel nombre sintió una daga rasgando su pecho? El gélido vacío que nació en su estómago le reveló la respuesta.

Su padre, Christopher, había sido el hijo de una cuarterona de Nueva Orleans. Tras la muerte del hombre blanco que la mantenía, cayó en desgracia, falleció de fiebres y su hijo, bastardo y sin dinero, acabó en una plantación de azúcar de la parroquia de Plaquemines, a orillas del Mississippi.

¿Podría ser cierto? ¿Acaso podría ser cierto lo que estaba pensando?

Su padre adoptó el apellido Harris, el de su amo en la plantación; el mismo que había heredado él, como heredó sus fuertes manos para cortar caña de azúcar. Cumplidos ya los cincuenta, su destino le había llevado a Saint Francisville tras la muerte de Albert Harris, quien solo dejó deudas a su esposa. Su viuda, la bondadosa Amelia que le había dado el puesto de cochero, tuvo que deshacerse de la propiedad y de

los esclavos y partir con solo dos sirvientes hasta la casa de su hermano en Biloxi. Christopher fue vendido en Nueva Orleans y acabó como esclavo del juez La Roche.

Se inclinó ante aquella tumba ya limpia de granizo y posó sus manos sobre la losa de piedra que le recordó el pasado: antes de enfermar, su padre le habló de la belleza de su abuela, de la finura de sus modales, de la hermosa casa donde vivían en Canal Street; del amable señor Pemberton que les traía regalos cuando visitaba la ciudad. La memoria le golpeó en las sienes y liberó su recuerdo.

El nieto de la cuarterona se encontraba ahora en la mansión Beaumont, antaño Pemberton Hall. El nieto de Christopher Anthony Pemberton había llegado como esclavo para reparar el suelo del ático. Por todos los demonios… ¿Qué burla del destino era aquella?

Agarró de los hombros a Antoine y zarandeándole, le preguntó:

—¿Hay algún retrato del señor Pemberton en la casa, lo hay?

La señora LaRoche servía más puré de patatas a su hija pequeña cuando esta señaló hacia la ventana. Los cortinajes se ondulaban mostrando una sombra serpenteante. La niña dejó el cubierto sobre su plato y abrió los ojos asombrada cuando Johnny el rubio apareció en el salón con su candelabro a cuestas, acercándose a la señora Camilla y susurrando en su oído:

—El amo Edward, *ma'am* —dijo con su suave voz. Ella se levantó, cogió del brazo a Fionnula arrancándola de su silla y siguieron al niño hasta el vestíbulo. Johnny acercó su candelabro a la zona menos iluminada junto al piano para detenerse en la chimenea donde brillaban algunas brasas encendidas.

Lavinia entró en el comedor con un gran pastel de manzana aún caliente, pero se detuvo en la puerta ante el alarido que detuvo el movimiento de cubiertos y las risas de vino y felicidad.

Johnny el rubio, agachado junto al viejo amo, mostró a las dos mujeres el espanto y el horror del cuerpo desvencijado de Edward Beaumont; sus piernas rotas y dobladas en una postura imposible. La luz de las velas reveló el rostro amoratado, la boca abierta en una mueca retorcida y horripilante que contenía, que contenía…

—¡Por Dios! ¿Qué ha ocurrido aquí? —Fionnula cubría su rostro, horrorizada.

—Pero, ¿cómo ha podido caerse? ¡Dónde está Harriet! —gritaba

Camilla perdiendo la compostura y mirando hacia el piso superior—. ¡Jacob, Jacob!

Max llegó el primero, seguido de Gérard LaRoche. Y fue él quien extrajo de la boca del anciano el objeto que obstaculizaba su respiración: una pequeña bolsa de cuero, redondeada, cosida con pespuntes desordenados. Max se dispuso a abrirla con su navaja de bolsillo mientras Gérard examinaba aquel cuerpo desvencijado.

—¡Está muerto! ¡Está muerto, por el amor de Dios! —gritaba Camilla—. ¡Harriet! ¡Harriet! ¿Dónde está esa maldita negra?

Jacob llegó seguido de Clarisse para ver cómo Gérard LaRoche acercaba un pequeño espejo a la boca de Edward tratando de hallar algún hálito de vida.

—¡No! —exclamó Fionnula al ver que Max abría la bolsa de cuero —. ¡No lo abras, Max! Pero él vació el contenido de la bolsa de cuero en su mano revelando lo que parecían pedazos de hueso, polvo gris y una bola negra de aspecto repugnante.

Johnny señaló con un dedo acusador:

—¡*Grizgriz*! —gritó—. ¡*Grizgríz*! —Volvió a señalar el pequeño saquito que sostenía la mano de Max. Camilla, a su lado, le dio un bofetón.

El niño se llevó una mano a la mejilla dolorida, pero no pareció inmutarse. Observó cómo Gérard colocaba su oído sobre el pecho del amo Edward y decía:

—¡Aún respira!

Max ordenó a un aturdido Vincent, que llegaba cojeando apoyándose en su bastón, que alguien llamara al doctor Blanks. Gérard era estudiante de primer año y no tenía los conocimientos necesarios para poder atender debidamente al herido.

—No podemos moverlo —indicó al ver que Jacob pretendía recolocar sus piernas. Fue entonces cuando el anciano liberó de forma involuntaria sus esfínteres, manchando el pantalón de su pijama de rayas, mostrando su deshonor.

Camilla abrió los ojos, escandalizada y corrió escaleras arriba seguida de Johnny y Fionnula, llamando a Harriet, abriendo todas las puertas, derribando dos jarrones a su paso apresurado.

Desde el cementerio, Christopher pudo ver cómo Joe salía cabalgando hacia el pueblo. Algo había ocurrido en la casa. Algo malo. Antoine corrió saltando por entre las lápidas hacia la casa

grande. En su camino se detuvo a vomitar. Había bebido el resto de un vaso de *whiskey* del amo Jacob y ahora pagaba las consecuencias. Siguió corriendo pensando que Vincent tenía razón: que el *whiskey* se destilaba con la receta que el demonio había llevado a la tierra.

Desde su habitación, Harriet pudo oír cómo se marchaba el último coche de caballos de los invitados. Vincent la había encerrado con llave hasta nuevas órdenes, pero no entendía por qué motivo.

Se sentó en el borde de la cama frente al armario y con la mirada nublada recordó que tras bajar a la cocina en busca de la cena del amo Edward, salió al patio trasero para no soportar más los reclamos de Mammy Melania. La acusaba de haber perdido a sus nietos, de que el amo los había vendido por su culpa. ¡Maldita negra!, la llamaba así para avergonzarla, como lo hacía la señora.

Mildred trataba de poner paz, a su modo:

—¡Comportaos o salid de mi cocina!

La anciana Melania hizo caso omiso: había endurecido su corazón y no se compadecía del pesar que también atenazaba a Harriet. ¿Acaso ella no había perdido a su pequeño? Dejó la bandeja con la cena del amo abandonada en la mesa y salió corriendo al patio, pasó junto a las caballerizas y se detuvo en un tocón junto a la orilla del bayou recreándose en la fresca brisa, en su pátina verde y brillante como un espejo que reflejaba el cielo y ocultaba el infierno. Se sacó los viejos zapatos que le había prestado Martha y los lanzó al agua. Tenía la piel de los dedos pequeños en carne viva y le quemaban como lo hacía su alma. Faltaba poco para la próxima luna llena, muy poco. Y eso le dio fuerzas.

Cuando volvió a la casa, oyó los gritos y encontró la cocina vacía. Al dirigirse hacia el vestíbulo, Vincent ya la estaba esperando. La cogió del brazo, la obligó a bajar su habitación y cerró la llave con dos vueltas.

Pasaron una o quizás dos horas en las que oyó pasos apresurados, llantos y después un grito. Fue la voz de la señora Camilla la que se alzó como un vuelo de pájaros sobre la casa. Su estómago dio un vuelco cuando la puerta se abrió y Jacob apareció entrando a grandes zancadas hasta situarse a su lado. Capitán iba detrás de él y se sentó en el umbral sobre sus cuartos traseros.

—Mi padre ha muerto, Harriet.

Ella miraba al suelo que aquel día no había tenido tiempo de barrer.

—Lo dejaste solo, Harriet.

Jacob hablaba de forma apresurada, pero su gesto era suave, su voz se mostraba relajada; quizás demasiado.

—Pero amo, bajé a por su cena y… Lo dejé durmiendo, cerré la puerta; solo fue un momento y…

Él la miró como se mira a un animal desvalido, como se mira al que va camino del cadalso.

—Está bien, Harriet. Acompáñame.

En el vestíbulo, los esclavos domésticos formaban una fila apesadumbrada delante de la cual pasó Harriet precedida de Jacob y Capitán. Antoine levantó la mirada, avergonzado por no reconocer su culpa. Había vuelto a olvidar darle la medicina al amo Edward; estaba seguro de que volvió a agitarse y a salir de su habitación como poseído por el diablo. Abatido, supo que su muerte era debida a su negligencia, pero era un muchacho cobarde y temía al látigo del amo más que a su conciencia. Aún así, se preguntaba de dónde había salido el grisgrís de su boca. ¿Acaso habría sido Mammy Melania, a quien vio correr por el pasillo de la planta superior?

Jacob abrió la cancela de la pesada puerta de hierro cuyo chirrido reverberó en las desnudas paredes del lóbrego sótano, la habitación de castigo donde habían muerto meses atrás Jonathan, Matthew y Gabriel. Harriet se detuvo agarrada en el umbral tratando de evitar lo inevitable, pero él la empujó hacia el interior de aquella estancia cuyas desnudas paredes rezumaban moho, donde las aguas del bayou se filtraban y supuraban como si de una herida infectada se tratara.

—¡No! —gritó ella dándose la vuelta, agarrándose a los brazos de Jacob, suplicando, arrodillándose—: ¡Me quitaste a mi hijo! ¿No tienes suficiente, Jacob Beaumont? ¿No tienes compasión? —Fue resbalando hacia el suelo y quedó postrada sobre las relucientes botas de montar, oliendo la crema de cera de abejas con la que Antoine se las había pulido.

Él no le había quitado a su hijo, pero era responsable de ello y un aguijonazo de remordimiento le sacudió el estómago mientras la veía a sus pies, derrotada, vencida, destrozada. *Pobre Harriette*…

—El padre Lowell vendrá a verte mañana. —Jacob se llevó la mano al vientre, de nuevo sintiendo la punzada. Y se marchó dejándola en el suelo cubierto de restos de paja húmeda, en medio de la penumbra y la desesperación.

En su destartalado cuarto junto a la cocina, Mammy Melania ligaba juncos y cuerdas en torno a dos ramas de ciprés seco formando un muñeco que era Jacob Beaumont y otro más que era Camilla Beaumont; éste último cubierto con una tela escarlata que sacó de unas tiras de cortinas viejas. Cosió en el forro de su vestido el grisgrís que había confeccionado en los últimos días, espolvoreó polvo de ladrillo en su puerta y siguió con las tareas de costura que el ama le había encomendado. En la noche, cuando todos durmieran, se adentraría en la encrucijada del bosque de encinos, salpicaría los muñecos con sangre de un cerdo recién sacrificado y rogaría a Kalfu, el dios de la magia negra, para que los malos espíritus de la noche descendieran y cayera la desgracia sobre la casa Beaumont.

Al día siguiente, un repentino aguacero inundó la fosa abierta mientras el padre Lowell pronunciaba unas palabras por el finado. Jacob, que reprimía el nudo en la garganta y trataba de ahogar el recuerdo de la difunta Catherine, ordenó que alguien achicara el agua y se llevaran a su madre de allí. Su excesivo llanto forzado pretendía apagar la pena del resto de dolientes. Max aprobó la decisión y agarró del hombro a su hermano. Por un momento y tras mucho tiempo, se sintió cerca de él.

Pasaron días enteros y largas noches, pero el padre Lowell no fue a ver a Harriet. Nadie lo hizo excepto Joe, que se encaminaba cada amanecer al ventanuco cubierto de maleza que le permitía acercarse sin ser visto. Solía llevarle su propia ración de tocino suplicándole que lo comiera, que se mantuviera fuerte, que él la sacaría de allí.

—Hablaré con el amo cuando se calmen las cosas, Harriet; resiste. —Joe alargaba su mano para tocar su hombro, indiferente a él, indiferente a todo.

Ella apenas oía sus palabras, como apenas oyó caer el paquete con comida en el suelo, junto a un charco de agua de lluvia que se había formado durante la noche. Tenía frío, y en cuclillas abrazaba sus piernas desde el rincón donde languidecía pensando en su infortunio, en el polvo maldito que le había dado Marie Laveau escondido en un tronco seco del patio de magnolios; pensando en que la maldición que había caído sobre ella era más poderosa que sus ansias de venganza.

Lloró porque no podía hacer otra cosa mientras el día avanzaba. Lloró porque llorando se sentía mejor.

5. LAS CHICAS DEL ATAÚD

1

Puerto de Nueva Orleans, 1728

Llegaron después de la tormenta que anegó las calles y agrietó algunos diques de la ciudad. En la húmeda cubierta del *Pelican*, bajo el cielo encapotado y ansiosas por desembarcar, trece jóvenes francesas contemplaban la llegada al puerto de Nueva Orleans con el semblante pálido y enfermizo debido al largo viaje de ciento cincuenta días.

—Tierra firme, por fin… —suspiró la hermana Magdalène señalando la poblada ciudad que contaba con cien mil almas—. Niñas, ahí tenéis la *Nouvelle- Orléans*, la capital del estado de Louisiana. Dad gracias al Señor Todopoderoso por permitirnos llegar al Nuevo Mundo sanas y salvas.

Al pronunciar la palabra *salvas* cerró la fila que formaban sus pupilas mientras cruzaban la pasarela de madera para descender a tierra firme. Altas y espigadas, las trece jóvenes eran una sombra de lo que fueron cuando embarcaron en el puerto de La Rochelle tras confesarse, comulgar y encomendarse a Dios por un viaje propicio. La hermana Magdalène siguió sus pasos mientras avanzaban por la tabla aferradas a su *cassette*, la pequeña maleta que contenía sus pertenencias.

María Aristegui fue la primera en poner los pies en aquella nueva ciudad donde hacía un calor húmedo insoportable ya en aquella hora temprana. Sus ojos azules reflejaban el cansancio y el asombro ante el atestado puerto donde estibadores negros entonaban canciones mientras cargaban y descargaban los barcos cercanos.

Se limpió el sudor de la frente con el pañuelo, se suavizó los rizos rubios y encrespados alisándolos con la mano y se apoyó en uno de los barriles de vino amontillado español que ya se habían desembarcado entre baúles y bultos de viaje. Su aspecto algo rollizo al embarcar en Francia se había vuelto flaco pero grácil. Los numerosos días de tormenta les habían dejado comidas a base de pan seco y queso, pues los fogones no podían funcionar debido al vaivén del barco.

Llegó a odiar la pestilencia de la sentina, las fumigaciones de enebro y vinagre, el bacalao seco, el bizcocho de mar y el caldo de ave que tomaba a menudo, pues era el único alimento que aliviaba sus continuas náuseas. También odiaba «el jardín» de proa, la tabla con un agujero donde se sentaban los viajeros para evacuar, haciendo equilibrios para no caer en el océano, venciendo las prisas y la

vergüenza tratando de no ser vista. Y ahora, contemplando aquel abarrotado puerto de la llamada Ciudad Creciente, aún notando el vaivén fantasma bajo sus pies, esperaba con ansia el poder comer fruta fresca y dormir en un lecho caliente y seco. Esperaba una nueva vida y el amor de un esposo, tal y como le había prometido la madre superiora para convencerla de su viaje.

María contaba en aquel entonces dieciséis años y, habiéndose quedado huérfana, fue acogida por su tía durante un tiempo en su casa de Fuenterrabía. Aquella mujer, soltera y devota, decidió que la candidez y la alegría de la joven eran demasiado radiantes para su estilo de vida almidonado, por lo que decidió que estaría mejor con la prima Anne, profesora en un convento de las hermanas Ursulinas en Toulouse, a donde llegó María con su pequeño baúl que contenía los recuerdos de su padres y su muñeca de cartón vestida de rosa.

Meses después, la madre superiora reunió a unas cuantas jóvenes y postulantes para que siguieran la petición del obispo de Quebec por orden del rey de Francia: casarse con los colonos franceses de Louisiana. Formarían parte del tercer contingente que viajaría a aquella ciudad pues no era bueno que los hombres estuvieran solos, ni que unieran sus vidas a las numerosas prostitutas que poblaban Nueva Orleans. Era necesario que se formaran nuevas familias, cristianas, piadosas, de bien.

Para que se quedara grabado en sus mentes impresionables y ávidas de novedades, la madre Isabelle les repetía una y otra vez que un esposo cambiaría sus vidas, que una familia les daría la felicidad. María, de natural soñadora, dio el primer paso al frente para que sor Isabelle la anotara en la lista de viajeras.

Aún apoyada sobre los barriles, sintiéndose desfallecer por el calor, se percató de que varios estibadores de aspecto violento empezaban a acercarse a la pequeña comitiva encabezada por la hermana Magdalène y pronunciaban palabras soeces e inapropiadas para sus oídos virginales.

—Niñas, no os separéis —dijo a Louise y a Adèle que se salían del círculo protector. Los hombres las observaban mientras se encendían pequeños cigarros con sus dedos grasientos de brea y cuchicheaban acerca de la extraña belleza de aquellas jóvenes recién llegadas a la ciudad.

Dos porteadores desembarcaron el ataúd de Delphine Dijou, la joven que no resistió la travesía y había muerto cerca de las costas de la Florida.

—Al convento de las Ursulinas —señaló la religiosa cuando los hombres se acercaron para preguntar dónde debían dejar a la finada —. Llévense a la pequeña Delphine, tengan a bien… Cuidado, cuidado con esos baúles. —Magdalène miraba a un lado y al otro esperando que no se demorara el coche de caballos que tenía que conducirlas a su destino final. Deseaba como nada en aquel mundo poder dormir en un cuarto seco, en una cama que, aunque austera, no se balanceara cada noche. Además, en cuanto estuviera instalada en su celda, tenía que escribir a los padres de la joven comunicando el fallecimiento.

Uno de los porteadores, un portugués que ya había comenzado a recibir en su carreta bultos del barco recién llegado, se quedó mirando fijamente a las trece jóvenes que esperaban junto a los barriles de amontillado sujetando sus pequeñas maletas negras, romboidales, en forma de pequeño ataúd que contenía su ajuar: un par de guantes, un pañuelo, un tocado, agujas, alfileres, tijeras, un peine, hilo blanco, y dos libras de plata. Reparó en aquellas caras pálidas y en sus labios rojos; en sus aspectos algo desmañados y enfermos, en sus vestidos negros y sus ojos desubicados.

Vio que una de ellas tosía y que en su pañuelo quedaban gotas de sangre que trató de ocultar de la monja que las conducía. Fue entonces cuando las cuerdas que llevaba en la mano cayeron al suelo. Su rostro afable y alegre palideció, mostrando primero sorpresa, después algo parecido al miedo; y, cuando vio más cerca a las jóvenes, pavor. Con la carga completa dejó las riendas de los caballos a su compañero, murmuró una excusa peregrina y se encaminó hacia una de las tabernas del puerto murmurando entre dientes: ¡*Bruxas, bruxas*!

El portugués bebía en la taberna pensando en las *cassettes* que aquellas muchachas pálidas asían con tanto celo. Quién sabía qué abominaciones de la vieja Europa podían contener, porque una vez, hacía mucho tiempo ya, alguien llegado de Inglaterra le había dicho que los demonios venían de más allá del mar; es más, que allí habían nacido y eran más fuertes. Aquel inglés le habló también de lo sucedido en el convento de Loudon, en Francia, donde varias monjas fueron poseídas por tres demonios y se decidió exorcizarlas públicamente.

El tabernero, un chino que había llegado de la provincia de Guangzhou y tenía un ojo a la virulé, le sirvió un poco más de ron en un vaso de madera. João dejó unas monedas sobre la barra, dio un trago rápido y salió para respirar un poco de aire. Debía avisar a su patrón acerca de la llegada de las *bruxas*, vampiros que adoptaban forma de mujer durante el día pero que en las noches eran pájaros oscuros que amenazaban a los viajeros en los caminos, raptándolos y torturándolos en sus guaridas infectas. Pero no era eso lo más terrible,

no. Lo que causaba que la piel de João palideciera y se erizara era el alimento preferido de aquellas abominaciones: los niños, los recién nacidos y hasta el año de edad, de carnes tiernas y alma impoluta.

—¡João! —le gritó su jefe lanzándole varios improperios—. ¡Tu día de trabajo aún no ha acabado! Le agarró de la pechera, percibió su aliento a ron y le zarandeó para que regresara al dique.

—Señor Vernet —le dijo en español—. Tengo que contarle algo que…

El señor Vernet, oriundo de la provincia de Tarragona, formaba parte de los colonos catalanes y franceses de la ciudad y comerciaba con los vinos de su tierra que empezaban a causar admiración entre las clases acomodadas y las casas pudientes.

—Es hora de trabajar, João —le dijo señalando el nuevo barco que acaba de atracar—. Cuando acabe tu jornada hablaremos.

Ante él tenía una goleta con bandera española de la que estaban descargando barriles de vino y que después sería cargada con tabaco y algodón para Europa. João colocó los brazos en jarras y se dejó llevar por el olor a mar, a pescado fresco y a conservas en salazón. Tenía que olvidar a aquellas muchachas que traían mal fario, que traerían mala suerte a la ciudad. Tras él, unos gritos le sacaron de su ensimismamiento: de nuevo una pelea entre buscavidas recién llegados y los porteadores legales. El sonido de la alarma anunció la llegada de la policía, pero a João le pareció un aullido, un grito de advertencia. Supo entonces que un gran mal acechaba a Nueva Orleans.

2

En la ciudad ya se había corrido la noticia de que les *filles à la cassette*, como las empezaron a nombrar desde que las vieron desembarcar con sus pequeñas maletas y sus semblantes pálidos, habían llegado al convento de las Ursulinas y habían comenzado los tratos para casarlas con hombres de buenas familias, con oficiales, con ricos comerciantes. En el convento eran tratadas con mimo, siendo protegidas y educadas. Vírgenes como eran, valían su peso en oro para los hombres casaderos de la ciudad.

Una empleada en el convento difundió la noticia de que el ataúd de Delphine no había sido enterrado en el cementerio de Saint Louis, sino que las hermanas ursulinas lo habían cerrado con llave en una de las habitaciones de la tercera planta, pues la muchacha no estaba muerta, sino endemoniada. Las gentes murmuraron y dijeron que Delphine estuvo a punto de haber sido enterrada viva; que las trece jóvenes venidas de Francia habían traído la fiebre amarilla que empezó a carcomer la ciudad.

Un año y medio después de su llegada, tras su dieciocho cumpleaños, María se hallaba de pie en el despacho de la madre superiora. Hacía pocos días que había asistido a la boda de Delphine con un anciano sordo y medio ciego que no sabía de los rumores que habían afectado a su prometida, ya recuperada de su supuesto mal. Y ante ella, con el bigote incipiente y su particular mirada de miope, la superiora le recordó que era la última; que o bien tomaba los hábitos como novicia o aceptaba la petición de mano que acababa de llegar como un regalo del cielo.

María asintió a todas las bondades que sor Bernadette le iba relatando acerca de Christopher Pemberton: poseedor de varias casas en Nueva Orleans y una hacienda en Saint Francisville, era un hombre de honor y podía darle una nueva vida.

—Espero que no te importe vivir en el campo, María.

La joven se encogió de hombros, muerta de miedo ahora que llegaba el momento de conocer a su futuro esposo. Ahora que la dejaban a solas en el jardín del convento con aquel hombre pelirrojo de origen escocés que se acercaba tímidamente y la saludaba quitándose el sombrero. Era mayor, quizá diez años más de los que ella contaba. No le gustaron sus dientes torcidos ni sus manos de gruesos dedos; tampoco aquellos ojos azules casi grises; pero le explicó anécdotas y chascarrillos que la hicieron reír. Con eso era suficiente,

dijo sor Magdalène cuando terminó la hora de visita. Con eso y con saber que procedía de una buena familia con buenas rentas que dejaron un generoso donativo al convento.

Dos semanas más tarde se encontró bajo la gran avenida de robles majestuosos de Pemberton Hall que la recibieron como se recibe a los intrusos, pues una rama desprendida por el viento cayó sobre el cochero causándole la muerte. Su recién estrenado marido impidió que bajara del carruaje para que no viera la sangre y el cuerpo desmadejado, pero María, haciendo caso omiso, se acercó a aquel hombre agonizante del que solo su mano mostraba algo de vida con un leve movimiento de dedos. Ella la cogió entre las suyas para que no muriera solo, para que su alma se sintiera acompañada en aquel instante de horror y sangre.

La bondad de María, que ahora era llamada señora Pemberton, pronto fue conocida entre los esclavos de la plantación; y los que la servían en la casa disfrutaron de siete años de bonanza y buenas cosechas. La recién llegada había traído la felicidad al amo y pronto dio a luz dos mellizos, un niño y una niña, que crecieron con mammy Emmaline, la esclava nodriza, consintiéndoles todos sus caprichos.

En 1737, un año de huracanes y lluvias torrenciales, todo cambió. Llegaron enfermedades a Nueva Orleans que se extendieron río arriba y hasta el Río Rojo. Muchas aguas se envenenaron, árboles gigantes cayeron mostrando sus raíces como garras arañando el aire y se hundieron casas en las zonas más bajas mientras los indígenas recordaban a quienes quisieran oírles que las tempestades, aquellos gigantes que pisaban fuerte, traían en su ojo a los espíritus malignos del averno.

Sucedió una noche de viento furioso y caliente que provenía de la tormenta que se desataba en el golfo de México y llegaba a las tierras bajas de Louisiana, cargada de rayos que crujían atronadores. El aguacero agitaba las ramas jóvenes de los robles del camino principal y los esclavos, refugiados en sus cabañas, rezaban las pocas oraciones que sabían y se encomendaban a Dios.

Christopher Pemberton, que acababa de regresar de su viaje a Natchez, luchaba contra la resistencia de su caballo a avanzar en medio de aquella lluvia intensa. Había perdido a decenas de esclavos diezmados por las fiebres y por el agua del pozo envenenada; había perdido también ganado y caballos y tenía que contar cada penique que le quedaba para tratar de conservar su hacienda a flote. Cansado

de azotar los flancos de su caballo, ya algo viejo y harto de soportar golpes y gritos, decidió desmontar y continuar el camino a pie estirando de las riendas y renegando ante los resoplidos del animal, que cojeaba de una de las patas traseras.

Un gemido cercano le desvió del camino para descubrir una sombra recostada sobre un tocón de la orilla del bayou. Era una joven de largo cabello negro hasta la cintura, inconsciente, desnuda y cubierta de lodo. Su vientre estaba abultado y por los rasgos de su rostro vio que era una india *chocktaw* que no contaría más de veinte años.

Cuando se acostó, con el cabello húmedo y el corazón latiendo apresurado en su pecho desnudo, se abrazó a la almohada y dio la espalda a María, que abrió los ojos y murmuró medio dormida:

—Llegaste tarde, *mon amour*.

—La tormenta…

—Lo sé. —María cerró los ojos y se atrevió a decirle lo que tantos días llevaba callando—: En Baton Rouge corren rumores…

Christopher suspiró. No iba a poder dormir con tanta conversación. Se volvió hacia ella mientras la lluvia golpeaba tenaz los cristales de la ventana. Sentía intenso el aroma de violetas que desprendía su piel.

—Rumores… Cosas de viejas ociosas, supongo.

María se incorporó en la cama y susurró:

—…Que mantienes en Nueva Orleans a una de esas mulatas cuarteronas. Que tienes un hijo bastardo. Dime que no es cierto, Christopher, dime que no.

Él se volvió hacia el lado opuesto y se abrigó bien con las mantas. ¿Desde cuándo un hombre debía dar explicaciones a una mujer?

Con el rugido de la tormenta golpeando la casa, deseó que llegara la mañana para acudir al granero viejo, allí donde había encerrado y encadenado a la india *choctaw* que había encontrado en el bayou.

3

Plantación Beaumont, diciembre de 1830

Jacob leía el Louisiana Journal tumbado en su cama, a la luz de la lámpara de aceite. El artículo que seguía con tanta atención describía el aumento de las prácticas de vudú en la ciudad de Nueva Orleans y la conveniencia de tomar medidas contra aquella aberración que iba contra la sensatez del culto cristiano. El articulista, un tal Edwin A. Clarke, continuaba relatando todos aquellos rumores de sacrificios de animales, de hombres convertidos en zombis que paseaban por el cementerio de Saint Louis dejando atrás sus tumbas abiertas. Jacob se estremeció pensando en el perturbador grisgrís en la boca de su padre cuando la llama de su lámpara de aceite parpadeó y se apagó, dejándolo completamente a oscuras, con solo el leve hilo de luz de las brasas de la chimenea encendida.

Alargó la mano para llamar al servicio, pero la retiró al sentir el contacto de lo que le pareció una tela de araña entre sus dedos. Y de nuevo, inmerso en el silencio de la noche, escuchó los murmullos bajo su cama y sintió la corriente helada que rodeó la habitación como un lazo corredizo a punto de ahogarlo. Plegó el periódico, lo dejó en la mesita de noche y se introdujo bajo las mantas con la mirada fija en las brasas encendidas, con el miedo agarrándose a su corazón. Tenía que dejar de beber, tenía que hacerlo si quería seguir estando cuerdo.

El fuego chisporroteó y escuchó arañazos en la puerta. Quizás era Capitán el que llamaba, pero no quería levantarse a abrirle, no cuando en la ventana vio una sonrisa de dientes negros y ensangrentados. De un salto, bajó de la cama y se parapetó tras ella protegiéndose de aquel rostro que se expandía y atravesaba el cristal para detenerse junto al fuego, tomando su color. En cuclillas como estaba, aturdido y aterrorizado, tratando de convencerse de que estaba dentro de una pesadilla, oyó de nuevo los susurros y su oído ahora aguzado por el terror escuchó claramente, y por fin, las palabras que decían aquellas voces serpenteantes:

—*Que mantienes en Nueva Orleans a una de esas mulatas cuarteronas. Que tienes un hijo bastardo. Dime que no es cierto, Christopher, dime que no es cierto…*

Fue entonces cuando creyó volverse loco, cuando comenzó a rezar al igual que de niño rogaba a Dios que su madre no le aplicara la vara

al desatender sus lecciones con el maestro.

Una mano cálida se posó en su hombro. Se volvió, temeroso, suplicando clemencia, pero allí estaba su esposa Catherine, sonriente y con unos extraños ojos azules que no eran suyos diciéndole *sí, acepto, sí, quiero*, luciendo su vestido de novia hecho jirones, lleno de barro y ramas de ciprés, señalando el espejo que reflejaba su cama, lleno de tinieblas y muerte.

4

Plantación Pemberton, diciembre de 1737

Por la mañana todo era nuevo y limpio y María esperó a que su esposo regresara de los campos y le diera alguna explicación. Dedicó la mañana a bordar mientras su esclava negra de doce años, Ruth, aprendía a leer junto a sus hijos. Y fue por la tarde cuando se dirigió al jardín, donde la cálida temperatura a pesar del invierno, lo mantenía con flores y frutos en abundancia. El jardinero, Samuel, un joven mulato diestro en el mantenimiento de una perfecta simetría en los parterres de azaleas, la saludó quitándose el sombrero mientras ella se sentaba junto a la fuente.

Los demonios que había traído el huracán se habían desatado, y más aún cuando Christopher oyó las risas en el jardín. María y Samuel riéndose de él; María y Samuel burlándose, los descarados. Vio fantasmas donde no existían, vio a una furcia que le era infiel. Y arrastró a su esposa hasta la casa rodeado de las caras de asombro de los esclavos que regresaban del campo camino a sus cabañas. Y fuera por su sospecha o por su cada vez más enloquecido carácter, Christopher la acusó de pertenecer a las hijas del diablo que tras abandonar la ciudad provocaron la epidemia de fiebre amarilla que arrasó familias enteras. La acusó de pertenecer al aquelarre de las que vinieron del otro lado del mar para seducir a los hombres.

—¡Trajisteis con vosotras el infortunio, brujas! —gritaba enardecido de un lado al otro de su habitación arrastrando a María hasta la cama mientras Ruth salía corriendo a pedir ayuda—. ¡Inundaciones, fiebres, muertes! ¿¡Cuántos esclavos he perdido por tu culpa!? —María no comprendía nada. ¿Acaso desvariaba por la ipecacuana que tomaba para sus problemas de estómago?

—¡Este es tu castigo! —La zarandeó en el lecho, apretando su cuello con la mirada nublada por la ira.

Los ojos aterrorizados de María trataron de hacerle comprender que estaba equivocado, que la ahogaba, que iba a matarla. *Señor, ten piedad…* Seguida de Ruth, Mammy Emmaline entró en la habitación con un leño y atizó con él la cabeza del amo.

Christopher cayó al suelo como un fardo pesado. Cuando despertó se hallaba en su cama, aturdido y sin comprender qué había pasado. Al cabo de unas horas, ya anocheciendo, decidió levantarse y descorrió los cortinajes de su habitación. Los esclavos ya se habían

recogido en sus cabañas. Esperaría un poco más y volvería al granero viejo donde había prohibido la entrada a esclavos y capataces.

María corrió a la habitación de los niños, que dormían ajenos a la locura que se había apoderado de su padre. Ruth y Mammy Emmaline la siguieron, guardando su sueño en una butaca, oyendo los tacones de las botas de montar del amo arriba y abajo por el pasillo hasta que se detuvieron tras la puerta. Sin respirar, esperaron el ataque, pero Dios estuvo con ellas aquella noche y rezaron para que las protegiera de los demonios que se habían apoderado de Christopher Pemberton.

Aún con la cabeza embotada, Christopher se encaminó con su lámpara de aceite hacia la trampilla que escondía una estancia secreta bajo el granero, allí donde la india *choctaw* permanecía prisionera. Iluminó su piel cetrina y sonrió al ver lo hermosa que era a pesar de las heridas, a pesar de su rostro sucio de barro y sangre. La india se inclinó hacia adelante y los grilletes rechinaron rompiendo el silencio y la expresión fascinada de aquel hombre que con un dedo resiguió la mordaza que cubría su boca llegando hasta la clavícula desnuda. Bajó hasta su pecho y se detuvo en su vientre gestante. Ella gritó, pero su voz apagada por la mordaza apenas fue un leve lamento. Él sonrió sacando el látigo.

María puso a sus hijos y a Mammy Emmaline en el coche que hizo llamar y abandonó la casa Pemberton para instalarse en una de las casas de su esposo en Nueva Orleans. Para la rígida sociedad de la ciudad adujo estar cansada de los aires del campo y que sus hijos crecerían mejor en la ciudad donde dispondrían de mejores maestros y un médico cercano para sus continuas crisis asmáticas. La familia de su esposo acogió aquella decisión no sin recelo, pero conocían el carácter difícil de Christopher y estando cercana la Navidad se alegraron de tener entre ellos a María y a sus gemelos.

Y en la plantación, el vientre de la india engordaba mientras los grilletes que la mantenían presa fueron sustituidos por cuerdas, y la comida que le traía Christopher fue haciéndose más abundante. Él nunca supo qué le había ocurrido a la muchacha para acabar en sus tierras, pues no hablaba, ni siquiera en su lengua. Tal vez cayó de una balsa al Mississippi, pues su pueblo, una tribu pacífica, solía trasladarse por el río en busca de caza o provisiones; a menudo huyendo de colonos que los hostigaban.

Muchos días pensaba en liberarla, pero al regresar y encontrar a su presa retenida, sus pasiones malsanas renacían con fuerza y

abandonaba la idea. Era su pajarillo enjaulado, su mano ejecutora, la que le alimentaba a la vez. Así fue como pasaron las semanas y Christopher escribió a su familia en Nueva Orleans excusando su presencia en las fiestas de Navidad. Escribió también a su amante, la bella cuarterona que le había dado un hijo bastardo, prometiéndole una pronta visita en primavera.

Y la india *chocktaw* parió en silencio; tal y como había llegado a la casa; tal y como moriría. Y así fue también como Christopher encontró a un niño de poco más de cuatro libras aún ligado a su madre por el cordón. Sacó su puñal, hizo un corte certero y levantó a aquel pequeño de piel cetrina para contemplarlo a la luz que atravesaba las rendijas de la trampilla: un pequeño de sangre *choctaw* que apretaba los puños y con los ojos cerrados hacía amago de llorar sin conseguirlo.

Y fue en la madrugada cuando Christopher lo sacó del granero viejo y lo dejó en la orilla del bayou, para que su llanto llamara la atención de los caimanes.

5

Nueva Orleans, diciembre de 1830

Marie Laveau mostró su bolso al guardia de la prisión del Cabildo y junto a un policía armado cruzó el patio del bloque de los negros, allí donde en trece galerías infectas se hacinaban hombres y mujeres esclavos, esperando sentencias, recibiendo castigos, malviviendo día tras día. Se llevó uno de sus delicados pañuelos bordados a la boca para tratar de evitar respirar los repulsivos efluvios que surgían de aquellas celdas y del patio, donde los carceleros criaban cerdos; más aún en aquel día caluroso. De pronto, un grito detuvo sus pasos y también los del guardia. Un verdugo negro, alto y fuerte como un roble, blandía en lo alto el látigo que azotó la piel desnuda de una joven de color atada a una plancha de madera. Cada golpe, cada quejido, se transformaba en aguijonazos en su corazón.

Con los nervios a flor de piel caminó aprisa a través del patio porticado siguiendo los pasos del guardia, oyendo un nuevo chasquido seco del látigo contra la piel desgarrada y ya en carne viva de la joven. Marie sentía vergüenza y lástima, pues era probable que aquella desgraciada habría causado alguna inconveniencia a su amo que, como otros, dejaba en manos de los verdugos de la cárcel el castigo, a cambio de unas monedas manchadas de sangre.

Nadie parecía darse cuenta del sufrimiento de aquella muchacha; guardias y reclusos se mostraban indiferentes ante sus llantos. La fuerza de la costumbre y el embrutecimiento del alma eran terribles en aquel lugar poblado de ratas y desesperación. Vergüenza sentía Marie, sí, de pertenecer a una humanidad que se llamaba a sí misma con un nombre improcedente.

Al otro lado del patio, una nueva galería les esperaba con más medidas de seguridad y controles de los guardias, pues era la de los condenados a muerte.

—¡Thurgood Cane! ¡Tienes visita!

El gigante negro se incorporó de su jergón en el suelo y agarrándose a los barrotes de su celda vio la grácil y colorida figura de Marie Laveau avanzando por el infecto corredor.

—Marie, has venido…

—Dime si eres culpable, Thurgood. Dime la verdad.

Thurgood había sido acusado de matar a un porteador portugués en una taberna del puerto, robarle su paga y lanzar su cuerpo al río, que fue encontrado por unos pescadores. Premeditación, asesinato, ocultación de cadáver. Él negaba los hechos, pero no había ningún testigo a su favor.

—He hecho muchas cosas mal en esta vida, pero no he matado a ese tipo. No entiendo cómo han podido acusarme de… —En su recuerdo apareció la imagen de su padre, ahorcado años atrás por unos amoríos con una dama de piel blanca y corazón negro. La historia se repetía.

—Dos minutos —dijo el guarda asomándose al pasillo. Marie volvió su rostro hacia él, irritada por la interrupción.

—No sabes con quién estás hablando, Smith —se carcajeó Thurgood, burlón—. ¡Marie es la reina del vudú de Nueva Orleans! —El guarda mudó el rostro y palideció. Dio un paso atrás y se dirigió al patio porticado. Recién llegado a la ciudad, temía aquellas prácticas de las que hablaban los periódicos. Fueran supercherías o no, la mirada de aquella mujer le había mostrado el miedo hacia el vudú que anidaba en su interior.

Thurgood se sintió confortado por la visita de Marie, que aprovechó el cambio de guardia para entregarle una pequeña botella de cristal verde que se apresuró a guardar dentro de sus mugrientos pantalones.

—Buscaré ayuda, Thurgood. Pero si no llego a tiempo, toma de la botella. Será rápido y no sufrirás la humillación —acarició su mano sabiendo que quizá sería su último contacto humano antes de morir. Marie no soportaba las ejecuciones en público; no eran dignas de una ciudad moderna como Nueva Orleans.

—Tenía que haber buscado una esposa como tú, Marie.

Ella sonrió y dio un paso atrás. Era hora de irse y salió de la cárcel lamentando el destino de su amigo. En realidad ya había buscado ayuda entre sus contactos de la alta sociedad, entre los jueces que le debían favores, pero nada podía hacer contra una pena capital. Por fortuna, tenía un as en la manga y quizás había llegado la hora de usarlo.

Un cielo plomizo como su ánimo la recibió en el exterior. La vida continuaba allí afuera ajena a los condenados y a la miseria que los rodeaba. Dio un paso adelante, extendió la mano y sintió la fina lluvia que comenzó a caer mientras caminaba por la calle Chartres hacia la

catedral, a pocos pasos del Cabildo. Compró *calas*, pastelillos de arroz frito, a una joven criolla que paseaba con su cesto sobre la cabeza canturreando: *«¡Calas calientes, para la señora; calas calientes, para el señor!»*, y se detuvo a entregar limosna a una anciana tullida que se la solicitó.

Mientras saboreaba uno de aquellos deliciosos pastelillos oyó la conversación en español de una joven de cabello rubio y cierto aire desvalido con un sacerdote de rasgos mexicanos con sotana negra, capa y sombrero de tres picos. Al parecer habían bajado de un coche de caballos cargados de baúles para comprar un tentempié. El peinado de aquella muchacha, con demasiados tirabuzones y pasado de moda, le indicó que no era de la ciudad. La tela de lana de su vestido marrón de viaje, sin duda europeo y arrugado en los bajos le mostró que acababa de desembarcar. El sacerdote miraba a un lado y al otro de la transitada acera y se animó a preguntar a la buena mujer que había visto dando limosna.

—*Bonjour, madame...* Buscamos el despacho de los abogados Johannsen & Villagio de la calle Bourbon —dijo el padre Faustino en francés.

—¿Españoles? —Marie sonrió, gentil.

Catalina de la Cruz se sintió aliviada al oír su idioma y agradeció el ofrecimiento de Marie de acompañarles un trecho para que no se perdieran. Por supuesto, aprovecharía para indagar acerca de los recién llegados. Favor con favor se pagaba, y su ayuda de hoy bien podría ser recompensada mañana. Alzó su ceja derecha al oír de labios del sacerdote que la señorita de la Cruz había venido de la ciudad de Cádiz en España para casarse con Jacob Beaumont, de Saint Francisville. Que su doncella había fallecido en la travesía y acababan de desembarcar el ataúd que sería llevado al convento de las Ursulinas.

Marie Laveau cabeceó, preocupada. Así que la joven iba a casarse con el plantador, el amo de la esclava Harriet. El mundo era un pañuelo, sí señor. Pero caminando al lado de aquella jovencita pensó en la venganza de la esclava, en el destino sentenciado de Jacob Beaumont. Catalina sufriría las consecuencias, como siempre las sufrían los inocentes.

Tras dar cuenta de su llegada a los abogados para que notificaran a Jacob la llegada de Catalina a la ciudad, se alojaron en el convento de las Ursulinas, donde el padre Faustino recibió la visita del padre Pierre St. Exupery. Se conocieron años atrás en España y se carteaban

compartiendo pensamientos y preocupaciones acerca de la fe que iba perdiéndose en el mundo, de los pecadores que olvidaban a Dios en sus vidas. Pierre le había hablado de las redes de ayuda por parte de los estados del Norte a los esclavos que deseaban la libertad y de los abolicionistas que trabajaban por liberar al Sur del yugo de la esclavitud; también le había pedido ayuda económica desde España.

Mientras Catalina se acomodaba en la celda que le habían asignado en el convento y le notificaban la llegada del féretro de su doncella, los sacerdotes compartieron una taza de café y dulces *beignets* en el refectorio.

—Se intensifican las huidas y nos llegan noticias de que se están culminando con éxito las últimas llegadas a Illinois, Ohio e Indiana —aseguraba el padre Pierre—. Además, nuestros colaboradores están abriendo camino por el sur, por el Camino Real, la vía construida por los indios.

El padre Faustino dejó la taza de café sobre la mesa y alzó una ceja, interrogante:

—¿Os referís al Camino Real hacia México? ¿Aún está operativa la ruta del Río Rojo hasta Laredo?

—En los últimos meses lo está siendo, hermano. Bien sabes que el antiguo gobernador de Texas, Antonio Cordero y Bustamante, favoreció la creación de caminos seguros para los esclavos de Louisiana. Fue un hombre justo y piadoso, que el Señor lo tenga en su gloria.

—Amén, hermano…

—…Y el año pasado, el presidente de la República de México, Vicente Guerrero, además de impulsar la educación gratuita, suprimió la esclavitud en México declarando libres a los que hasta el momento se habían considerado como esclavos. Pero su vicepresidente tomó el poder y ahora Guerrero está huído; dicen que se esconde en Acapulco. Muchos no le han perdonado su sangre africana, que fuera un «pardo», ni que compartiera cenas con los pobres.

—¡Que el Señor lo ampare! —el padre Faustino se alegraba de recibir noticias de su tierra. Oriundo de Coahuila de Zaragoza, juntó las manos en plegaria, dando gracias porque la justicia, la que debía escribirse con mayúsculas, iba haciéndose camino a pesar de los escollos, las leyes y las costumbres de los hombres sin corazón.

Tres días después, Jacob Beaumont llegó al convento de las Ursulinas. Sombrero en mano y con el aire grave de quien teme a lo

que va a encontrar tras la puerta, entró en el despacho de la madre superiora donde Catalina de la Cruz esperaba sentada junto a la ventana. La joven llevaba días pesarosa, lamentando la falta de la compañía de su doncella, añorando Cádiz y la casa de su infancia. Seguía con el temor a la muerte que la perseguía desde que su abuela y su madre fallecieron; que la persiguió en aquellas cartas que recibía, ininteligibles, con pequeños huesos en su interior. Brujerías, le dijo su tía Agripina; locuras de algún marinero chiflado que la habría visto pasear por la ciudad, pensó su padre lanzando aquellas abominaciones al fuego. La proposición de matrimonio vino en el mejor momento para alejar a su hija de la ciudad, pero no de la muerte, pues seguía persiguiendo a la joven: en el barco se llevó a su doncella Agustina dejándola con la sola compañía del padre Faustino.

Catalina suspiró, nerviosa; temiendo, que Dios no lo permitiera, que la funesta muerte la hubiera seguido también hasta Nueva Orleans. Y envuelta en aquellos pensamientos sombríos, sintiéndose desfallecer, levantó la mirada y se encontró con un hombre alto, de buen porte, con el cabello castaño peinado con un tupé algo desmañado por el viento de aquel día en la ciudad.

Jacob dio un paso más hacia ella y pensó que parecía una pequeña santa envuelta en el halo de luz del mediodía que intensificaba el brillo de su cabello dorado. Catalina se levantó desplegando su aire inocente y alargó el brazo extendiendo la mano enguantada hasta el codo. El besamanos les acercó y permitió que Catalina percibiera intenso y atrayente el perfume de Jacob. Se vio reflejada en sus ojos y se descubrió bella. Él se perdió en el escote de su pecho y se sintió hombre.

Salieron a pasear por el jardín del convento y hablaron en francés de Cádiz y de la luz especial de sus atardeceres desde la Torre Tavira, donde se podía divisar la costa africana y los montes Atlas; del viento de levante en el Malecón. Hablaron de las plantas de algodón en flor de la plantación, del gran Mississippi, de los huracanes del golfo. Catalina, al segundo día, se sintió morir por Jacob Beaumont, por aquel aroma embriagador que despedía su cuello encorbatado y por aquel aire atormentado que arrastraba tras la muerte de su padre.

Concretaron la boda enseguida: Jacob tratando de olvidar el recuerdo de Catherine y Catalina intentando descubrir qué pensamientos se escondían en la mente de aquel viudo con el que pronto compartiría la vida.

Debido al luto por su padre, Jacob le pidió que comprendiera el hecho de no realizar una celebración tradicional. Su madre estaba enferma y no había podido desplazarse hasta la ciudad ni organizar un

evento al uso. De la mano de Jacob, Catalina no temía nada ni nada le importaba más que ser su esposa cuanto antes. Se abrazó a él, como se abraza un náufrago a una tabla de salvación; y él sintió quebrarse algo en su interior.

Y así fue como se casaron Jacob Beaumont y Catalina de la Cruz en la catedral de Saint Louis: en una ceremonia privada con amigos de Jacob de la ciudad y algunas de las monjas del convento. El padre Faustino asentía satisfecho ante aquella boda; Jacob Beaumont parecía el hombre de bien que le habían descrito al padre de la joven. Cuando pronunciaron el sí, la tromba de agua que empezó a caer sobre la ciudad desmereció el bonito vestido de satén, volantes de organdí y color champán de la novia. Aún así, nada eclipsó su sonrisa de felicidad.

Tomaron el vapor Natchez donde Jacob había reservado una suite y un camarote para el padre Faustino, que les acompañaría unos días en la plantación. Con su esposa esperando en el lecho, la lluvia azotando el barco, el aroma a limón de las ostras y el vino espumoso que esperaba en una bandeja, Jacob sintió que una pequeña habitación y el amor eran lo más parecido a la felicidad que podía existir.

Se sentó en la suntuosa cama de la suite y acarició el brazo desnudo de Catalina con la mirada embelesada de quien mira a un ángel, a una aparición. A ella le pareció que había algunas sombras en la mirada de su esposo, pero retiró de su frente el cabello que le caía, indomable, y se atrevió a besarle. Por un instante, Jacob se vio lejos de la soga que era su madre, de la violencia que se veía obligado a ejercer sobre sus esclavos, de la sangre y de los llantos; se vio lejos de todo y cerca de Dios porque tenía a su lado a Catalina de la Cruz.

6

Plantación Pemberton, 1738

El verano era buena época para dejar atrás la sofocante humedad de Nueva Orleans. Las últimas tormentas y las calles embarradas habían dejado aires malsanos en las calles, por esa razón el doctor Jeremiah Pemberton, primo de su esposo, aconsejó a María regresar unos meses a Saint Francisville. Su vuelta desencadenó otra tempestad.

Los campos de maíz y de algodón estaban abandonados, los huertos sufrían abundancia de malas hierbas y el jardín estaba desamparado sin el cuidado de Samuel, que había sido azotado en varias ocasiones. La plaga había asolado la plantación y este año no habría cosecha. El capataz había abandonado su puesto tras una pelea con Christopher y los supervisores trataron de evitar las fugas de los esclavos sin éxito, pues huyeron de noche por los pantanos tras envenenar a los perros y lanzar al porche de la casa un muñeco hecho de paja y juncos; un muñeco en cuyo cuello habían atado un trozo de cuerda a modo de soga.

Decenas de estorninos cayeron muertos del cielo y las aguas del bayou burbujearon dejando escapar hedores malsanos que penetraron en la casa, en cada habitación. En las tierras cercanas temían que aquel infortunio se extendiera a sus campos, y más aún cuando dos plantadores y el pastor baptista de Saint Francisville acudieron para ofrecer su ayuda y se encontraron con la desolación de Christopher, sus gritos destemplados y la escopeta cargada que quebró el aire y ahuyentó a aquellos hombres que comenzaron a extender las habladurías acerca de la maldición que había caído sobre la casa Pemberton.

El plan inicial de María de volver a Europa se esfumaba por momentos viendo la desolación de la tierra y la caja fuerte vacía. Los esclavos fugados le habían robado todo su dinero, aseguraba Christopher bebiendo ron y riendo como un demente sentado en el porche con el látigo a su lado. Parecía poseído por uno de aquellos demonios que habitaron en el convento de Loudon; y su mirada aviesa se dirigió hacia su esposa de regreso en la casa: la *fille de la cassette*, la *envempure,* murmuraba tal y como habían calificado a Delphine Dijou, una de sus compañeras de viaje que según las últimas noticias llegadas

de Biloxi, había enterrado ya a dos maridos. *Brujas, brujas, brujas…* repetía Christopher, cegado por la locura y el vino.

Los pequeños, Charles y Amanda, fueron conducidos a su habitación por Mammy Emmaline, que pronto acudió a supervisar el estado de la cocina. La vieja cocinera, Carol, se hallaba junto al fuego preparando unos cangrejos de río y tomates verdes fritos y la recibió como quien recibe a la Virgen.

—¡Ay, Emmaline! ¡Ay, Mammy Emmaline! —se lamentó, abrazándose a ella. Y le habló de la plaga y de la locura del amo. Y le habló también del espejo del salón donde en las últimas noches de tormenta había visto reflejada la imagen de una india de largos cabellos negros y ojos de mirada emponzoñada como el agua del pozo. Y que sus labios habían pronunciado un conjuro, y que por esa razón la casa estaba maldita.

El espíritu malogrado de la india *choctaw*, de nombre Tallulah, no iba a entrar en el cielo porque ansiaba venganza; por su muerte, por la de su hijo. Y para aunar el poder y la fuerza necesitaba asirse a la tierra, a algún objeto que le permitiera apresar su alma herida. Uno de los grandes espejos de marco dorado del salón sería el instrumento perfecto, la puerta entre este mundo y el otro. Dejó absorber su esencia por aquella superficie plateada y permaneció vigilante de los movimientos de aquel hombre blanco.

Cenaron en silencio. María pensando en regresar a la ciudad al día siguiente, en vender algunas alhajas. Pero no era la pobreza lo que le asustaba sino la mirada vacía en los ojos de Christopher, sin alma, sin rastro del hombre que ella había conocido.

Y fue en la noche, mientras cepillaba su cabello a la luz de las velas frente al espejo ovalado con pie de caoba de su habitación, cuando oyó las cadenas. Subió las escaleras al desván como quien sube al cadalso, con el corazón latiendo intranquilo y la certeza de que la oscuridad se la tragaría. Aun así, abrió la puerta y su lámpara de aceite le reveló la presencia de dos ratas sobre un viejo sillón de madera y cuero. Respiró tranquila y sonrió. *Ratas, solo ratas…* Se dispuso a dar media vuelta cuando una tos seca provocó que alumbrara hacia la derecha donde el sinuoso reguero de un fluido oscuro la condujo al fondo del ático, allí donde el techo se inclinaba y formaba un recodo angosto. Y halló el horror, y olió la sangre y la muerte.

Diez hombres, diez esclavos de la plantación agonizaban encadenados y heridos de muerte. Algunos murmuraron alguna

palabra entre los desvaríos que su ligero hilo de vida les permitía; otros, con la cabeza apoyada sobre su pecho, dejaban escapar jadeos agónicos. Horrorizada, creyendo que se encontraba en medio de un mal sueño, fue recorriendo la fila que formaban hasta llegar a una de las tres ventanas de la estancia, allí donde la luz de la luna le reveló la última víctima: Samuel, el jardinero Samuel, delgado como un junco, con sus ojos de natural alegre ahora inyectados en sangre y dolor.

—¡*Ma'am… Ma'am…*!

Él mismo le indicó dónde podía encontrar la llave de sus cadenas, bajo el sillón de cuero; y María los liberó y permitió que salieran de la casa dejando tras de sí un rastro de infamia y pavor. Cuando cerró la puerta principal sintió la corriente de aire frío que descendió por la escalera y reptó hasta el vestíbulo donde Christopher la esperaba sentado en su sillón, junto al fuego donde aún ardían brasas. Sonrió con ojos burlones, enajenados, y señaló el gran espejo de marco dorado que presidía el salón, delante de su retrato.

—La india, María, la india nos mira.

Ella dirigió la mirada hacia el espejo y descubrió la sutil sombra de lo que parecían unas manos apoyadas en aquella superficie plateada donde no se reflejaba la imagen de su esposo sino un túnel oscuro que era un pozo sin fondo. Fue entonces cuando sintió el aliento gélido en su nuca, los dedos de Christopher que acariciaban su cuello como la primera vez. Y después, con asombro, sintió la áspera soga que formó un nudo corredizo y un lazo en torno a su cuello. Su cuerpo se envaró, como si fuera de paja, como si ella misma fuera el muñeco vudú que un esclavo lanzó hacia la casa Pemberton.

—Vuelve al infierno, bruja… —masculló Christopher en su oído.

María logró gritar y todos despertaron turbados mientras él la arrastraba al porche donde logró asirse a una de las columnas de la entrada deteniendo su avance. Pero la fuerza de los brazos de aquel hombre poseído por los espíritus enloquecidos del huracán la llevó hasta el gran roble donde solían ser ajusticiados los esclavos díscolos.

Carol, la vieja cocinera, corrió a la habitación de los niños para evitar que salieran de la casa. Amanda lloriqueaba abrazada a su muñeca vestida de beige cuyos zapatos puntiagudos apuntaban hacia la ventana donde Charles había quedado hipnotizado contemplando el espectáculo.

—¡No mire, niño Charles! ¡No mire! —suplicaba Carol agarrándolo del brazo y llevándolo a la cama, junto a su hermana.

Suspendida en el aire, balanceándose y tratando de liberarse del ahogo de la cuerda, María rezaba a Dios Padre y a la Virgen y suplicaba que la libraran de aquella muerte injusta, que la dejaran vivir, vivir, vivir. Rezó mientras su garganta y sus manos luchaban contra la soga hasta que vio entre lágrimas turbias a Mammy Emmaline bajando las escaleras del porche, gritando algo que no entendió, alzando en el aire un rifle que disparó y derribó a Christopher. Y de entre los robles apareció Samuel corriendo hacia ella, liberándola de la soga, cortando el lazo áspero que la ataba a la muerte.

—¡Maríaaaaaa….! —El grito de su esposo antes de morir, ronco y apagado, más que de enojo fue de estupor. Y piadosa liberación.

Los espíritus del huracán salieron del cuerpo de Christopher Pemberton y se elevaron en el cielo rojizo que trajo una lluvia limpia que se llevó la plaga. Su cuerpo fue enterrado como se entierra el pasado, deprisa pero con honor. María nunca reveló a parientes ni amigos la verdadera causa de su muerte, ni les habló de su locura, ni comentó a nadie el horror del desván. Ella, que al llegar de Europa había sido llamada *chica del ataúd*, contempló cómo cerraban el de su marido, de madera de ciprés, construido deprisa, como se celebró su funeral. Cuando la última pala de tierra cubrió su féretro, cayó sobre él un largo penacho de musgo, como en la noche caería sobre la casa Pemberton la risa de la india Tallulah, el regocijo de su espíritu errante.

Las flores volvieron a crecer y algunos esclavos que permanecían escondidos en el pantano regresaron para servir a la señora, recordando los años de bonanza y su mano siempre tendida. No sería fácil, pero la ahora viuda Pemberton y su fiel Samuel trabajaron duro y la tierra les correspondió, fértil y agradecida.

Una tarde de verano, el viejo Charles McCoy, un charlatán de la parroquia de West Feliciana, detuvo en el patio de entrada su carreta llena de cachivaches y recibió de buen grado el objeto que le ofrecieron por unos pocos dólares: un espejo de casi seis pies con un hermoso marco dorado en pan de oro. Era su día de suerte, ¡su día de suerte, sí, señor! Tomó las riendas de su carreta camino a Baton Rouge y se alejó silbando por la avenida de robles de Pemberton Hall.

7

Bayou Manchac, diciembre 1830

A orillas del lago Maurepas, a pocas millas de Nueva Orleans, el bayou Manchac era temido por aquellos que decían que estaba poblado por almas en pena y espíritus atormentados. Cuando llegaba la noche, y en especial cuando había luna llena, el musgo que colgaba de las copas de los cipreses calvos se ladeaba con formas caprichosas mostrando las siluetas escalofriantes que de día eran las ramas y los tocones que salían del agua y en el crepúsculo se tornaban pavorosas garras. En aquella hora, las almas de los espíritus atormentados se asomaban de entre el lodo y esperaban a la noche crecida para silbar a los incautos, si acaso hubiera alguno que se adentrara en aquellas tierras anegadas.

Marie Laveau no temía a las almas ni al agua negra, por eso su mirada era tranquila mientras avanzaba en una canoa conducida por su esposo Christophe Louis entre la espesa niebla repleta de la algarabía de las ciénagas.

—El pantano nunca duerme, Christophe…—Su esposo seguía remando aprovechando la luz que se colaba entre las rendijas que dejaban libres los apiñados cipreses, estremecido al oír los lloros de los pequeños caimanes agazapados bajo las aguas. Cerró los ojos cuando el bote se balanceó peligrosamente.

—Creo que hemos chocado contra un tronco, Marie… —Si volcaban, si caían a aquellas aguas pantanosas, nadie oiría sus gritos, nadie acudiría en su auxilio. Las fauces de caimanes y aligátores sería lo último que sus ojos verían.

La niebla fue haciéndose más espesa pero ella le animaba a seguir remando en línea recta adentrándose en la parte más profunda, allí donde los aullidos y siseos eran más abundantes, no en vano el lugar era llamado *el pantano frecuentado*. Su vista era buena y esperaba hallar el ciprés de tronco azulado que le indicaría el desvío correcto hasta el lugar a dónde se dirigían.

—¿Oyes el llanto, Marie? —Christophe Louis dejó de remar, tratando de escuchar mejor—. ¿Oyes el llanto bajo el agua?

Ella asintió:

—Es el llanto del pantano triste, antaño un lago azul. Tristes aguas a donde vienen a parar todas las malas energías que las reinas del

vudú sacamos de las casas encantadas, de las almas tristes, de las almas perversas. De eso se alimentan las alimañas que viven aquí; por eso nunca entra el sol, por eso las gentes de bien sienten pavor si se acercan a este lugar.

El ciprés de tronco azulado se mostró ante ellos apartando la niebla a su alrededor, como un faro. Christophe remó hacia el desvío del este tomando un canal estrecho repleto de densa vegetación donde la pestilencia del cieno y la putrefacción aumentaban. Los graznidos de garzas y el ulular de los búhos les acompañaron hasta llegar a una destartalada cabaña cajún.

En el embarcadero les recibió un gato negro de ojos esmeralda que observó aburrido a Christophe Louis mientras amarraba los cabos de la canoa. Marie posó los pies en las crujientes tablas de madera del porche y algo rozó sus hombros: huesos. Pequeños huesos de animales que colgaban del techo engarzados como perlas; raíces retorcidas secándose al aire para extraer su poder, plantas aromáticas del pantano colgadas en ramilletes boca abajo captando los gases de las aguas y su esencia poderosa para realizar encantamientos. No había duda. Era la casa de Delphine.

Marie señaló el umbral de la puerta cerrada: polvos de arcilla roja que detuvieron sus pasos; los señaló con el dedo índice, recorriendo toda su extensión desde la puerta hasta la única ventana de la cabaña.

—Parece que Mammy Blue ha salido… No podemos pasar.

Dieron la vuelta a la cabaña acompañados del croar de las ranas. La bruma ascendió del agua en forma de mano abierta y se detuvo en torno a la figura de los recién llegados.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién osa entrar en el pantano de Manchac?

Christophe y Marie se volvieron para ver la figura que surgía entre niebla, ascendiendo por una pequeña escalera de madera cubierta de limo.

Mammy Blue, cuyo verdadero nombre era Delphine Lacroix, se acercó a ellos con un vestido blanco transparentando sus formas de mujer madura, sonriendo a su querida amiga Marie Laveau.

—No puedo creer que estés aquí, Marie… ¿A qué se debe esta grata visita? —preguntó, algo inquieta. Marie había sido su compañera de juegos en las calles de Nueva Orleans y se había iniciado con ella en las artes del vudú, pero pronto se sintió atraída por el lado oscuro, el *hoodoo*, y decidió alejarse de la ciudad y vivir en contacto con la naturaleza más salvaje, de la que extraía su fuerza para los grandes conjuros.

Hacía tres años desde su última visita y se dieron cuenta de que ya no eran las mismas, de que Marie era aún más poderosa, y que los ojos de Mammy Blue habían envejecido adquiriendo algunas arrugas y aún más sabiduría.

—Pero pasemos y tomemos café. —Se volvió hacia Christophe Louis y dijo—: No nos han presentado, caballero…

Entraron en la cabaña que olía a incienso y a pescado seco. Un mapache salió corriendo y el gato, que les había seguido, se sentó sobre el cojín adamascado de una silla situada junto a la ventana dispuesto a echarse una siesta. A su lado, junto a una desvencijada cómoda, varios cirios encendidos iluminaban la estancia. Marie agachó la cabeza para evitar las conchas engarzadas que colgaban del techo, los botes de cristal que se balanceaban mostrando su interior: sesos de cerdo, intestinos de cordero, corazones de ardilla…

Se sentaron junto a una pequeña mesa y les sirvió café.

—El viejo Carl me lo trae de la ciudad —dijo Delphine—. Y bien, Marie…

—Thurgood Cane está en la cárcel. Le han condenado a la pena capital pero es inocente. —Marie se acabó el café de un trago—. Solo tú puedes hacer algo por él.

Delphine frunció el ceño y se frotó los brazos: de repente tenía frío. Cane, el bueno de Thurgood Cane que hacía veinte años la salvó de morir ahogada en el río, de ser azotada por los que la acusaban de bruja, como a su abuela. Thurgood, a quien amó en silencio; sin desesperación, sin esperanza. Por supuesto que haría algo por él: le debía la vida. Le debía el recuerdo.

—Convocaré a mis ancestros, a mi *grand-mère* Delphine. Tengo las hierbas, las raíces, las velas de sebo. Tengo el poder y la luna a favor. Así tenga que liberar a todos los espíritus de mi caja, salvaré de la muerte a Thurgood Cane.

—Así sea, entonces. Por la justicia.

Delphine destapó una botella de ron y lo sirvió en unos pequeños vasos.

—¡Por la justicia! —Y los tres brindaron por el gran conjuro que solo Mammy Blue, la también llamada bruja del pantano, podía realizar. Un conjuro que uniera la fuerza del agua y la del cielo con la ayuda de los espíritus elementales que guardaba en una caja de madera de palisandro, el árbol con el que se fabricaban las varas mágicas.

Al amanecer vio alejarse a Christophe y a Marie corriente abajo, entre la niebla baja y los primeros cantos de los estorninos. Su gato negro se acercó frotando la cabeza contra su pierna desnuda, acompañándola en su soledad.

Y en la noche, Delphine Lacroix, cuya estirpe se remontaba a Delphine Dijou, una de las llamadas *filles de la cassètte* que llegó de Francia para desposarse en América y desembarcó dentro de un ataúd, llevó su caja de espíritus a la parte trasera de su cabaña, allí donde se cruzaban dos senderos. Una gran mesa de piedra gris, declarada sagrada por los antiguos indios *houma* de la región, la recibió en su interior para ungir con aceites mágicos aquel pequeño arcón que abrió dejando reposar la tapa sobre sus bisagras. Descubrió así las tres calaveras que alojaban las almas de sus ancestros; la piedra de cuarzo que brillaba al fondo, deslumbrante.

La ahora llamada Mammy Blue, la bruja del pantano, la mujer que había heredado de su abuela el don de intervenir en las fuerzas elementales, el don de apelar a la fuerza de los Salmos y vivir de nuevo, alzó los brazos hacia el espacio que se alzaba entre ella y los altos cipreses de raíces retorcidas y llamó al Gran Espíritu, el que cambiaba los Destinos:

—El Señor reina, ¡temblarán los pueblos!; él está sentado entre los querubines, ¡se conmoverá la tierra!

El Salmo noventa y nueve atraía la presencia santa de Dios, la más poderosa de todas, la que impartía justicia para los inocentes, la que cambiaría el destino de Thurgood Cane.

6. EN EL NOMBRE DE LOS MUERTOS

Plantación Beaumont, finales de diciembre de 1830

1

Jacob abrió los ojos y sintió la parálisis de sus miembros, la oscuridad que lo rodeaba, el olor a madera nueva y a humedad. Perplejo, movió con dificultad la cabeza a un lado y al otro sintiendo el crujir de sus vértebras, agarrotadas como sentía los músculos de su cara. No percibía sangre en los brazos, ni las piernas respondían a su deseo de levantarse; más aún, su nuca se quedó rígida de nuevo y su mirada quedó clavada en el vacío de aquella negrura donde se encontraba, en posición decúbito supino. Como un enfermo. Como un muerto.

Le pareció escuchar unos violines lejanos y recordó una mesa adornada con manteles blancos, ramos de flores, bandejas de ostras y un pastel de boda de chocolate y nata batida. Respiró hondo, todo lo hondo que le permitía la estancia donde parecía encontrarse. Trató de centrar su pensamiento en aquella mesa, dejar que la música que martilleaba en su cabeza le llevara al último momento que podía recordar. ¿Acaso la absenta le estaba provocando alucinaciones? Pynchon le habló de aquella posibilidad. Sintió un leve cosquilleo en sus piernas paralizadas: algún insecto trataba de abrirse paso entre sus ropas mientras él trataba de vencer el asco y el horror.

Un nombre vino a su memoria: de la Cruz. ¡Catalina de la Cruz! ¡Su nueva esposa! ¿Dónde estaba? ¿Por qué no venía en su ayuda? Apretó la mandíbula, forzándose a percibir los puños que trataba de apretar sin éxito.

Recordó la firma del desposorio en Nueva Orleans, el viaje hasta la plantación en el barco de vapor, la noche de bodas en la suite del Natchez. Recordó el buen humor de su madre a pesar del luto y a Clarisse bajando las escaleras con un vestido rosa de grandes mangas abullonadas, guantes hasta los codos y un tocado de plumas que la hacían parecer mayor. Recordó el incendio en el granero y la sangre que rezumaban las heridas de Harriet la primera vez que probó su látigo.

El crujido de astillas sobre su cabeza y un fino hilo de arena que empezó a caer sobre sus labios le indicaron que madera y tierra lo cubrían, que madera y tierra lo cubrían, que madera y tierra lo… ¡Nooo! ¡Inmóvil, paralizado, con la respiración entrecortada pero el corazón latiente! ¡Malditos, malditos todos! ¡Le habían enterrado vivo!

Oyó una carcajada, gutural, áspera en aquella circunstancia atroz, y entonces Jacob gritó, gritó auxilio a quien pudiera oírlo; pero de su

voz no se desprendía sonido alguno. Su aullido se transformó en llanto, en súplicas, en rezos a Dios Todopoderoso por su alma atrapada en aquel infierno.

Pero Dios no se apiadó de él.

Sin embargo le trajo el recuerdo de la hermosa Catalina, de la inocente Catalina inclinada hacia él, retirando el vaso de ponche de sus manos, llamando a gritos a los criados.

No, Dios no se apiadó de él.

Fue el Barón Samedi quien lo hizo, pues solo él aceptaba o no la entrada en el inframundo.

Tras la medianoche apareció bailando entre las lápidas del cementerio de la casa Beaumont. Saltaba y entrechocaba los talones de sus botas negras, riendo y canturreando tras haber visitado a una de las muchachas de las cabañas, paseándose impúdico ante ella, asustándola en sus sueños.

Se quitó el sombrero de copa y husmeó en aquella tumba reciente de tierra fresca que contenía un cadáver fresco también. Olfateó en el aire y captó el aroma del polvo zombi que se desprendía de la carne de aquel humano; exhaló el vaho de aquella noche fría y volvió de nuevo al ciprés donde Mammy Melania había dejado sus ofrendas: un poco de ron, un puro habano. *Mmmm, deliciosos lujos terrenales*… Bebió y fumó; y carcajeándose regresó a la tumba cuya lápida estaba labrándose en Saint Francisville: *Jacob Beaumont, amado hijo y esposo. (1795-1830)*.

2

Catalina de la Cruz no podía creer en su mala fortuna. La muerte la seguía, ya no había duda, pero ¿por qué no la llevaba a ella? ¿Por qué llevarse a sus seres queridos? Sentada en el balcón de su dormitorio, con las manos heladas y la mirada fija en los esclavos que iban y venían atareados, lloraba en silencio por la pérdida de aquel amor que se le había clavado en las entrañas y ahora debía arrancar de su corazón si no quería volverse loca.

Hasta ella llegaba la brisa del Mississippi, fresca y húmeda como los besos de Jacob en la cubierta del vapor. Él le había prometido un viaje a Saint Louis en uno de los mejores barcos de lujo; le prometió el amor y la vida. ¿Qué iba a hacer ahora, viuda y en un país extraño, en una casa donde todo era oscuridad y hasta los cantos de los esclavos en el campo le parecían lamentos?

Su suegra ignoraba su presencia y se limitaba a lamentarse por los rincones y a encerrarse en su habitación con el pequeño Johnny, aquel peculiar niño que la seguía a todas partes. Las criadas habían cubierto los escasos espejos de la casa con paños negros, las cortinas estaban siempre echadas y, a petición de Catalina, retiraron el retrato de Christopher Pemberton y lo dejaron en el desván. Desde que había llegado a la casa no podía soportar la mirada aviesa que se desprendía de aquella pintura, de aquel hombre que ni tan solo era antepasado de Jacob. ¿Por qué mantenerlo allí? Se encontró con la oposición de su suegra, escandalizada porque su nuera pretendía cambiar la decoración apenas unos días después de ocupar su lugar como nueva señora Beaumont. A Catalina le enternecía aquella oposición firme pero a la vez fatigada de la madre de su esposo; pero no iba a ceder, no con aquel retrato que le daba escalofríos.

El día en que Catalina y Jacob llegaron de Nueva Orleans, Camilla recibió a los nuevos esposos en la cama, lamentándose porque la muerte iba a llevarla con Edward: *Así lo quiere el Señor*, repetía una y otra vez; pero pronto se levantó para mostrar a la joven cómo debía lidiar con el servicio, siempre tan demandantes, siempre tan dependientes de sus amos. Los esclavos tenían que estar siempre controlados por una mano firme, y esa era la de la señora de la casa.

— Todo ha de estar siempre perfecto. Así son las cosas en el sur, Catalina. ¿No es así en la *Espagne*? —Camilla había empezado a disponer la comida de celebración de boda, pero los nervios por la inmediatez y la torpeza de Mammy Melania con la elaboración de postres, la obligaba a retirarse a su habitación atacada por intensos

dolores de cabeza.

La anciana Melania sonreía complacida cuando la veía retirarse con una excusa, murmurando que no se encontraba bien y llevándose el dedo índice a su sien, tratando de calmar el aguijonazo de dolor. Y hubiera sonreído también si la hubiera podido ver subir las escaleras hasta su habitación casi sin aliento. Camilla vivía con el desespero de encontrar mechones de cabello perdidos en su almohada cada mañana, presa del horror de descubrir un bulto en uno de sus senos y sentir que algo la carcomía por dentro. Se negó a seguir las recomendaciones del doctor Blanks de visitar a alguien especializado en Nueva Orleans, pero sí aceptó la medicina que le recetó.

Antoine quedó encargado de su cuidado, pero al ir a la despensa en busca del frasco y desmañado como era, derramó el contenido acompañado de las risas de Mammy Melania, que recogía botes de confitura. Preso del pánico, improvisó. Corrió al despacho y llenó el frasco de la medicina con la absenta que el amo guardaba tras varias botellas de *whiskey* de Kentucky. Aquel líquido tenía el mismo color que la medicina del doctor: el ama no notaría la diferencia.

Dejó el frasco de medicina a su alcance, sobre la mesilla de noche de aquella habitación que despedía un intenso tufo a podredumbre que Vincent trataba de camuflar ordenando que cada mañana se subieran grandes ramos de flores de lavanda. Se iba a morir; Antoine estaba seguro de ello mientras contemplaba cómo dormía en su mecedora, tapada con una manta y cubierta la cabeza con un bonete negro como su vestido de luto. Pensó que la odiaba y que había causado la desgracia de Harriet, que encerrada en el sótano canturreaba una extraña canción, golpeando en el suelo con una calabaza seca siguiendo el ritmo del tambor que vibraba en su mente:

—Heron mande, heron mande

tigi li papa,

heron mande, heron mande, heron mande

dosi dans godo!

Aquella vieja canción vudú que musitaba sin saber de qué rincón de su mente provenía, la mantuvo con vida en su encierro en la oscuridad pero la arrastró hacia las sombras tenebrosas que moran en aquellos que han dejado de querer pertenecer a este mundo, en aquellos que han querido dejar de vivir.

Antoine acudió a Joe, advirtiéndole de lo que sucedía. Pero Harriet, aun cuando estaba fuera de sí, aún perturbada, estaba esperando el momento, su momento. Con un guijarro dibujó una cruz

en la pared para solicitar ayuda, para marcar su presencia desesperada. Volvió a cantar aquella vieja canción y supo que el barón llegaría, que el barón Samedi pronto acudiría en su ayuda.

Catalina bajaba las escaleras seguida de Clarisse, la única compañía que aliviaba su soledad. Desde la muerte de Jacob, dos días atrás, había aparecido con el cabello teñido de negro con una tintura que había comprado en Saint Francisville. Su madre había puesto el grito en el cielo.

—¡Dios Santo, tus rizos; tus rizos rojos! Pero, ¿qué has hecho, criatura?

La joven se encogió de hombros y se sentó al piano sin hacer caso de los reclamos de Fionnula que la siguió alzando los brazos sin comprender por qué había alisado y tintado su hermosa melena. Ahora parecía una indígena.

—¡Una india, por el amor de Dios, Clarisse! —exclamaba voceando tras su hija, que empezó a tocar una extraña melodía, un tintineo sin orden ni concierto. —¡Max, ayúdame a hacer que esta niña entre en razón! —Pero él tenía cientos de asuntos de los que ocuparse: sin Jacob, la plantación quedaba a su cargo. No podía dejar que todo el esfuerzo se perdiera, y menos cuando vencía otro plazo del pago de la hipoteca. Lo perderían todo si no vendía la producción completa, si no pensaba en nuevos modos de generar ingresos durante el invierno.

El granero nuevo ya estaba terminado, pero comprobó que las tareas del desván seguían pendientes. Llamó a Daniels y le ordenó que trajera a Christopher a la casa.

—Mañana tú y el resto de la cuadrilla volveréis a la casa de vuestro amo. —Christopher asintió, pues así se lo habían comunicado —. Por lo que he visto, aún quedan tablas por colocar en el desván. Entiendo que trabajas con grilletes pero se acercan días de tormenta, Christopher. Tienes que acabar el trabajo hoy mismo. —El esclavo volvió a asentir con la cabeza gacha—. Te pagaré por ello —añadió Max—, pero acaba tu tarea.

El supervisor Daniels se cruzó de brazos y chasqueó la lengua. Ajustó su sombrero y acompañó a Christopher al desván. Si Max Beaumont era tan benevolente con los esclavos que incumplían sus tareas, aquella plantación se iría a la ruina. *¡Pagar a un esclavo! Ay, si el amo Edward levantara la cabeza…*

Christopher se dispuso a emprender la tarea con los grilletes sujetando sus tobillos, con la amargura del descubrimiento acerca de

su origen martilleándole las sienes, odiando a Dios por permitir el sufrimiento a través de un pecado como lo era la esclavitud; una perversidad aceptada por el hombre blanco, amo y señor de la creación. Cuando Daniels lo dejó solo y cerró la puerta tras de sí, suspiró y se adentró en aquella estancia envuelta en el acogedor aroma de la madera nueva pero en la que aún quedaba el ligero resquicio de un peculiar olor metálico.

Vio que alguien había colocado el retrato del señor Pemberton frente al espejo rasgado de marco dorado, junto a la silla donde la muñeca de cartón lo miraba burlona; vio que bajo el techo inclinado descansaba aún el otro polvoriento espejo ovalado que se balanceaba sobre su pie de madera de caoba, cerrando el triángulo que formaba con las otras dos piezas. No le gustaban aquellas antiguallas; por los espejos iba y venía la muerte. Más aún por aquellos abandonados a su suerte en el desván, libres de reflejar sus misteriosas entrañas.

Dando un paso hacia delante se colocó frente a aquella pintura al óleo algo desvaída por el tiempo y observó la frente ancha, el pelo negro azabache, los ojos pequeños: el derecho de mirada ligeramente estrábica. *Igual que papá, maldita sea*. Se frotó la barbilla tratando de comprender el destino que Dios le tenía reservado, el plan que tenía para él llevándolo a aquella casa para enfrentarle a su pasado. *¿Qué quieres de mí, Señor?*

Retiró la vista de aquella imagen que le desgarraba por dentro, agarró el martillo y los clavos y encajó la primera tabla en el lugar que le correspondía. El chasquido de la tormenta eléctrica que se acercaba desde el norte rompió encima de la casa y sobre el río, gris plomizo en aquella hora. Un rayo iluminó la pared y Christopher se volvió al sentir la uña de un dedo fantasma recorriendo su espina dorsal. Y allí estaba, *¡oh, Dios Santo!*: la soga reflejada en el espejo, la mano encadenada amenazando con salir; abriéndose y cerrándose, abriéndose y cerrándose… Y la risa sardónica y demente del señor Pemberton inundando el desván.

Voo…dooo… Vu… dú… Mírate, mírate…

—Dios te salve, María… —rezó apartando la mirada mientras colocaba otra de las tablas de madera tratando de espantar de sí aquella brujería. Martilleó con rabia y miedo encomendándose a Jesucristo y a la Virgen y los santos que conocía; pero cuando desclavó las dos últimas tablas astilladas abrió los ojos aterrorizado, implorando protección al Dios que estaba en lo alto, pues el dibujo de un intrincado *vevé* de invocación se apareció ante él, desvaído y perturbador.

La muñeca de cartón se inclinó hacia adelante con un gemido, desprendiéndose la cabeza y cayendo sobre su falda abullonada. Un hedor de decenas de años surgió del suelo inundando todo el desván, provocándole náuseas cuando la tempestad llegó y trajo la penumbra con oscuras nubes rodillo que se posaron en el tejado de la casa.

Christopher cerró los ojos. *Señor, apiádate de mí; Señor*, *ten piedad de mí*. Y se postró frente al retrato de su ancestro temiendo represalias por la deshonra que él representaba en aquella casa, temiendo que la sangre que llevaba en su venas se volviera en contra de sus habitantes como parecía que ya había empezado a suceder con la muerte del amo Jacob.

—Que los muertos descansen en paz —susurró, pensando que con su buena voluntad los espíritus se calmarían—. Christopher Pemberton, yo te imploro, ¡regresa a tu tumba!

Alzó el martillo y rasgó el cuadro de su abuelo, que crujió con una queja sorda. Y el nieto de Christopher Pemberton, el nieto de la cuarterona, oyó de nuevo una risa enajenada que reverberó en el interior de aquellas paredes desnudas. Y tras ella llegó el estrépito de las cadenas y las huellas de dos manos que pugnaban por salir del espejo rasgado. Christopher levantó de nuevo el martillo y golpeó con fuerza aquel objeto maldito. Golpeó y golpeó liberando toda su rabia, que era la misma de su antecesor pugnando por poseer su alma para volver a la vida.

Y la india Tallulah, liberada de su encierro, gritó enfurecida y despertó a los espíritus de las paredes, a las almas de los esclavos torturados que allí moraban desde su muerte.

Christopher, derrotado en el suelo por el alarido que oía en su cabeza, levantó de nuevo el martillo tratando de defenderse de las figuras informes que avanzaban hacia él, despacio, conscientes de que pronto alcanzarían su presa.

Johnny el rubio entró en el ático, y sus pasos y la luz de su candil atrajeron la atención de las figuras amorfas que, furiosas, lanzaron su aliento hacia el intruso, derribando su lámpara, que rodó hasta las tablas astilladas que se acumulaban en una esquina. Y Johnny corrió hacia Christopher, quien a pesar del calor del fuego cercano sintió unas manos heladas que asían su cuello inmóvil. Y su rostro quedó vuelto hacia la muñeca que reía y reía y reía y repetía con su voz infantil la vieja canción inglesa: *Hickory dickory dock… The clock struck one… Hickory, dickory dock… The mouse ran down*![4]

Catalina salió al porche a respirar el aire sosegado de la mañana: había permanecido toda la noche despierta tras el incendio en el ático que Daniels y otros hombres lograron sofocar aun cuando el malogrado Christopher había sucumbido ahogado por las llamas. Vincent, que había acudido el primero y dado la voz de alarma, aún estaba siendo atendido por el doctor Blanks debido a las quemaduras en sus brazos.

Con una mano vendada y el fuego de la noche aún en su mirada, Johnny el rubio acudió a su lado. Traía una bandeja con pralinés y té frío; hacía calor a pesar de estar en diciembre. Ella le invitó a sentarse a su lado y le pidió que le hablara de la casa, de lo que sabía de ella. Y él, que tenía sangre de haitianos y de españoles, de brujos y descubridores, le habló de la venganza de los espíritus y del remolino en el espejo.

Antoine llegó corriendo y le comunicó que Capitán seguía sentado junto a la tumba de Jacob, que no quería comer ni irse de allí. *Pobre Capitán*…, había perdido a su mejor amigo pero se negaba a aceptarlo. Catalina asintió, apenada por el animal, apenada por sí misma. ¿Qué iba a hacer? Si al menos estuviera el padre Faustino… Tras la muerte de Jacob había viajado a Nueva Orleans para resolver unos asuntos y ella se sentía huérfana, desamparada en aquella casa atormentada. Los esclavos, que esperaban todo el año el día de Navidad para la comida especial que ofrecía el amo, andaban apesadumbrados, realizando sus tareas como almas en pena, temerosos de lo que fuera a suceder con ellos si *massa* Max no lograba mantener la plantación.

Y a la memoria de Catalina acudió la pequeña fiesta de su boda el día antes de Navidad: Jacob luciendo una elegante camisa blanca de popelín, pechera plisada, corbata blanca de lazo, levita y botines negros. Su cabello peinado formando un tupé sobre su frente lo mostraba hermoso y adorable ante ella, que prometió amarlo durante el resto de su vida.

Monsieur Pynchon, el padre Lowell y el doctor Blanks charlaban y aspiraban rapé con Max, compartiendo aquel estupendo jerez que Catalina había traído en sus baúles. La señora Pynchon departía con Virgina LaRoche y la señora Blanks reía con Fionnula, preguntándose porqué no se despegaba del ventanal, esperando ilusionada, con la mirada de una niña.

Un nuevo carruaje se detuvo en la entrada y de él bajaron el juez

La Roche y familia; más tarde llegó otro con los hermanos Knight, plantadores de azúcar de la parroquia. Fionnula se apartó de la ventana, mordiéndose el labio inferior. No iba a venir. Camilla pasó a su lado, de negro riguroso y pálida como lo era la muerte. La miró de reojo, desdeñosa, calificándola en su interior de ridícula. Fionnula leyó su pensamiento y se avergonzó de sí misma, desvaneciéndose toda su ilusión.

La mesa, iluminada por todas las lámparas del salón encendidas, se iba llenando de platos de camarones, ostras, pato asado y *étouffée* de cangrejo de río mientras los invitados admiraban la belleza de Catalina, que lucía un vestido blanco con volantes de organdí y mostraba en su escote una gargantilla dorada. El rostro de satisfacción de Jacob Beaumont, de perpetuo buen humor en los últimos días, sorprendía a *monsieur* Pynchon, acostumbrado a su severidad. No sabía que Jacob ya dormía sin sobresaltos porque su habitación, con la presencia de Catalina, estaba libre de susurros y ruidos en la noche. Era un ángel en su vida, y así se manifestaba su presencia.

Se sentaron a la mesa entre risas y brindis de copas cuando un nuevo coche de caballos se detuvo en la entrada. Vincent anunció la llegada de monsieur Pierre Gautreaux y el rostro de Fionnula enrojeció, como una adolescente.

Harriet estaba en la cocina, preparando el ponche para la hora del baile junto a Mammy Melania. Desde su liberación no habían hablado, se limitaban a emprender sus tareas en la cocina en silencio, culpándose de sus respectivas desgracias. Harriet guardaba en el bolsillo de su delantal el pequeño envoltorio en papel de estraza que le había entregado Marie Laveau. Lo palpó. Era la hora.

Dos días antes, el padre Faustino había dedicado el día a pasear por la plantación, a recorrer los caminos cercanos a caballo, a admirar la peculiar belleza de las aguas pantanosas que rodeaban la mansión. Tras visitar el cementerio y rezar una oración por las almas de los que allí moraban, caminó en dirección a las caballerizas cuando se topó de nuevo con aquel peculiar niño negro y rubio que le indicó que le siguiera a la parte trasera de la casa, cerca del patio de los magnolios, y le mostró el apenas visible ventanuco enrejado del sótano. Se adentraron en la maleza que lo ocultaba y Johnny le dijo que se agachara junto a él, señalándole con el dedo índice el interior.

—*Morirse*, señor; Harriet *morirse*…

En cuclillas, el sacerdote levantó su sotana para no manchar los

bajos y logró vislumbrar en la penumbra el cuerpo desmadejado de una joven esclava que canturreaba sin sentido:

—*Heron mande, heron mande*

tigi li papa, tigli papa…

—¡Intolerable! —exclamó, yendo al encuentro de Jacob para reclamarle por el estado en que había encontrado a la muchacha.

Con su intercesión y la de Catalina, Jacob liberó a Harriet, una Harriet trastornada que salió del sótano con la mirada perdida, martirizada por el pensamiento incesante en su hijo perdido, por la certeza de su infortunio.

El encierro había endurecido su alma pero esbozó una leve sonrisa cuando el ama Camilla la destinó a la cocina para ayudar en la comida de celebración de la boda de Catalina y Jacob. Todo seguía el plan previsto. Papa Legba estaba de su lado y le abriría las puertas.

Joe entró en la casa para despachar con Jacob los asuntos del día y se cruzó con la señorita Clarisse que se alejaba escalera arriba, camino a su habitación. Ya no montaba a caballo, ya no reía. A Harriet la encontró mirando embelesada el retrato de Christopher Pemberton, como quien adora a un Dios, con la mirada perturbada de quien ha perdido el juicio. El ama Camilla la sacó de su ensimismamiento agarrándola del brazo y zarandeándola, pero Harriet no mostró reacción alguna en su rostro, por eso Joe se asustó. Aquella mujer que él amaba estaba perdiendo su esencia, su espíritu luchador, su alma. Y fue en aquel momento cuando decidió que era hora de irse: se llevaría a Harriet de aquella casa, hacia el norte, hacia la libertad.

Caminó hacia el despacho de Jacob dando forma a aquella idea, a aquel loco plan que bien podía llevarles a la muerte. Pero al pasar junto a dos domésticas que cargaban con platos y cubertería nueva, pensó: *¡La celebración de boda!*

Nervioso como estaba, entró en el despacho del amo como quien entra en la guarida de una bestia, con cautela, con pisadas firmes pero el arma en alto. Jacob levantó la cabeza ante él y Joe observó que sobre su mesa no estaba el vaso de *whiskey* habitual sino una copa de vino de Jerez que Catalina había traído consigo de España. Iba a traicionar su confianza, iba a cometer el peor delito que puede cometer un esclavo: la huida. Pero lo haría para salvar la vida de Harriet y lo haría para salvar también la suya, hastiada de no ser dueña de su destino.

Cuando salió del despacho, vio que Antoine y Vincent descolgaban

el retrato del señor Pemberton siguiendo las órdenes de la señora Catalina, que se mantenía delante de él con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando aquella pintura que representaba a un caballero de mirada desdeñosa posando de medio lado, con las manos apoyadas sobre su sombrero de copa. No quería ver más ese cuadro en el vestíbulo y Jacob estaba de acuerdo: no había más que hablar. Joe asintió, complacido ante su decisión.

Y en la noche, Joe recibió la visita del padre Faustino, aún atormentado por la visión de Harriet en el sótano, por los latigazos que Oliver había recibido en el gran roble de la entrada. Echó un vistazo a la atestada cabaña de esclavos que cenaban su escasa ración en sus escudillas y le pidió que lo acompañara a la iglesia. Su lámpara de aceite abría el camino mientras caminaron en silencio hasta llegar a la pequeña construcción de madera cuya puerta estaba siempre abierta. Se sentaron en uno de los bancos de la entrada y el sacerdote posó la lámpara a su lado. Su rostro moreno, iluminado por aquella tenue luz, pareció más joven, quizá reflejando su espíritu libre de cargas.

—Puedo ayudaros a escapar —dijo, sin más preámbulos. Y Joe asintió, con el miedo alojándose en su pecho, pero con la esperanza de un lugar mejor para Harriet y para él.

Los novios abrieron el baile, embelesados el uno con el otro, admirados por todos los allí reunidos y acompañados de los dos músicos que tocaban el violín.

Max tomó el lugar de Jacob en el baile y agarró las suaves manos de Catalina, que sonreía, feliz, mientras daba vueltas y todo era música y alegría.

Fue Antoine quien extendió hacia el amo Jacob la bandeja que sostenía una copa de ponche, la preparada especialmente por Harriet.

—Que solo la tome él —le dijo al oído—. Solo, él, Antoine. Es de justicia que así sea.

Y Jacob bebió de su copa de borde dorado. Y su sonrisa se apagó como lo hizo la luz que había nacido en sus ojos desde que conociera a Catalina. Su lengua notó un extraño cosquilleo, sus manos perdieron fuerza y soltaron la copa que cayó rompiéndose y vertiendo el resto de ponche en el suelo, salpicando sus pantalones. Miró hacia el suelo y la bebida, que contenía el polvo zombi, huesos, sangre, cenizas y ansias de venganza, se volvió sangre ante sus ojos; y sintió la náusea, y sus pulmones detuvieron su respiración. Cayó al suelo con el corazón detenido, con todo su ser vuelto hacia la muerte.

Capitán, que dormitaba en el porche, se levantó inquieto y comenzó a aullar como un lobo provocando que a los invitados se les helara la sangre.

Desde la cocina, Harriet y Mammy Melania oyeron los gritos, los lamentos. Y supieron que la fiesta había terminado. El *conjure*, el maleficio, la sombra negra, había caído finalmente sobre Jacob Beaumont. Harriet murmuró una excusa, se quitó el delantal y salió hacia el patio trasero caminando a pasos cortos y rápidos, mirando hacia atrás para asegurarse de que nadie la siguiera. En el embarcadero del bayou, Joe y el padre Faustino ya la esperaban.

6

Existen fuerzas más allá de los seres humanos que determinan la propia suerte; fuerzas que llevan eones en esta tierra y en las noches de tormenta vuelven a la vida. Existen fuerzas que, traspasando los límites de la realidad, atraviesan velos y se instalan en la imaginación de los artistas yendo de un mundo al otro. Eso lo sabía bien el poeta bostoniano a quien Max se había propuesto localizar en primavera cuando viajara hacia el norte. El librero de Baton Rouge le había vendido una recopilación de poemas, *Al Araaf*, *Tamerlán y otros poemas*, publicado en Baltimore por Hatch & Dunning y firmado por un tal Edgar A. Poe. *¡Ajá!* Ahí tenía al "bostoniano" que firmaba el libro *Tamerlán* que compró en Saint Louis. Al parecer, el autor lo había reeditado y ampliado y finalmente había decidido publicarlo bajo su nombre.

—John Neal ha escrito sobre *Al Araaf* y augura un gran lugar en la historia para este joven autor —le había dicho el librero mientras recibía el pago por aquel y otros libros que había adquirido aquél día.

Max recibió aquel ejemplar como quien hubiera recibido un lingote de oro. Si Neal, el reputado crítico, dedicaba aquellas palabras a un autor era porque lo merecía. Aquella misma noche, sentado en el balcón de su habitación, Max había leído a Clarisse los oscuros versos de aquel largo poema que hablaba del lugar que está entre el cielo y el infierno, de la vida después de la muerte, de la belleza y de la pasión. Su fuerza, aquel estilo que evocaba a Shelley, bien merecía un mecenas.

Oh vos que habitáis, eso lo sabemos,
en la eternidad, y lo sentimos;
pero la sombra en vuestra frente,
¿qué espíritu la revelará?

Clarisse despertó, sudorosa. Había soñado con el primo Jacob encerrado en una caja; con unos huesos que rezumaban lodo. Notó la calentura en su frente, el temblor de sus manos; pero se levantó y abrió el ventanal de su habitación para admirar aquella noche de viento cálido del sur mientras recordaba aquellos versos:

Entre el cielo y el infierno…, entre el cielo y…

…Oh, vos que habitáis en la eternidad…

Vestida con su largo camisón blanco y descalza, salió de su habitación sosteniendo una pequeña lámpara que la ayudó a caminar por el pasillo en penumbra hacia la habitación de Max. Desde la puerta entreabierta observó su sueño tranquilo, su mano derecha reposando bajo su cabeza, feliz de haber conseguido editor para la muchacha de Baton Rouge que escribía historias de fantasmas. Habían convenido que publicara bajo seudónimo masculino, pues su padre no toleraría aquel desvarío. *¡Una mujer que escribía nunca encontraría marido!* Max se dio la vuelta en la cama y pensó en Gérard La Roche con el pecho encogido. Debía alejar de sí aquel afecto que sentía por el muchacho, debía no pensar en él como se piensa en una mujer. Por eso rezó en silencio, con los ojos cerrados tratando de dormir y pedir perdón a Dios por su confusión y sus inclinaciones. Rezó también por el alma de su malogrado hermano, por que descansara allí donde estuviese.

Cuando Clarisse oyó su respiración profunda y un ligero ronquido, se adentró en la habitación. Desde la ventana con los cortinajes abiertos vio el musgo de los robles agitado por el viento, como los largos cabellos con los que soñaba cada noche, estremecedores como aquel llanto que surgía de entre el viento y entraba en su habitación. A su derecha el secreter de Max mostraba varias pilas de libros y manuscritos que revolvió buscando sin saber bien qué estaba haciendo.

¿Qué espíritu la revelará?

Días atrás, antes de la muerte de Jacob, había hablado con el padre Lowell, quien achacó sus desvaríos a la falta de oración:

—Reza, hija mía; reza a Dios y persevera en la oración. Así lo dice Lucas, capítulo dieciocho, versículo uno. ¿Indios, has dicho; dices que sueñas con indios que se acercan a la casa?¿Con muñecas que cantan?

—Sí, padre, le pido al Señor cada noche que aleje de mí esos malos sueños, pero regresan y me atormentan. —La joven se acercó a su oído y le susurró—: Tal vez sean almas en pena, pastor Lowell. Esta es una casa muy antigua. Quién sabe si algún espíritu errante está tratando de decirme algo…

—¿Espíritus errantes? ¿Almas en pena? ¡Pero qué has estado leyendo, alma de Dios! —exclamó, alterado—. ¡Le dije a Maximilien que no deje al alcance de las mujeres de la casa esos libros que vienen de Europa y hablan de abadías encantadas y fantasmas desolados!

Tras prometer que limitaría sus lecturas a la Biblia, el pastor la bendijo y le dijo que fuera en paz, que la fe en el Señor lograría espantar aquellas supersticiones, pero acto seguido se santiguó pensando en el grisgrís encontrado en la boca del señor Beaumont cuando fue encontrado en el vestíbulo, preguntándose qué esclavo estaba practicando vudú y envolviendo a la casa Beaumont en aquella clase de hechicerías. Se arrodilló en el altar de la pequeña iglesia y oró hasta el atardecer.

Clarisse siguió buscando en el escritorio hasta que encontró aquel libro que Max siempre leía en el porche y del que siempre hablaba que contenía verdades ocultas que solo los grandes poetas pueden revelar:

…los espíritus de los muertos que vivieron

antes que tú de nuevo están

alrededor de tí en la muerte, y su poder

te eclipsará: estate quieto.

Están alrededor de ti, estate quieto… Estate quieto… Su poder te eclipsará, estate quieto. Vos que habitáis en la eternidad… ¿Qué espíritu lo revelará?

Volvió a su habitación con el libro bajo el brazo, esperando la iluminación, la caída del velo que sabía tenía ante sus ojos.

El lavamanos repleto de agua recibió los rayos de la luna y se vio reflejada como en un espejo. Clarisse comprendió, al fin. ¿Podía ser posible?

Su lámpara de aceite se apagó, dejándola en medio de la noche cerrada.

Tallulah…

Alguien susurró ese nombre en su oído y un relámpago iluminó el balcón entreabierto. Salió a la noche y vio a cinco indios *choctaw* con antorchas encendidas delante de la casa, iluminando el porche. Ya habían llegado.

Tallulah, llamaban….

Y ella, que era Tallulah y no lo era a la vez, bajo el *conjure* de Mammy Melania que había abierto un portal entre este mundo y el del

más allá, acudió a su llamada. Y salió de la casa y siguió a los *chocktaw* en el camino hacia las aguas más pantanosas del bayou, allí donde introdujo sus pies descalzos, un paso y otro más hacia el interior, manchando su largo camisón de barro y vegetación, avanzando sin miedo hacia las arenas movedizas.

Están alrededor de ti… Estate quieto.

—Hijos míos, os estaba esperando…

El padre Faustino les hizo señas para que subieran a la canoa escondida tras un tronco quemado por un rayo. Joe, ataviado con pantalones crudos sujetos con tirantes y una camisa blanca, calzaba unas botas nuevas, altas, demasiado lustrosas para el camino que habrían de recorrer. El padre se las había regalado para que le dieran suerte en su largo camino.

Joe se había pasado rezando todo el día, suplicando porque no fuera descubierto su medio de huída, prometiendo sacrificios futuros y oraciones por siempre jamás a Dios Todopoderoso. Faustino ayudó a Harriet a acomodarse en la parte de atrás junto un saco con algunas provisiones y una pequeña Biblia que les acompañaría y confortaría en las noches de incertidumbre.

Entregó a Joe un pase para llegar con bien hasta Red River Landing. Allí se embarcarían con los hermanos Reyes, que les llevarían hasta Natchitoches y les ayudarían a cruzar en transbordador el río Sabine para alcanzar la frontera de Texas.

—Recorreréis el Camino Real y encontraréis varias misiones católicas que os ayudarán en vuestra travesía hasta México. Si Dios quiere, conseguiréis la libertad.—El padre Faustino era consciente de que el viaje no estaba exento de dificultades y peligros, pero no podía más que darles la confianza que necesitaban—. Yo regresaré a Nueva Orleans para que el padre Pierre envíe un correo urgente a los misioneros que os acogerán en el camino.

Entregó un pequeño sobre a Joe con algunos dólares y le indicó que tomara los remos de una vez.

—Gracias, Padre. Que Dios le bendiga —fue lo único que pudo decir Joe, embargado por la emoción a su generosidad. Y el sacerdote pronto los vio desaparecer entre los cipreses y la bruma.

Atemorizada, Harriet miraba a su alrededor, hacia el cielo gris de aquel día, temiendo ver aparecer en cualquier momento al supervisor Daniels y a sus perros. Temía a los nidos de caimanes, a las serpientes que nadaban sigilosas hacia su canoa, pero más temía lo que pudiera estar sucediendo en la mansión Beaumont cuando se percataran de su huída.

Cuando los perdió de vista, el padre Faustino regresó a la casa y se

extrañó de no oír la música de los violines de la celebración, y más aún cuando los aullidos de aquel perro de Jacob Beaumont, Capitán, le pusieron los vellos de punta.

Subió las escaleras del porche a toda prisa, cruzó el vestíbulo desierto y se encontró con la desgracia en el salón de baile: las damas lamentándose ante la escena que acababan de presenciar; los hombres rodeando el cuerpo de Jacob Beaumont que era atendido por el doctor Blanks.

—No tiene pulso —sentenció. Y añadió, para desespero de todos los invitados y familiares—: Ha muerto.

Fionnula se llevó las manos a la boca, tapando su asombro ante aquella calamidad mientras sentía el ahogo en su pecho. Pierre Gautreaux la agarró del brazo y la llevó al porche a tomar el aire. Su corpiño ajustado y la impresión de lo sucedido, bien podían causarle un paro respiratorio.

Clarissa trataba de detener a su tía Camilla que, abrazada al cuerpo de su hijo, lo mecía cantándole una canción de cuna, trastornada por aquella nueva desgracia. La joven agarró su mano para confortarla, pero el tacto de su piel la estremeció. *No… No podía ser cierto…* Era la repulsiva piel de aquellos dedos gélidos en su nuca, arriba en el ático; era la piel de las manos que apresaron su cuello, aterrorizándola aquella terrible noche.

Y se levantó, horrorizada y buscando con la mirada a su madre mientras Camilla seguía meciendo a Jacob, canturreando en voz baja: *Duérmete niño, duérmete ya…*

Catalina, que había cruzado el mar y conocido el amor de Jacob Beaumont, contemplaba aquella escena sintiendo que su corazón se detenía, que su vida entera se detenía en aquel instante también.

Harriet y Joe recorrieron el bayou alcanzando las zonas pantanosas y en penumbra, sin pronunciar una sola palabra, agachándose cuando la vegetación era tan espesa que les impedía ver a dónde se dirigían. Joe iba a ciegas, confiando en su instinto. Harriet tenía la mirada perdida en aquella corriente oscura y cenagosa donde flotaban troncos y ramas; de donde surgían retorcidas y siniestras raíces aéreas que parecían garras.

—No oigo a los perros, Joe. Tal vez aún no se han dado cuenta de…

Él levantó la rama lisa que sostenía a modo de cayado y señaló al

frente. El bayou se bifurcaba hacia el este, pero propuso seguir por el camino más pantanoso y oculto, donde el nivel de las aguas era más profundo y les permitiría dejar menos rastro.

—Todo irá bien, Harriet. Todo irá bien.

Ella miró esperanzada a aquel hombre bueno que remaba atento a los caimanes, pero aun cuando su nuevo destino estaba cerca, su mente estaba en la mansión Beaumont. El *conjure* ya habría hecho su efecto y lejos de sentirse liberada y satisfecha, el remordimiento trajo pesadumbre a su corazón.

…La muerte estaba en aquella ola venenosa,
y en su golfo un ajustado sepulcro
para el que desde allí podía traer solaz
a su solitaria imaginación,
cuya solitaria alma podía hacer
un Edén de aquel oscuro lago.

Y en la tercera noche desde la muerte de Jacob, acompañada de los espíritus de los indios *chocktaw*, Clarisse avanzó hacia las aguas movedizas del pantano, adentrándose sin miedo, impelida por la fuerza de Tallulah, que guiaba sus pasos.

Con el agua por la cintura, con los lodos atrapando su cuerpo, oyó de nuevo el llanto del niño que sobrevolaba la casa y el bayou y se detenía sobre el pantano donde Clarisse removía, buscando, tratando de hallar…

Están alrededor de tí… Estáte quieto…

Finalmente, sus manos embarradas se detuvieron y agarraron el tesoro que alzó a la luna y al cielo cerrado: huesos. Los huesos del bebé de Tallulah hallarían descanso, al fin. Se volvió, ofreciéndolos a los espíritus de sus antepasados, que le indicaron el árbol sagrado donde debía enterrarlos. Y mientras lo hacía, aquellas figuras nebulosas de los indios *choctaw* fueron desvaneciéndose, como las sombras en sus ojos volviendo a ser Clarisse Beaumont.

El barón Samedi, que danzaba entre las tumbas del cementerio de la mansión Beaumont, que fumaba cerca del roble donde una joven vestida de blanco cavaba con sus manos un pequeño sepulcro para un niño muerto cien años antes, limpió las cenizas de su traje negro y asintió satisfecho porque se había hecho justicia.

Miró hacia el cielo tratando de encontrar alguna estrella en aquella noche encapotada, pero no la halló; solo estaba el viento cálido que alejaba el olor pútrido del pantano. Exhaló una voluta de humo en

forma de aro blanquecino y se dirigió al lugar donde Jacob respiraba con dificultad, donde trataba de despertar del encierro que era su tumba. Su cuerpo paralizado luchaba por dar fuerza a sus miembros, para gritar que estaba vivo, vivo, ¡vivo!

Solo el Barón podía aceptar a alguien en el mundo de los muertos, solo él podía cavar su tumba y descomponer su cuerpo para que no regresara a la vida como zombi. Volvió la vista al roble donde aquella muchacha enterraba unos pequeños huesos y al bayou donde espíritus antiguos habían velado al pequeño. *Justicia*…

Su alma de *loa* se conmovió y tal y como podía quitar la vida, podía otorgarla; más aún cuando el ataúd de Jacob emanaba aquel ceniciento y embriagador aroma al polvo preparado por un *bokor* en Puerto Príncipe. Al parecer, algún humano había decidido jugar con los grandes poderes *conjure* y eso era divertido o podía dejar de serlo. Aquel rostro blanco, de calavera irreverente, pareció lamentarse bajo el ajado sombrero de copa que lucía, arrogante.

Capitán, tumbado y taciturno sobre la tumba de Jacob, sintió su presencia y se puso en guardia, gruñendo, pero el Barón le indicó con su dedo huesudo que se sentara. Tenía trabajo que hacer: no, no iba a cavar la tumba de Jacob Beaumont. No aquel día. Más aún: lo sacaría de ella.

Exhaló otra voluta de humo que se volvió azul y penetró en la tierra como una gota de agua; se coló entre una de las rendijas del ataúd y buscó el aliento del difunto-vivo entregándole un soplo de oxígeno que liberó sus pulmones y dio fuerza a su voz para gritar: «¡*Estoy vivo*!».

El perro aulló, una y otra vez; y ladró y ladró de nuevo, dichoso, moviendo frenéticamente la cola, escarbando la tierra que lo separaba de su estimado amo. Su escándalo alertó a la casa Beaumont, que pronto recibiría a Jacob recién salido del inframundo. *Al tercer día resucitó*, murmuró el Barón Samedi. Y su carcajada pudo oírse sobre las copas de los cipreses, perdiéndose entre la niebla del amanecer.

7. BLUE BAYOU

1

Plantación Beaumont, enero de 1831

El desván aún humeaba en algunos rincones y varios esclavos trabajaban en la reconstrucción del techo. Jacob, sentado en la mesa de su despacho, lamentó la pérdida de Christopher en aquel extraño incendio y restituyó su importe al juez La Roche: ochocientos dólares que apuntó en la cuenta del debe. Guardó el libro contable y revisó las propuestas de Max para aumentar los ingresos de la plantación. Ya no podía consultarlo con *maman* porque languidecía en su habitación llamando a su difunto esposo, perturbada desde que había acudido a la escalera que conducía al ático y la luz de las llamas había cegado sus ojos y avivado los recuerdos de un fuego antiguo. El remedio que tomaba era su salvación: estaba fascinada por su sabor a anís y a hierbas; por los sueños lúcidos e insólitos que la transportaban a otros mundos, como si fuera joven y bella, como si nada más importara. Ya no quería a Johnny el rubio como compañía, por lo que pasó a manos de Catalina, que le leía poemas y adoraba la expresión soñadora de aquel niño extraño que estaba llamado a hacer grandes cosas. La primera fue tener un nuevo amigo: un mapache que encontró encaramado a un ciprés con aire lastimero y a quien alimentaba todas las mañanas con frutas y nueces que le daban en la cocina.

Antoine, encargado de la señora Camilla, le daba su «medicina» cada noche y observaba su sonrisa beatífica antes de dormir. Ya quedaba poco de aquel peculiar remedio. ¿Qué haría el ama cuando pidiera más al doctor Blanks? ¿Qué haría el amo Jacob cuando descubriera su botella de absenta vacía?

A veces, la anciana murmuraba el nombre de Harriet y lo maldecía, y Antoine rezaba porque ella y Joe estuvieran a salvo. Sabía que el amo había decidido perdonar y olvidar, y que no había mandado a los periódicos ningún anuncio de búsqueda de fugitivos. Eso era bueno, para él y para el resto de esclavos de la plantación, que vieron aumentada su ración de comida y algunas de sus peticiones como herramientas o mantas, fueron atendidas.

Mammy Melania amasaba pan en la cocina bajo la atenta mirada de Mildred. Desde la huída de Harriet y Joe, quemaba las galletas y las masas no le fermentaban bien: parecía tener dos manos izquierdas desde que creyó morir al ver a Vincent y a Antoine corriendo hacia al

cementerio, alarmados por los ladridos y los golpes sordos que oyeron bajo tierra. Palideció cuando alguien dijo que regresaban cargando con el amo, con el cuerpo desmadejado y la mirada perdida, ¡pero vivo!

Por alguna extraña razón, el barón Samedi no había querido cavar la tumba de Jacob Beaumont y ahora Melania temía que quisiera cavar la suya. Por eso quemó los muñecos vudú, enterró sus ofrendas y se dedicó a cocinar en silencio, sin tino y con miedo, con los dedos artríticos y temblorosos, esperando su momento.

Jacob cogió una cuartilla de papel, empapó la pluma en tinta y no lo pensó más. Era justo, era necesario. Rubricó el documento y se levantó, aún con dificultad, apoyándose en el bastón que se veía obligado a llevar mientras seguía sufriendo hormigueos en sus piernas y aquella intensa comezón en los dedos de los pies que poco a poco iba desapareciendo. El doctor Blanks aún no salía de su asombro; estaba seguro de que en sus arterias no había pulso alguno cuando dictaminó su muerte, por lo que achacó aquel terrible error a algún fallo cardíaco que por la razón que fuera —por un milagro, según el padre Lowell—, había remitido en el ataúd.

Encontró a Catalina entrando en el vestíbulo, vestida con el traje de montar. Había madrugado porque adoraba cabalgar hasta el río y disfrutar de la salida del sol. Jacob se acercó a ella algo renqueante aún, con la esperanza grabada en sus ojos de que su amor por él se mantuviera a pesar de su estado físico. Su sonrisa candorosa alejó todos los demonios.

Clarisse abrió el ventanal de su balcón y dejó que el viento agitara sus rizos de nuevo rojos, con la sonrisa satisfecha de un alma en paz tras aquellos días entre el sueño y la realidad; entre la vida y la muerte y los espíritus infelices. Vio a Max cabalgando por la avenida de robles y sonrió: en cuanto Jacob estuviera un poco mejor se disponía a viajar hasta Boston para conocer a aquel tal Poe y pensaba llevarla con él. Estaba segura de que se avecinaban días interesantes.

Max descabalgó y entregó su caballo a unos de los mozos mientras se disponía a disfrutar de un buen desayuno de *pain perdu*, que Catalina había descubierto que era similar a las deliciosas torrijas recién hechas de su ciudad y se empeñó en que todos en la casa las llamaran con el nombre español. Clarisse había tomado gran afecto a la gaditana, siempre afectuosa, siempre alegre; por eso no dudó en relatarle lo sucedido en las aguas del bayou donde había encontrado

los huesos del bebé de Tallulah. Tenía que contarlo para no creer que todo fue un sueño.

Cerró la ventana, y en bata y camisón caminó presurosa y descalza hasta la habitación contigua para despertar a su madre, a quien encontró ya lista y sentada sobre uno de los baúles, esperando con las manos cruzadas sobre su falda cobriza de viaje.

—El cochero llegará de un momento a otro, mamá. ¿No estás nerviosa?

Claro que lo estaba. La invitación de Pierre Gautreaux a visitarle en Opelousas la mantuvo con insomnio y nervios hasta el momento en que cogería el vapor que la llevaría a su hacienda. Hacía dos días que apenas comía, que pensaba en si no sería una locura pasar con él una semana, puede que más tiempo. En esos días quizás se decidiría su futuro, aliviaría su soledad y recuperaría aquel corazón dormido que ahora latía de nuevo.

Los campos resplandecían en aquella hora temprana, justo después del amanecer cuando la campana tañía y todo el mundo se dirigía a sus puestos de trabajo. En aquel nuevo año todo recomenzaba y la tierra se preparaba para una nueva siembra. La tierra exigía, despojaba, pero también entregaba los más grandes bienes.

—La tierra es honor… —susurró Jacob, repitiendo las palabras de Pierre Gautreaux, las últimas que oyó antes de desplomarse tras beber de su ponche. Catalina, a su lado, le hablaba de las nuevas cortinas para el salón, de su próximo viaje a Nueva Orleans. Él cogió su mano y la besó con galantería—. Acompáñame. —Ella se agarró de su brazo y lo siguió divertida sin saber a dónde se dirigían.

En el porche, apoyado en su bastón, Vincent daba instrucciones a Antoine para que preparara los caballos de la señorita Clarisse y el señorito Max.

—Tu carta de emancipación, Vincent —dijo Jacob tocando su hombro y tendiéndole el documento—. Eres libre.

El anciano sostuvo la carta entre sus dedos leyéndola con ojos húmedos.

—Amo Jacob…

—Eres libre, Vincent. Puedes ir a Kentucky, con tu sobrino. O puedes quedarte aquí, si lo deseas.

Jacob no era hombre de muchas palabras, por lo que dejó a su fiel criado que disfrutara el momento y tomara su decisión. Agarró del

brazo a Catalina, bajaron los escalones del porche y se detuvieron para ver cómo Jim el cojo señalaba a dos muchachos la posición correcta de la figura de piedra que la señora había ordenado colocar junto a las azaleas: un ángel de piedra arrodillado y con las palmas vueltas hacia el cielo. El padre Faustino y el padre Lowell habían recorrido la casa rociando agua bendita, rogando protección a los cielos. Aquel acto sagrado y la colocación de aquella bella figura, eran la esperanza de Catalina de que la casa Beaumont viviera los siguientes años en paz.

Pasearon precedidos por Capitán bajo los robles, bajo el túnel de sus ramas entrelazadas, sobre la ligera niebla que cubría sus pasos. Ella apoyó su cabeza en el hombro de su esposo y le volvió a hablar de la luz de Cádiz, de su playa inmensa y de los caballos blancos.

Jacob oyó un susurro a su espalda, pero ya no había fantasmas ni recuerdos ni cabellos enredándose entre los cipreses desde el otro mundo. Y supo que era el susurro del bayou, eterno, sabio e inmutable; aun cuando en sus aguas perezosas movidas por la suave corriente traía un aviso: las nubes que se acercaban por el sur venían agitadas desde el golfo de México. Llevaban en su seno fuertes lluvias y destrucción que se aproximaba a las tierras de Louisiana. Llevaban en su corazón la fuerza y el látigo del huracán.

2

Río Bravo

Harriet tenía sed, tenía fiebre. Sus labios resecos se movían murmurando palabras sin sentido. En su desvarío le pareció ver los ojos de Mammy Melania con las pupilas reflejando unos muñecos vudú que eran ella y Joe cubiertos de lodo y musgo gris. Notó la nuca húmeda y un paño sobre los ojos y sintió de nuevo la sangre y la vida corriendo por sus venas. Bebió del odre que alguien le ofrecía y se incorporó para ver cómo la balsa donde se mecía llegaba a la orilla mexicana.

—Hemos cruzado el río. ¡Alabado sea el Señor! ¡Somos libres, Harriet! ¡Somos libres! —Joe alzó los brazos y cayó de rodillas en aquella tierra nueva que iba a acogerles sin que importara el color de su piel. Se postró y besó el suelo; ayudó al señor Hernández a desembarcar los bultos que llevaban y después dio la mano a Harriet, que bajó de la balsa con paso titubeante, incrédulo. Sus zapatos desgastados dejaban al aire los dedos de sus pies; su vestido gris estaba desgarrado como su recuerdo por el pequeño Howie, como el remordimiento de su pecado inconfesable ante Joe, ante nadie. *Peor que la muerte*, le había dicho Marie Laveau, y se preguntó de nuevo qué habría ocurrido en la casa tras su huída, si el *conjure* habría funcionado. Si Dios la castigaría por ello, si su alma estaría condenada para siempre.

Harriet vio las lágrimas en el rostro de Joe y se asustó. No lo había visto llorar desde que se aventuraron desde el valle del río Rojo hasta Laredo, donde el río Bravo les anunció su nuevo porvenir. Mil millas, mil millas habían bastado para alcanzar la libertad. Habían salido de Natchitoches con fuertes lluvias y llegaron también bajo la tormenta que empezó a formarse sobre sus cabezas, pero qué importaba ahora. Mil millas, repetía Harriet en sus adentros, mil desde que habían dejado Louisiana, Saint Francisville y la plantación Beaumont. Habían atravesado la peligrosa Texas con la amenaza de los *cherokees* a sus espaldas, habían sufrido el calor y la sed y las ampollas en los pies quemados por las arenas del desierto. Habían perdido días enteros sufriendo fiebres y, a pesar de los salvoconductos y las ayudas de los misioneros del camino, temiendo ser detenidos en cualquier momento, encarcelados, azotados, colgados; como los perros que huyen, hubiera dicho Jacob Beaumont.

Joe sabía que en aquel lugar iban a trabajar duro, que nada sería fácil; pero ahí estaban sus espaldas fuertes, sus manos habilidosas y su mente despierta. Ahí estaba también, junto a él, una mujer valerosa y un niño en camino.

Una carreta conducida por un hombre pequeño y moreno que lucía un colorido sombrero de ala ancha se apareció entre los matorrales y les indicó con un gesto de la mano que era hora de partir hacia la última parada de su viaje.

3

Nueva Orleans

—¡Thurgood Cane! —gritó el carcelero abriendo la cerradura con una grande y pesada llave de hierro—. Estás libre, ¡levanta de ahí!

Marie Laveau lo esperaba a la salida. Y se sentaron ante un puesto de *beignets* y tomaron café dulce como la sensación de libertad que traía el viento fresco del norte.

—La mujer del juez Dauvin ha dicho en mi peluquería que han detenido a un trapicheador de los bajos fondos que hacía pocos meses había desembarcado de vuelta de Europa: un inglés manco —dijo Marie dando un sorbo de su vaso—. Al parecer, tenía en su poder la bolsa con el sueldo del muerto por el cual te habían condenado.

Thurgood asintió, aliviado de recuperar su honor.

—Pero había más, mucho más, en la casa de ese desgraciado loco de atar. ¡No lo podrás creer!: ¡Huesos, cientos de huesos de difuntos robados del cementerio de Saint Louis!

Él se metió otro *beignet* en la boca y supo de quién estaba hablando: Murphy. Liam Murphy. Lo había conocido saliendo de Pluckley camino a Londres y había embarcado con él en el Trinity. En una tasca del camino le habló del fantasma de su esposa muerta y de sus huesos blancos y robustos que había desenterrado para llevarlos consigo y así evitar desgracias y temporales.

—Un perturbado, entonces —apuntó Marie, terminando su café. Y Thurgood lo aseguró. Podría estar hablando todo el día de Liam Murphy, el loco de Pluckley. Se limpió el azúcar de los labios y recordó que en el barco le había hablado de su amor por una joven que conoció en una de sus escalas en Cádiz visitando a su anciana tía. Liam le había hablado de Cathlyn, creyó recordar; ¿o quizás era Catalina el nombre de la amada española a la que enviaba cartas con pequeños huesos de conejo? Un demente, sí. Estaría mejor bajo tierra.

—El aire huele a huracán, Marie —dijo alzando el rostro hacia el cielo encapotado—. Tendré que darme prisa si quieres que visite a Delphine. —Su respiración se volvió más agitada y ella sonrió.

—Llegarás a tiempo, no te preocupes… —Agarró del brazo a aquel hombre ya nervioso por ver de nuevo a Mammy Blue y caminaron hacia la catedral, donde el padre Pierre les esperaba en la sacristía.

Dos niños que no contarían más de un año y una jovencita de quince esperaban sentados a la mesa mientras bebían de sus tazas de leche caliente.

—Son los últimos rescatados de la casa de subastas. En esta ocasión las donaciones no han dado para más. —El padre Pierre cogió unas cuartillas de papel y leyó en voz alta las casas de los hombres libres donde serían acogidos.

Marie asintió, complacida, mientras se acercaba a los niños y le entregaba los *beignets* que llevaba en un cucurucho de papel.

—Falta por adjudicar una casa a este muchachito —dijo el padre Pierre levantando en brazos a un mulato de ojos grandes que agarraba su vaso con las dos manos, hambriento y deseoso de más. Se lo entregó a un sorprendido Thurgood que no sabía cómo responder a las palabras balbuceantes de aquel niño que se le agarraba al cuello como quien se agarra a una tabla de salvación. Marie reparó en la marca de su cuello, una mancha de nacimiento en forma de estrella.

—Por Bondye, por Dios Santo y la Virgen María… —Marie se llevó las manos a su colgante de colmillo de gato; y sonrió complacida.

Y en aquel momento en que preguntaba al niño su nombre y él respondía *Howiii, Howiii babe*, Marie pensó que el destino estaba escrito en las manos, pero también en las acciones de los hombres de buena voluntad.

4

Cuatrociénegas, Coahuila, México

Un año después

El pequeño Isaac amontonaba frijoles secos en el suelo de la diminuta cocina del jacal mientras Harriet preparada carne de res con chile guajillo. Era domingo, pero iría a la casa grande de la hacienda Morelos para llevárselos a la señora Guadalupe, enferma en aquellos días. Trabajaba duro en la cocina junto a las otras sirvientas, como lo hacía Joe ejerciendo de cochero y ayudante del señor Morelos, pero siempre había comida en su mesa y monedas bajo uno de los ladrillos de la chimenea.

Sentado junto al hogar, Joe aprovechaba sus horas de descanso para relatar en un pliego de hojas amarillas de papel de trapo sus aventuras y desventuras en el Camino Real. Lo escrito permanecería para el recuerdo; si él moría, su hijo podría leer su vida antes y después de su estancia en la plantación Beaumont.

Harriet se limpió las manos en el mandil, miró por la ventana los hermosos cerros de la Sierra Coahuilense que rodeaban aquel desierto blanco y vio a su pequeño perro chihuahua bajo la sombra de un huizache de flores anaranjadas. Isaac salió gateando y se tumbó junto al animal, confiado y feliz.

La mirada de Harriet, ahora serena y sin miedos, se volvió hacia las aguas cerúleas de la Poza Azul, una poza de aguas cristalinas, un oasis en el desierto de color zafiro en la mañana; de color añil al atardecer. Y sonrió.

Al anochecer se sentó en la mecedora, a la puerta del jacal, con el cielo rojo intenso sobre su cabeza e Isaac dormido entre sus brazos.

Y de nuevo vinieron a su mente las ciénagas y el bayou de Saint Francisville; el día en que Jacob marcó su piel a fuego, el que parió a Howie en el campo y el momento en el sótano cuando dibujó una cruz implorando ayuda de los espíritus del vudú. Y en su ensueño, con la mirada ya libre de odios, arrancada ya de su corazón el ansia de venganza, evocó el tiempo pasado con paz. La señora Guadalupe la animaba a refugiarse en la fe cristiana y confiar en que su hijo perdido estaría bajo la protección de Dios.

Harriet acarició los cabellos enmarañados de su pequeño y recordó aquellas aguas mansas no como un lugar tenebroso y lleno de secretos, sino como un pequeño universo melancólico, guardián de miedos y de un pasado enterrado. Y ya por siempre, sería el *blue bayou*, el bayou triste.

Un coyote aulló en la sierra. Y ante Harriet, en aquel instante y por un tiempo más, se desplegó un cielo encendido y un futuro libre y azul.

NOTAS FINALES

En 1863, Abraham Lincoln declaró la Proclamación de la Emancipación para liberar a todos los esclavos de los Estados Confederados de América, pero excluyó a los que estaban fuera del control de la Unión. Así, estados esclavistas como Kentucky, Virginia o Missouri quedaron exentos; como también Nueva Orleans y trece parroquias de Louisiana, al estar en aquel momento bajo control federal.

Fue necesaria una guerra civil y más de 600.000 muertos para terminar con el sistema esclavista, incluyendo la muerte del propio Abraham Lincoln.

El estado de Mississippi no reconoció la abolición de la esclavitud hasta 1995. El estado de Virginia lo hizo en 2007 expresando su "profundo pesar" por su papel en el sistema esclavista. El estado de Louisiana jamás ha pedido disculpas por las injusticias ocurridas en sus tierras.

***

La tumba de la Reina del Vudú de Nueva Orleans, Marie Laveau, es la segunda más visitada de todo Estados Unidos después del monumento al Soldado Desconocido en Arlington.

***

Uno de los ingredientes del misterioso polvo zombi es la tetrodotoxina (TTX), un neurotóxico que se encuentra en el hígado del pez globo. Tiene la capacidad de bloquear la actividad nerviosa y provocar a la víctima un estado de catalepsia similar a la muerte.

***

Las *Casket Girls* o *Filles à la cassètte*, fueron las jóvenes llevadas de Francia a América a petición del rey de Francia con el objetivo de casarse con los colonos de Louisiana. Su nombre deriva de las pequeñas maletas en forma romboidal en las que llevaron sus pertenencias al nuevo mundo.

***

Tamerlán y otros poemas, firmados por *Un bostoniano*, es la colección de poemas publicada en 1827 por Edgar Allan Poe. Con dieciocho años costeó la impresión y utilizó un seudónimo para que su padre adoptivo, John Allan, no reconociera su autoría. En la ficción, el personaje Max Beaumont envía una nota al diario Baton-Rouge *gazette* a modo de reseña que nunca llegará, como nunca llegaron las críticas ni favorables ni desfavorables a esta obra primeriza de Poe.

***

La Beaumont Plantation Mansion está inspirada en diversas plantaciones de Louisiana cuyas casas se consideran encantadas, como la Myrtle Plantation de Saint Francisville, la Whitney Plantation de Wallace, la Oak Alley Plantation de Vacherie (en la foto de portada), o la llamada Casa Vieja de los Esclavos, la Mansión Hickory Hill de Illinois.

***

El nombre de Harriet para la protagonista de Blue Bayou fue elegido como homenaje a dos mujeres: Harriet Beecher Stowe y Harriet Tubman.

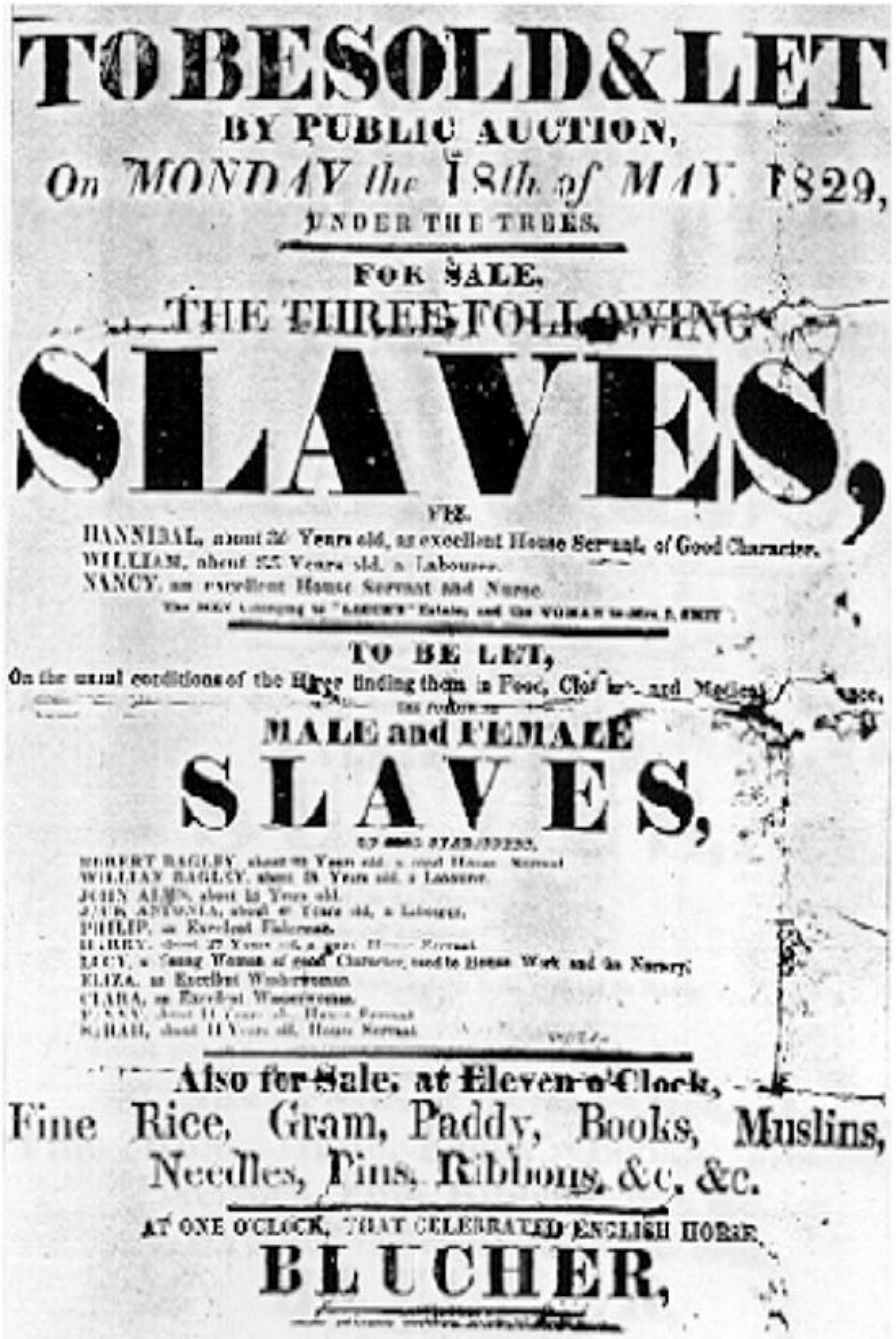
Harriet Beecher Stowe (1811-1896), autora de *La cabaña del tío Tom* (1851), fue una ferviente abolicionista que plasmó en su obra cumbre la vida de los esclavos en el Sur. Según Abraham Lincoln, fue una pequeña mujer que inició una gran guerra.

Harriet Tubman (1820-1913), abolicionista y activista política; tras una vida como esclava, alcanzó la libertad y dedicó el resto de sus días a cooperar en la liberación de esclavos además de trabajar por los

derechos de la mujer y el sufragio universal. Sus propias palabras resumen el espíritu de esta novela:

Creo que la esclavitud es lo siguiente al infierno

Harriet Tubman (1820-1913)



TO BE SOLD & LET

BY PUBLIC AUCTION,

On MONDAY the 18th of MAY 1829,

UNDER THE TREES.

FOR SALE,

THE THREE FOLLOWING

SLAVES,

VIZ.

HANNIBAL, about 26 Years old, an excellent House Servant, of Good Character.

WILLIAM, about 23 Years old, a Labourer.

NANCY, an excellent House Servant and Nurse.

TO BE LET,

On the usual conditions of the Hire finding them in Food, Cloths and Medical

MALE and FEMALE

SLAVES,

ROBERT BAGLEY, about 30 Years old, a good House Servant

WILLIAM BAGLEY, about 18 Years old, a Labourer.

JOHN ALEX, about 15 Years old.

JACK ANTONIA, about 40 Years old, a Labourer.

PHILIP, an Excellent Tailor.

HARRY, about 25 Years old, a good House Servant.

LUCY, a Young Woman of good Character, used to House Work and as Nursery

ELIZA, an Excellent Washerwoman.

CLARA, an Excellent Washerwoman.

SARAH, about 18 Years old, House Servant.

Also for Sale, at Eleven o'Clock,

Fine Rice, Gram, Paddy, Books, Muslins,

Needles, Pins, Ribbons, &c. &c.

AT ONE O'CLOCK, THAT CELEBRATED ENGLISH HORSE

BLUCHER,

By John Addison, Printer, Government Office, East India Company, St. Helena [Public domain], via Wikimedia Commons.

AGRADECIMIENTOS

En esta ocasión he contado con la inestimable ayuda de Autores Indie para la realización de la portada. José Antonio y Magda: Sois un equipo magnífico además de grandes compañeros y amigos. Asimismo, la portada no hubiera sido posible sin la colaboración del estudio fotográfico de Pedro Francisco Condés de la Torre y la modelo Cire Keita, a quien agradezco la cesión de su imagen.

Quisiera dar las gracias también a Dulce Merce, mi lectora cero y correctora, quien me ha ayudado a pulir y dar esplendor, siempre con la RAE por bandera. Y a Romeo Ebooks, por su eficiencia en la maquetación.

A mis compañeros escritores, por su colaboración, por su gran apoyo día a día en este loco viaje. No puedo citaros a todos, pero sabéis quienes sois.

Gracias a mi familia y en especial a J.C, por el apoyo incondicional y resistir las cenas a base de comida preparada para ganar tiempo al tiempo.

Gracias, lectores, pues con vosotros todo cobra sentido.

Gracias, siempre, a las casualidades y serendipias que se dieron y aparecieron durante la escritura de esta historia.

Sin vosotros no hubiera sido posible.

O sí.

Pero hubiera sido menos divertido.

Facebook: @MartaAbelloEscritora

Twitter: @martikka1

Web: www.martaabello.com/

[1] Aquí el amo es un hombre duro./ Desyerba, Emma, desyerba / Ha vendido a mi gente, lejos de mí./ Señor, envía a mi pueblo a la tierra de Egipto(Desyerba, Emma, desyerba… (Hoe, Emma Hoe. Canción de esclavos de autor desconocido. Circa, 1700.)

[2] Hickory, dickory, dock / El ratón corrió al reloj

[3] Hickory, dickory, dock. ¡El ratón bajó!

[4] Hickory, dickory, dock / El ratón corrió al reloj / La una el reloj tocó, / ¡El ratón bajó!